



# MAMBA NEGRA

EL CLAN DE LAS SERPIENTES

STEFFANY KENNELS

Multiverso 

La joven y letal lugarteniente Ayshane Ivanova, heredera legítima de la Yakuza japonesa en España e hija de Eduard Ivanov, el capo de la organización criminal rusa más peligrosa del país, se verá obligada a pedir ayuda a aquellos de los que siempre había rehuído.

Sola y oculta entre las sombras de un mundo que hasta los demonios más oscuros preferían evitar, Ayshane sabía que no acabaría con la organización que la vio nacer. Salvo que tentara a aquellos cuyo honor era inquebrantable para dar caza a su mayor enemigo, y quien mejor que Erick Román, Inspector Jefe de un trío de agentes de élite de la policía.

Arrastrados por Ayshane, Erick y sus agentes se verán envueltos en un infierno sin ser conscientes que no solo están poniendo en riesgo sus vidas sino también, la integridad de sus corazones.

# MAMBA NEGRA

EL CLAN DE LAS SERPIENTES

STEFFANY KENNELS



Mamba Negra: El Clan de las Serpientes

© Steffany Kennels

© Multiverso Editorial, 2018

© Grupo Editorial Omniverso. 2018

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1986717656

Depósito legal: CA-302 2018

Printed in Spain

Primera edición: abril, 2018

[www.multiversoeditorial.com](http://www.multiversoeditorial.com)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Fuiste mi luz en mis momentos más oscuros y de nuevo, debo aprender a caminar sola pero cuando miro al cielo sonrío porque sé que a pesar de la distancia, seguimos recorriendo el camino juntas.

Tumbada en una hamaca bajo el sol, boca abajo, con los ojos cerrados, Ayshane, Ash, como la llamaban en su círculo más cercano, disfrutaba de la playa de arena blanca en Mil Palmeras.

Se trasladaba allí solo cuando necesitaba desaparecer. Por lo general, era un lugar tranquilo. Una urbanización explotada durante los meses estivales que el resto del año se convertía en un agradable paréntesis de paz. La temperatura era tan estable a lo largo del año que se podía disfrutar de la playa en pleno mes de noviembre y el microclima, más propio de las Islas Canarias que de la costa mediterránea.

*Bip, Bip.*

Estiró el brazo y rebuscó a tientas el móvil en su pequeña bolsa de playa. Lo encontró bajo el aceite, el pareo y el libro que se había llevado.

—Hora de trabajar —suspiró tras leer el mensaje y se incorporó en la hamaca.

Se desperezó como un gato, se puso el pareo y se acercó a la zona de la orilla marcada con boyas amarillas, señal que indicaba a los nulos bañistas que había en esa época que aquel espacio estaba habilitado para el acceso a pequeñas embarcaciones.

Se colocó la bolsa de playa como si fuera una mochila y esperó a que la moto que venía a buscarla se acercara todo lo que pudiera. Para salvar la corta distancia que la separaba del joven, se adentró en el templado Mediterráneo hasta que el agua le llegó a la mitad de sus torneados muslos. El pareo flotaba mecido por las olas como una medusa a la deriva y, para que no se enredase con las hélices, se lo recogió. El piloto le ofreció un salvavidas y se lo colocó.

—Gracias.

Se abrochó con avidez y, agarrándose al hombro del muchacho, se subió a la Yamaha, entrelazó los brazos a la cintura del joven y dejó que la llevase al barco que los esperaba en alta mar, lejos de mirones, allí desde donde los grandes navíos parecían simples gotas de barro resacas en una ventana.

Subió la escalerilla del yate. Una vez arriba, le entregó el chaleco salvavidas, el pareo mojado y la bolsa de playa a Sergei, el mayordomo que, a su vez, hacía las veces de patrón de aquella lujosa embarcación.

—El Señor Ivanov la espera en su despacho.

Tras una leve reverencia, el hombre se marchó con sus pertenencias y la dejó sola en la cubierta. Ayshane se dio media vuelta y comprobó que la escalerilla seguía bajada para que el piloto de la moto pudiese subir, así que se dirigió a su camarote para darse una ducha rápida. Cuando entró, vio su bolsa de playa colocada a la perfección sobre el suelo, al lado de la cama Queen que había en el centro.

—Por dónde narices ha venido...

Cerró la puerta tras de sí mirando hacia todos lados, como si esperase que Sergei saliera del vestidor o del cuarto de baño.

Aquel hombre era tan rápido como eficiente. Se encogió de hombros, lanzó las chanclas con los pies por la habitación como una niña pequeña y se dirigió hacia el baño de su camarote.

Aquel yate era toda una maravilla de la náutica y la ostentación. Los suelos eran de madera de roble tratado. El camarote de invitados, su camarote, tenía al menos treinta metros cuadrados y un armario vestidor casi tan grande como el baño con el que comunicaba. El suelo estaba fabricado con algún material parecido al mármol pero del mismo color que la madera de la habitación. La bañera, inmensa y con capacidad para dos personas, contaba con una ducha independiente.

Abrió el grifo de la ducha. Mientras el agua se calentaba, se recogió la larga melena negra en un moño despeinado, se desnudó y se metió bajo el

chorro de agua caliente.

Diez minutos después, descalza, vestida con unos pantalones cortos color rojo cereza y una camiseta de tirantes blanca se dirigió al despacho que había bajo cubierta, al otro lado del pasillo donde estaba su camarote.

*Toc, Toc, Toc*

—Adelante —se escuchó al otro lado de la puerta.

—¿Me estaba esperando? —asomó la cabeza antes de cruzar el umbral.

—Pasa y siéntate —respondió sin levantar la vista al frente.

Entró cerrando la puerta tras de sí, atravesó el despacho y se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa de madera donde el señor Ivanov revisaba unos documentos. Cuando terminó, la miró.

Ivanov sonrió con esa característica mueca entre el afecto y el atractivo de los hombres de su estirpe. Medía casi un metro noventa y tenía el porte de un caballero conquistador, unas facciones en absoluto envejecidas por la edad, el pelo plateado peinado hacia atrás y los ojos color pardo. A pesar de sus cincuenta y ocho años, Eduard Ivanov seguía siendo un auténtico galán cuya presencia no pasaba desapercibida ni para los hombres, que veían en él no sólo un competidor masculino sino uno de los tiburones más peligroso del océano, ni para las mujeres, capaces de hacer cualquier barbaridad con tal de convertirse en la nueva señora Ivanov. Un título ya descartado para el corazón de aquel hombre conocedor de su atractivo.

—¿Te apetece tomar algo?

Se levantó y rodeó la mesa del despacho en dirección al mueble bar que había al lado del ojo de buey de aquel camarote sin esperar una respuesta.

—Agua, por favor.

—En los últimos seis meses, has pasado por aquí ya unas cuatro veces —dijo mientras se servía un par de dedos de The Macallan.



—¿Hay algún problema con eso?

Eduard se dio la vuelta con su vaso de whisky en una mano y una botella de agua Bling H2O en la otra.

—En absoluto. —Se acercó a ella y le tendió el agua—. Sabes que siempre eres bien recibida. —Le recogió con dulzura un mechón de pelo rebelde que se le había salido de su moño despeinado—. Es solo que me preocupa. —Siguió su camino hasta la gran silla de cuero marrón tras la mesa y se acomodó en ella.

—Ya sabes cómo funciona esto. —Se encogió de hombros quitándole importancia al asunto—. Cuanto más cerca estas del objetivo... —Dio un sorbo a la botella de agua.

Eduard movió con la mano el vaso de whisky y bebió sin dejar de mirarla, pensativo. El líquido ambarino lamió el cristal dejando pequeñas lágrimas en las partes más altas del vaso.

—Es hora de buscar nuevos agentes.

—¿Cómo? —Tosió, casi se atraganta. Se limpió con el dorso de la mano los labios—. ¿A qué te refieres con buscar nuevos agentes? —Arqueó una ceja contrariada.

—A que me parece contraproducente que lleves tú sola el peso de toda la operación. —Dio un sorbo a su whisky, se reclinó en el asiento y colocó los talones encima de la mesa.

—Nunca había sido un problema hasta ahora —replicó arrellanándose en el sofá—. Soy la mejor. —Le desafió con la mirada—. Fui entrenada por la mejor y trabajo mejor sola.

—Eso... no es del todo cierto. —Empezó a mover de nuevo la copa en su mano—. Las circunstancias te han hecho trabajar en solitario, pero no siempre ha sido así.

Pensó con detenimiento en sus palabras. Hasta hacía cinco años controlaba

un comando de más de trescientos hombres y mujeres. Tenía muy buena relación con todos ellos a pesar de su mano dura, y aunque en realidad nunca había necesitado ayuda para salir de ninguna situación complicada, se sentía bien sabiendo que contaba con un buen respaldo.

—No podemos confiar en nadie más.

En realidad, no quería trabajar con nadie más. Aquella era su guerra, y nadie más tenía derecho a formar parte de ella.

—Ayshane... Mi apreciado y querido *rebenok*. —Suspiró, se incorporó en la silla y apoyó los codos sobre la mesa—. Bebé. —Tendió una mano y esperó a que ella le ofreciera la suya—. Me recuerdas tanto a tu madre... —Le acarició con un pulgar el dorso de la mano—. Tan dura, tan fría... Pero ambos sabemos que eso es sólo una fachada. —Sonrió esperanzado con la mirada perdida en algún lugar muy lejos de allí.

—*Otets*... —Aishane dejó escapar como un suspiro entre sus labios.

Sabía que su padre ya había tomado una decisión y que nada de lo que dijera le haría cambiar de opinión. Siempre que recurría al recuerdo de su madre significaba que las cosas se harían a su manera.

Acostumbrado a mandar, parecía no haberse dado cuenta todavía que aquello era una sociedad de dos, que solo se tenían el uno al otro. Pero aquella vez no iba a salirse con la suya. Estaba decidida a hacer las cosas a su manera. Había perdido a su madre y también había estado a punto de perderle a él cuando, cinco años atrás, tuvo que simular su muerte como única posibilidad para que su padre, su *otets*, la Anaconda Ivanov, como sus enemigos le conocían, siguiese con vida.

No quería volver a pasar por lo mismo. Demasiado doloroso, demasiado real, demasiados recuerdos espinosos, demasiadas heridas sin cicatrizar.

—Eres un viejo zorro, pero esta vez no pienso pasar por tu aro. —Se levantó con intención de marcharse—. Mi guerra, mis normas —dijo en dirección a la puerta.

—Nuestra guerra, Ayshane... Nuestra guerra.

Ayshane se detuvo frente a la puerta. Su padre tenía razón. En ocasiones olvidaba que aquella también era su guerra. Ella había perdido una madre, pero él había perdido a la única mujer que le había marcado hasta el punto de no ser capaz de rehacer su vida.

—¿En quién estás pensando? —Dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró sin darse la vuelta.

Ya lo había vuelto a hacer. De nuevo, se había salido con la suya.

—En un equipo de élite. Alguien a tu altura, que no necesite demasiado entrenamiento, algo... que solo tengas que pulir.

Ayshane volvió sobre sus talones poniendo los ojos en blanco y exhalando con teatralidad. Se sentó en la silla de nuevo y empezó a morderse el interior del labio arrugando la boca.

—En esta carpeta tienes todos los datos de los tres agentes. —Arrastró sobre la mesa hacia ella una carpeta amarilla.

Ayshane frunció el ceño y abrió la carpeta. De manera casi automática, los ojos se le fueron a la fotografía tamaño carnet que había en la esquina derecha del papel. Sin pararse a leer ningún dato, la cerró y la tiró de mala gana sobre la mesa.

—Negativo. No pienso trabajar con pitufos, y mucho menos con éstos.

—Ayshane...

—No, *otets*. —Se acomodó en el respaldo y se cruzó de piernas y brazos—. La policía española es tanto o más corrupta que la rusa. No pienso poner nuestras vidas en manos de una mafia con placa, antes prefiero ponerla en manos de Taiyo.

Eduard se removió incómodo en su silla de cuero marrón al escuchar el nombre de su segundo suegro.

—No digas estupideces —gruñó entre dientes—. Acabaríamos todos muertos.

—Es posible. —Se encogió de hombros—. Pero por lo menos sabríamos cuándo, cómo, por qué y por quién —argumentó asumiendo un desenlace macabro.

A ella no le daba miedo morir. Era algo natural, todo el mundo debía pasar por ello. Puestos a elegir, prefería decidir cómo y cuándo que agonizar en una cama presa de una enfermedad o con el paso de los años.

Eduard suspiró. Se apoyó sobre la mesa y metió la cabeza entre las manos. Se frotó varias veces la cara, colocó las manos a ambos lados de la sien y miró a su hija a través de sus pestañas.

—Esto no es una negociación, *rebenok*. —Antes de que pudiese replicar, prosiguió—. Sólo los árboles con las raíces más profundas son capaces de aguantar los huracanes sin ser arrancados de cuajo.

Ayshane entrecerró los ojos y se mordisqueó el interior del labio antes de contestar. Era posible que su padre tuviese razón. Adrik tenía contactos en todas partes, y parte de la policía operaba para él a cambio de un generoso sobresueldo.

—¿Por qué estos? —Volvió a coger la carpeta, la abrió y pasó la yema de sus dedos por la foto del agente.

—Me consta que no se venden.

—¿Estás seguro? —preguntó con mirada inquisitiva.

—Completamente —añadió apuntándola un segundo con los dos dedos índices entrelazados—. Román, el inspector jefe al cargo, trabajó durante muchos años en el operativo que intentó encarcelarme.

Ayshane recordaba aquel operativo a la perfección. Por aquel entonces, su padre era cabecilla principal de la *bratva* Ivanov. Y tanto su madre como ella misma, su lugarteniente, se encargaban de la seguridad de Eduard y lograron

desmantelar la Operación Cabeza de Familia antes de que los pillasen.

Cuando ejecutaron el operativo contra la que había sido su familia, Ayshane llevaba dos años vigilando al agente Erick Román a petición de su madre. Aquel asedio fue posible gracias a los informadores que tenían en el Cuerpo. Pero estuvieron muy cerca. Demasiado. Tanto que aquello se llevó por delante a su madre y la convirtió en la lugarteniente de su padre. Con el tiempo, descubrieron que los agentes habían sido utilizados por Víctor, uno de los comisarios a sueldo de Adrik, su hermanastro.

Adrik quería el control de la *bratva*, pero sobre todo, la quería a ella como jefe de seguridad, como lugarteniente y, en su mente retorcida y enferma, como su amante.

Ayshane se prometió entonces acabar con la vida de todos aquellos que habían orquestado la muerte de su madre, y sí, también la de quienes les habían obligado a simular la de su padre y a utilizar de manera precipitada el compuesto de la resurrección. Investigó a los agentes que habían intervenido, pero su arduo trabajo solo la llevó a descubrir que habían intentado cargar el muerto al grupo liderado por el inspector jefe Erick Román.

Podía ser que ella fuese una asesina, pero tras cada muerte había siempre un motivo; bueno o malo, asumible o no, era un motivo al fin y al cabo. No podía ir en contra de los agentes que habían sido utilizados como cabezas de turco por los secuaces de su hermanastro.

Durante los meses que duró su investigación, destapó la auténtica realidad: Adrik los había vendido, los había traicionado con el fin de eliminar a su propio padre y hacerse con el control de todo. Y lo más importante, Adrik había disparado a su madre. Por la espalda. El simple hecho de intentar matarla ya era una traición imperdonable, pero acabar con ella de esa manera... Se merecía un castigo cruel. Que Ayshane fuese una Ivanov no la volvía menos Yakuza. Si algo le había enseñado su madre era castigar a alguien de manera que jamás lo olvidase. No dejaría que Adrik viviese lo suficiente como para comprobarlo.

—Debí acabar con él cuando tuve oportunidad —siseó apretando los puños, presa de sus recuerdos.

—Por aquel entonces Adrik ya contaba con suficientes apoyos. Por eso necesitas un equipo. Yo puedo facilitarte los medios, tú sola no podrás con él. Es la serpiente que se alimenta de las serpientes.

En eso a su padre no podía llevarle la contraria. Adrik era conocido como la Cobra Real. Cruel, despiadado y capaz de hacer que sus homólogos le temiesen con tan solo escuchar su nombre.

La *bratva* Ivanov nunca había sido tan temida como lo estaba siendo bajo el yugo de su hermanastro. Al igual que el animal con el que se le identificaba, Adrik había acabado con el resto de las mafias que habían llegado a España con la intención de hacer de ésta su particular patio de recreo. El era el único dueño y señor de aquel territorio. Nadie osaba desafiarle, nadie intentaba hacer negocios en territorio Ivanov.

Solo había una más fuerte, temida incluso por la Cobra Real, la Yakuza japonesa. Pero nunca contarían con el respaldo de su abuelo Taiyo, no cuando su madre había sido asesinada por su hijastro. Eso sólo serviría para romper los finos lazos que aliaban a ambas mafias, y Adrik no era estúpido. No le convenía tener a la Yakuza husmeando en su terreno, pero tampoco sabía que su abuelo estaba al tanto de todo y se mantenía al margen del acuerdo al que había llegado con su padre. Si Taiyo llegaba a la conclusión de que no eran capaces de hacerse de nuevo con el control y vengar la muerte de la hija predilecta del cabecilla del clan más cruel y sangriento, los matarían. A todos. Sin distinción. Eduard, Adrik, Elenka, todos acabarían muertos. La única manera de no acabar en una reunión familiar en el panteón Ivanov era que ella y su padre se hicieran cargo del asunto. Mantener al margen a la Yakuza por el momento y, si acaso, entregarles a Adrik o lo que quedase de él en una bandeja de plata tal y como habían acordado. Eso sí podría salvarles la vida o, por lo menos, negociar una muerte digna.

—Estos agentes... —le echó un vistazo por encima al resto de hojas—. ¿Cómo sabes que aceptarán? Durante tu legado no quisieron trabajar para ti. ¿Por qué crees que cambiarían de opinión ahora? —«Eso si no lo han hecho ya», pensó.

—Ese, *rebenok*, no es mi trabajo. —Arqueó una ceja con socarronería.

Ayshane sonrió con sarcasmo. Cerró la carpeta y la colocó sobre su regazo.

—Está bien. Me haré cargo. Conseguiré a tus agentes.

Había llegado el momento de negociar. Su padre la estudiaba sin decir una sola palabra. No era una mujer fácil de conocer. Su trabajo consistía en pasar desapercibida, pero él era Eduard Ivanov, el antiguo capo de la *bratva* Ivanov. Un hombre inteligente, astuto, un sabueso, y su padre, al que nunca sería capaz de engañar, el único capaz de adelantarse a todos sus movimientos.

—¿Y bien? —se acomodó en su silla de cuero marrón.

—Tú tendrás a tus agentes...

—Nuestros agentes... —corrigió.

—De acuerdo, lo que tú digas —hizo un gesto con la mano restándole importancia—. Pero entonces, yo quiero a mis Víboras.

Su padre la miró impasible mientras cavilaba la propuesta que le acababa de dar. Estaba segura de que podía escuchar cómo los engranajes de su mente se movían sin cesar valorando los pros y los contras de su petición.

—Están con Adrik —dijo al fin—. Y hasta donde sé, ahora trabajan bajo las órdenes del Zar.

—Son mercenarios, estarán del lado de quien mejor les pague.

—Hombres de confianza, leales hasta la médula, como debe ser. Precisamente lo que necesitamos.

Siempre era un peligro trabajar con hombres y mujeres cuya lealtad se mostraba ante un maletín lleno de fardos de dinero, pero era un riesgo que ambos debían asumir. Conocían a la perfección el negocio. No todo el mundo era leal como ella, no todos le restaban importancia a los lujos, a las comodidades, al dinero fácil.

—Es posible que no sean leales a Adrik, o que incluso no lo sean contigo.

—¿Y qué te hace pensar que contigo sí, *rebenok*?

—Les enseñé todo lo que saben —se encogió de hombros—. Puede que sea más joven que muchos de ellos, pero me respetan —se levantó y se dirigió a la puerta—. Eso ya es bastante más de lo que tus hijos te han demostrado a ti.

Para muchos de aquellos hombres, Ayshane era como su madre, sobre todo para los más noveles. Una madre a la que el temor les hacía respetar, a la que no osarían decepcionar.

Salió del despacho sin esperar ningún tipo de respuesta, con la carpeta en la mano y en dirección a su camarote. A medio camino se encontró con Sergei, el mayordomo y patrón del lujoso yate, que caminaba hacia ella por el pasillo.

—Perdone.

—¿Sí, señorita?

—¿Sería tan amable de traerme un sándwich vegetal y una Coca-cola al camarote, por favor?

—Enseguida, señorita. —Tras una reverencia prosiguió su camino.

Ayshane esperó no encontrarse el sándwich antes de llegar al camarote. Aquel hombre tenía la habilidad de hacer todo lo que se le pedía con una velocidad demoledora. Abrió la puerta, miró a su alrededor y sonrió. Parecía que ésta vez ella había llegado antes que el patrón.

Se tumbó sobre la cama con los expedientes que Eduard le había entregado. Abrió la carpeta y allí estaba la foto del maldito inspector jefe con el que tendría que trabajar. Aún no sabía cómo iba a convencerlos, pero lo haría. En parte, su padre tenía razón. Su intención no era crear una mafia paralela a la de Adrik, pero si querían acabar con él, tendrían que actuar como él, infiltrarse donde su hermanastro se había infiltrado y tentar a los mismos a quienes él —de eso estaba segura— habría intentado tentar.



—Está bien, comencemos —resopló.

Nombre: Erick Román de Blas.

Sexo: Varón.

Altura: 185 cm.

Edad: 29 años.

Estado Civil: Soltero. Sin relación conocida.

Inclinación sexual: Mujeres.

Ideología: Apolítico.

Religión: Ateo.

Nacionalidad: Española.

Datos de interés: se desconoce la existencia de familiares cercanos. Padres fallecidos en accidente de tráfico. Hijo único. Ingresó en el ejército con dieciocho años. Ingresó en el Cuerpo a los veinte años. Destaca en el cuerpo a cuerpo, excelente tirador, francotirador de nivel alto. Dominio fluido del inglés, el ruso, el japonés y el chino. Primer nivel de informática. Diestro. Instructor de tiro en sus ratos libres. Inspector jefe de Brigada de Operaciones Especiales.

—Supongo que... eres es el Supercop —sonrió de medio lado mirando la fotografía.

«Lo que no dice el informe es que más que un poli parece un modelo. Moreno, ojos verdes vidrio roto, piel aceitunada, escultural cuerpo cincelado en el gimnasio...». Ladeó la cabeza y acarició la foto al recordar que, durante los siete años en los que no le había perdido de vista, había descubierto que era un hombre inteligente y muy observador.

«Un fantoche, mujeriego de tres al cuarto y caradura...». Arrugó el informe con la mano al recordar cómo coqueteaba con una jovencita no mucho mayor que ella. Ocurrió hacía menos de una semana, la última vez que le observó en la distancia, mientras se suponía que trabajaba de incógnito junto con su inseparable compañero Jason en uno de los clubs de carretera de Adrik.

Ayshane negó con la cabeza queriendo deshacerse de aquellos pensamientos. «Céntrate». Alisó el papel con los dedos y siguió leyendo el resto.

Nombre: Alicia Sánchez Valiente.

Sexo: Mujer.

Altura: 170 cm.

Edad: 27 años.

Estado Civil: Soltera. Sin relación conocida.

Inclinación sexual: Hombres.

Ideología: Apolítica.

Religión: Cristiana no practicante.

Nacionalidad: Española.

Datos de interés: madre camarera, padre consultor financiero, ambos vivos y resientes en Puebla de Sanabria. Hija única. Ingresó en el Cuerpo a los dieciocho años. Lenta en el cuerpo a cuerpo, con inclinación a centrar la mayor parte de sus golpes en la zona superior. Buena tiradora, zurda, tiene por costumbre dejar despejado el flanco izquierdo, aunque suele cubrirlo de forma rápida cuando se da cuenta. Dominio del inglés, el chino y el japonés. Matriculada en ruso desde hace tres meses. *Hacker* de alto nivel. Oficial de la Brigada de Operaciones especiales.

—Bien, así que aquí tenemos al cerebritito —dijo para sí mirando la foto de una mujer morena, con el cabello rizado y los ojos azul cielo—. Hum, es mona. Siguiente.

Nombre: Jason Booth Pérez.

Sexo: Varón.

Altura; 190 cm.

Edad: 31 años.

Estado Civil: Soltero. Sin relación conocida.

Inclinación sexual: Mujeres.

Ideología: Apolítica.

Religión: Ateo.

Nacionalidad: Doble, española y estadounidense.

Datos de interés: es el mayor de dos hermanos. Padre estadounidense fallecido en combate. Madre española, abogada, viva, residente en Las Vegas, estado de Nevada. Hermana fallecida, según los informes oficiales, de sobredosis; según información clasificada, envenenada y torturada por célula terrorista para obtener información sobre su hermano. Tres años como soldado del ejército de los Estados Unidos en la unidad del Destacamento Operacional de Fuerzas Especiales del Comando Delta. Ingresó en el Cuerpo con veinticinco años. Especializado en el combate cuerpo a cuerpo. Excelente francotirador. Zurdo. Dominio del inglés, el castellano, el alemán y el ruso. Inspector de la Brigada de Operaciones Especiales. Estudios de medicina con aplicación en campo cursado en el ejército de los Estados Unidos.

—Ups, inspector Román, parece que has sido relegado de *supercop* a un simple supermodelo. Jason, queda usted asignado como el *supercop* del trío —sonrió con infantil malicia.

Trío que se convertiría en cuarteto y, con suerte, en un pequeño ejército con el que hacer frente a Adrik. Lo único que hacía falta encontrar era su talón de Aquiles, aquello por lo que cambiarían de bando, o por lo menos un motivo suficiente por el que aceptaran una alianza con aquellos contra quienes siempre habían luchado.

—¡Bingo!

Como un resorte se levantó de la cama. Fue al escritorio que había al otro lado del camarote, frente a la entrada del vestidor, bajo el ojo de buey. Abrió el portátil y comenzó a *hackear* los servidores de la policía. En un par de minutos había conseguido e imprimido la información que necesitaba.

—Lo tengo —sonrió—. Ya sois míos.

Sobre la pizarra blanca magnética habían colocado las fotos de la organización Ivanov. Frente a ellas, Erick pensaba en todo el tiempo que él y su equipo llevaban dedicando a la Operación Fantasma. En comparación con la Operación Cabeza de Familia, era mucho tiempo. Cinco años, cinco malditos y largos años en los que cada vez que se acercaban a la que suponían que era la lugarteniente de Adrik ésta desaparecía del mapa.

Alargó la mano y despegó la foto de Ayshane Ivanova, situada bajo la de su hermanastro, Adrik Ivanov. Estatura media, mirada de gata, dos tazas de chocolate fundido con virutas de caramelo por ojos, melena lisa, tan larga y negra que parecía que absorbía todos los colores a su alrededor. Llamaba la atención de manera exagerada por su ascendencia nipona. Aquella mirada intensa, rasgada, distante y manipuladora, unida a la organización a la que pertenecía, avisaba que se encontraban no sólo frente a la hija de un Ivanov, sino frente a la nieta del cabecilla del clan Yakuza.

Los agentes habían estudiado la relación Ivanov-Yakuza, pero como por el momento los japoneses no se habían inmiscuido en la muerte de Saya, primogénita de Taiyo, líder del clan japonés, y madre de Ayshane Ivanova, no habían profundizado demasiado en aquella inusual alianza.

—Aquí hay algo que huele a podrido —dijo para sí volviendo a pegar la fotografía de la joven Ivanova en la pizarra magnética, bajo la de Adrik.

Justo en ese momento, Jason llegó con la cena. El inspector Booth, la oficial Sánchez y él habían hecho una apuesta. Quien perdiese tenía que ir a por la cena y pagarla. Era un juego que algunos compañeros de la brigada consideraban estúpido e infantil, pero a ellos tres les encantaba. Hacían un singular y buen equipo. Los siete años que llevaban trabajando juntos los había unido mucho.

Por suerte para Erick, esta vez Jason tardó poco. El piso franco en el que se habían asentado aquel mes era una nave ubicada en el polígono industrial de Mejorada del Campo. Quedaba lejos de la población y, a su vez, cerca de

todos los servicios que pudieran necesitar.

La mayor parte de la actividad del polígono era por la mañana, cuando ellos se encontraban fuera realizando investigaciones, recabando datos para el operativo o en cualquier otra gestión, por lo que sólo estaban en la nave durante la tarde o por la noche.

De todos los pisos francos de los que disponía la unidad, ese era el que más le gustaba a Erick. Desde fuera podría parecer una destartada nave abandonada con el cartel «Se vende» en la entrada, pero no contaba con puntos ciegos, y por dentro había sido reformada con una zona de operaciones lo suficientemente amplia como para albergar a diez compañeros; una zona que, a su vez, hacía las veces de salón de paso o de distribuidor. Además, habían habilitado dependencias individuales para cada uno de ellos; una sala de primeros auxilios y de curas limpia, nueva y reluciente; un comedor equipado por cortesía de todos los policías que iban ocupando la nave para sus diferentes operativos, aunque ellos tres no lo utilizaban, ya que preferían comer en la sala de operaciones, y una sala de ordenadores que según Alicia, su *hacker*, era el paraíso para agentes como ella, más cómodos entre pantallas que en el trabajo de campo.

—Hoy me apetecía comida basura —Jason dejó las bolsas del Burger King encima de la mesa de la sala de operaciones.

Erick rebuscó entre las bolsas con desesperación famélica. Había estado toda la mañana de vigilancia en un almacén propiedad de Adrik y no había comido nada en todo el día.

—¿Doble Cheese Bacon para mí? —preguntó retirando el papel de la hamburguesa antes de que Jason le contestara.

—Sí. Big King para mí y de pollo para el cerebritito. —Terminó de sacar el resto de la comida y la colocó en la mesa—. Iré a buscar a Alicia, ¿está en su agujero?

—Ajá —asintió. Tragó—. No se ha movido de ahí en toda la tarde. —Se limpió un poco de tomate y mostaza que se le había quedado en la comisura del labio.

—Tienes hambre —Jason sonrió arqueando ambas cejas divertido.

Erick dio otro bocado a su hamburguesa, le miró y sonrió de manera bobalicona con la boca llena, como el niño que alza la vista al sentirse observado devorando el plato preferido de su madre.

—Iré a buscarla antes de que te comas también nuestra cena.

Jason fue a la sala de ordenadores, el pequeño agujero de Alicia, como ellos lo llamaban. Al cabo de cinco minutos aparecieron los dos. Erick ya se había terminado su *cheese bacon* y se encontraba centrado mirando la pizarra magnética con las patatas en la mano.

—Eres un maleducado —replicó Alicia—. Nos podías haber esperado.

Erick miró hacia atrás por encima de su hombro y se encogió en un gesto de disculpa. Volvió la vista a la pizarra comiéndose ensimismado las patatas.

—¿Se puede saber qué es lo que estás mirando? —preguntó Jason, que se acercó a él con su hamburguesa en la mano.

—Hay algo que no me cuadra —rumió y se metió una patata en la boca con la vista fija en la pizarra.

—Y vuelta la burra al trigo... —Alicia abrió su hamburguesa y le echó kétchup y mostaza—. Hemos revisado la relación entre todos los miembros Ivanov un millar de veces, no hay nada que no sepamos ya sobre ellos, Erick.

—Entonces, ¿por qué se nos escapa cada vez que la tenemos? —Mordisqueó la punta de una patata con la vista fija en la foto de Ayshane Ivanova—. Es imposible que la lugarteniente de Adrik desaparezca del mapa dejándole desprotegido. ¿Dónde demonios se esconde? —Se metió la patata en la boca.

—Ese cabrón nunca está desprotegido —farfulló Jason.

Hizo una bola con el papel de la hamburguesa y lo encestó en la papelera que había al otro lado de la mesa, alzó el puño hasta medio cuerpo e hizo un gesto de victoria celebrando que lo había metido de un solo tiro, se giró y

miró a Alicia con orgullosa sonrisa.

—Engreído... —Alicia se rio.

—No pero aun así... —Erick cogió la Coca-cola y le dio un trago—. No es habitual entre las mafias que los responsables de la seguridad de los cabecillas desaparezcan.

—Hum —Alicia tragó el bocado—. En eso tienes razón.

Se levantó con su hamburguesa de pollo en la mano y fue hacia la pizarra, cogió la fotografía de un militante que se hallaba una escala por debajo de Ayshane y la colocó a la altura de la lugarteniente de Adrik.

—Dima Takahasi. Creo que es él quien se encarga de todo en ausencia del fantasma. —Mordió la hamburguesa, masticó y tragó—. Según lo que he investigado, es la mano derecha de Ayshane.

—No creo que una mujer como esa deje en manos de un segundo la protección de Adrik —Jason señaló la foto del muchacho con la pajita de su bebida antes de meterla en el vaso—. No después de lo ocurrido en la operación Cabeza de Familia. —Se apoyó con el trasero en la mesa de operaciones situada frente a la gran pizarra.

Los tres habían sido miembros de la operación Cabeza de Familia con la que intentaron atrapar a Eduard Ivanov. Aquel operativo se puso en marcha dos años antes de la Operación Fantasma, su misión actual, y finalizó con la muerte de Saya y la desaparición de Eduard hasta que seis meses después les avisaron de que su cadáver se encontraba en un tanatorio que los agentes habían investigado hasta la saciedad. Estaban seguros que aquel lugar tenía relación con la familia Ivanov, pero hasta ese momento, nadie había podido demostrar que fuera otra de sus tapaderas.

—Perdió a su madre tras aquel operativo si mal no recuerdo —dijo Alicia.

—Sí, y seguimos sin saber quién fue capaz de matar a la Anaconda Ivanov —añadió Erick pensativo.



—Es simple. —Jason se acercó a la pizarra y apoyó la pajita de su Fanta sobre la foto de Adrik—. La Cobra Real se comió a la temida Anaconda. Estoy seguro que Ayshane y Adrik estaban confabulados para eliminar al viejo.

—No, no lo creo. —Erick negó con la cabeza—. Yo estaba muy cerca cuando Adrik disparó a Saya. Ayshane no le vio, pero en cuanto se dio cuenta que su madre estaba en suelo, se movió como una serpiente —hizo un movimiento en zigzag con la mano— y cubrió su cuerpo como una leona hasta que Eduard consiguió separarla de él. Y no le fue fácil. Creo... creo que Ayshane quería a sus padres.

—No fue a su funeral —replicó Alicia, que había estado en el funeral de Eduard Ivanov infiltrada y escondida como parte de los operarios del cementerio.

—O tal vez no la vimos —respondió Erick mirándola de soslayo.

—Pusimos cámaras por todo el cementerio. Había agentes en todas las salidas y entradas y hombres uniformados durante el entierro. No es realmente un fantasma, Erick —dijo refiriéndose al nombre con el que habían bautizado al operativo en honor a la escurridiza lugarteniente Ivanov.

De pronto escucharon la sirena de la sala de ordenadores de Alicia. Los agentes dejaron todo sin recoger y acudieron sin demora. Alicia se sentó y desprotegió una de las pantallas. Pinchó en la alerta que le marcaba el cuadro de diálogo inferior donde las cámaras de vigilancia, colocadas en varios puntos estratégicos de los lugares más frecuentados por los integrantes de la organización Ivanov, les mostraban en directo las imágenes de la zona.

—Parece que nuestro fantasma ha decidido regresar del más allá. —Tecléo con rapidez para acercar el zoom de la cámara y captar una imagen más nítida.

—¿Puedes corroborar que es ella? —Erick se acercó a la pantalla apoyando ambas manos sobre la mesa, al lado de su compañera.

—Afirmativo —confirmó Alicia—. Acaba de entrar en ese pub irlandés.

Por los dos maletines que lleva, podemos suponer que va a reunirse con alguien.

—Jason, ¿te apetece ir a tomar unas cervezas? —Erick se incorporó con la vista fija en la imagen de la lugarteniente y la mirada envuelta en la sedosa adrenalina de la caza.

Ayshane llegó al Irish Corner. Comprobó la hora en la puerta del local. Las nueve y media. Llegaba puntual a su cita, como siempre. Entró atravesando el pub y se sentó en la última mesa, en penumbra, al lado de la puerta que daba a las escaleras de servicio. Un camarero se acercó. Le pidió algo de beber y esperó.

El local estaba lleno de parejas y grupos de personas que iban allí a cenar. El ambiente era agradable; la comida, buena, y la música, actual. Una mampara de madera y cristal separaba de manera parcial las mesas de la barra, que estaba llena.

El Irish Corner era un lugar que le gustaba frecuentar a los suyos, pero con un barrido visual, Ayshane comprobó que no había nadie que la pudiera reconocer. Se colocó las mangas de la americana negra que llevaba sobre una holgada camiseta *beige* con cuello de barco, troquelado con finas filigranas que combinaban a la perfección con sus pantalones de pitillo negros y aguardó acomodándose en su asiento. Cuando el camarero le trajo la Coca-cola que había pedido le pagó con un billete de veinte euros que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Te han seguido? —preguntó.

Sin alzar la vista, guardó las vueltas en el mismo bolsillo al notar la presencia de un hombre frente a ella, al otro lado de la mesa.

Erick y Jason llegaron al local a eso de las diez y cuarto de la noche. Alicia les acababa de confirmar por teléfono que la lugarteniente no había salido del pub. Antes de entrar, comprobaron que sus armas se encontraban aseguradas en su correspondiente funda sobaquera, se abrocharon las chaquetas hasta medio pecho y se dirigieron sin titubeos a la zona de la barra donde se encontraba la diana de los dardos. Desde ahí tenían una perspectiva perfecta

de todo el local.

Jason se acomodó con aire desinhibido en la barra y alzó un par de dedos para llamar la atención del camarero que estaba al otro lado de la barra.

—Dos tercios, por favor —pidió cuando el joven barman se acercó.

Erick se sentó en un taburete mientras comprobaba con disimulo profesional las caras de todos los clientes del local.

—Joder, no la veo. —Dio un trago al tercio que el camarero les sirvió sin dejar de buscar entre la clientela.

—¿El cerebritito tiene todas las salidas y entradas vigiladas?

—Sí. —Siguió buscando. En ese momento, su teléfono sonó—. Dime, Alice.

—Tenemos un problema. Las cámaras han detectado a un miembro Ivanov que se supone que debería estar en Rusia. Entrará por la puerta del local ahora mismo. Alto, fuerte, chaqueta y pantalones de cuero negro, rapado y...

—¿Sabemos de quién se trata? —Erick hizo un gesto a Jason señalando a la puerta.

—Sí.

Escuchó el sonido de las teclas del ordenador mientras Alicia hacía una búsqueda rápida en las bases de datos.

—Un tal Zar —respondió al fin—. El lugarteniente de Elenka.

—Recibido. —Colgó el teléfono y miró hacia la puerta.

Un hombre corpulento, rapado, con tatuajes en todo el cuello y en la cabeza entró en el local. Algunos clientes se lo quedaron mirando. Era obvio que no era un habitual del pub. Sin prestarles atención, se dirigió hacia el fondo. Erick lo siguió con la vista.

—¡Allí! —Le dio un leve codazo a Jason en cuanto vio a la muchacha.

En el mismo momento en el que el Zar entró por la puerta, Ayshane se levantó y fue directa hacia las escaleras de servicio del local que tenían salida directa a la calle, las bajó de dos en dos y abrió la puerta de emergencia empujando con el hombro. El Zar la empujó también justo en el mismo momento en el que iba a cerrarse. Sin darle apenas tiempo a cubrirse disparó, pero, por suerte para ella, la salida daba a un callejón oscuro y no acertó, lo que le dio tiempo para ocultarse tras unos cubos de basura.

—No tengo tiempo de jugar —dijo el ruso en su idioma natal. Mientras se acercaba con pasos cautelosos, apuntaba con su G17 hacia donde se encontraba escondida.

Ayshane no respondió. Se mantuvo quieta, escuchando, pendiente de cada paso, de la respiración de aquel hombre, esperando a que se acercara a ella, acechándole. Cuando estuvo casi a su altura, saltó sobre él esquivando un segundo disparo que impactó en los cubos. Con un rápido movimiento le placó. Al ruso se le cayó el arma al suelo, pero del tobillo sacó un machete. Ayshane se levantó, dio una voltereta hacia atrás y se preparó para ser atacada.

—Zar —hizo una reverencia con la cabeza a su contrincante y colocó las manos en posición de defensa cubriendo parte de su cara.

—Mamba —respondió el corpulento hombre crujendo el cuello.

Un sinfín de golpes, puñetazos y llaves se produjeron tras los saludos. Ayshane consiguió esquivarlos casi todos hasta que una bala atravesó la clavícula del Zar. Aunque fue insuficiente para matarle, el hombre cayó al suelo y se golpeó con fuerza la cabeza contra el asfalto. Ayshane se dio la vuelta y vio a los Inspectores Román y Booth apuntándolos con sus armas.

—Gracias —siseó arrastrando la ese—, pero no era necesario, lo tenía todo bajo control —sonrió ladinamente sin perder de vista al Zar por el rabillo del ojo.

El actual lugarteniente de su hermanastro y alto mando de los que un día

fueron sus Víboras no estaba muerto, tan sólo aturdido. Se levantaría en cuanto tuviese oportunidad. Ella haría lo mismo si, como él, tuviese un objetivo tan claro como lo parecía ella.

—Levante las manos y colóquelas en un lugar donde pueda verlas.

Sin dejar de apuntarla, Erick se acercaba a ella con pasos cortos, mientras Jason le cubría por la espalda. Ayshane se dispuso a levantar los brazos con las manos abiertas a ambos lados del cuerpo, pero vio un movimiento rápido del Zar, desenfundó la M&P9 que llevaba sujeta a las lumbares con un fino cinturón por debajo de la camiseta y le disparó entre ceja y ceja. Tarde, demasiado tarde.

—Mierda —gruñó entre dientes llevándose la mano a la cadera.

Dejó caer su arma al suelo y se apoyó en la pared. «El muy cabrón ha debido pillarme alguna vena», pensó al ver la cantidad de sangre que brotaba como un río descontrolado a punto de desbordarse.

Erick se guardó el arma a la espalda, miró a Jason por encima de su hombro, y se acercó a ella con cautela mientras su compañero le cubría.

—¿Tiene algún otro arma?

—Puedo matarte de diez formas diferentes solo con mis manos —gruñó taponándose la herida. Resopló.

Era demasiada sangre para un agujero tan pequeño, en pocos segundos ya había un charco considerable alrededor de sus botines negros.

—No necesito un arma para eso. —Alzó la vista hacia el agente.

Miró a Erick como un animal herido y peligroso que aún guarda un último aliento para plantarle cara a su cazador.

—Será mejor que llame a una ambulancia —Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

—Con eso sólo conseguirás que nos maten antes de haber llegado a

urgencias —siseó entre dientes con la mandíbula apretada mientras se erguía.

Trató de mantener el equilibrio sobre la pared, pero la pierna herida le falló y se tambaleó ligeramente hacia un lado. Al doblarse, un dolor seco le laceró el costado cortándole la respiración. Ahogó un grito.

—¡Joder! —apretó los dientes y se llevó la mano que tenía libre a las costillas por debajo de la americana.

Erick sacó el arma de nuevo y le apuntó con el teléfono aún en la mano. Sin prestar la menor atención a los agentes, Ayshane comenzó a palpase los huesos. «Una, dos, tres», contó acariciándose las costillas.

—Pon las manos donde pueda verlas —ordenó el agente.

Ayshane le miró por debajo de sus tupidas pestañas. Estaba empezando a ver borroso, le costaba enfocar a los agentes y controlar la respiración.

—Tengo una maldita bala alojada en la cadera y una costilla tocada, así que, a menos que tengas intención de utilizar ese arma para acabar conmigo, te recomiendo que la bajas. —Volvió a incorporarse con un gruñido bajo.

«Esta me la pienso cobrar a base de bien padre». Que el Zar apareciese era una posibilidad con la que había contado, pero ser alcanzada por él en un mano a mano, era algo que nunca antes se habría imaginado y que cambiaba por completo sus planes, que los precipitaba.

Con cautela, Erick fue bajando el arma. Miró a la joven de arriba abajo. Los vaqueros negros de pitillo impedían distinguir el reguero de sangre y el agujero de baja, pero el charco que había a sus pies alertaba de que había perdido mucha sangre.

—Vuestro jefe os ha vendido. —Ayshane cogió aire y lo expulsó con lentitud intentando controlar la respiración y, por consiguiente, el dolor—. Os vendió hace ya muchos años —dijo entre dientes, aguantando el ardor que sentía alrededor del agujero de bala—. Trabaja para Adrik. —De nuevo, ahogó un gruñido bajo.

La dichosa herida dolía, quemaba, escocía. Era consciente de que estaba a punto de perder el conocimiento. No era así como lo había planeado, pero debía asegurarse que los agentes la mantuviesen lejos de los hospitales o el plan se iría a pique antes de empezar y pondría a cada uno de ellos una diana en la espalda.

—Tengo pruebas, pero a menos que me llevéis a vuestra nave —echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, comenzaba a costarle coger aire para respirar— y permitas que tu amigo el Doc me corte la hemorragia, nunca sabréis la verdad. —Le miró y trató de enfocarle pero solo veía ya un par de borrones—. Eso si no queréis ser cómplices de otro asesinato.

—¿Otro asesinato? —preguntó confuso.

La joven había empezado a empalidecer y a balancearse como si en cualquier momento fuese a caer redonda al suelo.

—Erick... Va a perder el conocimiento —alertó Jason sin dejar de apuntarla al percatarse de su estado.

—Saya... —susurró Ayshane antes de comenzar a desvanecerse.

—¡Mierda! ¡Jason!

Erick la alcanzó antes de que se golpeará la cabeza contra el suelo. Jason guardó su arma, se acercó y le tomó el pulso en el cuello.

—Es constante, aunque ha perdido mucha sangre.

—¿Llegaríamos a la nave? —cargó sobre sus brazos el cuerpo de la joven.

Jason miró a Erick y a la lugarteniente un segundo antes de contestar.

—¿Crees que dice la verdad? —preguntó absorto en la exótica belleza que yacía abandonada a su merced en brazos de su compañero.

—No..., pero... —Erick miró a su amigo antes de volver a fijar la vista en ella.

—Iré a por el coche.

Jason corrió hacia la salida del callejón y fue en dirección al vehículo. A lo lejos se escucharon las sirenas. Eran los coches patrulla que se acercaban a la escena alertados por los vecinos y los trabajadores del local que se habían asustado por los disparos. Con la lugarteniente en sus brazos, caminó hasta la acera para esperar a que llegase su compañero. Algunos mirones se asomaban a las puertas y ventanas mientras los empleados del pub pedían con amabilidad a los clientes que volvieran a entrar en el local.

Por suerte, su amigo llegó antes que los coches patrulla. Con sumo cuidado, colocaron a la lugarteniente en el asiento de atrás. Erick se quitó la chaqueta de polipiel negra y la colocó bajo la cabeza de la joven.

—Ve tirando. Yo iré en cuanto pueda.

Jason alzó la vista hacia su compañero un segundo con preocupación. Arrancó y se marchó en dirección a la nave. Erick se quedó mirando cómo el coche se alejaba calle abajo, doblaba la esquina y se cruzaba con los coches patrulla que se acercaba hacia el punto donde él se encontraba. Guardó su arma en la funda sobaquera y preparó su identificación, que llevaba en el bolsillo de sus vaqueros. Volvió la vista hacia donde el coche y su amigo se habían marchado junto con su inconsciente error. Durante todos sus años de servicio, jamás se había saltado los procedimientos, siempre había hecho lo correcto. Asaltar, atrapar y entregar.

—Todos tenemos alguna mancha en nuestro expediente —repitió para sí las palabras con las que su comisario le había recibido el día que se incorporó a la Brigada de Operaciones Especiales.

Todos los agentes que él conocía habían cometido alguna vez un error que les había costado una operación, la vida de un ser querido, la expulsión del cuerpo, un accidente... Todos, menos él.

—Buenas noches. —Enseñó la identificación a los dos agentes que bajaron del coche—. Inspector jefe Erick Román. Síganme por favor.



Erick recogió todas las pruebas que pudo en el callejón, requisó extraoficialmente el arma de la joven y respondió las preguntas de los compañeros que habían sido enviados a la escena del crimen. Se quedó hasta que los de científica le dijeron que ahí ya no había nada que hacer. Intercambió con ellos los teléfonos y les indicó que avisaran a sus compañeros de Brigada para que procesaran las pruebas y les informaran de las posibles novedades.

Cuando llegó a la nave a las tres de la mañana en un taxi, entró y conectó el sistema de seguridad. Alicia salió a recibirle con cara de pocos amigos a la sala de operaciones que hacía de estancia principal y distribuidora de aquel piso franco.

—¿¡Te has vuelto loco!?! —gritó—. ¡Dime por qué narices la sala de primeros auxilios parece un maldito quirófano! —Le dio golpecitos con el dedo índice en el pecho en cuanto llegó a su altura—. ¡Por qué he tenido que salir al Hospital del Henares en mitad de la noche para requisar el instrumental que Jason necesita! —Los golpecitos del pecho se fueron intensificando hasta el punto de hacer retroceder a Erick—. ¡Y nada más y nada menos que para salvar la vida de la mujer que nos lleva volviendo locos durante todo el maldito operativo! ¡¿En qué demonios estabas pensando?!

—Alice... —Erick le agarró la mano acusadora.

—¡No, Erick! —Con un brusco movimiento logró soltar la mano que le había agarrado—. Espero que tengas una muy buena explicación para que no coja el teléfono y llame al comisario Víctor ahora mismo —recriminó volviendo a apuntarle con el dedo índice.

—No puedo darte esa explicación —respondió—. Aún no —Le acarició la mejilla y la besó en la frente—. Confía en mí, por favor —susurró suplicante sobre su coronilla.

Alicia era para Erick como su hermana pequeña, una mujer analítica,

inteligente y racional. La compañera perfecta, guapa, dulce, sin un ápice de arrogancia y con la humildad que muchos de sus compañeros de Brigada habían perdido el día en que les entregaron la placa.

Alicia le miró. No dijo nada. Dio media vuelta sobre sus talones y fue en dirección a la cocina.

—Alice... —suspiró.

La agente se quedó clavada en la puerta de la cocina pero no se dio la vuelta.

—Prepararé café. —Fue a dar un paso al frente pero dejó el pie en el aire un segundo antes de volverlo a bajar—. Todo esto —se giró y señaló a la sala de primeros auxilios—... es una mierda Erick. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Alicia tenía motivos suficientes para estar enfadada. Los tres se encontraban en serios problemas, y la situación podía complicarse aún más si la lugarteniente perdía la vida en manos de Jason por su inusual y estúpida decisión. Erick se acercó a la pizarra magnética, cogió la foto de la joven y la miró.

—Ni se te ocurra morirte. —Arrugó la foto en su puño—. No me compliques más la vida —dijo para sí entre dientes.

Tiró la foto de la muchacha sobre la mesa en la que hacía unas horas habían estado cenando y se dirigió a la sala de primeros auxilios. Sin hacer ruido, entró. Desde la puerta miró cómo Jason, concentrado, cosía el agujero de la bala que la joven había tenido alojada en la cadera. Cuando terminó, se levantó sin mirarle y se quitó los guantes de látex. Los tiró a una pequeña papelera metálica que había acercado con anterioridad hasta la camilla que cumplía la función de mesa de operaciones. Con el antebrazo ensangrentado se quitó el sudor de la frente. Fue entonces cuando le miró.

—He recogido algunas muestras de tejido para confirmar que es ella y he guardado la bala.

—Pero sabemos que es ella.

No se habían equivocado de objetivo. La mujer que yacía inconsciente sobre la mesa de metal era Ayshane Ivanova, hija de Eduard Ivanov y Saya Yamaguchi-Gumi, nieta de Taiyo y hermanastra de Adrik Ivanov y Elenka Ivanova. Ella misma había reconocido su relación con Adrik en el callejón. Las cámaras de seguridad del distrito de Ciudad Lineal que habían sido colocadas cerca del pub la reconocían como la menor del clan Ivanov asentado en España. Tenían varias fotografías de ella y era igual a todas las imágenes con las que contaban, salvo por el hecho que aquellas fotografías no le hacían justicia. La menor del clan de las Serpientes era de una delicada belleza exótica, de líneas suaves, con un ligero toque japonés que advertía peligro por todos sus poros. Y muy joven.

—Alicia tiene un cabreo de aúpa.

—Alice es un cerebritito —suspiró Jason—. En cuanto se sale de sus esquemas, de los procedimientos y de todo lo que controla, se pone nerviosa. —Se dio la vuelta y se dirigió al lavamanos que había instalado en la sala—. No se lo tengas en cuenta.

—No quiero meteros en un lío por una corazonada. —Se acercó al cuerpo de la joven.

—Un poco parte para eso, ¿no crees? —Empezó a frotarse con jabón las manos hasta los codos.

Erick, preocupado, se volvió para mirar a su amigo. Jason se secaba las manos hasta los codos con una toalla verde que había sacado del armario que había sobre el lavamanos. Sonreía como si para él lo ocurrido no fuera más que una chiquillada sin importancia.

—Cuando formaba parte del comando Delta —dijo mientras apoyaba el trasero sobre el lavamanos— y disfrutaba de uno de los últimos descansos que tuvimos en el operativo de vigilancia de la célula terrorista que teníamos asignada —tiró la toalla a un cesto de ropa sucia que había al otro lado del lavamanos—, me llegó una carta de mi madre en la que me advertía de que mi hermana no frecuentaba últimamente buenas compañías. Yo estaba a

punto de volver a Estados Unidos, así que pensé que lo mejor era esperar a llegar a casa para solucionar el problema, aunque esa pequeña vocecilla que todos los agentes llevamos dentro me decía que debía solucionarlo en ese momento, que era importante, que no debía esperar.

—¿Qué hiciste?

—La ignoré. —Negó con la cabeza acercándose al otro lado de la mesa donde se encontraba la lugarteniente.

Jason miró a la joven y le retiró un mechón rebelde que se había soltado de la coleta y se había pegado al corte que lucía en el labio.

—No hice caso a esa corazonada. —Cogió un algodón, lo mojó en Betadine y limpió el corte.

Cuando terminó, tiró el algodón al cubo metálico donde antes había tirado los guantes y agarró el borde de la mesa metálica tan fuerte que sus nudillos se pusieron blancos.

—El cuerpo de mi hermana fue encontrado flotando en el río Hudson —dijo con la mirada perdida en el río—. Había una nota.

Jason recordaba una a una las palabras de aquel mensaje. Las había leído tantas veces que aún le perseguían en sueños.

—No hay razón para la traición ni excusa para el corazón. Según la autopsia, todavía estaba con vida cuando le arrancaron el corazón. —Volvió del lugar al que de manera inconsciente se había trasladado—. Siempre me he preguntado qué habría pasado si hubiese llamado a mi hermana o hubiese intentado contactar con ella cuando mi madre me avisó de sus poco recomendables amistades.

—¿Crees que he obrado correctamente? —preguntó Erick mirando el cuerpo de la joven.

—Creo... que en todas las grandes bolsas de fruta siempre se puede encontrar alguna podrida. —Pasó por su lado y le apretó con fuerza el

hombro—. Somos un equipo. Si caemos, lo haremos juntos. —Tras esas palabras se marchó.

Erick se quedó a solas con el cuerpo de Ayshane. Se acercó al armario que había sobre el lavamanos y cogió un paquete de esponjas con jabón. Volvió sobre sus pasos y comenzó a lavar el cuerpo semidesnudo de la joven con mucho cuidado, como si fuera una obra de arte, una escultura que pudiera romperse con facilidad.

El corte que tenía en el labio inferior no era muy profundo. Se lo acarició con el pulgar. Ayshane tenía unos labios esponjosos, voluptuosos, sin ser exagerados. Le limpió los restos de Betadine que le había dejado Jason en parte del pómulo. Su piel era suave, como la de un bebé. Le retiró el flequillo que llevaba cortado hacia un lado. Las finas hebras de su pelo se escurrieron entre sus dedos. Siguió limpiando con esmero hasta el comienzo de su clavícula. Tenía la camiseta levantada hasta el pecho y un vendaje provisional.

Se fijó en que su amigo tan sólo le había cortado los pantalones hasta la rodilla de la pierna herida. Limpió alrededor de los puntos lo más cerca que pudo sin llegar a tocarlos y retiró la sangre que había en su muslo. Cogió las tijeras que Jason había dejado colocadas y lavadas en una mesita metálica con ruedas donde había estado trabajando en el cuerpo de la muchacha y siguió el corte del pantalón hasta el tobillo. Miró el reguero rojizo que recorría la pierna desde el agujero de bala hasta el pie, cogió una esponja limpia y lo lavó.

Alicia llegó en ese momento con algo de ropa limpia. La dejó en la encimera de metal que había al lado del lavaojos. Sin decir ni una palabra, volvió a salir de la sala. Cinco minutos más tarde había vuelto con la cámara Canon que solían utilizar para las pruebas.

—Jason me ha dicho que se mantiene estable y fuera de peligro —dijo al fin.

Erick la miró. Alicia no parecía tan enojada como cuando él había llegado a la nave, pero en aquellos ojos azules tan expresivos todavía se podía percibir su incomodidad.

—He pensado que con mucho cuidado podría cambiarla —prosiguió al ver que Erick no decía nada—. Supongo que en algún momento despertará...

—Lo siento —se disculpó de nuevo. Fue hacia ella y acunó las manos de su compañera entre las suyas—. Debí ponerte al corriente de todo antes de que Jason llegara.

—Hubiese sido todo un detalle. Sí —suspiró—. No te preocupes, Erick. Jason me lo ha explicado todo.

—Aun así...

—Estoy contigo —dijo cuadrándose de hombros—. Tu instinto nunca ha fallado, siempre nos has mantenido a salvo. Eres un buen inspector. —Le acarició la mejilla—. Pero como sea una trampa— miró de soslayo el cuerpo inmóvil de la joven—, le meto una bala entre ceja y ceja.

Erick sonrió ante el comentario tan violento de su compañera. Alicia no era para nada una mujer agresiva. Todo lo contrario. Era todo paz y armonía. Sosegada y tranquila por naturaleza, sólo con temple y nervio cuando la ocasión lo exigía se ponía nerviosa o se enfadaba, algo que ocurría en muy raras ocasiones.

—Ahora necesito que te marches. —Fue en dirección a la ropa y empezó a desdoblarla—. Yo me encargaré de ella.

—¿Seguro que no necesitas ayuda?

—Me las apañaré. No te preocupes.

Erick dejó a su compañera en la sala de curas con la lugarteniente. Tras comprobar que Jason se encontraba en la sala de operaciones revisando unos papeles, se dirigió a lo que tenía asignado como su dormitorio.

Las cinco habitaciones reformadas de aquella nave era dobles, y todas tenían un aseo incorporado con ducha. Muy parecidas a las de la Academia, aunque aquellas por lo general estaban decoradas de manera muy personal por cada uno de los agentes que las ocupaban. En este caso, como solían

pasar poco tiempo en los pisos francos porque iban rotando por seguridad, no tenían tiempo de personalizarlas, aunque siempre quedaba algo que identificaba cada habitación con el agente que en algún momento la había ocupado. En la suya había un pequeño osito vestido de policía de algún compañero o compañera anterior.

Se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero que había adosado a la puerta. Hizo lo mismo con la funda sobaquera, pero dejó el arma sobre la mesilla que separaba ambas camas. De la espalda se sacó el M&P9 que había requisado de manera ilícita en el callejón y que pertenecía a la lugarteniente.

—Una buena compañera, sí, señor —dijo para sí revisando el arma de la joven.

Dejó la pistola al lado de la suya. Se quitó la camiseta negra de manga larga estilo *basic* con cuello redondo de camino al baño. La echó en el cubo blanco junto con sus vaqueros azules desgastados. Las botas las colocó cerca del mueble del lavabo. Abrió el grifo de la ducha; mientras se calentaba el agua, terminó de desnudarse y se metió.

Cuando Erick entró con una taza de café en la sala de ordenadores, Jason estaba mirando el tatuaje de un mandala con forma de serpiente y Alicia observaba otro de un dragón chino alrededor de una flecha. Ambos dibujos eran fotografías en blanco y negro y parecían estar en diferentes partes del cuerpo según las imágenes.

—¿Qué tenemos? —preguntó llamando la atención de ambos.

—Mientras cambiaba al fantasma, he aprovechado para tomar algunas muestras del cabello, de las uñas y algunas fotografías —Alicia se dio la vuelta en su silla de ordenador—. No... No estaba muy segura de cómo debía proceder —reconoció dubitativa—, pero supuse que sería de utilidad saber dónde podría haber estado en caso de encontrar algún resto interesante por si vuelve a desaparecer.

—Ha sido todo un acierto Alice —sonrió Erick con dulzura. Se acercó a su compañera, la besó en la coronilla y miró la pantalla que tenía frente a ella.

—¿Qué has averiguado? —Acercó una silla y se sentó a su lado.

—En cuanto al pelo y a las uñas, no mucho. —Le pasó unos informes—. Nada que nos pueda guiar hasta su escondite.

Erick leyó los informes. Lo primero de lo que se percató fue que Alicia los había remitido como pruebas de otro escenario, de forma que no se pudiera conectar de manera directa con el incidente del callejón de Ciudad Lineal.

—Al desnudarla —prosiguió la agente volviéndose a la pantalla—, vi que tenía dos tatuajes de los que no teníamos constancia. Uno sobre el vientre —señaló la imagen de su pantalla—, y otro sobre las costillas, en el lado izquierdo de su cuerpo —señaló la pantalla sobre la que estaba trabajando Jason.

Erick dejó los informes a un lado y siguió con atención la explicación de Alicia.

—Por lo que he estado investigando —señaló la pantalla que tenía delante—, este tatuaje está relacionado directamente con la Yakuza.

—Tiene sentido —comentó.

La lugarteniente era hija de Saya y, por tanto, nieta de Taiyo, el máximo representante y responsable del clan japonés en España. Pero lo interesante del tatuaje que mostraba sobre su vientre y que comenzaba bajo sus pechos no era eso, sino que confirmaba, además, que había sido bautizada y aceptada en la organización de su abuelo, por lo que en cualquier momento podría ser reclamada por la mafia japonesa para atender cualquiera de sus negocios.

—Lo que no logro entender es qué relación tiene la flecha que rodea el dragón.

Erick miró la pantalla pensativo. Por lo general, todos los tatuajes de los miembros de la Yakuza, en concreto los pertenecientes a la familia de la que procedía la joven, tenían un dragón como elemento principal que solían adornar con otra serie de objetos que los relacionaban de manera directa con alguien de la organización.



—Puede que tenga algo que ver con su madre —Erick se acercó aún más a la imagen—. Creo que Saya significa flecha o algo así.

—¡Te tengo! —gritó Jason entusiasmado a su lado.

Ambos le miraron frunciendo el ceño. Con las ruedas de sus sillas se acercaron a él, uno a cada lado, y miraron la imagen partida de su ordenador. A un lado había un tatuaje de un mandala con forma de serpiente y al otro, la foto de una serpiente real.

—¿Qué... qué se supone que tienes, Jason? —Erick miró la pantalla desconcertado.

Se echó un poco hacia atrás y cruzó una mirada con Alicia. Ella le miró igual de confundida y se encogió de hombros.

—Jason... —Alicia llamó su atención.

—Sí, sí. Mirad —dijo al fin. Se reclinó en su asiento. Con el ratón señaló la foto del tatuaje—. Sabemos que todos los integrantes de la organización Ivanov cuentan con al menos un tatuaje en forma de serpiente.

—Sí. Marca su rango en la organización —añadió Alicia.

Jason asintió y maximizó una pantalla que tenía en la barra de herramientas con las fotos de todos los integrantes conocidos de la familia Ivanov.

—Eduard —agradó la foto del antiguo cabecilla de la mafia—, tenía tatuada una anaconda.

Minimizó la foto del tatuaje del antiguo cabecilla y puso en primer plano el tatuaje que Adrik tenía en la espalda. Sobresalía por encima de los hombros hasta el cuello.

—Sus hijos, Adrik y Elenka, tienen tatuada una cobra; Adrik, la cobra real, y Elenka, una cobra india. Todos los que trabajan directamente para él, tienen tatuada una víbora en alguna parte de su cuerpo, mientras que sus informadores y otros colaboradores tienen un roedor.

Superpuso con el ratón varios tatuajes de los mercenarios que trabajaban para la organización, fichados en las bases de datos policiales.

—Que es modificado en cuanto pasan a ser integrantes directos de los Ivanov —dijo Alicia.

La agente le quitó el ratón del ordenador y amplió la foto de un narco que hacía poco había sido detenido con un tatuaje de una víbora devorando a una rata.

—¿Y qué tiene de especial el tatuaje del fantasma? —preguntó Erick observando toda la información.

—Para empezar —Jason volvió a poner en primer plano el tatuaje de la chica—, este tatuaje es distinto a los demás. No es un tatuaje realista, como puede ser el del resto, es un mandala cuya forma crea la ilusión óptica de una serpiente —explicó Jason—, pero no es una cobra.

Los hijos de Eduard mostraban cobras tatuadas. Dado que la joven era hija del antiguo cabecilla de la *bratva*, debía portar como mínimo una serpiente igual a la de sus hermanos.

—¿Y qué serpiente es?

—Creo —Jason maximizó sobre todas las fotos de la pantalla la imagen de una serpiente—... creo que es una mamba negra.

—¿Una mamba negra? —Alicia se resbaló con su silla hacia el ordenador que había estado utilizando—. Espera un momento. —Hizo una búsqueda rápida—. No puede ser... Al sujeto conocido como Mamba Negra se le atribuyen un sin fin de crímenes sin resolver. Todos esos crímenes han sido investigados como resultado de una muerte sin pista alguna. Fueron archivados por falta de pruebas. Nunca han dado con el sujeto.

—Limpios y precisos —añadió Erick.

—Como la serpiente que la identifica —susurró Jason.

—Alice, ¿quién llevaba los casos del sujeto Mamba Negra hasta que

fueron archivados?

—Víctor —Alicia miró a sus compañeros—. El comisario Víctor.

La corazonada de Erick estalló. La lugarteniente había asegurado que su jefe les había vendido hacía mucho tiempo, pero ellos tenían muchos superiores, podía ser cualquiera de ellos, no tenía por qué ser necesariamente Víctor, aunque tampoco habría sido la primera vez que un policía trabajaba como topo para alguna organización criminal. Por suerte, no era habitual, pero por desgracia no se podía decir que fuera un caso aislado.

—¿Crees que ha dicho la verdad? —preguntó asustada Alicia—. ¿Es posible que Víctor trabaje para Adrik?

—No lo sé —Erick se levantó de la silla y dio varias vueltas calmadas por la habitación, pensativo.

—¿Entonces por qué coño nos asigna la Operación Fantasma? —soltó Jason entre dientes—. No es posible que la mujer que tenemos inconsciente en la sala de curas trabaje por su cuenta. ¿O sí? Todos los expedientes sin resolver... ¡Son demasiados! Sin pistas, sin nada que poder investigar. Un callejón sin salida.

—Si ella es la Mamba Negra, es mucho más peligrosa de lo que pensábamos inicialmente. —Alicia comenzó a abrir algunos de los archivos de las operaciones cerradas por falta de pruebas—. La tía no deja ni un cabo suelto. Esta búsqueda por la Interpol y hasta el FBI ha puesto precio a su cabeza.

Los tres conocían muchos de los casos en los que implicaban a la Mamba Negra. Los habían estudiado durante los meses en que se preparaban en la Academia antes de salir a la calle. Era asombrosa la cantidad de muertes que se le atribuían a aquel sujeto. Si lo identificaban como Mamba Negra era porque científica había encontrado en todos los cuerpos la toxina de la letal serpiente. Un veneno tan limpio como mortífero.

—Puede que sólo sea una coincidencia —susurró Erick para sí en voz alta.

—Y si no lo es —Alicia miró hacia la puerta—, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —Erick miró también hacia la puerta entornada de la sala—, pero antes de dar cualquier paso, necesitamos pruebas.

Ayshane fue recuperando la consciencia a la misma velocidad con la que los primeros rayos de sol se abrían paso entre las oscuras cortinas de la noche. Se quedó quieta, con los ojos cerrados. Lo había aprendido de su madre. A saber dónde podía encontrarse cuando despertaba de un estado de inconsciencia como el suyo. Lo más seguro era hacerse la dormida o, en su caso, la inconsciente. Primero tenía que identificar si existía la posibilidad de estar en peligro.

Repasó mentalmente los sucesos que le habían llevado a aquel lugar desconocido. Recordó haber sido golpeada y disparada por el Zar en un callejón de Madrid, pero no estaban solos. El agente Jason Booth también estaba allí cubriendo a su compañero, el agente Erick Román. Y Alicia... No, no recordaba que la oficial Alicia Sánchez estuviera presente.

Como si su cerebro fuese el disco duro de un ordenador, descargó en su memoria las imágenes de las posibles ubicaciones a las que la podían haber trasladado. Había sido herida y requería atención médica, pero sabía que el inspector Booth tenía cualificación y experiencia suficiente como para atender sus lesiones. En ese caso, era posible que estuviese en la nave que los agentes ocupaban como piso franco, pero también cabía la posibilidad de que su treta para conseguir que la trasladasen a la nave no hubiese funcionado y la hubiesen dejado a disposición de los servicios de emergencias, intención que, recordó, tenía el inspector Román antes de que ella se desmayara. Sin embargo, el sitio en el que se encontraba se hallaba en completo silencio.

Se concentró entonces en inhalar los aromas que la rodeaban. Olía a antiséptico y a... Betadine. Sí. Olía a Betadine, pero no percibía ese olor tan característico de los hospitales.

Ahogó un suspiro de alivio. Pestañeó varias veces para enfocar y para acostumbrarse a la poca luz de la única lámpara que iluminaba aquella sala y que tenía sobre sí. Miró con disimulo por el rabillo del ojo a ambos lados, sin moverse demasiado, para verificar si había alguien con ella. Comenzó a moverse con lentitud. Colocó las palmas de las manos sobre la mesa en la que

se encontraba. Era dura, fría y metálica. Giró la cabeza a ambos lados de la habitación. Estaba sola. No había nadie vigilándola, y la puerta estaba cerrada. Se incorporó despacio. Estaba un poco entumecida, aturdida, desorientada. No sabía qué hora era ni cuánto tiempo llevaba allí. Comprobó que le habían colocado en el dorso de la mano una vía con suero y lo que parecía algún tipo de calmante por goteo. Cerró las entradas de la vía y con mucho cuidado extrajo la aguja del brazo. Cerró el suero y el calmante. Se sentó con las piernas colgando sobre la mesa en dirección a la puerta y miró a su alrededor.

La sala era aséptica, con el mobiliario justo y de metal. Parecía un lugar destinado a realizar unas primeras curas de emergencia. Apoyó ambas manos sobre la superficie de la mesa con intención de bajarse, pero al hacer fuerza le molestó el costado.

Recordó entonces que el Zar le había golpeado en el lado izquierdo a la altura de las costillas. Se levantó la holgada camiseta negra de manga corta que al parecer le habían prestado y comprobó que tenía un vendaje alrededor de su torso, por debajo del pecho, que le llegaba hasta la cintura. El vendaje se había soltado, o lo habían soltado, así que optó por quitárselo y tirarlo a la papelera que había junto a la camilla metálica.

Ahogando un gruñido y aguantando la respiración, se bajó teniendo mucho cuidado con la pierna que había recibido el impacto de la bala. Por suerte, quien le había cambiado había pensado en todo y le había vestido con un pantalón de chándal gris claro cuya cintura podía remangarse por debajo de los puntos de su cadera para que no le molestase. Dio una vuelta lenta sobre sí misma. La pierna le dolía un poco, lo suficiente como para hacerle cojear cuando apoyaba el peso de su cuerpo sobre la pierna herida, pero debía soportarlo. Su madre se reiría de ella si no lo hiciese. Tenía que mostrarse fuerte, entera. Cerró los ojos, inhaló con solemnidad y empezó a controlar los latidos de su corazón. Cuando estuvo lista, abrió los ojos y empezó a buscar sus cosas.

Al otro lado de la camilla metálica había una encimera, también de metal, con su ropa. Se acercó descalza presionando con la mano sobre la herida de bala y cojeando para ver si estaba el resto de sus pertenencias, pero sólo encontró el reloj. No veía su M&P9 por ningún lado y necesitaba un arma.

Con sumo cuidado, fue hasta la puerta. Se apoyó para captar algún ruido al otro lado, pero todo parecía estar en silencio. Muy despacio, abrió y se asomó a una especie de extraño salón que los agentes tenían en aquel lugar.

Agachándose todo lo que la herida de bala le permitía, con una mano sobre ella, fue con sigilo hasta detrás de un sofá que había frente a la sala de la que salía, se acuclilló y echó un vistazo general. No parecía haber nadie, pero no creía que la hubieran dejado allí sola, así que aguardó en silencio unos segundos.

Un murmullo procedente de la sala que quedaba al otro lado de ese salón frente al sofá llamó su atención. Podía distinguir dos voces, ambas masculinas.

Según la última actualización de la información que había recibido en el barco sobre los agentes, los únicos desplazados a un piso franco en la operación que pretendía darle caza eran los tres cuya información le había pasado su padre en una carpeta. No había constancia de la existencia de ningún agente más en la nave. El resto trabajaban directamente desde la brigada, en las oficinas, de modo que la oficial Sánchez podía encontrarse en aquella sala, callada, junto a sus compañeros, o en el exterior de la nave, o dentro de esta, y todavía no se habían cruzado. Miró a su derecha, había una estancia con las luces apagadas. Se acercó sin dar la espalda a la puerta desde donde provenían las voces. Una cocina. Vacía.

Cruzando el salón hacia el otro extremo, había unas escaleras que subían a una planta superior. La nave había sido reformada como un *loft* con amplios espacios abiertos y pocos tabiques, lo que permitía que desde su posición se divisara a la perfección la planta de arriba.

Podía ver un pasillo con cinco puertas. Miró a ambos lados y atravesó el salón en silencio sin dejar de controlar la puerta de la sala donde debían estar por lo menos dos de los tres agentes. Subió las escaleras. Fue abriendo con sigilo cada una de las puertas. La primera, vacía. La segunda, también vacía, aunque parecía ocupada. Por los botes de cremas y perfumes que había en la mesilla que separaba las dos camas, supuso que su inquilina debía ser la oficial Sánchez, la única mujer del trío. Entró y revisó rápidamente la habitación y el baño. No había rastro de su arma. De camino hacia la salida,

se fijo en unas deportivas blancas que había en el suelo junto a la cama, entre la mesilla y la tela roja que caía y cubría el colchón. Las cogió, miró el número en la suela, arqueó una ceja, sonrió, con cuidado se sentó sobre la cama y se las puso sin perder de vista la puerta. Salió y se dirigió a la tercera habitación. Vacía. No obstante debía pertenecer a uno de los dos Inspectores. Echó un vistazo a la cazadora de polipiel marrón. Era la habitación del inspector Booth. Recordaba haberle visto la noche anterior con esa chaqueta. Entró en la habitación. Ojeó sin perder demasiado tiempo, pero su arma tampoco estaba por allí, así que pasó a la siguiente habitación, la cuarta. Vacía.

Llegó a la última, que por descarte tenía que ser la ocupada por el inspector Román. Abrió la puerta y, como si un canto de sirena le llamase, la vista se le fue en dirección a la mesilla. Su M&P9 estaba allí. Miró hacia atrás. Los agentes todavía no habían salido de la sala donde se encontraban y parecían no haberse dado cuenta que había despertado. Entró a la habitación, cogió su arma y se la guardó en la zona lumbar por debajo de la camiseta.

Ya armada y segura de que la oficial Sánchez no se encontraba en la nave, bajo los escalones de uno en uno y fue directa a la pizarra y la mesa que había casi en el centro.

Ojeó la pizarra con interés. Había un organigrama de la *bratva* que había pertenecido a su padre y que en la actualidad encabezaba su hermanastro. Bajo la foto de Adrik había una suya arrugada y con un rótulo que decía: «Lugarteniente». Se acercó y la quitó. La puso al lado de la de su padre y su madre, fuera del organigrama. Comprobó el resto de las ramificaciones de aquel árbol genealógico. Parecía estar todo bien, salvo por el Zar, que no estaba incluido. Cogió un rotulador para pizarras que había sobre la mesa y escribió en el lugar que ocupaba su fotografía el nombre de su homólogo. Trazó una línea hacia una parte en blanco de la pizarra y escribió el nombre de Elenka, su hermanastra, que operaba desde Rusia, por lo que tenía sentido que no estuviera incluida dentro de aquella investigación. A fin de cuentas, ella era el premio gordo. Sonrió.

Fue hacia la mesa y revisó algunos de los papeles. Todos contenían información relativa a su familia y la organización Ivanov. Direcciones de talleres, almacenes, teléfonos requisados, arrestos de posibles



colaboradores... Ayshane revisó los informes de posibles colaboradores. Cogió un subrayador amarillo y resaltó los nombres de los que sí eran. Podía estar fuera de la organización y trabajar a la sombra, pero en ningún momento le había perdido la pista a Adrik, a sus negocios o a la gente con la que se movía.

En ese mismo momento, la puerta de la sala donde se encontraban los agentes se abrió.

—Pon las manos donde pueda verlas.

Sin darse la vuelta reconoció aquella voz cortante y siguió resaltando los nombres de la última hoja.

—Buenos días a usted también, inspector Román —se limitó a responder hasta terminar de subrayar y apuntar algunos nombres.

Se giró y vio a los dos agentes apuntándola con sus armas. Desde la última vez que les había visto, se habían cambiado de ropa.

Ambos llevaban pantalones vaqueros, los del inspector Booth negros, a juego con una camiseta blanca de cuello de pico que marcaba todos los músculos de sus brazos y se ceñía a la curvatura de su immaculado torso. Su compañero, el inspector Román, por el contrario, se había puesto una camiseta negra que resaltaba el color de sus ojos y se ajustaba a los músculos de su cuerpo como un guante, a juego con sus pantalones azul desgastado y las botas de media caña negras.

Miró alternativamente a uno y a otro, se apoyó con delicadeza sobre la mesa, cruzó la pierna herida sobre la buena y los brazos por debajo de sus pechos ensalzándolos de manera inconsciente.

—¿Dónde está la oficial Sánchez?

Los agentes se miraron sin responder y sin bajar el arma. Ayshane puso los ojos en blanco y suspiró con teatralidad.

—Está bien. Como queráis.

Alzó las manos y las puso a ambos lados por detrás de su cabeza. Se irguió y esperó. Erick se acercó sin dejar de apuntarla.

—Voy armada —reconoció cuando estaba a menos de un palmo de distancia—. Si me dejas sacar el arma, la dejaré gustosa encima de la mesa.

—Entrégamela y date la vuelta.

—Estas de broma —rio—. No pienso quedarme desarmada. No soy estúpida.

—Creía que podías matarme de diez formas diferentes sin necesidad de un arma —replicó en tono burlón, haciendo suyas las palabras que ella le había dicho en el callejón.

Ayshane sonrió, arqueó una ceja divertida y bajó con lentitud una de sus manos, sacó su arma y se la entregó.

—Llevo casi una hora dando vueltas por aquí. Si hubiese querido mataros, ya estaríais muertos —sonrió.

—Date la vuelta.

Obedeció, se dio la vuelta con las manos en la nuca y esperó a que se acercara. Un segundo después el calor de su cuerpo la golpeó. Erick le dio un ligero golpecito con el pie en los tobillos indicándole que abriese las piernas un poco. Obedeció y las separó.

Jason se acercó entonces y, sin dejar de apuntar en ningún momento a la joven, recogió el arma de la lugarteniente que su compañero le entregaba.

Erick se guardó su USP en la zona lumbar por encima de su camiseta y comenzó a cachearla desde debajo de las axilas. Bajó con suavidad por el contorno de su cuerpo prestando especial cuidado a la zona de las costillas. La joven siseó y contoneó la parte superior de su cuerpo como si fuese una serpiente.

—¿Te duele?

—No exactamente —respondió silbando la última palabra.

Ayshane le miró por encima de su hombro de manera seductora mientras se mordía con sensualidad el labio inferior. Erick dio un inapreciable respingo ante la provocación de la joven. Jason sonrió de medio lado y negó con la cabeza divertido por la inusual situación sin dejar de apuntar a la lugarteniente y cubrir a su amigo.

—En realidad, para ser la primera vez que me cachean, es muy excitante —siseó arrastrando las eses de sus palabras.

Erick apretó la mandíbula, frunció el ceño y habló entre dientes, haciendo una pausa entre cada palabra:

—Mira al frente.

Ayshane siseó, se volvió a contonear y posó su mirada al frente, de espaldas al agente. Erick terminó de cachearla con cuidado, se dio media vuelta y miró a Jason, que arqueó una ceja, puso los ojos en blanco y sin poder remediarlo se echó a reír.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —gruñó irritado.

—¿Has terminado ya? —preguntó encogiéndose de hombros entre los rescoldos de la risa.

—Date la vuelta —ordenó a la lugarteniente sin contestar a su compañero.

Ayshane obedeció de inmediato. Le estaba empezando a gustar aquel *roleplay*. Tenía su puntito, así que, ¿por qué no tensar más la cuerda? Dio un paso al frente y se quedó a escasos centímetros del agente. El inspector Román era mucho más alto que ella, pero no la intimidaba en absoluto. Al contrario, aprovecho la diferencia de altura para mirarle a través de sus largas y generosas pestañas. Se mordió el labio y chasqueó la lengua.

—¿Vas a cachearme también por delante? —le provocó arrastrando la ese—. No muerdo —sonrió.

Erick emitió algo parecido a un gruñido bajo mientras Jason intentaba

aguantar la risa y mantener la compostura.

—Qué sabes de Alicia.

—Pregúntame mejor qué no sé. ¿Puedo bajar ya las manos, inspector?  
—susurró acercándose a su oído y silbando como una auténtica serpiente.

Como si un escalofrío le recorriera la espalda, a Erick se le puso la piel de todo el cuerpo de gallina. Carraspeó incómodo y dio un paso hacia atrás.

—Jason, baja el arma —ordenó con brusquedad.

Se acercó al sofá que había al lado de Jason, frente a ella, se sentó con aire desenfadado y la miró de arriba abajo. Jason se guardó ambas armas, se acercó a una silla que había junto a la mesa, la llevó a la altura del sofá y se sentó a horcajadas.

Ayshane bajó las manos lentamente y se apoyó de nuevo sobre la mesa. Miró de medio lado al inspector Román y lo que vio no le gustó. Sentía como si la estuviera juzgando. Sabía leer el lenguaje corporal, quizás no tan bien como Jason, que era un experto en perfiles, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que el juego se había terminado y había llegado la hora de dejar las cosas claras.

Tras un breve silencio, tiró de los archivos de ese disco duro orgánico que tenía por sesera y comenzó a recitar parte de la información que conocía sobre la agente.

—Alicia Sánchez Valiente, veintisiete años, soltera. Sin relación conocida. Corrígeme si hay algo que no cuadra —sonrió con desdén—. Hija de madre camarera y padre consultor financiero. Ambos vivos y resientes en Puebla de Sanabria. Hija única. Ingresó en el cuerpo a los dieciocho años. Para mi gusto y el de la gente contra la que os enfrentareis, es demasiado lenta en el cuerpo a cuerpo. Tiene por costumbre centrar la mayor parte de sus golpes en la zona superior, algo que con un poco de entrenamiento sin duda se podría corregir —no es que fuese muy grave por las grabaciones que había visto—. Es buena tiradora, zurda. No suele sacar a pasear su arma muy a menudo y descuida bastante su flanco izquierdo, aunque supongo que eso también podría

solucionarse sin problemas. Es algo que deberías haber detectado y perfeccionado con ella. —Miró acusatoriamente a Erick—. Como instructor de tiro, deberías conocer cuáles son los puntos débiles de tus agentes. —Alzó una mano para que la dejase terminar—. Habla inglés, chino y japonés. Matriculada en ruso desde hace tres meses. Yo podría ayudarla con eso —sonrió con frío encanto—. Es vuestro *hacker* de alto nivel. La mejor de la Brigada de Operaciones Especiales a la que los tres pertenecéis.

Esperó para ver si alguno de los dos decía algo, pero ambos se limitaron a mirarla sin decir nada. Supuso que no era ese el tipo de información que esperaban que tuviera.

—Esa es parte de la información de la que dispongo —se deshizo la coleta y se la volvió a rehacer algo más tirante— o, mejor dicho, de la que me acuerdo así, a bote pronto. Tengo por ahí su dirección, acceso a informes médicos, números de cuenta, teléfonos... —Apoyó las manos sobre la mesa de madera y se alzó para sentarse sobre ella.

Se resintió de la costilla dolorida. Ahogó un gruñido y se llevó la mano al costado. Se lo acarició, pero se quedó paralizada cuando vio a Jason levantarse, ir a la sala de curas y traer consigo una pomada. Erick siguió con la mirada a su compañero sin decir ni una sola palabra.

—Levántate la camiseta —dijo cuando estuvo a su lado.

—¿Perdón? —Arqueó una ceja contrariada.

Erick sonrió divertido de manera inconsciente. Jason puso la caja de la pomada frente a ella. La agitó lo suficiente como para que sonara. La abrió y se colocó una nuez del ungüento en los dedos índice y corazón.

Ayshane le miró, tardó un poco en reaccionar. No esperaba en absoluto ese trato por parte de los agentes. En realidad, no esperaba aquel trato por parte de nadie. Nunca antes la habían curado. Siempre se había lamido a solas las heridas, y prefería que siguiese siendo así, pero no estaba en situación ni era momento de ponerse a discutir. Se levantó la camiseta hasta dejarla por debajo del pecho, dejando al descubierto el tatuaje del dragón sobre su vientre y la mamba negra que tenía sobre las costillas. Se enderezó, cerró los

ojos y miró hacia otro lado apretando los dientes. Jason comenzó a aplicar la pomada con mimo, extendiéndola con cuidado, sin presionar.

—Veo que te has quitado la venda —tapó la crema y se hizo a un lado.

Erick se fijó en el tatuaje del mandala en forma de serpiente que llevaba en el costado. Sobre la cabeza de la serpiente, justo donde Jason acababa de aplicarle la crema, Ayshane lucía un feo moratón que apenas se apreciaba cuando le hicieron las fotos.

—Estaba medio suelta —se encogió de hombros y se bajó la camiseta con cuidado de no retirar la pomada—. Gracias.

Jason la miró por debajo de sus pestañas de soslayo mientras metía el tubo en la caja.

—Por salvarme la vida.

—No hay de qué. La herida era aparatosa, pero no compleja. —Dejó la pomada al lado de la joven—. La bala no se había alojado del todo en el hueso —se restregó los restos de crema que le quedaba en los dedos por ambas manos—. Aplícatela tres veces al día. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección a la caja y volvió a su sitio.

Ayshane se quedó un poco descolocada. No sabía muy bien cómo desenvolverse en una situación así. Era la primera vez, y era bastante incómodo para alguien como ella.

—Ese tatuaje... —Erick señaló con el dedo índice del brazo que descansaba sobre el reposacabezas del sofá en dirección al tatuaje sobre el que Jason había aplicado la crema—. ¿Qué serpiente es?

Ayshane le miró. El vello de la nuca se le erizó, señal inequívoca de que la situación empeoraba por momentos. Alzó la cabeza, «De perdidos, al río», pensó, y contestó sin titubear:

—Una mamba negra.

Jason miró a su compañero de soslayo pero no movió ni un músculo. La

lugarteniente acababa de reconocer que aquel tatuaje representaba precisamente lo que él había descubierto tras una larga investigación hacía tan sólo una hora. Erick, por el contrario, apretó el sofá con la mano que había dejado descansando sobre el respaldo.

—¿Eres la Mamba Negra o tan sólo una serpiente más de tu organización?  
—preguntó rígido.

—¿Por qué no me preguntas directamente si estoy relacionada con las investigaciones de Víctor y terminamos antes?

Nunca se había sentido ofendida por ser quien era, por hacer lo que hacía. Aquella era la primera vez, y esa sensación no le gustaba. Aun así, se las apañó para bajarse de la mesa sin mostrar ningún ápice de dolor. Había llegado la hora de enfrentar a los agentes y poner todas las cartas sobre la mesa. No sabía cuántas horas llevaba inconsciente y el tiempo se les echaba encima.

—Dime entonces por qué debemos fiarnos de una asesina —Erick se levantó también del sofá.

—No soy una simple asesina —respondió entre dientes con mirada desafiante.

Era algo mucho más complicado y difícil de explicar. Cierto era que acarreaba con un sinfín de muertes sobre sus hombros, pero todas y cada una de aquellas ejecuciones tenían un por qué.

—¿Qué eres entonces, un sicario? —Se acercó a ella—. Sí, claro, eso es mucho mejor. Tiene más nivel, ¿no es así? Es mejor ser un sicario que un asesino, dónde va a parar —Alzó ambos brazos con teatralidad.

Se acercó aún más. Tanto que Ayshane tuvo que echarse hacia atrás para poder mirarle. Era la primera vez que necesitaba espacio en una situación así. Erick lo absorbía todo a su paso. Tenía que encontrar la forma de volver a hacerse con el control o acabarían mal, muy mal.

Fue a responder, pero dos botes de humo entraron atravesando el cristal de

los dos únicos ventanales que tenía la nave en su planta baja al lado de la puerta.

Jason se colocó tras el sofá de un salto y preparó su arma. Erick cogió el bote que tenía más cerca y lo volvió a tirar hacia la ventana, haciendo un nuevo agujero, colocándose bajo ella y sacando su arma. Ayshane hizo exactamente lo mismo pero antes de cubrirse echó un rápido vistazo al exterior. Se agachó bajo otra ventana y miró a los dos agentes. Ella iba desarmada. No podía luchar a esa distancia sin ser herida de bala otra vez.

—Dame tu arma —estiró la mano hacia Erick.

—Sigue soñando, nena.

«¿Nena? ¿Le había llamado nena?». Ayshane frunció el ceño. Suspiró. Se llevó una mano al puente de la nariz y negó con la cabeza.

—Sabía que esto no iba a ser fácil —dijo lo bastante alto como para que Erick lo oyese.

Otro bote de humo atravesó la ventana que tenía encima. Se movió agachada tapándose las vías respiratorias, lo cogió, lo volvió a tirar al exterior y se colocó donde estaba al principio.

—Erick, dame tu arma.

Buscó un tono amistoso que, al menos hasta ese momento, desconocía que sabía utilizar. Por norma, ella daba órdenes, no explicaciones.

—Si hubiese querido desaparecer o acabar con vosotros, estaríais muertos y yo fuera de vuestro radar —dijo algo más calmada—. Si nos relacionan irán a por todos, y muertos no me servís. Los tíos que hay ahí fuera son Víboras, así que, si no quieres salir de aquí con los pies por delante y deseáis salvar a vuestra compañera —habló separando cada sílaba—, dame la maldita arma —siseó.

Erick miró a Jason. Éste asintió. Que fuese el inspector jefe al mando en el operativo no lo convertía en un tirano. Siempre intentaba tomar las mejores



decisiones teniendo en cuenta la opinión de todos los agentes a su cargo, así que con el consentimiento de su compañero, Erick le dio su arma reglamentaria.

—Jason, pásame tu pistola, ve al armero, coge lo que necesites y sube al tejado —ordenó Erick.

—Jason —Ayshane esperó a que el agente la mirara—. Vigila tu espalda.

La lugarteniente quitó el seguro el seguro al arma y se levantó pegada a la puerta. Miró a Erick, que empuñó la pistola de su compañero, se levantó y se colocó a su lado cubriéndose con el espacio que había entre la puerta y la ventana.

—¿Tu agente sería capaz de coger el arma y disparar si tiene oportunidad? —preguntó refiriéndose a Alicia.

—Sí.

La lugarteniente se recogió un mechón de pelo rebelde tras la oreja y agarró el pomo de la puerta con intención de salir.

—Estás herida. —Puso la mano sobre la de ella.

Con suavidad, Ayshane le apartó la mano y sonrió con aquella mueca fría, letal, segura de sí misma, cruel y espantosamente sexy que todo el mundo a su alrededor temía tanto o más como idolatraba. Erick se la quedó mirando paralizado.

—Como ya te he dicho, no soy una burda asesina —dijo arrastrando las eses de las palabras—. Voy a recordarles a mis pequeños por qué dicen que mamá tiene un mal despertar. —Se colocó el arma en las lumbares y se dispuso a salir.

Era sábado por la mañana. El polígono tenía muy poca actividad, y la zona donde se situaba la nave de los agentes estaba rodeada de empresas que trabajaban de lunes a viernes por la tarde, por lo que no había demasiados civiles.

Ayshane esperó a que Erick se colocara en un buen ángulo, resguardado pero con visibilidad como para poder disparar. Una vez el agente le dio su asentimiento, abrió la puerta muy despacio.

No se molestó en subir las manos a la cabeza. Tampoco en sacar el arma. Se limitó a salir con movimientos gráciles, con seguridad, intentando ocultar en todo momento la sutil y pasajera cojera. Apretó los dientes y controló la respiración a cada paso. Los efectos del calmante estaban empezando a desaparecer pero en aquel momento más que nunca debía aguantar. Si los Víboras detectaban que había sido herida, que no estaba al cien por cien, estaba segura que no dudarían en aprovechar aquella oportunidad. Era algo que ella misma les había enseñado. No podía mostrar debilidad. No ante los que un día fueron sus hombres.

Era posible que su fama la precediese, que dudasen un instante antes de disparar contra ella, pero nunca osarían decepcionarla, debían intentar matarla si esas eran las órdenes que habían recibido.

Ya no trabajaban para ella, pero los había entrenado, habían crecido a su lado como los Víboras en que se habían convertido, los había adoctrinado para ser los mejores. Lo que no sabían es que nunca los había preparado lo suficiente como para matarla, algo que también aprendió de su madre.

*—Madre, ¿puedo hacerle una pregunta?*

*—Ya la estás haciendo —respondió mientras le colocaba un cable de púas alrededor de los nudillos.*

—¿Por qué nos instruyes a los tres por igual?

*Saya se quedó un instante pensativa. Acto seguido reaccionó. Cogió una venda y comenzó a envolver las púas para empezar con el entrenamiento, pero no contestó.*

*—Mis hermanos ya son unos monstruos, no creo que sea necesario entrenarlos —insistió ante el silencio de su madre.*

*Cuando terminó de vendarla, Saya la miró y, sin decir nada, puso las manos sobre sus hombros, la atrajo hacia sí y la envolvió en un cariñoso abrazo.*

*—No os entreno a los tres por igual, mi pequeña Mamba —le susurró al oído—. Ellos, son mis alumnos; tú, mi discípulo. —Se separó y la miró—. Un alumno nunca será capaz de superar al maestro.*

Aquellos Víboras eran sus alumnos. No sus discípulos. Ella no tenía discípulos, nunca los había tenido, jamás le dieron la oportunidad de tenerlos. Aquellos hombres no habían sido entrenados para acabar con la Mamba Negra.

Se situó a unos escasos cuatro metros de distancia frente al que hasta hacía tan sólo cinco años había sido su mano derecha, y que mantenía cautiva a la agente Sánchez con un brazo alrededor del cuello, mientras que con la otra mano le apuntaba en la cabeza con un arma.

Ayshane miró de reojo por encima de su hombro hacia el tejado. No veía a Jason, pero suponía que estaba allí. De manera rápida, sutil, casi inapreciable, comprobó la ubicación y el número de Víboras que Adrik había enviado esta vez en su búsqueda. Había uno sobre el tejado de la nave de enfrente, escondida. «Muy mal escondida». Otro tras una furgoneta Mercedes Vito, justo en la trayectoria de Erick, y otro más tras la puerta abierta del piloto de un R8 negro. Todos jóvenes. «Demasiado jóvenes». Sonrió con aquella mueca que cualquiera que la conociera sabía que no auguraba nada bueno y encaró desde la distancia a Dima, el que había sido su número dos hasta hacía cinco años, el que sin duda era el más peligroso de los que habían venido a

buscarla aquel día. Si alguna vez pensó en tener un discípulo, habría sido él.

—Me decepcionas —siseó arrastrando la ese con aquel movimiento ondulante de su cuello, tan característico en ella, que imitaba al movimiento de una serpiente—. Te tiembla la muñeca. —Señaló con la cabeza la mano con la que Dima apuntaba a la agente.

—No mucho más que tú a mí, traidora —respondió afianzando el arma—. Te tenía por una mujer de honor.

Con un movimiento rápido, tan ligero que ni los Víboras, ni los agentes pudieron apreciar, sacó el arma que tenía tras la espalda y disparó contra el tirador del tejado.

Ninguno se había percatado debido a la distancia, pero ella no era una simple asesina como Erick le había dado a entender, y gracias al duro entrenamiento que había recibido por parte de su madre hasta el mismo día en el que Adrik se la arrebató, se percató del sutil movimiento que el joven había realizado para cargar el arma y disparar contra ella.

—¿Qué hay de honorable en enviar a unos novatos a por la que un día fue tu lugarteniente? —le apuntó—. ¿Acaso la Cobra sabe que la Mamba se le atragantaría? ¿Es eso, Dima? ¿Adrik tiene miedo? ¿Por eso se esconde tras las que un día fueron mis Víboras?

—Adrik es ahora mucho más fuerte. Cuenta con el apoyo de Elenka y con la protección del Zar.

—¿El Zar? —preguntó entre risas— ¿Qué tal está? Ay... no. Que está muerto. Qué tonta —se rascó la sien con el cañón de su arma—. Había olvidado que ayer mismo le maté. ¿Adrik no te ha informado de tu ascenso? —Arqueó una ceja divertida.

Se carcajeó ante la cara de sorpresa de Dima. Era obvio que a su hermanastro se le había olvidado comentar ese pequeño detalle a sus Víboras cuando les envió a por ella, y era muy evidente que la temía.

—Suéltala, Dima —siseó apuntándole—. Salva a tus hombres. Me conoces

lo suficiente como para saber que estaréis muertos antes de que puedas apretar ese gatillo.

—No estés tan segura, he sido entrenado por la mejor —sonrió y afianzó el arma sobre la sien de Alicia—. ¿Ahora trabajas para la poli?

—*Net* —negó con la cabeza—. Digamos, más bien, que no trabajo para Adrik —respondió metiéndole un tiro al joven que la apuntaba desde el R8 justo en el momento en el que se levantaba para dispararla—. Sólo te queda un hombre en pie. —Volvió a apuntarle—. No me obligues a repetirme, sabes que odio tener que repetir las cosas. —Puso los ojos en blanco.

Dima sonrió, acercó la boca al hueco del cuello de Alicia y la olisqueó antes de lamerla. La agente hizo ademán de apartarse, movimiento que Ayshane aprovechó para disparar al que había sido su segundo al mando en el hombro, justo en el brazo en el que portaba el arma, con la esperanza de que Erick o Jason la cubriesen, y así fue. Un disparo tras ella hizo caer al único hombre de Adrik que quedaba en pie. Dima fue a coger el arma pero la agente fue mucho más rápida. Se hizo con la pistola y le apuntó.

—Ni se te ocurra moverte desgraciado —ordenó apuntándole sin ninguna gracia.

El Víbora sonrió y lanzó un beso a Alicia mientras Ayshane se acercaba apuntando a la agente con la USP de Erick. Dima era su mano derecha, el único al que había considerado un verdadero hermano. Si alguien tenía que acabar con su vida era ella. Y la muerte era su única salvación.

—Suelta el arma —siseó a un paso de distancia de la agente.

Alicia la miró desconcertada, pero no soltó el arma. Esperó a que Erick se acercase para tenerla cubierta y protegida.

—Baja el arma —ordenó Erick una vez estuvo un paso por detrás de su compañera.

La lugarteniente zigzaeó la cabeza con ese movimiento que resultaba tan hipnótico como seductor.

—Dima tiene que morir —respondió.

—No es necesario —Erick dio un paso al frente.

Sin dejar de apuntar a Ayshane, agarró con la mano libre del brazo a su compañera y la atrajo hasta colocarla tras él.

—Esa —disparó al joven en el pecho— no es una opción —susurró apenada.

Alicia dirigió el cañón de su arma y apuntó a la joven para cubrir a Erick, que no había dejado de encañonar a la lugarteniente en ningún momento.

Ayshane se acercó al malherido Dima y se dejó caer de rodillas a su lado, bajo la atenta mirada de los dos agentes. Le agarró una mano, se la llevó a los labios y la besó. Estaba muy grave, pero el que había sido su otra mitad se aferraba a un hilo de vida que no dudaría mucho tiempo.

—¿Volveremos a vernos, madre? —preguntó en ruso entre los burbujeos de la sangre.

Ayshane le cerró los ojos en el mismo momento en el que ella los cerraba. Una lágrima cayó por sus mejillas. Dima lo había sido todo para ella. Su amigo, su compañero, su hermano, su hombre de confianza. Todo.

—Espérame en el infierno —susurró sobre sus labios antes de besarle.

Era posible que fuera una asesina, que no le temblara el pulso a la hora de matar, que para ella acabar con la vida de una persona fuera algo tan natural como para el resto del mundo respirar, pero no recordaba que liberar a uno de los suyos fuera tan doloroso. Era lo mejor que podía hacer por él, pero eso no lo hacía más llevadero.

Dima no podía ir a la cárcel, no duraría demasiado. Es más, dudaba incluso que los hombres de Adrik no le mataran en su traslado. Eso si no le raptaban y le torturaban para saber qué les había contado tras el interrogatorio al que los agentes le habrían sometido. La policía solía ofrecerles protección por su colaboración en esos casos, pero todos renegaban de ella, preferían morir. Al

final, con protección o sin ella, el resultado iba a ser el mismo.

Ayshane se levantó ahogando un quejido y llevándose la mano a la cadera herida. En ese momento Jason apareció al lado de sus compañeros. Ayshane miró a los tres agentes. Se secó con el dorso de la mano una de sus lágrimas y dio media vuelta sobre sus talones. Un R8, esta vez rojo y con todas las lunas tintadas, aparcó justo al lado del negro.

—¡No te muevas! —Erick le apuntó por la espalda pero ella siguió andando—. ¡Ayshane, maldita sea!

Un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Desde que se dejó atrapar, nunca antes le había llamado por su nombre de pila. Desde que le vio por primera vez hacía siete años, cuando su madre se lo había asignado como objetivo por ser el inspector jefe al mando de la Operación Cabeza de Familia, se preguntaba cómo sonaría su nombre en los labios del agente. Se volvió y le miró.

—Tenéis veinticuatro horas —susurró aún conmocionada.

La muerte de Dima le había afectado mucho más de lo que esperaba. No tenía ánimos para luchar, ni para enfrentarse al inspector en ese momento.

—¿Veinticuatro horas para qué? —preguntó sin dejar de apuntarla con su arma.

No disparaba a matar. Es más, ni siquiera creía que fuera a apretar el gatillo si ella decidía marcharse sin más. Pero los tres agentes formaban parte del trato que había hecho con su padre.

Ladeó la cabeza en dirección al sonido de las sirenas de la policía que se acercaba a aquel lugar. Todavía estaban lejos. Debía marcharse, recuperarse, física y emocionalmente, recomponerse, descansar.

—Para que decidáis si queréis seguir siendo marionetas o los dedos que las manejan —la vista se le fue de manera inconsciente al cuerpo de Dima—. Vosotros elegís. Tenéis mi palabra de que sea cual sea vuestra decisión, será respetada.

—¿Y qué pasa con Víctor? —Dio un paso hacia ella sin dejar de apuntarla.

—Víctor me necesita viva para entregarme a Adrik. Trabaja para él. —Ladeó la cabeza de nuevo. Las sirenas de la policía se acercaban—. Y vosotros, ¿sabéis para quién trabajáis?

Dicho esto se dio media vuelta y se dirigió cojeando al R8 rojo que la esperaba aparcado. No miró hacia atrás a pesar de que Erick la llamaba a gritos, a pesar de que lanzó un disparo al aire cuya única respuesta por su parte fue encogerse de hombros.

—¡Ayshane!

Erick corrió tras ella, la alcanzó y la agarró del brazo. De un fuerte movimiento la giró para que le mirase y la empotró contra el coche. Ayshane siseó apretando la mandíbula por el impacto. El dolor del costado le llegaba casi hasta la espalda. Erick la soltó entonces como si le quemase su contacto.

Ayshane creyó vislumbrar un fugaz brillo de horror en sus ojos. Miró con dulzura a aquel moreno de ojos color vidrio roto. Era un hombre fuerte no sólo físicamente, pero todavía debía aprender demasiadas cosas. Cosas que la pureza del corazón que creía atisbar tras esa mirada quizás no estaba del todo preparada para soportar.

Era posible que para él no significara nada, pero le estaba haciendo el mayor regalo que se le podía hacer a alguien como ella. Le estaba dando la posibilidad de elegir.

Eduard quería a los agentes a toda costa, si no los conseguía, estaría sola, le retiraría su apoyo logístico pero sobre todo económico. Eso le complicaría la vida. Mucho. Sería muy difícil llegar hasta su hermanastro sin el apoyo de su padre, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo.

Aquel trío de agentes siempre le había llamado la atención. Al espiar sus movimientos, al observar sus reacciones, su comportamiento, su forma de actuar, de relacionarse, de interactuar, comprendió por qué su padre estaba tan interesado en ellos. No solo eran los mejores, aquel trío era como ella entendía que debía haber sido su familia. Sus valores estaban por encima del



poder. Su lealtad brillaba más que el oro. Sus ideales eran inquebrantables. Eran una unidad sólida, estable, resistente como había soñado infinidad de veces que era su familia. Y de la misma manera que uno no puede elegir a la familia real, a la de sangre, ella nunca había elegido su futuro. Era una Ivanov, la nieta de un Yakuza, así que fuera como fuese, su futuro estaba escrito antes de nacer. Pero el de aquellos agentes no; ellos debían tener la posibilidad de elegir, todo el mundo debería tener la posibilidad de poder elegir su destino.

—Eres un buen poli —dijo con el corazón en un puño acariciándole la mejilla—, demasiado buen poli —sonrió con dulzura.

Las sirenas cada vez sonaban más cerca. El piloto del R8 rojo que acababa de llegar arrancó el motor del coche y pisó el acelerador. Ayshane miró por última vez a los tres agentes. Abrió la puerta, se metió en el coche y cerró para que desde fuera no se pudiera abrir.

—Sergei —saludó sorprendida al ver al que era el patrón del yate de su padre quien estaba sentado al volante—. Vaya, no sabía que te iba el pluriempleo —sonrió sin ganas.

Miró a través de la ventanilla cómo se alejaban de aquella zona convertida por un momento en un campo de batalla. Abrió la guantera del coche. Cogió el nuevo móvil que le habían asignado, modificado para no ser rastreado, y marcó el único número que había en la memoria.

—Recuperad el cuerpo de Dima —ordenó a su interlocutor.

Colgó sin esperar respuesta, se acomodó en el asiento, cerró los ojos, se apretó la herida, soltó el aire de manera brusca y se dejó llevar.

Erick volvió junto a sus compañeros cabizbajo, con las manos en los bolsillos de su vaquero, pensativo. Había dejado marchar a la mujer a la que había estado buscando durante cinco largos años, al sujeto de su investigación.

Llegó al lado de Alicia que, con su encantadora amabilidad, informaba

como podía de lo ocurrido a uno de los agentes de la Policía Local mientras el otro miraba el cuerpo de Dima. Jason, por el contrario, atendía a un par de agentes de la Guardia Civil.

—Agentes. Sánchez —saludó a su compañera y a los dos hombres.

—Les presento al inspector jefe al mando del operativo —dijo Alicia.

Erick les tendió una mano y les saludó con un leve pero firme apretón.

—Les estaba comentando a los compañeros que, al parecer, nuestra ubicación ha debido ser descubierta —resumió—. Todos los hombres abatidos pertenecen a la organización de Adrik Ivanov. Falta por corroborar la identidad de cada uno, pero creo que tenemos a todos fichados. —Volvió la vista hacia los jóvenes locales—. Pueden ir acotando el perímetro. El inspector se encargará de avisar a la Brigada y a nuestro superior para que informe al suyo si así lo cree conveniente.

Alicia despachó a los jóvenes locales. De un vistazo, Erick vio que Jason parecía hacer lo mismo con los guardias civiles que estaban con él. Se reunieron en el exterior de la nave, al lado de la puerta de acceso y alejados de los efectivos que empezaban a llegar, pero a la vista de todos.

—¿Qué le vamos a decir a Víctor? —Alicia fue la primera en hablar.

—Creo que no deberíamos decirle nada sobre la lugarteniente. Ella no ha estado aquí. —Jason miró a ambos y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie podía escucharlos—. Ha utilizado el arma reglamentaria de Erick, no tendrían por qué saber que ha estado con nosotros.

—No sé si colará...

Alicia se llevó la uña del dedo gordo a la boca y comenzó a roerla como una niña pequeña que se pone nerviosa por la travesura que acababa de cometer justo cuando iban a llegar sus padres a casa.

—Tenía que haberme apuntado a ruso mucho antes —miró a Erick a modo de disculpa.

El agente, que hasta el momento se había mantenido al margen, atento a las opiniones de sus compañeros, dio un ligero respingo.

—Alice... tú no...

—Esos tíos hablaban en ruso —le cortó—. No pude entender todo lo que decían. Me pillaron por la entrada del pueblo —señaló hacia la dirección de donde había venido con los Víboras de Adrik—. Como no les decía la localización de la nave se pusieron a hablar entre ellos, pero hablaban muy rápido. Aun así... —Volvió a morderse la uña del dedo gordo—. Creo... creo que entendí algo antes de que enviasen un mensaje por teléfono —dudó—. Algo así como «Pídele al poli...» «¿La nave?» —Suspiró enfadada consigo misma.

—¿Crees que podría tratarse de Víctor? —preguntó Erick.

A pesar del poco ruso que había aprendido Alicia, era mucho más del que podría saber cualquier persona con tan sólo tres meses de clase a distancia, que era el tiempo que llevaba la agente.

Jason y Erick se encargaban de ayudarla siempre que podían. Como otros muchos idiomas, ambos hablaban ruso de manera fluida, pero para ellos había sido algo casi impuesto. Hacían mucho trabajo de campo y solían encargarse de las escuchas. Alicia, por el contrario, se encargaba de la parte informática, no necesitaba comprender el ruso ni atender conversaciones encubiertas; como mucho, traducir algún documento, y para ello podía utilizar algún traductor de los que había por la red. Con todo y con eso, ella quiso inscribirse para aprender el idioma.

—¿Quién si no? ¿A caso ahora tienes dudas? —Alicia miró de manera alternativa a sus compañeros.

—¿Le das tú las buenas nuevas o se las doy yo? —preguntó Jason dándole un amistoso codazo a Erick en las costillas.

—¡Qué! —Alicia se cruzó de brazos—. ¿Qué es lo que me he perdido ahora?

Erick frunció el ceño y abrió la boca con intención de hablar, pero no le salían las palabras.

—¡Espabila, chaval! —Jason le dio un golpe seco en el hombro—. Ayshane Ivanova es la Mamba Negra —sonrió.

—¿¡Cómo!?! —Alicia dejó los brazos laxos a ambos lados del cuerpo y la boca a medio cerrar—. ¿Estáis seguros?

—Ella misma lo ha confirmado. Ha sido muy entretenido, ¿verdad, Erick? —Arqueó una ceja divertido.

—¿Y por qué no se nos había informado? Mira todo esto —Alicia se dio la vuelta con los brazos extendidos señalando todo a su alrededor—. Ella solita se ha cargado a tres de sus hombres sin despeinarse.

Erick miró a los Víboras tendidos en el suelo. Habían sido abatidos a sangre fría, con tiros certeros, salvo uno. El que se había considerado siempre el segundo de abordo de Ayshane. Dos tiros, dos muertes instantáneas. Sin titubeos. La lugarteniente parecía tener un pulso firme a la hora de empuñar un arma, y él la había dejado marchar alegremente.

—¿Crees que Víctor tiene algo que ver en todo esto? —preguntó Jason en el momento en el que llegaban sus compañeros de brigada.

—¿Les has avisado tú? —Erick hizo un gesto con la cabeza hacia los tres coches que acababan de llegar.

Jason asintió. Alicia se acercó a los coches dándoles la bienvenida. Tres coches camuflados; en dos de ellos, agentes para recabar pruebas; en el otro, Víctor, el comisario que Ayshane había puesto en el punto de mira de los agentes.

—No lo sé —respondió al fin andando junto a Jason hasta donde se encontraban los coches—. Pero nos ha dado veinticuatro horas para averiguarlo.

Ayshane llegó a media mañana a la zona de seguridad establecida por su padre. Atravesando el Parque de las Avenidas donde Sergei la había dejado con la mano sobre la herida, llegó a la entrada del antiguo refugio antiaéreo de la época de la Guerra Civil que utilizaban como base de operaciones.

Muchos madrileños no sabían que contaban con un auténtico búnker en los alrededores de Plaza de Toros de las Ventas. Con unos doscientos metros de largo, techos abovedados de ladrillo de cuatro metros de altura, dividido en diferentes secciones y con un acceso casi imposible, era el lugar idóneo para asentarse en la capital sin ser alcanzado por los tentáculos de Adrik.

Llegó hasta la entrada del búnker. Colocó las cuerdas que Sergei llevaba en el maletero del coche para poder descender los doce metros de altura. Haciendo rápel, llegó hasta la escalerilla que su padre, en vista del partido que se le podía sacar al lugar, había cambiado de sitio para que el acceso no fuese tan peligroso. A fin de cuentas, aquello era un punto de no retorno en caso de ser descubiertos. Si conseguían acceder sin romperse la crisma por el estrecho pozo que llevaba hasta la escalerilla, nada les impediría llegar hasta ellos.

De un ligero salto, salvó la distancia que quedaba desde el último peldaño a la galería principal. Cogió aire, siseó de dolor cuando la pierna herida tocó el suelo, se llevó la mano a la cadera, cerró los ojos y lo soltó muy despacio. Se desenganchó los mosquetones y atravesó el lúgubre pasadizo que la llevaba a la sección que su padre había restaurado cojeando.

Una enorme puerta de acero templado y reforzado le dio la bienvenida. Sacó el teléfono móvil y lo miró.

—Genial —refunfuñó para sí—. No hay cobertura —suspiró.

Alumbró con el teléfono la enorme puerta. Medía cuatro metros de alto y se amoldaba a la perfección a la curvatura de la bóveda. Un panel de

seguridad situado en el centro llamó su atención. Puso el móvil en modo linterna y lo estudió.

Parecía un control de accesos táctil. Siguió con la luz del móvil lo que parecía el ligero contorno de una mano sobre el panel. Quienquiera que lo hubiese utilizado antes que ella, había escaneado su mano para poder entrar.

Sujetando el teléfono con la mano izquierda alumbró para saber dónde se encontraba la huella del visitante anterior. Colocó la suya, mucho más pequeña que la del individuo que había accedido por allí, en el centro de ésta. Una luz verde escaneó su palma y la puerta se abrió. Suspiró aliviada. Empujó el pesado metal y cerró tras de sí apoyando toda la espalda en la fría puerta.

—¡Pero qué...!

Abrió mucho los ojos y con la boca abierta observó la estancia. Las paredes de ladrillo se curvaban hacia el alto techo abovedado, unas lámparas de aplique de pared con aspecto de antorchas iluminaban de forma cálida y agradable el lugar y se intercalaban a su vez con cuadros del Madrid de la Guerra Civil, de la actual Rusia y de preciosos paisajes del Japón más histórico.

En medio de la sala, frente a ella, se apostaba una gigantesca mesa de madera de roble en forma de círculo. Sus patas centrales simulaban una gran anaconda. Bajo la mesa había una exquisita alfombra estilo tapiz color borgoña con ribetes de oro. Bordeó la mesa acariciando con las yemas de los dedos la superficie. Estaba tan pulida y encerada que podía ver su reflejo. En el centro, había un bonsái casi tan alto como ella.

—Un Sakura... —se le escapó en un susurro al ver el precioso y cuidado bonsái que descansaba sobre la mesa.

El árbol de la flor del cerezo japonés era el favorito de su madre y los bonsáis, su peculiar hobby. Ayshane nunca pudo entender cómo unas manos capaces de matar a sangre fría a oponentes que le doblaban en peso y en tamaño eran capaces de tratar con tanto mimo y delicadeza aquellos pequeños árboles. Saya era toda una experta en el cuidado de los bonsáis, siempre

estaban perfectos, ninguno se le moría o enfermaba. Eran un pequeño regalo, su momento de paz, como ella decía. Podía pasar las horas muertas arreglándolos, cuidándolos. El hecho de que un bonsái fuese la pieza central de aquel vestíbulo hizo que se sintiera como en casa, haciéndole olvidar la última vez que estuvo allí rodeada de mugre, oscuridad y humedad.

Entonces escuchó el repiqueteo de unos pasos seguros sobre el suelo fabricado con un hormigón trabajado para mantener la esencia de la historia y la naturaleza del lugar, pero sin que se perdiera la clase y la ostentación que caracterizaban a su padre.

—Ayshane, mi querido *rebenok* —Eduard se acercó hasta su hija y la besó en la frente—. Estás horrorosa, ¿qué te ha pasado?

Ayshane puso los ojos en blanco. Eduard le agarró de la barbilla y le inspeccionó el corte del labio.

—Padre... estoy bien... ¡*Otets!* —De un manotazo se soltó—. Por si no lo recuerdas soy la responsable de tu seguridad, no una candidata a Miss Universo.

En ocasiones, Eduard podía llegar a ser sobreprotector. Siempre pensó que ser el vivo retrato de su madre provocaba que en ocasiones se comportara como suponía que debían hacerlo los padres.

—¿Te gusta? —preguntó mirando el Sakura.

—¿Cómo has conseguido meter aquí todo esto? —Alzó los brazos en ambas direcciones señalando todo lo que la rodeaba.

—¡Ah...! —suspiró sonriendo—. He rehabilitado todo el búnker.

—¡¿Todo?! —«Qué pregunta más estúpida», se dijo enseguida.

—Ven, acompáñame, te lo enseñaré.

Tomaron la primera de las galerías, la que estaba a su derecha. Comenzaron a caminar por el pasillo, iluminado con más apliques de pared como los del vestíbulo y adornado con cuadros algo más pequeños de

diferentes monumentos de Madrid.

Eduard hizo ademán para que atravesara el primer arco que se encontraron a la derecha. Entraron en una sala oscura que se encendió en cuanto pusieron un pie dentro.

—Una galería de tiro —susurró y miró sorprendida a su padre.

—Ven. Sigamos.

Recorrieron las tres galerías que, según su padre le explicó, habían sido ampliadas durante la reforma. Además, las había bautizado en función de lo que albergaban. Todas eran iguales salvo por las fotos: la galería del centro estaba adornada con monumentos típicos de Japón y en la tercera, los más conocidos de Rusia.

Su padre llamaba a la primera la galería de esparcimiento, pues albergaba la galería de tiro, un gran comedor común, un salón, un gimnasio y una cocina.

La galería central era la de logística, con armamento y un laboratorio. Tenía cuatro amplias salas, además de una estancia dedicada a las operaciones. Estaba dotada de ordenadores, sistemas de radio, video y transmisión de la última generación. Cuando Ayshane preguntó cómo había conseguido poner en funcionamiento todos aquellos aparatos, Eduard se rió, pero no le reveló su secreto.

El armero guardaba un arsenal muy variado: pistolas cortas, silenciadores, granadas, lanzagranadas, bazucas, ametralladoras, chalecos antibalas, dagas, machetes, navajas de todos los tamaños... También había una sala de desarrollo, donde guardaban todo tipo de micros, pinganillos y pequeños objetos de radiotransmisión que habían desarrollado o que habían adquirido en el mercado negro.

Y la última de las salas estaba destinada a la investigación científica para el desarrollo de lo que ellos denominaban armas silenciosas: botes de gas y lacrimógenos que no habían salido al mercado, diminutos explosivos de gran alcance o «la misericordia», como llamaban a las pastillas que los agentes y



colaboradores ingerían para provocar su propia muerte. La sala de ordeño que cobijaba diferentes serpientes venenosas. Ayshane las utilizaba muy a menudo a modo de advertencia, o bien como mensaje en los casos en los que le encargaban acabar con una vida. Con ellas también creaban antídotos.

Y, por fin, la zona más importante, la de desarrollo y estudio de la resurrección. Una compleja mezcla de activos que habían perfeccionado. No dejaban de estudiar para simular la muerte de un sujeto, como ya había hecho con su padre y como ella misma acababa de hacer esa misma mañana con Dima. Algo que Adrik desconocía, algo que las autoridades ignoraban, algo que la comunidad científica rechazaría, estaban seguros; algo, en fin, con lo que Eduard podría hacerse inmensamente más rico si eso era posible y lo vendía al mejor postor.

—¿Habéis recuperado el cuerpo de Dima? —preguntó Ayshane saliendo de la sala en dirección a la última de las galerías, denominada por su padre como la zona de descanso y recuperación.

—Sergei está en ello.

No dijo nada más. Se limitó a enseñarle el quirófano y la sala de recuperación de los posibles aliados que fueran heridos y necesitasen asistencia médica, además de las habitaciones para los descerebrados que entrasen a formar parte de su complicada y extraña organización.

Todas las habitaciones, por lo menos tres dobles y otras tres individuales, estaban decoradas con un gusto exquisito. Muebles caros de madera de sequoia tratada, camas grandes modelo *Queen Size*, vestidor y baño propio de mármol negro con las paredes alicatadas en blanco, lavabos volados de cristal templado transparente y grifos bañados en oro. Todas las habitaciones eran iguales, salvo la que Eduard había dispuesto para ella.

—*Voilà!* —Abrió la puerta y le dio paso—. Está será tu habitación. Está al lado de la mía.

Ayshane entró en la que era su nueva habitación. Las paredes eran de ladrillo, y el techo de bóveda había sido remodelado y apuntalado con vigas de madera que no eran necesarias, sino decorativas. Al lado de la puerta había

un escritorio con un portátil, frente una enorme cama tamaño *Queen*, apoyada sobre la pared y con un terrario empotrado cuyo interior alojaba una mamba negra viva como si fuese un cuadro.

La decoración de la habitación no desentonaba en absoluto con el terrario. La gran alfombra que cubría el suelo era de color gris pistacho, y el escritorio y la cama tenían un color gris metalizado muy suave, similar al vientre del reptil. El edredón que la cubría era de un color negro que brillaba como el metal, parecido al que lucía la serpiente en su parte más visible, y combinaba a la perfección con la hilera de cojines verde pistacho y verde césped que, alternos, descansaban sobre las dos almohadas recubiertas con una funda del mismo color que el edredón.

—He ordenado que nos preparen algo para comer.

—No... tengo hambre —respondió sobrecogida.

—Te espero en media hora en mi habitación —ordenó—. Dúchate, cámbiate y después de comer te enseñaré el garaje.

—¿El garaje? —se dio la vuelta y le miró. «¿Un garaje? ¿En serio?»

—Creo que has tomado el acceso más complicado —sonrió divertido.

Eduard cerró la puerta dejando a Ayshane como pez fuera del agua, boqueando como una estúpida y sin poder pronunciar una sola palabra. Cuando consiguió reaccionar, se acercó a la cama. De rodillas, fue gateando hasta el terrario del cabecero. Dio un par de leves golpecitos sobre el cristal para llamar la atención del reptil. La serpiente respondió elevando la cabeza y sacando su negra lengua bífida.

—Creo que ya sé por dónde ha metido todo esto —le dijo a su nueva compañera de habitación.

Si su padre había habilitado un garaje, era evidente que los enormes muebles, el Sakura, los cuadros, las alfombras... Todo había entrado por ahí. ¿Pero dónde desembocaba? ¿Dónde estaba la entrada? No recordaba que hubiese habido obras por la zona, y tenía que ser un lugar seguro que les

permitiese acceder o desaparecer sin ser detectados.

Ayshane suspiró, se tumbó sobre la cama y miró al techo. «A zorro astuto no te gana nadie, padre».

Eran casi las nueve de la noche cuando los tres agentes se dirigían a un bar cerca de la Plaza de Toros de las Ventas, después de haber recibido un mensaje de texto cifrado en el móvil de Erick que Alicia tardó en descodificar el mismo tiempo que él tardó en leerlo.

—Tienes que decirme cómo lo has hecho —preguntó curioso.

—Era muy simple, Erick —respondió metiéndose las manos en los bolsillos de su vaquero gris desgastado.

—No para él —se mofó Jason señalándole con el dedo pulgar.

—¿Acaso tu sabías descifrarlo, listillo? —Erick arqueó una ceja socarrona.

—No. Yo soy consciente de mis limitaciones, inspector —rio—. Para eso está el cerebritito. —Pasó un brazo por encima de los hombros de Alicia y la zarandeó con cariño.

—Era un anagrama muy simple —sonrió a sus compañeros—. Por cierto, ¿qué tal la reunión con el comisario?

Víctor, el comisario, se personó en la nave junto con otros compañeros de la brigada. No quedó muy convencido con la explicación que los agentes le expusieron sobre lo ocurrido y citó a Erick en el complejo donde estaban sus oficinas para que le diese un informe pormenorizado de la situación. A regañadientes, el agente aceptó la invitación y se presentó en el despacho de su superior, no sin antes repasar varias veces el informe que le iba a entregar donde se explicaba lo ocurrido.

Entre los tres se inventaron una treta que a Víctor pareció convencerle cuando Erick se reunió con él. No mencionaron que Ayshane Ivanova, el sujeto de la Operación Fantasma, la Mamba Negra de los casos sin resolver del comisario, había estado en la nave. Según acordaron explicar, tras

detectarla en el callejón de Ciudad Lineal, desapareció otra vez. No podían negar a priori que ella había estado en lo parte trasera del pub irlandés, pues la cantidad de sangre identificada por sus compañeros de Brigada la situaban en el lugar de los hechos.

Como el Zar, supuesto homólogo de Ayshane en la organización Ivanov y encargado de la seguridad de su hermanastra Elenka, había sido hallado muerto en el lugar y las grabaciones situaban a los dos sujetos en el local, Alicia pensó que podían utilizar su muerte y la desaparición de la chica para concluir que a los Ivanov les habían tendido una trampa o que aquello había sido el resultado de una mala transacción de la *bratva*.

Al no encontrar el cuerpo del fantasma, sus compañeros no pudieron relacionar el disparo que ella había recibido con el arma del Zar, de modo que la bala encontrada en el cadáver pertenecía a un arma sin identificar, de la que sólo ellos tenían constancia por haberla sustraído de forma ilícita de la escena del crimen.

Jason y Alicia se encargaron de recoger la nave, y se las ingenieron para evitar que sus compañeros tomaran huellas en su interior. Por otro lado, los Víboras habían sido abatidos con el arma reglamentaria de Erick, algo que fue idea de la lugarteniente, y que les había ayudado a redactar un informe creíble y sin aparentes cabos sueltos.

—Víctor... parecía conforme con el informe —se limitó a decir.

—Pero... —Jason le miró como esperando que siguiese la frase.

—Pero... me dio la impresión que estaba nervioso. —Se detuvo junto a sus compañeros en la puerta del bar—. O solo estoy viendo fantasmas donde no los hay —reflexionó en voz alta—. La lugarteniente parecía estar escribiendo algo cuando la encontramos pululando por la nave, ¿sabemos el qué? —Abrió la puerta y les dejó pasar.

Entraron en el Bar El Ruedo, el local más cercano al lugar donde habían sido citados. Una pequeña tasca con el típico olor de los bares antiguos del centro de Madrid y con una decoración peculiar que alternaba elementos taurinos con pintorescos cuadros.

No había demasiadas personas, tan sólo un par de grupitos de tres o cuatro. Por la familiaridad con la que trataban al camarero, parecían clientes habituales.

El hombre calvo del mostrador les sonrió con amabilidad cuando entraron. Con un gracioso bigote y movimientos profesionales, se notaba que llevaba trabajando detrás de una barra mucho tiempo.

—Tres tercios, por favor —se acercó y esperó a que le sirviera.

Pagó la bebida y se acercó a la mesita que sus compañeros ocupaban. Antes de sentarse volvió a la barra a recoger un aperitivo para compartir de ensaladilla rusa que el camarero había dejado sobre la barra.

—¿Y bien? —reanudó la conversación que había dejado a medias—. ¿Tenéis algo? —Se llevó un bocado de ensaladilla rusa a la boca—. Hum... esto está de muerte, deberíais probarlo —dijo apuntando con el tenedor el plato de ensaladilla.

—Había tres nombres escritos en la hoja de posibles contactos de Adrik —Jason le dio un gran sorbo al tercio—: Víctor, el comisario; Laura, la inspectora al cargo del operativo que sigue el tráfico de la organización de Elenka, y Jesús, el oficial nuevo que han asignado al grupo de los japoneses.

—¿El de la Yakuza? —Erick dio un trago a su cerveza—. ¿Estáis seguros?

Alicia se mantenía callada mientras picoteaba ensaladilla. Jason asintió y bebió de nuevo.

—Escribió nombre, apellidos, rango y número de identificación.

—¿Número de identificación? —Tosió limpiándose con el dorso de la mano la comisura de los labios—. ¿Rango? —carraspeó recuperando la voz.

—Por lo que me ha contado Jason —Alicia tragó un poco de ensaladilla—, esa tía tiene datos muy concretos.

Los agentes miraron preocupados a su compañera. Por lo general, Alicia solía ser muy celosa de su intimidad, pero no parecía molesta, más bien,

pensativa.

—Además —dio un trago a su tercio—, no sólo ha identificado a Laura y a Jesús, sino que también ha subrayado algunos nombres que ya teníamos identificados. Pero no sabemos por qué —se encogió de hombros—. Supongo que algún significado tendrá, pero...

—¿No puedes descifrarlo, Alice? —Erick rio—. Vaya, vaya, ¿un crucigrama que no puedes resolver?

Alicia arrugó la nariz y le sacó la lengua. Era una mujer curiosa por naturaleza, un sabueso, una de las muchas cualidades por las que era tan cotizada en la Brigada.

—¿Creéis realmente que Víctor, Laura y Jesús trabajan para Adrik? —Erick se recostó en su silla volviendo al retomar el tema.

—Creo que el hecho de que Víctor no nos contase que Ayshane era la Mamba Negra...

—Quizás no lo sabía —Jason cortó a Alicia—. Ayshane nos lo confesó a nosotros, pero puede que Víctor no supiera que era ella. En principio, esos crímenes no están relacionados directamente con la mafia ni con la familia Ivanov.

—En realidad, parecen más bien los de un asesino en serie. Los sujetos... —Alicia empezó a mordisquearse la uña del dedo gordo—... Tenían todos lo mismo en común.

—Eran todos unos jodidos pederastas —gruñó Jason—. Es posible que Ayshane sea una asesina, pero teniendo en cuenta los casos y el material del que disponían, esos desgraciados... Yo habría hecho lo mismo.

Erick escuchaba muy atento la conversación que mantenían sus dos agentes y arqueó una ceja al escuchar lo que acababa de decir Jason.

—¿La estás defendiendo? Somos policías, Jason. Esos desalmados deberían haber pasado a disposición judicial.

—¿Para qué? ¿Para que los suelten al cabo de los años? ¿Para que ni siquiera cumplan una condena justa para las familias? Creo que la muerte es el mejor regalo que esa mujer les ha podido hacer a los padres de esos niños —respondió mientras quitaba la pegatina de la botella de su cerveza con la uña del dedo gordo—. No me digas que nunca se te ha pasado por la mente cargarte a un menda que, a pesar de haber cometido una barbarie, sabes que en dos días va a salir a la calle.

—No sé... es que... acabar con la vida de una persona, así... sin más...

Alicia no era un agente de campo. En raras ocasiones había desenfundado su arma, y en la Brigada muchos creían que no había disparado nunca a nadie. Jason, por el contrario, había tenido que matar a muchas personas durante sus años en el ejército.

—¿Tú qué opinas, Erick? —preguntó Jason.

—Creo que... hay personas que no merecen pulular libremente por la vida; es más, no creo que merezcan estar vivos. Pero el ojo por ojo tampoco me parece una solución —Dio un trago a su cerveza—. ¿Por qué creéis que el lugarteniente se encargó de esas ejecuciones?

—Quizás sí están relacionadas con la *bratva* —pensó Alicia en voz alta—. ¿Creéis que Víctor lo sabía y lo encubrió?

—Es posible. Si trabajase para Adrik lo sabría, ¿no? —Jason miró a Erick.

—Eso tendría su lógica, y también sería una muy buena razón para cerrar los casos.

—¿Podemos fiarnos entonces de ella? —Alicia dio un trago a su cerveza—. Es una asesina, se ha cargado a mucha gente, se lo mereciese o no. —Miró a Jason por el rabillo del ojo—. ¿Y si nos está engañando?

La sombra de la duda agarró del hombro a un corto pero incómodo silencio y se sentó junto a ellos a la mesa.

—Es la hora —dijo Erick mirando con ansia su reloj.

Los tres agentes se levantaron y se dirigieron al lugar indicado en el mensaje cifrado procedente de número desconocido que no había podido rastrear. De eso hacía tan solo unas cuatro horas. Llegaron a un chalet que había unos metros más adelante.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Alicia al llegar frente a la verja—. No sabemos de dónde procede el mensaje que has recibido. Ella te dio veinticuatro horas y son las diez y media. Aún no ha transcurrido el plazo.

Erick escuchó a su compañera sin mirarla. Se limitó a observar el gran bloque cuadrado que era el lugar donde les habían citado. Parecía la típica casa que dibuja un niño en un papel, pero en versión real y bien rematada. Paredes de color verde pastel, ventanas en todas las fachadas que daban a la calle, contraventanas de madera abiertas y sujetas al muro, dos plantas rodeadas por un pequeño patio de flores bien cuidadas que sobresalían del alto muro que guardaban la intimidad del interior de la vivienda y una puerta de metal de dos metros.

—No es una trampa —respondió con seguridad sin dejar de mirar las luces que se veían a través de las ventanas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alicia.

—Simplemente lo sé.

Alicia dejó claro su descontento con un escandaloso bufido. Ella era una mujer racional. Ese tipo de contestaciones le sacaban de quicio.

—¿Estáis preparados?

Aunque Erick parecía muy seguro, comprobó que la pistola se encontraba en su sitio. Jason y Alicia hicieron lo mismo. Cuando los tres estuvieron preparados, llamaron al timbre y esperaron. La puerta se abrió sin preguntar quiénes eran. Entraron y subieron los tres escalones que se encontraron a pocos pasos frente a ellos. Tocaron el timbre de la segunda puerta, esta vez de madera lacada en blanco con un gran pomo dorado en el medio. Y esperaron.



En el interior se escuchaba una agradable y suave música, como si hubiese una fiesta. Jason y Erick miraron a Alicia con cara de interrogación.

—Puede... que me haya equivocado —dijo al fin—. Tal vez no descifré correctamente el mensaje.

Sin previo aviso, la puerta se abrió. Una mujer lustrosa y regordeta se quedó mirándolos. Tenía unos cincuenta años de edad, el pelo rubio platino y los labios demasiado rojos. Los ojos eran de color azul eléctrico, chispeantes, pintados de un negro a juego con unos pantalones de cuero ajustados y con un corsé, también negro, que ensalzaba sus pechos casi hasta la garganta. Se erguía sobre unos zapatos con un tacón imposible y algo abiertos por delante.

—¿Querían algo? —preguntó con un acento del este muy marcado y enarcando una ceja mientras los miraba de arriba abajo.

—Venimos... Venimos de parte de Ayshane —respondió Erick siguiendo las instrucciones del mensaje.

La mujer dio un paso al frente y los obligó a bajar un escalón. Después echó un vistazo por encima de su hombro y entornó la puerta tras de sí.

—¿De parte de quién dicen que vienen? —preguntó en voz muy baja.

—De... Ayshane —volvió a repetir Erick en el mismo tono que estaba usando aquella extraña mujer.

—*Al naibii brat* —refunfuñó en rumano—. Maldita mocosa. —Miró de nuevo por encima de su hombro—. Vayan por allí —les indicó con un golpe de cabeza que señalaba hacia la derecha—. Verán una puerta de servicio. Espérenme. Y no hagan ruido. —Se metió en la casa y cerró.

Los tres agentes se miraron perplejos. Bajaron los dos escalones y se dirigieron hacia donde la extraña mujer les había indicado. Llegaron a una puerta de servicio que, como les había dicho, se encontraba en aquel lado de la casa y esperaron.

—¿En qué idioma hablaba? —preguntó Alicia a Jason acercándose a su

oído, vocalizando sin emitir apenas sonido alguno.

—No tengo ni idea.

—Pero eso no era ruso, ¿verdad?

Jason negó con la cabeza. Erick se dio media vuelta, les chistó y puso el dedo índice sobre los labios para que estuviesen callados.

Pasados cinco minutos, la pequeña puerta de servicio se abrió. La misma mujer rubia les hizo un leve ademán y entraron a un pasillo iluminado con una luz tenue de color rojo. Una vez dentro, cerró la puerta, se colocó delante de los tres agentes, cruzó los brazos bajo su pecho y ladeó levemente la cabeza hacia un lado.

—Cuando mi pequeña me dijo que le hiciese un favor, nunca creí que sería dejar entrar en mi casa a... Por el amor de Dios, creía que estaba bromeando. —Alzó ambos brazos al aire—. La gente de vuestra casta no es bien recibida... En fin. Mi nombre es Ekaterina. —Les dio la espalda y se dirigió a unas escaleras que había al final del pasillo—. Ayshane ha dado instrucciones para que les ayude a acomodarse. —Se giró para mirarles—. ¿Quién de ustedes es Erick?

—Yo.

—Es una lástima que seas poli. —Le miró de arriba abajo—. Aunque tengo que reconocer que mi querida niña tiene buen gusto. —Chasqueó la lengua y comenzó a subir las escaleras con sinuosos movimientos de trasero.

La mujer no dijo ni una sola palabra hasta que llegaron a la segunda planta. Las luces del pasillo se fueron iluminando a su paso, dando a aquel lugar un lujurioso tono rojizo que no desentonaba con la decoración. Un papel pintado y adamascado en blanco cubría las paredes de color gris con formas de diseño, y una moqueta negra recubría todo el pasillo.

Pasaron al lado de tres puertas lacadas en blanco, dos a la derecha y una a la izquierda, y llegaron a una cuarta situada a la derecha. Entonces la mujer abrió la puerta, encendió la luz y les dio paso.

—Adelante. Ayshane me ha dicho que necesitan un lugar donde poder tener acceso a las grabaciones de las habitaciones.

—¿Las grabaciones de las habitaciones? —Alicia se adelantó a sus

compañeros y se acercó a una mesa con numerosas cámaras—. Pero, ¿dónde demonios estamos? —preguntó sin dejar de mirar las imágenes que se proyectaban en cada una de ellas.

Erick y Jason se colocaron a ambos lados de su compañera y observaron las pantallas que tenían delante. Ekaterina se limitó a cerrar la puerta. Sobre una mesita de centro lacada en blanco había varias copas de champán. Cogió una y se tumbó en el diván de piel de melocotón de color negro que había tras los agentes.

—Parece un local de sadomasoquismo —dijo Erick.

Ekaterina se atragantó con el champán y tosió. Los agentes la miraron. Jason se acercó, cogió una servilleta de cóctel negra que había de un pequeño montón que había sobre la mesita blanca y se la ofreció.

—Gracias. —Se limpió los labios dándose pequeños y delicados toques.

Dejó la servilleta sobre la mesa, colocó la copa de champán encima, se levantó, se acomodó el corsé y se acercó a la mesa de las cámaras de vigilancia.

—En esta casa —señaló las pantallas— no se practican ese tipo de... actividades.

—Lo... ¿siento?

—Aceptaría sus disculpas si fuesen sinceras o si tuviese la más remota idea de lo que está hablando —Alzó una mano con el índice levantado para que no la interrumpiese—. Guaperas. El sadomasoquismo es considerado una perversión sexual donde el supuesto amo sólo se excita mediante la crueldad. En este local no se permiten tales actos. Nuestras chicas son sumisas por voluntad propia. Nos regimos por el modelo SCC para poder mantener una relación sana BDSM.

Los agentes la miraron como si les estuviese hablando en un idioma inteligible. Ekaterina puso los ojos en blanco y suspiró con escandaloso dramatismo.

—El modelo SCC es el referente en las prácticas de un sexo seguro, sensato y consensuado. Todas nuestras chicas tienen una ficha de normas sobre lo que están o no dispuestas a tolerar. A ninguna se le obliga a realizar actos para los cuales no se encuentren preparadas o con los que se sientan incómodas. Si algún cliente se sobrepasa con alguna de ellas, es automáticamente expulsado y denunciado. Todos los clientes son conscientes de las normas del local.

—Pero... eso es una cruz de San Andrés —Erick señaló una de las pantallas.

Ekaterina arqueó una ceja y sonrió, asintió, volvió al diván, cogió la copa de champán que había dejado a medias y se acomodó con elegancia.

—Y eres de los que piensan que en una cruz de San Andrés uno solo puede practicar actos crueles y perversos. —Dio un sorbo al champán mirándolo como si esperase una respuesta.

Erick alzó la vista por encima de hombro y observó con detenimiento cada una de las habitaciones. Todas eran diferentes. En una había una silla con correas por todas partes y varios ganchos por el techo, en la de la cruz había además un columpio, en otra había un potro, en otra una enorme cama con cuatro postes y la más grande contaba con una cama redonda y cojines dispersos por el suelo; pero todas tenían algo en común: un enorme armario blanco de tres puertas.

—Discúlpeme, no fue mi intención ofenderla —dijo al fin.

—Eso espero, porque tú terminarás en la mazmorra de la silla. —Señaló con la copa la pantalla.

—¿¡Cómo!?

Ekaterina dio un último sorbo a su champán y, con toques delicados y sensuales, se limpió los labios, se levantó y le tendió la mano con un movimiento grácil y seguro, de esos que no admiten réplica ninguna.

—Ven. Acompáñame. Tenemos que...

—No pienso ir a ningún sitio con usted hasta que no nos explique de qué va todo esto —Se cruzó de brazos desafiante.

Ekaterina soltó algo parecido a un bufido entre dientes blasfemando en su idioma natal. Se cruzó de brazos como Erick y encaró a los tres agentes.

—Hoy hay una fiesta para que mis chicas se ganen su paga de beneficios. Los clientes pujarán por ellas y el que más pague se la lleva a una de las habitaciones para disfrutar de una noche con su premio. —Se acercó a las pantallas y señaló el salón principal de la planta de abajo.

Los agentes miraron la pantalla de la sala. Estaba a rebosar de hombres y mujeres. Algunos iban vestidos de cuero y látex y llevaban máscaras para ocultar su rostro, otros no la llevaban, pero fue un pequeño grupo de tres hombres vestidos con traje y corbata lo que les llamó la atención.

—Un momento... —Alicia se acercó a la pantalla todo lo que pudo—. Perdone —Levantó la vista hacia la mujer—. ¿Hay alguna forma de ampliar la imagen con un zoom o algo?

Ekaterina pulsó varias letras en el teclado y la cámara amplió la imagen con el zoom.

—¡Joder! ¡Ese es Víctor! —Jason se acercó a la imagen—. Para no gustarle los polis parece que su el local hay más de tres —Miró de reojo a la mujer.

Ekaterina comenzó a reírse a mandíbula batiente. Los tres agentes la miraron perplejos.

—Hay muchos más de tres querido. Pero deduzco que dos de ellos se irán de un momento a otro. —Señaló a los dos hombres que acompañaban a Víctor y que estaban de espaldas a la cámara—. A ellos no les va este tipo de diversión. —Miró a Erick de manera inquisitiva—. Suelen quedar aquí para hablar de negocios, pero Víctor es uno de nuestros mejores socios. Las chicas le adoran, y cuando se enteró que acababa de entrar una joven con los cánones de belleza que busca y los mismos límites que él, no pudo decir que no a la invitación.

—Es una trampa, ¿no es así? —dijo Erick.

—Bueno... —Ekaterina se miró la perfecta manicura francesa que cubría sus uñas con aire despreocupado—, digamos que le debo un par de favores a los Ivanov, que quedarán saldados en cuanto os ayude a obtener la información que necesitáis —Dejó de mirarse las uñas para posar la vista sobre Erick—. ¿Y bien?, no tenemos toda la noche, las chicas están preparadas y los clientes empiezan a impacientarse.

—Un momento... ¿Qué es exactamente lo que necesita de mí?

—Mi pequeña Ayshane necesita de un hombre que la acompañe durante la puja.

Ekaterina pulsó un par de botones del teclado y una de las pantallas de ordenador que estaba apagada se encendió mostrando una habitación bastante normal en comparación con el resto.

Con una pierna sobre el colchón de la cama estaba la lugarteniente. Estaba uniendo una media negra que le llegaba hasta medio muslo con el liguero que llevaba bajo una minifalda con forma de tutú de color negro con algunos lacitos rojos cosidos sobre la tela que se ajustaba a sus caderas.

Su larga mata de pelo negro caía hacia un lado y tapaba parte de la cara. Si no fuera por aquel característico tatuaje mandala en forma de serpiente que mostraba en el costado, amoratado tras la pelea que había tenido en el callejón con su antiguo homólogo, podría pasar por una de las chicas de Ekaterina.

Con unos botines rojos, aquellas medias, lo que la pequeña falda dejaba a la imaginación, esas piernas largas que parecían estar cinceladas por un escultor, sus caderas, su perfecto torso sin un ápice de grasa y ese turgente pecho que se dejaba entrever bajo los movimientos de su melena, era la mismísima reencarnación del pecado. Erick ladeó la cabeza de manera inconsciente y acarició con la mirada el cuerpo de la lugarteniente.

—No... —Jason carraspeó—. No creo que sea muy buen disfraz —Señaló en la pantalla el tatuaje de la joven.

—No se preocupe. Aunque lo niegue, sé que el golpe del costado le duele. Mi pequeña no puede esconderme esos pequeños detalles y pretender que no me dé cuenta, son... demasiados años...

Por una fracción de segundo pareció como si Ekaterina se hubiese ausentado, como si estuviera muy lejos de allí. Los tres agentes la miraron.

—Llevará un corsé bien ajustado que le permita moverse y que ayudará a contener el dolor. Los tatuajes no se verán, no debéis preocuparos por eso.

—¿Ella es la chica nueva por la que se ha interesado Víctor? —preguntó Alicia.

Ekaterina asintió. Pulsó varios botones y amplió la imagen de la mazmorra de la silla con las correas. Esta se amplió en la pantalla en la que hasta hace un momento estaban viendo a la lugarteniente.

—Se supone que Víctor pujará por ella —dijo Erick.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Alicia.

—Lo hará. Está todo arreglado para que así sea. Víctor tiene unos gustos... digamos que demasiado peculiares. Sólo dos mujeres de la Mansión son capaces de aguantarle el ritmo, y ellas hoy tienen la noche libre.

—Así que la única que reúne sus requisitos es ella —concluyó Erick.

—Hemos creado para mi princesa una ficha falsa que se empareja a la perfección con la de Víctor. Y bueno..., él está aquí, aceptó la invitación con tan sólo la descripción de la mujer que haría las delicias de esta noche para él.

—Está bien. Iré con usted.

—Perfecto —sonrió la Madame—. Pero como se le vuelva a ocurrir llamarme de usted, me encargaré personalmente de que le quede clara cuál es la diferencia entre el BDSM y el sadomasoquismo —dijo sonriendo con picardía.



Tras darle unas sencillas instrucciones a Alicia para que pudiese manejar las cámaras a su antojo sin violar las normas del local, Erick siguió a Ekaterina mientras caminaban hacia el cuarto donde se encontraba Ayshane, no sin antes dejar su arma a buen recaudo a manos de Jason.

La Madame no quiso hacer ninguna aclaración sobre el plan. A su parecer, debía ser la lugarteniente quien le explicara los detalles. Ella no quería saber nada. Solo facilitaría los medios para que pudieran obtener la información que necesitaban. No tenía intención de mover ni un solo dedo más para ayudarles. Según ella, en un mundo en el que la vida de una persona se entremezclaba con un Ivanov, cuanto menos se supiera, mejor.

Llegaron hasta la puerta lacada en blanco del final del pasillo en silencio. Antes de abrir, Ekaterina se dio la vuelta y le dio un repaso con la mirada.

—Espero que estéis seguros de lo que vais a hacer. Ayshane es una buena chica aunque parezca que ha cometido actos atroces. Tiene un corazón demasiado... puro. Lo esconde bajo capas y capas de piedra, tras una coraza casi impenetrable. Es difícil llegar, pero no imposible.

—No... No entiendo qué me quiere decir con eso.

Ekaterina rió con delicadeza negando con la cabeza. Acunó la cara de Erick entre sus manos y le dio un casto y dulce beso en los labios.

—Nadie sabe lo que le deparará el futuro, pero... si ese futuro está ligado a Ayshane Ivanova de alguna manera, será intenso y duradero. Nunca he conocido a nadie tan leal como ella, ni tan desinteresado. No sé de qué va todo esto, y que Dios me libre de saberlo, pero entre Víctor y Ayshane... quédate con ella.

—Yo no...

—Ayshane Ivanova, la Mamba Negra, una Yakuza —Hizo un divertido gesto temblón con el cuerpo—. Pero la única de este mundillo que daría la vida por ti sin esperar que hagas lo mismo por ella.

Se serenó y, sin esperar a que Erick contestara, abrió la puerta que les

separaba de la lugarteniente.

Tras el biombo, Ayshane intentaba por todos los medios ponerse el corsé *peacock* rojo. Sus elegantes plumas negras iban desde el centro de su ombligo hasta el pecho, y lo único que hacían era meterse en los ojos, en la nariz o en la boca.

Ya se había maquillado como su amiga y Madame de aquel local le había dicho: los ojos perfilados con *khol* negro y los labios de rojo bermellón que ni en sus más remotos sueños habría utilizado jamás. También se había enfundado en aquella horrorosa falda y en la ropa interior que su amiga le había dado, esto último sin saber muy bien para qué. No tenía intención de desnudarse, pero, según Ekaterina, la interpretación de un personaje empezaba por su ropa. «Siéntela, hazla tuya, mimetízate con ella», le había dicho. «Y un cuerno», pensó.

—¡Malditas cuerdas! —gruñó para sí entre dientes intentando abrocharse los lazos de raso de la parte trasera—. Diga lo que diga esa bruja, esto no es de mi talla, de ninguna manera. —Se quitó el corsé de mala manera y lo tiró hacia un lado.

Resopló como un caballo y miró aquella prenda del demonio. Se colocó el flequillo hacia un lado, como siempre lo llevaba, comprobó que la tensa cola de caballo que se acababa de hacer no se había deshecho con el esfuerzo y volvió a coger el corsé. Lo miró con cara de pocos amigos y volvió a intentarlo.

—Rina, ¿eres tú? —asomó la cabeza tras el biombo cuando escuchó que se abría la puerta.

Al ver a su amiga entrando en la habitación, salió sujetándose el corsé por debajo del pecho a su encuentro.

—Menos mal que has venido, soy incapaz de ponerme... —Se quedó paralizada a medio camino cuando vio quién acompañaba a la Madame—. ¿Qué demonios hace éste aquí? —dijo entre dientes con mirada amenazante.

—Eres la princesa de la noche. Debes ir acompañada de un príncipe

—sonrió maliciosa.

Ekaterina se acercó a ella. Le hizo un gesto en círculo con la mano para que se diera la vuelta. Ayshane obedeció tan sólo por no perder el corsé delante del agente. La Madame comenzó entonces a tirar de los lazos apretándolos con fuerza.

—Rina... Rina... ¡Ekaterina! —Se separó de ella antes de que terminase de atarle el corsé—. Tengo la mala costumbre de respirar. —Colocó una mano sobre el estómago e inspiró con solemnidad.

Erick se apoyó sobre la puerta, metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y cruzó una pierna sobre la otra sin perderla de vista.

—El corsé te ayudará a mantenerte recta. No creo que sea conveniente que te muevas demasiado con ese morado. —Ekaterina se situó tras ella y siguió apretando el corsé; en cuanto terminó de atarlo, tomó la mano de Ayshane y la hizo dar una vuelta sobre sí misma—. Estás preciosa. —Se acercó a ella, le acarició los labios para después besarlos y terminar el beso mordiéndola el labio inferior.

—¡Rina! —gritó apartándola avergonzada.

Ekaterina se rió y fue en dirección al armario que había junto a la puerta al lado de Erick.

—Estás muy buena, ¿no es así guapetón? —Le guiñó un ojo cuando pasó por su lado.

Ayshane bufó y se sentó en la cama desesperada y envarada por el corsé. Erick la miró y sonrió mientras Ekaterina, con el culo en pompa, buscaba algo en el armario.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De nada —sonrió de medio lado.

—¿Qué haces aquí?

—A mí no me preguntes —dijo señalando el trasero en pompa que sobresalía del armario.

Ekaterina salió del mueble con un pantalón de cuero negro, unas botas de caña negras con la puntera y el talón reforzados en acero, unas muñequeras negras y dos máscaras de cuero.

—Entra al baño y ponte esto. —Le dio los pantalones, las botas, las muñequeras y una de las máscaras—. Ash, acércate para que te ayude a ponerte la máscara.

—Creo que deberías explicarnos qué se supone que vamos a hacer así vestidos. —Erick miró con una mueca de asco la ropa que Rina acababa de pasarle.

—Tranquilo, guaperas. Es ropa nueva, a estrenar —sonrió—. Es simple: Ayshane necesita entrar en la subasta como una más. Todas mis chicas son sumisas y siempre van acompañadas por un dómine, que es quien las prepara en las habitaciones hasta que llegan los clientes. Por lo general, cuando el cliente llega, ellos se van, aunque en ocasiones participan en los juegos a petición del cliente, claro.

—Los... juegos...

—Tranquilo, Víctor no suele compartir a sus sumisas. Las quiere para él en exclusividad. Pero tú tendrás que aparentar ser el amo de mi pequeña, acompañarla a la habitación, prepararla...

—¿Qué?! —gritaron los dos al unísono.

Ekaterina se rió. Se dirigió a Ayshane, se puso tras ella de rodillas sobre la cama, le colocó la máscara que le cubría tan sólo la mitad del rostro hasta la nariz para ocultar su identidad y empezó a atársela con delicadeza por detrás, con cuidado de no deshacerle la coleta.

—Cariño —le acarició los hombros—, tú querías entrar en la subasta y pescar al comisario, y ésta es la única forma de entrar en ella. —La besó en la sien—. Pórtate bien y haz todo lo que el guaperas te diga.

—¡Será una broma!

—No. Esta noche serás su sumisa, y no hay más que hablar. Tómatelo como unas pequeñas vacaciones. Por un ratito, no serás tú quien de las órdenes.

—No. De ninguna manera.

—Vamos... Será tan sólo en el escenario. Cuando estéis en la habitación podéis volver a intercambiar los roles si quieres, aunque me da que el agente no es ningún sumiso tampoco. —Le miró de arriba abajo y se mordió el labio inferior.

—No va a funcionar, yo no soy sumisa... —«Y menos con él»—. Puedes presentarme tú perfectamente, o cualquiera de los chicos que trabajan para ti. —Se levantó de la cama.

—¿Qué te presente yo? Eso llamaría la atención. —Se acercó a ella y le dio un ligero toquecito en la nariz—, y no queremos llamar la atención, ¿verdad? —Miró a Erick—. Caballero, no tenemos toda la noche. Al baño. Cámbiate. Rápido.

—No pienso ponerme esto —respondió zarandeando los pantalones.

—Tiene razón, Rina, es demasiado ajustado, daría qué hablar sino es capaz de llenarlo —dijo sin pensar.

Erick emitió algo parecido a un gruñido, frunció el ceño con la vista fija en ella. Ayshane le miró arqueando una ceja y sonrió con malicia.

—¡Oh, querida!, yo creo que más bien tal vez no le cierre —dijo mirando su entrepierna.

Erick bajó la mirada, se colocó la abultada entrepierna sin pudor, miró a Ayshane y sonrió de medio lado al ver como ella se miraba la punta roja de sus botines avergonzada al descubrir su izado mástil.

—¡Vamos, por el amor de Dios!, somos todos mayorcitos. Ash, eres todo un bombón. —Le dio un cachete en el trasero—. Guarda las uñas y no las

saques a no ser que sea para marcarle la espalda en un salvaje revolcón. —Alzó una mano y arañó el aire como lo haría un gato—. Por favor, cuánta tensión sexual no resuelta. —Se abanicó con teatralidad—. La fiesta empieza en quince minutos. Espero que estéis listos. Seréis los últimos en salir. —Se dirigió hacia la puerta de la habitación—. Guaperas, límitate a hacer lo mismo que hacen el resto de mis chicos. Y ni se os ocurra llegar tarde.

Le dio unos leves golpecitos en el hombro con el dorso de la mano para que se apartara y la dejara salir. Abrió la puerta y se marchó.

Ekaterina los dejó solos. Durante unos minutos, no se movieron, no hablaron. Se limitaron a mirarse. Ayshane no sabía muy bien qué hacer. El plan era que los agentes vieran desde la sala de vigilancia las declaraciones de Víctor, que fuesen testigos de la reacción del comisario, que viesen que la conocía, que había trabajado para su familia, que se diesen cuenta de que aquel hombre no era más que una de las manzanas podridas de la institución para la que trabajaban. Había micros colocados en la habitación a la que iba a llevarle. Podrían verlo todo. Escucharlo todo. No era necesario, no quería que estuviera presente.

Erick era un buen agente, uno de vocación, de los que creían en el bien, en los valores que defendían, y sabía que se llevaría una enorme estocada al descubrir que Víctor no era quien decía ser. Ellos confiaban en Víctor, o por lo menos lo habían hecho hasta aquel momento. Si estaban allí, era porque ella había conseguido sembrar la semilla de la duda, pero no era necesario que pasara por aquel batacazo él sólo. Sabía lo que era sentir la traición en soledad, y hubiese deseado tener a alguien a su lado que la apoyara cuando descubrió cómo Adrik urdió aquel plan tan vil para atentar contra su propia familia. Alguien que le dijese que todo iba a salir bien, que la consolara, que la hubiera ayudado a superarlo sin tener la necesidad de erguirse sobre el bastón de la venganza, porque era consciente que había otros caminos, otros senderos que ella ya no podía seguir.

Pero Erick podía tener la opción que a ella le habían negado desde niña. Podía apoyarse en su equipo, uno con los mismos valores y vocación que él. Podrían ayudarse entre los tres a no caer en una devastadora, ruin y acaparadora venganza que lo consumiría todo a su alrededor, que aplastaría su sonrisa, esa preciosa sonrisa de niño malo que había visto muchas veces cuando los espía, ese feroz entusiasmo con el que envolvía a sus agentes en cada nuevo caso, ese tenaz espíritu que le guiaba a seguir una y otra vez todas las pistas por el sendero de lo correcto, más largo, pero mucho más honorable. No quería que perdiese esa sonrisa, ese entusiasmo, ese espíritu, esos valores. Ella apenas reía ya. Sus valores, su espíritu, su entusiasmo,

habían sido doblegados al dolor y a la amargura hacía demasiado tiempo.

—No es necesario que me acompañes. Puedes volver con tus agentes al cuarto de vigilancia.

Se dirigió al tocador que había frente a la cama, sobre la pared del baño que había al otro lado, y comprobó su maquillaje con aire despreocupado.

—¿Por qué nos has traído aquí?

Ayshane le miró a través del espejo, cogió el pintalabios rojo y repasó el contorno de sus labios, los juntó y separó un par de veces haciendo que sonaran como una botella recién descorchada. Se dio la vuelta, se apoyó con el trasero sobre el canto de la mesa, con una pierna cruzada sobre la otra, los brazos bajo sus pechos y ladeó la cabeza ligeramente.

Ekaterina tenía razón, entre ellos había demasiada tensión. Con otra persona, con otro hombre, se hubiese limitado a dar una orden, a interpretar ese personaje que tan bien se sabía, ese que formaba parte de su ser de tal forma que se había soldado a su personalidad y que le había dado ese carácter que todos temían, pero con Erick debía ser más sutil. Tenía que apelar a su razón si quería conseguir al trío de agentes, acariciar su espíritu, sus valores, su vocación, aunque eso supusiera resquebrajar parte de las corazas que alzaba contra todos los que la rodeaban. Ya las alzaría de nuevo, las recompondría en soledad como había hecho esa tarde en el búnker tras disparar al único hombre que había conseguido ganarse su amor y su respeto.

Ante Erick debía mostrarse más... humana, no como el frío reptil asesino que Adrik, con orgullo, siempre había presumido tener por hermana.

—Víctor es demasiado inteligente. Lleva casi toda su vida como agente trabajando para Adrik...

—Querrás decir para tu familia.

Ayshane inspiró profundamente, apretó la mandíbula y paladeó sus palabras. Era desconfiado como ella. Sonrió de medio lado. «Interesante», pensó. Nunca se había topado con nadie con un carácter tan parecido al suyo.



No es que la gente se acostumbrara a fiarse de ella, pero se dirigían a su persona con más tacto, con mucho más respeto. Tendría que cambiar de estrategia, no podía actuar como lo hacía ante el resto. «Aunque si él sigue tensando la cuerda...». Ella podía ser una mujer paciente, pero no era como la sumisa que Ekaterina le había dicho que debía interpretar y no sabía hasta qué punto sería capaz de contener al violento reptil que moraba en su interior.

—Yo no trabajo para Adrik. En realidad nunca he trabajado para él. Por lo que podría decirse que Víctor nunca ha trabajado para mí.

—Pero eres una Ivanov. —Erick se cruzó de brazos con los pantalones aún en la mano—. Si aseguras que Víctor trabaja para los Ivanov, podría decirse que trabaja para ti... o ha trabajado para ti —rectificó antes de que pudiese contradecirle.

Ayshane se incorporó y se llevó dos dedos al puente de la nariz. Aquello iba a ser más complicado de lo que pensaba. Ella no estaba acostumbrada a compartir el poder; o bien recibida órdenes, que sólo acataba si venían de su padre, o bien las daba para que las cumplieran todos los que estaban bajo su mando, como se suponía que debía estar el trío de agentes. Ella no trabajaba en equipo, no en la toma de decisiones.

Cuando alzó la cabeza para enfrentarle se dio cuenta que Erick había salvado el espacio que los separaba y estaba tan sólo a unos escasos centímetros de ella. Un escalofrío le recorrió la espalda. No le gustaba tener al agente tan cerca. La ponía nerviosa. Sabía que la estaba analizando, que escarbaba bajo su ser como si buscase algo.

—¿Qué quieres saber exactamente, Erick? —Le miró a los ojos y alzó la barbilla en un gesto desafiante.

No pudo evitarlo. Se aferró a su altanería, a su frialdad, dos de sus mejores escudos para recuperar el control de la situación y no perderse en aquellos ojos color vidrio roto que tanto le habían llamado la atención desde que su madre se lo asignó como objetivo hacía ya siete años.

—¿Por qué haces esto? —susurró perdido en algún mundo paralelo.

Ayshane inspiró profundamente antes de contestar, y ¡oh!, qué error fue hacer aquello. Olía tan bien. Sintió el momento exacto en el que sus neuronas cortocircuitaron, cómo sus barreras caían desplomadas ante él a pesar de sus esfuerzos por mantenerlas en pie.

—La forma más rápida de obtener respuestas no es siempre la más respetable —reconoció avergonzada—. Mis métodos no son dignos, pero sí efectivos. —Por primera vez en su vida apartó la vista abochornada—. Si estáis aquí es porque queréis conocer la verdad y yo sé el camino más corto para llegar hasta ella.

Necesitaba apartarse, recuperar la compostura, alejarse de él, así que dio un leve paso hacia atrás con la vista fija en el suelo y la intención de alejarse aún más en dirección a la puerta.

—Espera —dijo con voz ronca, y le agarró el brazo con suavidad por encima del codo.

Ayshane dio un ligero respingo, se paró y miró la mano de Erick sobre su brazo. Al darse cuenta de hacia dónde miraba, la soltó. Fue entonces cuando ella se atrevió alzar la vista.

—Iré contigo —Se dio la vuelta con intención de entrar en el baño para cambiarse.

—No.

Erick se detuvo en seco a medio camino. Se dio la vuelta y la miró confuso.

—No pienso dejarte a solas con él.

Ayshane recibió aquellas palabras como una bofetada. Entendía que no se fiara de ella y por lo general, era algo que le habría dado igual, pero por alguna razón, le dolió lo suficiente como para que todas sus barreras se alzaran de golpe y recuperara la compostura.

—Maldita sea, ¡podría reconocerte! —Caminó hacia él segura de sí misma,

acercándose lo tanto que sus botines rojos tocaban las botas de Erick—. ¿Es que no te has dado cuenta de ese pequeño detalle? —Le dio un leve y seco golpe en la frente.

Erick le agarró la muñeca con fuerza cuando ella iba a bajar la mano y la dejó a medio camino, a la altura de su pómulo, pero sin soltarla. Emitió algo parecido a un gruñido ahogado y apretó la mandíbula, pero Ayshane no se acobardó, todo lo contrario, movió con brusquedad el brazo con intención de soltarse. Erick no se lo permitió, sino que la acercó aún más a él. Ayshane se tropezó con las botas de Erick y apoyó la mano libre sobre el pecho del agente. Le miró furiosa a través de las pestañas, se alzó de puntillas y acercó los labios a escasos centímetros del agente.

—Suéltame —siseó entre dientes arrastrando la ese de aquella manera tan suya.

Erick sonrió con aires de suficiencia e hizo todo lo contrario a lo que ella le ordenó, la acercó todavía aún más a él y le agarró la barbilla con la mano libre para impedir que se alejara.

—Escúchame bien porque no pienso volver a repetirlo, Ayshane —le susurró poco más o menos sobre sus labios.

Ella casi se muere del gusto. Ayshane. Acababa de llamarla por su nombre de pila otra vez, y sonaba tan sensual. Se quedó descolocada, hipnotizada, como si él fuese un encantador de serpientes y ella hubiese caído bajo el influjo de su hechizo.

—Voy a entrar en ese cuarto de baño, me voy a cambiar y tú me vas a esperar sentadita en la cama.

—¿Y si no lo hago? —replicó en un hilo de voz casi imperceptible.

Estaba tan aturdida que a duras penas podía articular palabra. Erick la soltó, le acarició el labio inferior con el pulgar y se acercó a su oído.

—Todos tenemos un lado oscuro, nena —susurró—. No quieras conocer el mío.

Jason y Alicia estaban petrificados mirando las imágenes de la habitación donde Ekaterina había llevado a Erick. Cuando la mujer y su compañero salieron de la sala de vigilancia, Alicia no pudo evitar cambiar el objetivo de las pantallas.

La Madame las había dejado de tal forma que en la pantalla central se veía en pequeños cuadraditos todos los ángulos de la casa donde apuntaban las cámaras, en la pantalla de la derecha había dejado fijada la imagen de la cámara del salón y en la de la izquierda la de la mazmorra de la silla. Pero Erick se había marchado con una mujer desconocida para ellos que, al parecer, trabajaba para la familia Ivanov. Además, su inspector había seguido a aquella extraña desarmado, y aunque habían seguido sus pasos a través de las diminutas imágenes de las cámaras de la pantalla central por el pasillo, había decidido cambiar la imagen de la mazmorra por la habitación donde se encontraba Ayshane Ivanova, que era donde Ekaterina al parecer había llevado a su compañero.

—¿Pero qué...? —dijo Alicia preocupada tras ver a Erick entrar al cuarto de baño sin dejar de mirar la pantalla.

Jason parecía no escucharla. Estaba absorto en sus pensamientos. Sin decir nada, se levantó de la silla, dio una vuelta alrededor de la mesa blanca de café que había tras ellos y se sentó en el diván con los codos apoyados en ambas rodillas y la cabeza entre sus manos.

—Creo que voy a tener que mantener una conversación con él.

Alicia se dio la vuelta en la silla y miró a su compañero frunciendo el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre, Jason?

El agente alzó la vista, entrecruzó los dedos de sus manos y apoyó la barbilla sobre ellos. Sobre el hombro de su compañera, en la imagen de la habitación, vio como la puerta del baño se abría y salía Erick disfrazado con el antifaz, y con unos pantalones y unas muñequeras de cuero.

—Cuando estemos a solas. —Se levantó haciendo un movimiento con la cabeza hacia la pantalla de la habitación—. Los tres —Se sentó en la silla de ordenador a su lado y se quedó mirando las pantallas.

Hasta que Erick no entró en el baño y cerró la puerta, Ayshane no soltó el aire que, sin ser consciente, había estado reteniendo en los pulmones.

«¿Pero, que...?», pensó. Nunca, en sus veintitrés años de vida, se había sentido tan carente de reacción. Aquel hombre había noqueado sus sentidos de tal manera que no supo por dónde le había llegado el golpe. Había conseguido dejarla sin sentido como jamás nadie había osado intentarlo. Miró hacia ambos lados de la habitación. Vio su reflejo en el espejo del tocador. Reconocía a la perfección la imagen de aquella mujer.

Ayshane Ivanova, la niña que perdió a su madre por una traición que no vio venir, por la lealtad ciega que le profesaba a su familia, una familia rota por los intereses, podrida por las ansias de poder. Esa maldita niña debería estar muerta, tal y como se prometió a sí misma hacía ya siete años.

Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y ahogó un chillido de frustración, pero no se movió. Las piernas no le reaccionaban.

Erick tardó muy poco tiempo en cambiarse. En realidad, no debía ponerse demasiada ropa. Tan sólo unos simples pantalones de cuero negro que le iban como un guante bajo aquel immaculado torso moldeado en el gimnasio, unas muñequeras y un antifaz del mismo material que acentuaban aún más el vibrante e hipnótico color de sus ojos. Lo único que no se había cambiado eran las botas.

Cuando salió del cuarto de baño, se encontró a Ayshane en el mismo lugar donde la había dejado. La miró de arriba abajo sin decir nada.

Toc, toc, toc.

—Mis disculpas. —Ekaterina asomó la cabeza por la puerta—. La puja va a comenzar. Debéis bajar ya. ¿Estáis listos?

—Sí.

Erick quiso coger del brazo a Ayshane, pero antes de que pudiera llegar a cerrar los dedos sobre su suave piel ella hizo un ademán para que se alejara.

—No me toques —siseó entre dientes.

Erick enarcó una ceja y sonrió de medio lado. Miró a Ekaterina, que observaba divertida la escena tras la puerta, la abrió del todo y se acercó al tocador. De un pequeño cajón que había a uno de los lados sacó un fino collar de cuero negro con una larga cadenita de plata colgando.

—Ni lo sueñes —dijo Ayshane dando un paso hacia atrás negando con la cabeza al ver la cadena.

—Ash... Me acabáis de dar una idea magnífica —sonrió, se acercó a ella y le puso el collar de cuero en la garganta—. Está claro que ninguno de los dos sois sumisos, pero uno de vosotros va a tener que ceder. —La miró enarcando una ceja—. Tu padre, que en paz descansa —se santiguó—, jamás me perdonaría que te pusiera en riesgo ni a ti ni a los tuyos.

«Mi padre es el siguiente a quien que pienso matar en cuanto me encargue del capullo este», pensó frunciendo el ceño y apretando la mandíbula al ver como Erick las miraba divertido.

Había visto que las sumisas de su amiga llevaban aquel tipo de collares durante los juegos, las pujas y los espectáculos de la Mansión para complacer a sus amos. Cómo ellos las exhibían orgullosos tirando de la correa y paseándolas por el salón, pero ella no era sumisa, no estaba allí para complacer a nadie y por mucho que aceptara, comprendiera y respetara aquel modo de vida, no se sentía cómoda llevando una correa, por muy fina y elegante que fuera, como si fuera de animal de exhibición.

—Como sé que lo de ceder te cuesta, interpretarás el papel de la sumisa desobediente, la rebelde. —Se mordió sonriente el labio inferior y dio palmaditas entusiasmada—. Eso le encantará a Víctor... Bueno y a muchos otros de la sala. A todo buen amo que se precie le encantaría meter en cintura a una mujer como ella. —Le dio un cariñoso golpecito con el hombro a Erick—. ¿Verdad que sí, guapetón? —Le tendió la cadenita que se unía al collar de la lugarteniente.

Ayshane suspiró como si de un toro bravo se tratara y miró llena de odio a Ekaterina, pero Erick tiró con suavidad de la fina cadena de plata en dirección hacia él. A la joven no le quedó más remedio que posar la vista sobre el agente.

—Creo que me gusta esta correa —dijo sonriente.

Ekaterina se rió de tal manera que tuvo que retirarse un par de lágrimas que amenazaban con correrle el maquillaje.

—Yo que tu no tentarías demasiado a la suerte. —Se acercó al oído del agente—. Dicen que su mordedura es mortal —canturreó.

Ayshane no se podía creer lo que estaba haciendo Ekaterina. Daba la impresión de estar encantada con la situación. A sus cuarenta y ocho años, era una mujer desinhibida, de carácter jovial, que disfrutaba del momento como en innumerables ocasiones le había dicho que debía hacer ella. Se conocían desde que tenía uso de razón. Había hecho muchos favores a su familia, en concreto a su padre y, por consiguiente, el clan Ivanov le había correspondido de igual manera. La tenía en muy alta estima y la quería mucho, todo lo que uno puede querer a alguien en aquel mundo.

Ekaterina le ayudó, en parte, a superar el dolor por la pérdida de su madre, sus miedos; la cuidó todo lo que se Ayshane se había dejado y siempre la trató como a una hija. Aun así, la miró furiosa y se juró mantener una charla con ella, pero suspiró negando con la cabeza. Por la manera en que la miraba Rina, no le infundía ningún miedo. Ese era el problema de mantener una relación con alguien externo a la *bratva*, por eso nadie tenía amigos ni relaciones fuera de ella. ¿Y si un día tuviese que ejecutar a Rina? ¿Podría? No, sabía que no. Como su padre le había dicho infinidad de veces, en ocasiones le perdía el corazón. Abrió la boca con intención de recriminar la actitud de su amiga, pero su intención de dejarle claro que aquello no era un juego se truncó por la inesperada melodía de su móvil.

El agente sostenía la cadenita de plata con petulante sonrisa de superioridad. Ayshane la agarró cerca del arete que se unía al fino collar de cuero. De un seco tirón lo rompió y se soltó. Ahora era ella la que sonreía.

Ekaterina soltó un chillido ahogado como si acabara de presenciar un sacrilegio. Erick perdió su arrogante sonrisilla y apretó la mandíbula, pero Ayshane hizo caso omiso y se dirigió a la mesilla de noche que había junto a la cama, cerca del armario. Miró la pantalla del móvil. Reconoció el número de inmediato.

—*Yesli* —respondió sin volver la vista a ambos—. Sí —Miró por encima de su hombro a Erick.

Poco a poco, los músculos de todo el cuerpo de la lugarteniente comenzaron a tensarse. Cuando terminó la corta y escueta conversación se dio la vuelta hacia ellos y miró a Erick con cara de póker, calculando su siguiente movimiento, nerviosa, fría y consciente del poco margen de maniobra que tenía.

—Rina, déjanos a solas —ordenó sin mirarla, centrando toda su atención en el agente.

Su cerebro trabajaba a toda velocidad para dar con una solución lo antes posible. Trató de buscar una que no fuese acabar con el problema de raíz, que era lo que por norma solía hacer. «Esa no eres tú, Ayshane», pensó para sí. No había vuelta de hoja. Los agentes debían tomar una decisión y las opciones eran blanco o negro. Si en alguna ocasión existió la posibilidad de una escala de grises, aquella llamada había acabado con ella.

—Pero la subasta...

—Id empezando. Tendrás a tu rebelde sumisa. Ahora vete.

—No lleguéis tarde, si no...

—Ekaterina... —La miró furiosa.

La Madame salió como alma que lleva el diablo. Conocía demasiado a la lugarteniente como para saber que no estaba para bromas. A su pequeña acababa de devorarla la serpiente que moraba en su interior ocupando la primera línea al frente de su pelotón. Tal y como hacía siempre.



—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar el agente cuando Ekaterina salió de la habitación.

Ayshane no contestó. Se limitó a ladear la cabeza. Su teléfono móvil vibró. Lo miró concentrada, inspiró, se acercó y le entregó el móvil.

—¿Es ese el informe que le habéis pasado a Víctor sobre lo ocurrido en la nave?

Erick leyó en la pantalla del Z5 de la joven el documento. No le hizo falta llegar hasta el final, lo reconocía y se lo sabía de memoria tras repasarlo al menos siete veces junto a Jason y Alicia para asegurarse que era convincente, creíble y que no dejaba cabos sueltos.

—¿Cómo has conseguido esto?

Aquello era un informe interno de la Brigada. La lugarteniente no debía disponer de esa información. Ni ella, ni nadie.

—Sigue leyendo.

—No me hace falta, y no has respondido a mi pregunta —dijo tajante.

—Víctor le ha pasado esta información a Adrik —respondió en un tono de voz neutro, distante—. Sigue leyendo y verás que al final se adjunta una parte que no ha sido redactada por vosotros, y de la cual deduzco que no tendréis constancia.

Para ella, era obvio que el informe entregado al comisario era independiente a la última hoja adjunta al documento, y estaba segura que los agentes no tenían ni la menor idea de aquello.

Erick pasó el dedo por encima de la pantalla y llegó a la página que la lugarteniente decía. La miró sorprendido y comenzó a leer con atención.

—Pero qué narices es esto...

Madrid, a 16 de Noviembre de 2016

Tras el seguimiento solicitado del inspector jefe Erick Román de Blas, la oficial Alicia Sánchez Valiente y el inspector Jason Booth Pérez, le ratifico que el informe presentado por los agentes y que usted me hace llegar es ficticio.

Durante los seguimientos que he venido realizando esos últimos días, puedo corroborar haberles visto mantener contacto con Ayshane Ivanova en dos ocasiones.

La primera, cuando el inspector Jason Booth Pérez trasladó a la mujer a la nave en un estado de aparente de inconsciencia.

La segunda, cuando la mujer salvó la vida de los agentes en el tiroteo llevado a cabo en la nave.

Todos los hombres fallecidos en el mismo fueron abatidos por Ayshane Ivanova salvo uno, que fue alcanzado por el inspector Jason Booth Pérez con el fin de salvar a la mujer de un posible alcance de bala.

Tras realizar una breve investigación, puedo afirmar que tanto el inspector jefe al cargo de la Operación Fantasma como los dos agentes de campo que trabajan en la actualidad bajo su mando se encuentran en contacto directo con el sujeto, siendo conscientes de la existencia de la misma en la nave, socorro de la mujer y ayuda en la huida del lugar de los hechos tras el tiroteo.

A la espera de más instrucciones, reciba un cordial saludo.

Agente de campo X.

—¿Quién ha...? —Erick deslizó el dedo por la pantalla de abajo arriba y de arriba abajo—. ¡¿De dónde ha salido esto?! —preguntó con dientes apretados.

—De los servidores de vuestra Brigada.... —Ayshane comprobó que llevaba el antifaz de cuero bien sujeto.

—Imposible. —Tiró el móvil encima de la cama de mala gana y apretó los puños a ambos lados del cuerpo.

—Más concretamente del ordenador de la inspectora Laura —prosiguió sin darle importancia a la tensión que parecía vislumbrar en él.

Erick se llevó ambas manos a la cara y se dio unas fuertes friegas metiendo las manos por debajo de su máscara como consternado o incrédulo.

—Me encargaré de que la oficial Sánchez tenga acceso directo a esta información para que pueda confirmarte su procedencia y la veracidad de la misma.

Se acercó al cajoncito de la cómoda donde Ekaterina había cogido la correa que la había unido al agente y que ella había roto sin ningún pudor. «Rina me va a matar», pensó divertida, «era su cadena favorita». Su yo interior sonrió travieso y conforme por devolverle a la Madame la jugarreta.

Cogió un collar parecido con una cadenita también de plata y una argolla en la parte final para unirla al que debía ser su amo. Hizo una mueca de desagrado al pensar que estaba poniéndose de manera voluntaria a merced de un hombre. «Puedes hacerlo Ash, tu puedes», se animó. Caminó hasta el agente y le miró con cautela.

—Víctor está abajo. —Se colocó el collar dejando la cadenita colgando entre sus pechos—. Tendrás acceso a él en cuanto termine la puja.

Cogió el extremo de la cadena de plata, el de la argolla. Titubeó. Erick estaba demasiado rígido e imaginarse doblegada a su voluntad no ayudaba en absoluto. Armándose de valor, le agarró con suavidad la muñeca, la giró y en el arete un poco escondido de la muñequera del agente enganchó la argolla de

la cadena. Quedaron unidos de nuevo. Y se quedó quieta, preparándose para todas las salidas de tono que el agente pudiese tener.

—¿Por qué haces esto? —volvió a preguntar esta vez apenas con un hilo de voz.

Ayshane le miró. ¿Que por qué hacía aquello? Podía darle tantas respuestas. Porque era la única vida que conocía. Porque había nacido por y para trabajar para su familia, la misma familia que su hermanastro había destruido, aquella de la que ya no le quedaba nada. Porque tenía que matar a Adrick para librar al mundo de un hombre como él. Porque ahora sabía que los agentes habían colaborado de alguna manera con ella y eso los ponía en el punto de mira....

Adrik era un asesino, ella era una asesina. No dudaría en matarlos a todos en cuanto tuviese la más mínima oportunidad. Acabaría con él aunque fuese lo último que hiciera y, tal vez muerta, sería por fin libre.

—Supongo que... porque eres un buen poli —«Y el mundo merece tener más hombres como tú».

Erick no podía morir. No mientras a ella le quedase un aliento de vida. No podía permitir que nadie muriese por su culpa otra vez. No se veía capaz de cargar con la muerte de un inocente a sus espaldas. Tantas muertes, tantas vidas sesgadas, tantas familias rotas. Madres, hijos, padres... «Puede que el mundo sea un lugar horrible, pero yo no soy mucho mejor».

—¿Qué pasará con Víctor?

Ayshane se alejó, ladeó la cabeza, arqueó una ceja y le miró. No había opción para Víctor ni para ninguno de los que trabajasen para Adrik, sus tentáculos eran demasiado largos, su poder había crecido sin medida. Mandar al comisario a prisión era hacerle un regalo, y hacía muchos años que ella había dejado de ser una mujer detallista.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Qué pasará con Laura?

Ayshane dio otro paso hacia atrás tensando la cadena que los unía, le miró por debajo de las largas, negras y tupidas pestañas que sobresalían del cuero de su antifaz y sonrió maliciosa.

—Vayamos por partes, inspector —siseó arrastrando las eses.

Dio otro paso hacia atrás, pero Erick agarró la cadenita y de un fuerte tirón la acercó a él provocando que se tropezara con su cuerpo. Ayshane siseó sin dejar de sonreír.

—¿Qué quieres de nosotros?

Ayshane arqueó una ceja en respuesta. Erick metió entonces el dedo índice bajo el collar de cuero negro y la obligó a mirarle a los ojos alzando su barbilla.

—En la nave dijiste que nos necesitabas vivos. Por qué y para qué.

La lugarteniente ladeó la cara sin dejar de mirarle y se mordió el labio inferior con sensualidad.

—Quiero que trabajéis conmigo. —No era eso exactamente pero de momento tendría que servir—. Que me ayudéis a acabar con Adrik.

—Soy un buen poli, ¿recuerdas? —Se acercó a ella y rozó la punta de la nariz con la suya—. Los polis buenos no colaboran con la *bratva*.

Ayshane sonrió, se acercó con la intención de besarle, cuando sus labios estaban tan cerca que casi podían rozarse, esquivó su boca con ese movimiento serpenteante tan característico del animal con la que se la conocía y le susurró al oído.

—Entre tú y yo. —Se tomó la libertad de poner las manos sobre sus fuertes hombros—. Mi mordedura puede ser mortal —canturreó en su oído imitando a la Madame—. Pero ¿acaso he mordido a alguien que no mereciese morir? —Le acarició bajando las manos por la clavícula y dejándolas sobre su pecho desnudo.

Ese pecho duro como una roca. Y aquel aroma... Su aroma... «Dios... me

estoy metiendo en la boca del lobo. Para Ayshane, para ahora mismo».

Podía ser un témpano de hielo, calculadora, distante, pero a pesar de haber calibrado previamente todos y cada uno de sus movimientos, hacer aquello la estaba torturando como nunca antes. Se estaba tirando de cabeza al precipicio.

No era estúpida, era consciente de que el agente le hacía sentir cosas que ningún otro hombre había conseguido. Sabía cómo provocarla, cómo alimentar su escasa inseguridad, o avergonzarla, una palabra que hacía mucho tiempo que no tenía cabida en su ser. Pero, sobre todo, le hacía sentir miedo. Miedo hacia toda aquella confusa mezcla de sentimientos, miedo a no saber controlar aquello, a sus demonios, a perder el norte. «No, no vayas por ahí Ayshane...».

—Será mejor que bajemos. —Dio un paso hacia atrás.

Le miró a los ojos, esos ojos verde botella que llamaban demasiado la atención enmarcados en el cuero negro del antifaz. Podía notar su respiración acelerada, como si librara una cruenta lucha interior.

Erick tiró de la cadena que los unía agarrándola tan fuerte que sus nudillos empezaron a palidecer de ira irracional o quizás de frustración.

—Después de esto, quiero respuestas —susurró a un palmo de su cara.

Ayshane se pasó la lengua por los labios insinuante, sabía utilizar su encanto, y aquellas perfectas armas de mujer habían sido esculpidas en un cuerpo que sabía que no pasaba desapercibido.

—Muéstrame ese lado oscuro. Y ya veremos si estás preparado para la soportar las respuestas que buscas —siseó arrastrando las eses de aquella manera tan suya.

—Entonces —se acercó y le mordió el labio inferior llevándose consigo al retirarse y soltándolo con suavidad —, que se abran los infiernos. —Erick tiró de la cadena que los unía en dirección hacia la puerta.

Cuando el agente comenzó a andar, Ayshane estuvo a punto de tropezar, y no precisamente por el brusco tirón. Erick se las había ingeniado de nuevo para dejarla fuera de juego. Le acababa de morder el labio con delicadeza, sin ningún atisbo de miedo ni duda. Ningún otro hombre se había atrevido hacer semejante locura y, mucho menos, aquellos que la conocían. Se llevó la mano al lugar donde le había mordido.

Le siguió algo confusa hasta que salieron de la habitación. Un joven y alto rubio, con menos cuerpo que Erick, aunque no por ello menos hermoso, y vestido igual que el agente pero sin antifaz, les interceptó en lo alto de la escalera principal que bajaba a la planta calle.

—Menos mal que ya bajáis —suspiró aliviado—. La puja está a punto de finalizar y solo faltáis vosotros. Rina está que echa humo, así que más vale que os deis prisa.

Ayshane salió de aquel momentáneo estado catatónico que le había absorbido de tal manera que ni siquiera supo cómo había salido de la habitación y había llegado hasta allí. Miró al nervioso joven que los apremiaba con la mano para que le siguieran escaleras abajo. «Bien, Ayshane. Comienza el juego».

Cerró los ojos, inspiró profundamente y se concentró. El crupier había repartido las cartas y ella no contaba con una buena mano, pero era una jugadora profesional. Había toreado en peores plazas. Saldría viva, entera y con tres agentes nuevos para su pequeño y mortífero equipo.

—¿Preparado?

—No soy yo la zorrilla que va a vender su cuerpecito por unos míseros euros —sonrió con aires de suficiencia.

Tiró de la cadena que le unía a la lugarteniente sin ningún tipo de cuidado y empezó a bajar las escaleras hacia el salón con seguridad, con prepotencia.

De manera instintiva, Ayshane se resistió, no porque se hubiese metido en su papel, como Erick parecía haber hecho, sino por el tono de voz que el agente había utilizado. Le hizo sentirse tan poca cosa, tan sucia, tan

insignificante. Precisamente a ella, a la mujer más temida entre las mafias rusas asentadas en España. Incluso los integrantes de las organizaciones que no habían salido de Rusia habían mostrado respeto ante ella en sus cortos viajes al país que la vio nacer, pero aquel miserable acababa de hablarle como si fuese una vulgar prostituta.

—Cuidadito, Erick. —Agarró la cadena con una mano y de un tirón le obligó que la mirase—. No metas la mano en una cesta llena de serpientes sin asegurarte antes si son venenosas siseó entre dientes acompañándolo de su peculiar silbido—. Podrías salir mal parado.

Erick se rio y dio un fuerte tirón a la cadena haciéndola bajar tres escalones de golpe hasta donde él estaba. La agarró del cuello y la alzó hasta que sus miradas se encontraron. Aunque apenas había diferencia de altura entre ambos, esta era suficiente para dejarla de puntillas.

Ayshane le agarró clavando las uñas en la muñequera de cuero negro, bufando como una serpiente furiosa.

—Se buena y compórtate como una sumisa.

Los rasgados ojos de Ayshane se convirtieron en dos finas líneas de chocolate líquido apenas visibles entre el *Khol* negro, la sombra de ojos de sus párpados y el cuero del antifaz. El agente la soltó entonces con mucha suavidad sobre el escalón y miró hacia el salón. Alzó la vista un segundo por encima del hombro. A Ayshane le pareció ver que sonreía. ¿Es que acaso estaba disfrutando de aquello? Ese hombre era un maldito inconsciente. ¿Es que no le tenía miedo?, ¿ni respeto? Ella no era una burda ramera, no era una niñata cualquiera como las que tenía por costumbre llevarse a su casa para adornasen su cama. Además, Víctor estaba allí mismo, entre todos aquellos hombres. Sería el ganador de la puja. ¿Eso tampoco le importaba? Podían desenmascararle, descubrirlos a todos y convertir lo que debería ser una simple y limpia infiltración en un auténtico baño de sangre.

Erick se detuvo a un peldaño por debajo de ella y miró el abarrotado salón en busca del comisario. Estaba poyado en la barra ovalada que había frente al escenario, en medio del salón, para que los clientes que se acercaran a pedir no perdiesen detalle del espectáculo ni de la puja.



Ekaterina le hizo una inapreciable seña para que se mantuviesen donde estaban, pero Ayshane no la vio. Bajó un escalón, pero cuando fue a bajar el siguiente Erick la sujetó del brazo y con brusquedad la volvió a colocar a su altura.

Siseó ofuscada llamando la atención de los hombres y mujeres que había a su alrededor, de espaldas a ellos, apoyados sobre los barrotes de madera tallada de la barandilla de la escalera.

—Suéltame —susurró revolviéndose.

Estaba empezando a perder la paciencia, estaba nerviosa y deseosa de acabar con todo aquello.

—Tú sigue así —respondió en voz alta— y te obligaré a ir hasta el escenario de rodillas como la perrita mimada que eres.

El resto de hombres y mujeres que hasta el momento no había acusado su llegada y que también estaban apoyados sobre los barrotes de la barandilla, alrededor y frente a esta, se dieron la vuelta curiosos.

Ayshane abrió los ojos como platos. En cualquier otra circunstancia se habría revelado, pero vio que Erick le hacía señas con los ojos en una misma dirección como si intentara decirle algo.

De reojo miró hacia dónde le indicaba y vio a varios hombres que cuchicheaban entre ellos y los observaban. «De acuerdo», pensó templando su carácter, «puede que esté interpretando su papel». Pero sonaba tan real, tan visceral, tan apasionado, que tenía sus dudas que aquellas palabras soltadas con tanta rabia no fuesen del todo sinceras.

Se acercó a él rozando con el dorso de una mano el lugar donde se encontraba el miembro que, bajo su toque, empezó a desperezarse. Con la otra le acariciaba el mentón como si fuese un gato.

—Inténtalo y cuando salgamos de aquí, desearás no haber nacido —«¡Ja!, vuelve a por otra».

Erick apretó la mandíbula y ahogó un profundo gruñido.

—Quien juega con fuego se termina quemando. —Enrolló el pelo de su coleta en un puño y tiró hacia atrás con violencia obligándola a mirarle—. ¿No es eso lo que dicen?

Erick colocó la mano libre sobre la de la lugarteniente, encima de su endurecida verga, y apretó haciendo que la temida Mamba cerrara la mano sobre su miembro.

Ayshane se revolvió incómoda por la posición y por estar siendo obligada a agarrar aquel falo que no le cabía en la mano y que ella tan solo había querido rozar con sutileza en un nefasto intento por dejarle claro quién mandaba. Fue a responder, a poner al agente en su lugar, pero Ekaterina dio comienzo al espectáculo sin dejar que ellos llegaran al escenario.

El salón ocupaba casi toda la planta de abajo y estaba abarrotado de hombres y mujeres. Las fiestas y subastas de Ekaterina eran conocidas en todo Madrid por ser de las mejores y más exquisitas de aquella sociedad. La Madame contaba con las mejores chicas del negocio y en poco tiempo se había hecho con los dos chalets colindantes que servían en exclusiva como habitaciones para el placer y disfrute de sus invitados, sus chicas y el gran número de socios con los que contaba la Mansión.

Rina sabía cómo montar un buen espectáculo, pero lo más importante, sabía cómo aprovechar cualquier circunstancia para salir bien parada, así que como buena superviviente, explotó la escenita antes de que Ayshane montase en cólera y lo echara todo a perder.

—Y por fin. El momento de la noche más esperado por algunos de nuestros clientes más apasionados.

Esperó a que cesaran los vítores y aplausos de los presentes, tomó el micro que había sobre el atril transparente de subastas de alta alcurnia que había colocado a un lado del escenario y se acercó a la pequeña escalinata de peldaños volados de madera.

—No todos los días podemos presentar a una mujer capaz de otorgarnos todos nuestros deseos —sonrió insinuante y miró al comisario para volver a fijar la vista sobre Ayshane.

Víctor siguió con la vista hacia donde miraba la Madame. El vaso de coñac casi se le resbala de las manos, se colocó el enorme bulto que los espectáculos de las pujas anteriores le habían dejado. Se terminó el coñac de un sorbo y se acercó al escenario con ansiedad, sin perder de vista al precioso bocado cuyo antifaz dejaba a la vista unos voluptuosos y apetecibles labios bermellón y una mirada tan oscura como el mayor de los pecados.

—Me complace presentarles a la joya de nuestra corona. —Ekaterina se paseó contoneando las caderas de un lado a otro del escenario—. Una mujer capaz de colmaros de las más deliciosas atenciones siempre y cuando —se detuvo frente a todos los espectadores mirándoles con socarronería— seáis capaces de meterla en cintura, porque es... —hizo una pequeña pausa para darle emoción a la presentación— ¡Nuestra insubordinada sumisa! —Señaló hacia las escaleras como la azafata de un concurso de televisión.

Los vítores y aplausos volvieron a llenar aquel salón. Todos los hombres y mujeres de la sala se dieron la vuelta hacia ellos y los miraron entusiasmados, sorprendidos, deseosos.

—¡La más rebelde de todas las sumisas con las que me he topado jamás! —La gente parecía volverse loca con sus palabras—. Pero también... —hizo otra pequeña pausa para aumentar la emoción— la más entregada cuando se rinde ante su amo —concluyó con voz sensual.

Erick tiró de la cadena de Ayshane en cuanto Ekaterina se lo indicó, en dirección al escenario, a través del improvisado pasillo que la gente les hacía según iban avanzando entre vítores y aplausos.

Ayshane colaboró hasta que llegaron a la altura de Víctor, que tras la entusiasmada presentación de Ekaterina, se había acercado al escenario. Erick miró por encima de su hombro para ver qué pretendía parándose frente al comisario delante de tanta gente y se dio cuenta que no había sido ella quien se había parado, sino Víctor quien agarraba a la lugarteniente con violencia por el brazo.

Se acercó tenso, como si todos los músculos de su cuerpo anunciaran un inminente colapso. Agarró la muñeca de Víctor. El comisario le miró, y a pesar de que podría haberle reconocido tras aquel antifaz, no agachó la vista en ningún momento.

—Querido... —Ekaterina intercedió con un tono amable y cariñoso llamando la atención de ambos—. Conoces las reglas. Nada de tocar a mis pequeñas hasta que termine la puja. Eso... si eres tú el afortunado —canturreó a la vez que le guiñó un ojo.

Con un arisco movimiento, Ayshane se soltó. El comisario la miró desafiante, sonriendo de medio lado. Ayshane le devolvió una cínica sonrisa y se mordió el labio inferior antes de que Erick diera un seco tirón a la cadena. Ella le miró arqueando una ceja tras el antifaz confusa.

—Cariño... —Ekaterina se dirigió esta vez al agente—. Sube a nuestra gatita salvaje... —Ronroneó—. ¡Vamos! —apremió emocionada.

A Jason y Alicia casi les da un vuelco el corazón. Se levantaron de la silla como un resorte cuando vieron a través de las cámaras del salón que Víctor agarraba por el brazo a Ayshane y Erick se encaraba con él. Sin saber cómo, pues no tenían audio del salón, la Madame había conseguido que todo quedara en lo que desde fuera parecía un absurdo e insignificante duelo de machos alfa.

Se sentaron en las sillas de nuevo sin perder detalle de lo que ocurría con el comisario, con Erick y con la lugarteniente. La puja iba a comenzar.

—¿Y si no sale bien? —murmuró Alicia mordiéndose la uña del dedo gordo.

—Saldrá bien. Está todo amañado —respondió sin perder de vista la pantalla—. A Víctor le gusta, la quiere para él.

—No irán a... —Le miró horrorizada cuando Erick y Ayshane subieron al escenario.

Jason se rio. Alicia no había parado de encomendarse al Señor en toda la

noche. No había sido capaz más que mirar las cámaras de reojo, sobre todo cuando veía a las sumisas volverse locas de placer después de ser azotadas, manoseadas y expuestas delante de todo el mundo.

—Es una subasta de sumisas, Alice... —se carcajeó—. Qué quieres que hagan, ¿ponerse a recitar poesía? —Arqueó una ceja divertido, sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

La agente se removió incómoda en su silla. Frunció el ceño y le dio un puñetazo en el brazo.

Ekaterina sonrió al público, se acercó a Erick, le estampó dos cariñosos besos y aprovechó el momento para llamar su atención sin que nadie se diese cuenta y, así, darle unas escuetas instrucciones. Hizo lo mismo con Ayshane, pero cambió las ácidas palabras que le había dedicado al agente por otras de ánimo.

Ekaterina sabía que su amiga lo pasaría mal. Solo esperaba que pudiese soportar el tormento al que iba a ser sometida. No era ninguna remilgada mojigata, pero, por desgracia, la vida que había llevado hasta el momento la había introducido en ese mundo de una manera demasiado violenta, despreciable, cruel.

En ocasiones, durante las conversaciones que mantenían cuando Ayshane podía ir a verla, Ekaterina le había dicho que era un sacrilegio que una mujer como ella muriese virgen, porque a todos los efectos era una completa desconocedora del buen sexo, de la pasión, del amor.

Ekaterina no recriminaba su estilo de vida, no era quien para juzgarlo, pero ni quería para ella esa vida, ni estaba segura de poder llevarla. En cuanto al amor... Cuántas discusiones habían tenido por el dichoso amor. Ayshane no creía en el amor. El mundo en el que vivía también le había arrebatado eso.

En su mundo, el amor era algo prohibido; el talón de Aquiles de cualquiera de las personas que formaban parte de una *bratva* era aquellos a los que más amaban, y bastante había perdido ya, bastante tenía con sus demonios y con su complicada vida como para andar pensando en una efímera fantasía sin sentido que no había sido creada para mujeres como ella.

—Y bien, ¿qué os parece? —La Madame alzó una mano y esperó a que Ayshane le diese la suya—. Toda una preciosidad, ¿no es así?

—¡Enséñanos de lo que es capaz tu joyita! —coreaba el público.

—¡Eso!

Ayshane miró a Rina frunciendo el ceño, después volvió la vista a todos los que clamaban por verla en aquella situación que a ella le parecía tan embarazosa.

Había acudido en alguna ocasión a las pujas de la Mansión a petición de la Madame. Sabía que cuanto más espectáculo diesen las chicas sobre el escenario, más dinero soltaban los asistentes, por lo que las sumisas no dudaban en demostrar de qué eran capaces mientras sus amos enseñaban a los hombres y a las mujeres de la sala lo que se perdían si no conseguían la puja.

La última vez que acudió a un espectáculo de similares características una sumisa de nivel rojo, el mismo tipo de sumisa que ella debía interpretar, fue subida a un potro tras una somanta de latigazos en los pezones y en la vulva; con las nalgas en pompa, las piernas abiertas y los brazos atados a la espalda gracias a las esposas de las muñecas, su amo la obligó a hacerle una felación a un sujeto del público mientras su dómine disfrutaba como un cachorrito lamiendo el placer entre las piernas de la joven.

—Cariño..., pon a nuestra traviesa sumisa en la cruz.

A Erick le costó unos segundos asimilar la petición de la Madame. Alzó la vista por encima de su hombro y vio la cruz de San Andrés tallada en madera que había a su espalda. La estudió antes de fijar la vista sobre la lugarteniente que estaba rígida a su lado con los brazos recios, los puños cerrados y apretados a ambos lados del cuerpo. Ayshane miraba a Ekaterina como si en cualquier momento fuera a saltar sobre ella.

Con sutileza, Erick tiró de la cadena para llamar su atención. La lugarteniente ladeó la cabeza hacia él pero no se movió del sitio. Tiró otra vez de la cadena pero seguía sin obedecer. Fue entonces cuando tiró con más fuerza. Agarró la cola de caballo de la lugarteniente y le echó la cabeza hacia atrás.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —susurró a escasos centímetros de sus labios.

—Ni se te ocurra tocarme. —Se revolvió incómoda, paralizada, sin apenas fuerzas.

Sus demonios rugieron liberados como los ecos de la peligrosa ultratumba que, de manera involuntaria, Ekaterina y el agente acababan de profanar.

Erick dudó un segundo, pero, sin soltarle la coleta que se había enrollado en el puño, acabó obligándola a caminar hasta la cruz con pequeños empujones a través del escenario. Los hombres y mujeres de la sala no paraban de vitorear la escena, eufóricos, encantados con el espectáculo que estaban presenciando.

—No... —Ayshane se resistió—. Erick, no, por favor...

Ella no suplicaba, por el amor de Dios, ¿qué estaba haciendo? Podía soltarse, pero pondría a todos en evidencia, Víctor se escaparía o, lo que era peor, comenzaría un tiroteo con un montón de inocentes involucrados. Podrían herir a Ekaterina, Erick iba desarmado, Jason y Alicia estaba en la planta de arriba, en la sala de vigilancia.

Ayshane miró a su amiga por el rabillo del ojo. Le daba lo mismo que la mirase con ojos de cordero degollado que pide misericordia. La mataría. No podía hacerle esto. A ella no. Estaba entregándola en bandeja a su peor pesadilla.

Erick la empotró contra la cruz ayudándose con su cuerpo. Ayshane se revolvió, pero el agente consiguió sujetarle las muñecas con los cinturones de cuero que colgaban de la cruz en un rápido y fugaz movimiento. Se agachó, cerró los grilletes alrededor de sus tobillos y se pegó a su cuerpo agarrándola por la cintura.

—Ayshane —susurró.

Erick retiró una de las plumas del corsé que se le había pegado al mentón por el sudor.

—Ayshane, por favor, escúchame. —Le agarró las muñecas—. Ayshane, para... te vas a hacer daño.

—Erick... Por favor... Suéltame.



Erick miró a la lugarteniente confuso, preocupado. Alzó la vista por encima de su hombro cuando notó que algo le rozaba y vio una fusta de piel de color negro. Se dio la vuelta y vio a Ekaterina. Aún dubitativo, la cogió. La Madame se acercó con disimulo y le dio unas escuetas instrucciones.

—Como veis, a nuestra pequeña gata le encanta ponernos las cosas difíciles —dijo dirigiéndose al público—. Es una sumisa... de nivel rojo.

Ekaterina se acercó a su amiga y desabrochó la cadena del collar de cuero que la había atado a su supuesto dómine, la misma cadena que Erick había utilizado para guiar a Ayshane por el salón y para arrastrarla por el escenario, la misma que había desabrochado para sujetarla a la cruz y que había quedado colgando entre los pechos de la joven, escondida entre las plumas del corsé. Ayshane no dejaba de forcejear como una serpiente atrapada, revolviéndose. Como pudo, Ekaterina colocó aquella cadena alrededor de su cintura.

—Rina..., no puedes hacerme esto —siseó con los dientes apretados.

Ekaterina la miró de soslayo y, entre contoneos, se alejó hacia el atril con una sonrisa forzada. Colocó el micrófono sobre el pedestal y miró a todos los asistentes.

—La puja comienza con mil euros. —Esperó a que los murmullos se calmaran—. Cariño..., quítale esa preciosa falda a nuestra pequeña y que comience el espectáculo.

Erick tardó un segundo en reaccionar. Rodeó la cruz y se acercó a Ayshane por la espalda. Sin soltar la fusta, desabrochó el pequeño botón de la falda para luego bajar la cremallera con tortuosa lentitud.

—Erick... Erick, por favor, no me hagas esto... —Apoyó la cara en su propio hombro para esconderse—. Por favor, no... —«Mmm mi putita, mi muñequita», escuchó Ayshane en su cabeza—. Erick, por favor...

Una lágrima se le escapó y resbaló por el cuero negro del antifaz. Cerró los ojos intentando abstraerse de aquel salón, de los recuerdos que se agolpaban y amenazaban con volver a pudrir su alma.

Erick la rodeó y quedó frente a ella, de espaldas al público. Le bajó la falda a través de sus largas y torneadas piernas. Cuando ya no pudo bajar más, liberó una pierna de los grilletes, le dobló la rodilla sin soltarle el tobillo y se la sacó antes de volver a esposarle la pierna contra la cruz. Repitió la misma operación con la otra pierna y la miró desde abajo. Arrodillado ante ella, se alzó en pie acariciándole los gemelos con las yemas de los dedos, acarició las largas piernas hasta sus caderas y rodeó con las manos la estrecha cintura de la joven, hipnotizado.

—No me odies, por favor —susurró apoyando la frente sobre la de ella.

Ayshane siguió revolviéndose hasta que notó las suaves caricias del inspector, su voz. Poco a poco se fue calmando. La piel de todo el cuerpo se le erizó bajo su tacto, sus manos. Era tan distinto... Creía percibir que Erick se había dado cuenta de que ella estaba allí en contra de su voluntad, como si conociera su más oscuro y vergonzoso secreto. Pero no lo sabía, ¿cómo podía saberlo?

—Erick... —dijo en un velado suspiro.

Los ojos verdes de vidrio roto del agente se materializaron en su mente llevándose consigo las pesadillas que le nublaban la razón.

—La cremallera.

La voz de Ekaterina la devolvió a la realidad. Abrió los ojos de golpe y comenzó a forcejear de nuevo. Sintió los temblorosos dedos del agente hurgando sobre la cremallera que llevaban sus braguitas en la parte interior y que la dejaría expuesta ante él, ante todos.

—No, por favor...

Se mordió el labio inferior, se revolvió. Un ligero toque metálico acarició sus papilas gustativas. Ahogó un angustioso grito y cerró los ojos.

Erick abrió la cremallera con dificultad. Miró a Ekaterina que con sutileza indicaba que utilizara la fusta que no había soltado. Apretó su cuerpo contra el de la lugarteniente todo lo que pudo.

—Perdóname —le susurró al oído.

El casto y leve beso que le dio en la sien provocó que, por un momento, Ayshane dejara de revolverse. Se alejó y, sin previo aviso, la azotó con fuerza en la cara interna de los muslos.

Ayshane echó la cabeza hacia atrás al primer contacto de la fusta contra su piel. Ahogó el grito y apretó los puños. Otro azote hizo que se arqueara, pero no soltó ni un leve quejido. Era fuerte y estaba acostumbrada. El dolor físico no era un problema para ella, y en aquel momento lo prefería.

El agente la fustigaba sin compasión. Una, dos, tres, cuatro, cinco... y así hasta diez veces en cada pierna, en la cara interna de sus muslos, cerca de su sexo. Los golpes hicieron que dejase de forcejear. No escuchaba a Ekaterina, tampoco a la gente que los rodeaba. Como si la nada la hubiese envuelto en un manto de silencio absoluto.

Sintió unas suaves caricias allí donde los golpes habían concentrado la sangre, escocía, pero las caricias contrarrestaban el dolor y lo salpicaban de un adictivo placer.

—¡Mil quinientos!

Ekaterina estaba eufórica. La puja había subido a mil quinientos euros y tan solo la habían azotado.

—Vamos..., sabéis que vale mucho más. Esto no se encuentra todos los días —animó a los asistentes—. Pequeño..., enséñales cómo ruje nuestra leona. —Se pasó la lengua por los labios.

Erick se agachó. Acarició el suave y depilado sexo de la lugarteniente. Se acomodó el duro miembro con la otra mano. Acercó la boca a la cara interna de sus muslos y comenzó a besarla allí donde le había azotado, como si quisiera borrar las marcas rojas que acababan de manchar la piel de la joven bajo su fusta. Sintió un calor húmedo allí donde sus dedos acariciaban el sexo de la lugarteniente. Se separó y alzó la vista hacia ella. Ayshane tenía la cabeza echada hacia atrás, los brazos en tensión y los puños cerrados.

Se levantó sin dejar de acariciarla. La rodeó y se colocó tras ella, quedando ambos frente al curioso, expectante y excitado público, tan solo separados por la madera de la cruz. Puso ambas manos sobre el trasero respingón de la joven y lo amasó, lo acarició.

Ayshane respiraba agitada. Miró por encima de su hombro y vio esos ojos envueltos en cuero negro que le habían salvado de las pesadillas, pero que también le habían arrastrado hacia ellas.

—Ayshane —le agarró por la barbilla y le susurró sobre los labios.

Sintió que se moría. ¿Por qué el agente tenía que tener tantos registros? Otra vez su maldito nombre susurrado con cariño, con dulzura, espolvoreado con una desesperación atroz.

Erick puso una mano sobre su estómago firme mientras con la otra volvía a acariciar su delicado deseo, de manera suave, lenta y delicada. Acercó la nariz al hueco de su cuello, se lo acarició con la punta y le lamió el sudor a la vez que introducía un dedo en su interior.

Ayshane ahogó un gemido y cerró los ojos una fracción de segundo antes de volver a centrar toda su atención sobre él. No podía dejar de mirarle por encima de su hombro. Parecía observarla como si se tratase de una joya, un preciado tesoro. No había odio en su mirada, ni desprecio. Solo veía pasión, el deseo sucio y lujurioso de un hombre que sabía que podía hacerle perder la cabeza.

Erick se alejó, la rodeó sin dejar de mirarla a los ojos, como si se la fuera a comer, a lamerla entera de pies a cabeza. Le siguió con esa mirada felina, acentuada por el cuero negro de su antifaz, hasta que se detuvo frente a ella. Ladeó la cabeza y de manera inconsciente se mordió el labio inferior.

El agente se agachó entonces, acercó la boca hasta su monte de Venus y alzó la vista. Sus miradas se cruzaron, infinitas e invisibles hebras eléctricas saltaron entre ambos.

Erick sacó la lengua y lamió el inicio de su hendidura sin dejar de mirarla. Ayshane ahogó un leve gemido y echó la cabeza hacia atrás con los ojos

cerrados. El agente volvió a repetir la operación, esta vez alcanzado su botón del placer, agarrándole las nalgas y apretándola con ansia hacia su boca aprovechando que ella se arqueaba bajo su toque.

Ayshane fue consciente del momento exacto en que, por primera vez en su vida, había dejado las riendas de aquel juego, hasta ahora prohibido para ella, en manos de un hombre. Sus caderas se movieron de manera involuntaria hacia la boca de Erick, contoneándose sobre sus labios, solicitando más atenciones, más caricias, más placer.

El agente paró justo cuando un enorme calor comenzaba a concentrarse en aquel lugar tan bien atendido. Por unos segundos se sintió vacía. Dejó caer la cabeza hacia delante con los ojos cerrados, doblegada, vencida. Erick jugaba con los dedos en su abertura, se levantó, se colocó de nuevo tras ella y se pegó a la cruz sin dejar de acariciarla, de jugar con su sexo cada vez más húmedo, más entregado, más dispuesto. Le sujetó la barbilla con la mano libre y la obligó a que le mirase a los ojos.

—Ayshane, mírame. —Esperó hasta que ella abrió los ojos—. Nena, córrete para mí —susurró sobre sus labios.

La besó con pasión a la vez que introducía un dedo en su interior sin dejar de acariciar el clítoris con el pulgar.

Ayshane sintió como si un millón de fuegos artificiales explotaran por todo su cuerpo, las piernas le flojearon. Si hubiese estado de pie, estaba segura de que habría caído al suelo redonda.

Dejó que Erick la besara con pasión, con devoción, con ansia, como si quisiera que aquel orgasmo que había sentido por primera vez en la vida fuera solo para él, haciéndola partícipe del él de aquella manera tan peculiar. Su primer orgasmo.

Entre los temblores del placer, dejó que la sujetase por la cintura mientras le soltaba las correas de las muñecas. No supo en qué momento le había los grilletes de las piernas ni cuándo se había colocado detrás de ella. Era libre, pero no podía moverse. Sentía el gran bulto del agente sobre la parte baja de

su espalda. Se removi6 inc6moda, sin fuerzas.

—¡Adjudicada por tres mil quinientos euros al caballero! —Ekaterina apunt6 al comisario con el mazo.

Ayshane mir6 hacia donde se~alaba Rina tratando de enfocar al sujeto que acababa de ganar la puja. «¡Oh, s!», sonri6 con sensual malicia. Despu6 de todo, puede que no fuese 6tico matar ni al inspector ni a Rina. Pero alguien tenia que servirle como saco de boxeo despu6 de obligarla a pasar por aquella bochornosa y denigrante situaci6n, y V6ctor acababa de comprar todas las papeletas para el premio.

—Perd6name —susurr6 Erick apret6ndola a6n m6s contra su cuerpo, abraz6ndola por la cintura—. Lo siento mucho. —La bes6 en la sien.

La lugarteniente le mir6 por encima de su hombro sorprendida, entre sus brazos. ¿Estaba pidi6ndole perd6n? Crey6 haberle o6do mal, pero parec6 abochornado, como si hubiese cometido el mayor de los sacrilegios. Dej6 que la abrazara y la apretara contra su cuerpo. Alz6 un brazo por encima de la nuca del agente y le masaje6 el cuello fijando de nuevo la vista en el comisario que, desde la tercera fila, la miraba como el nuevo juguete que deseaba abrir antes de la noche de reyes.

—Tranquilo.

Puede que Erick no sintiese en absoluto lo que acaba de hacer, no lo sab6 con seguridad, pero era la primera vez que ella sentia que la respetaban lo suficiente como para disculparse, y para ella eso valia mucho, sobre todo viniendo de 6l. Centr6 todo su odio en el comisario. A fin de cuentas, Erick solo habia estado interpretando un papel. Uno al que ambos se habian ofrecido voluntarios por una 6nica raz6n. Para cazar a la presa que acababa de caer en las fauces de una de las serpientes m6s peligrosas del planeta.

Tras terminar la puja, Ekaterina les dio la llave de la habitaci6n donde debian reunirse con el comisario. Durante el breve momento que dur6 el intercambio, la lugarteniente no mir6 ni tan siquiera a la Madame. No se

hablaron, no se dijeron nada, como si fuesen dos completas desconocidas, cuando era evidente que entre ambas había algo más que una mera relación comercial.

Ayshane y Erick subieron las escaleras de servicio envueltos en un silencio incómodo. Él la miraba de vez en cuando por el rabillo del ojo. Mantuvo las distancias durante todo el trayecto, caminaba un par de pasos por detrás de ella hasta que llegaron al pasillo de la primera planta, el mismo en el que se encontraban Jason y Alicia observándoles desde la sala de vigilancia.

Entraron en la mazmorra de la silla. El suelo era de color borgoña, con el rodapié blanco a juego con la puerta y el marco de la única ventana de doble hoja que había en la habitación. La calidad luz de la luna llena de esa noche que incidía sobre la silla de madera nacarada con correas de cuero negro y enganches dorados que tenía en los apoyabrazos y las patas.

En el techo, una pequeña lámpara de araña se sujetaba a la escayola ribeteada justo encima de la silla. Tras la lámpara, había un par de ganchos dorados colgaban del techo.

Erick dio una vuelta sobre sí mismo y echó un vistazo a su alrededor. Ayshane se acercó al armario de madera nacarado que había al lado izquierdo de la silla, sobre la pared de papel pintado en color gris perla con alabastros negros.

—Ayshane, yo...

—Ahora no.

Sacó un par de pinganillos de una cajita de metacrilato y le tendió uno sin levantar la vista hacia él. Rehuía su mirada. No estaba preparada aún para enfrentarse al agente. No en ese estado. Necesitaba descargar parte de su ira, de la frustración que bullía en su interior y que estaba a punto de hacer que explotara descontrolada pero que desde niña su madre le enseñó a controlar.

—Pero me gustaría...

—¡Erick, basta! —gritó alzando la vista hacia él. Cerró los ojos, suspiró y contó hasta diez—. Hazme caso por una vez en tu vida —dijo tratando de controlar al reptil que moraba en su interior, deseoso de ser liberado.

Se levantó la parte del antifaz de cuero negro que tapaba uno de sus oídos, se colocó el pinganillo que ocultó y bajó de nuevo el antifaz. Erick imitó la operación frente a ella.

—Jason. Alicia. ¿Me oís? —dijo mirándole impasible.

Erick agachó la vista, parecía inquieto y no hacía más que colocarse las muñequeras de cuero negro una y otra vez, como si una invisible mano las arrugara y moviera sin su permiso.

—Alto y claro —respondió Alicia a través del pinganillo desde la sala de vigilancia.

—Bien. —Se dio la vuelta y siguió buscando en el armario—. Necesito que nos aviséis cuando Víctor vaya a entrar. —Sacó una larga soga de cuero negro con los herretes dorados en las puntas—. Ahora mismo vosotros sois nuestros ojos tras esa puerta —Se acercó a la silla y la dejó sobre el respaldo.

—Recibido —contestó la agente a través del pinganillo.

—¿Tenéis una buena visibilidad de toda la habitación? —Volvió a buscar en el armario y sacó un arma y un cañón silenciador.

—Afirmativo —respondió esta vez Jason tras un breve silencio.

—Bien —Colocó el silenciador sobre la pistola y se la guardó en las lumbares.

Dio media vuelta sobre sus talones en dirección a la soga, pero Erick, que hasta el momento no se había movido ni había dicho una sola palabra, le agarró del brazo y la giró hacia él.

—Suéltame —siseó entre dientes.

Erick la soltó como si hubiese recibido una descarga, como si fuera



consciente del peligro que corría su vida en aquel instante.

—¿Para qué es el arma?

—Nunca más —dio un paso hacia él— en tu miserable vida —siseó acercándose un paso más— vuelvas a ponerme las manos encima —susurró a un palmo de su cara.

Tras su leve e hipnótico movimiento serpenteante de cuello que simulaba a la perfección al de una serpiente real, se dio la vuelta hacia la silla y comenzó a realizar un nudo en la sogá.

—Chicos. Víctor se acerca por el pasillo en dirección a la habitación —informó Alicia a través del comunicador.

Ayshane se colocó bajo los ganchos que había a un par de pasos de la silla, tras la lámpara de araña. Con un ágil lanzamiento enhebró el lado de la sogá sin el nudo y lo dejó colgando. Juntó las muñecas y las pasó por el interior del extraño nudo del otro extremo de la cuerda de cuero.

—Álzame —ordenó.

Sujetó la sogá con ambas manos, asegurándose que la parte que simulaba el nudo rodeaba por completo sus sonrojadas muñecas, allí donde le habían apresado en la cruz de la que ella había intentado liberarse.

Erick se acercó dubitativo. Miró el cabo que no podía ocultar por completo las rojizas marcas que Ayshane lucía en sus muñecas. Apretó la mandíbula y cerró los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Erick —le dio un leve puntapié en la bota para llamar su atención—, álzame.

El agente reaccionó, cogió la sogá por el extremo que colgaba de los ganchos y que no agarraba la lugarteniente y alzó su cuerpo con tan solo un par de movimientos. Se quedó sujetando la sogá con una mano cerca del ondulante cuerpo de Ayshane y con la mano libre le agarró del tobillo para que su cuerpo se estabilizara y dejara de moverse. Ayshane estaba sujeta a la

soga con sus propias manos, el nudo que rodeaba sus muñecas solo simulaba tenerla inmovilizada y colgando de ellas, pero, en realidad, podía soltarse y dejarse caer cuando quisiera.

—Víctor estará dentro en tres... —les avisó Alicia.

—Pase lo que pase... —Ayshane le miró por encima del hombro desde aquella incómoda posición, echando la cabeza hacia atrás con dificultad.

—Dos... —escucharon ambos por el pinganillo.

—... no intercedas.

—Uno.

—Pero sobre todo, no hables. —Alzó la vista al frente.

El comisario abrió la puerta de la habitación cual caballero conquistador y se quedó de pie, mirando su premio colgando del techo como un precioso y sexy saco de boxeo al que después de zurrar, sin duda, tenía la intención de beneficiarse durante toda la noche.

«Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás», canturreó Ayshane en su cabeza mirando a Víctor.

«Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás». Le sonrió de medio lado.

«Tic, tac, tic, tac, no te escondas, no escaparás». Se pasó la lengua por el labio superior incitándole.

«Tic, tac, tic, tac, te encontré, aquí estas». Se mordió el inferior.

El juego había comenzado. Nada ni nadie podría evitar el futuro del comisario. Su destino estaba marcado, la muerte le acechaba, la Mamba Negra había salido de caza y nunca dejaba supervivientes.

Víctor entró en la habitación y cerró la puerta sin perder de vista el precioso bocado que colgaba del techo para él y por el que acababa de pagar la friolera de tres mil quinientos euros.

Ayshane sabía que el comisario no se arrepentía de pagar tal cantidad. Tenía dinero de sobra, Adrik se encargaba que así fuera. Llevaba muchos años trabajando para la que había sido su familia y le conocía a la perfección. Sabía que tenía unos gustos peculiares, caros. Le había visto en la Mansión innumerables veces, haciendo negocios o simplemente disfrutando de las jóvenes de su amiga, incluso ella misma se había encargado de buscar sumisas para él a petición de su padre como forma de pago. Le encantaban las jovencitas con apariencia de inexpertas, pero que supieran lo que se hacían.

Le miró con inocencia y sonrió. Víctor se quitó la chaqueta y la colgó con delicadeza sobre uno de los pequeños ganchos dorados que había en la madera blanca del armario. Se remangó la camisa hasta los codos y metió las manos en los bolsillos.

—Tu Madame dice que eres una sumisa de nivel rojo. ¿Es así?

Ayshane asintió con la cabeza de manera afirmativa. El comisario arqueó las cejas, bajo la vista e hizo un movimiento negativo con la cabeza sonriendo.

—No sé qué tipo de relación tienes actualmente con tu amo, pero cuando yo te pregunte algo quiero que contestes «Sí, señor». ¿Lo has entendido?  
—Se acercó al respaldo de la silla, frente a la joven, se apoyó con el trasero sobre él y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, señor —siseó provocativa arrastrando las eses.

Víctor ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Tienes un acento muy peculiar... ¿De dónde eres?

—De aquí, señor. —Ladeó la cabeza imitándole y sonrió.

El comisario miró a Erick de arriba abajo antes de volver a centrarse en ella e inspeccionarla con detenimiento. Víctor sabía que tenía un tatuaje de una Mamba Negra en el costado izquierdo y un dragón con una flecha que le cubría desde el final de sus pechos hasta el comienzo de sus caderas, pero el corsé *peacock* que le había prestado Ekaterina no dejaba nada a la vista.

Se acercó a Erick sin sacar las manos de los bolsillos de su pantalón de fina tela italiana y dio una vuelta alrededor de ambos como quien contempla una exquisita obra de arte hasta que se detuvo frente a ella.

Colgada por las muñecas como estaba, su sexo quedaba a la altura de la boca del comisario. Víctor se relamió.

—¿Sabes? —Alzó ambas manos y comenzó a acariciarla desde los tobillos hacia arriba—. Estoy deseando paladear esa deliciosa delicatesen que tienes entre las piernas. —Subió hasta la mitad de sus muslos para volver a bajar.

Ayshane noto un leve e inapreciable movimiento en la soga, alzó la vista por encima de su hombro para ver a Erick. El inspector estaba rígido como una tabla. Tenía la mandíbula tan apretada que estaba segura que si alguien le daba un puñetazo en los músculos maseteros se partiría los nudillos. No sabía qué era lo que le pasaba por la cabeza pero parecía un león a punto de saltar sobre una gacela. Volvió la mirada al frente con la esperanza de que fuera capaz de controlar lo que parecía estar perturbándole.

—No pareces tan fiera... —balbuceó el comisario como un baboso.

—¿Quiere que sea más fiera, señor? —siseó juguetona.

—Eso me encantaría. —Restregó la mejilla por encima del tutú a la altura de su sexo inhalando su aroma, como si se tratara de una flor.

Metió una mano por debajo de la falda y acarició la cremallera de sus braguitas de látex.

—Veó que aún llevas la ropa interior —dijo acariciándose el miembro con la mano libre.

Abrió la cremallera, metió un dedo en su hendidura y se lo llevó a la nariz.

—Hum... —Se olisqueó el dedo—. Aún no estás cachonda...

Volvió a meter la mano bajo la falda y cerró la cremallera de las braguitas con brusquedad.

—Tendremos que ponerle solución a eso —sonrió babeando—, te quiero húmeda, resbaladiza para mi...

Ayshane se revolvió incómoda no por darle el gusto, sino por ese íntimo contacto. Víctor dio un paso hacia tras para observarla y ladeó la cabeza sin dejar de acariciarse su abultado miembro.

—Moviéndote así, como si fueses una serpiente atrapada por la cola y ese acento tan peculiar que tienes..., me recuerdas a una putita muy pero que muy apetecible a la que me gustaría hincarle el diente.

—¿Si, señor? —Se mordió el labio inferior divertida—. Pues déjemele decirle... —Se balanceó hacia delante.

Con un rápido movimiento rodeó con las piernas el cuello del comisario. Apretó y apretó. Víctor le agarró de los muslos intentando soltarse desesperado por coger aire.

—Que hoy es su día de suerte —siseó antes de soltar la soga que sujetaba con las manos y que la había mantenido colgado frente a él.

No dejó de apretar con sus piernas el cuello del comisario, que tropezó con la silla de madera que tenía detrás en un vano e inútil intento por alejarse de ella.

Erick tiró de la cuerda dejando el nudo atrapado en los ganchos y se echó hacia un lado antes de que la lugarteniente, ayudándose de sus abdominales, se estirase hacia atrás, apoyase las manos en el suelo y con refinada maestría, lanzara al comisario contra la pared.

Se dio la vuelta, se apoyó con el trasero en el respaldo de la silla de madera anclada al suelo y con aire despreocupado y los brazos cruzados bajo su pecho, esperó a que Víctor se levantara. Miró a Erick de reajo y negó sutilmente con la cabeza al ver que tenía la intención de acercarse al comisario.

«De ninguna manera», pensó. Necesitaba aquello. «Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás», comenzó a canturrear de nuevo en su cabeza, «tic, tac, tic, tac, esta noche morirás».

Víctor se levantó del suelo aturdido por el golpe. Miró de reajo a Erick, después la pernera de su pantalón y por último a ella.

—Yo que tu no haría lo que estás pensando —le advirtió Ayshane recreándose en el miedo que comenzaba a atisbar en sus ojos.

El comisario no era muy listo. Suponía que iría armado, y el muy estúpido acababa de decirle sin darse cuenta dónde guardaba su arma

Alzó ambos brazos por detrás de su cabeza y fue desatando el antifaz con cuidado de no deshacerse la coleta. Se lo quitó, lo tiró a un lado de la habitación, se apretó la goma de la coleta de caballo y miró al comisario.

—La pequeña Ivanov...

«¡Bingo! Acabas de reconocer que me conoces. Muy inteligente por tu parte».

—Cuanto tiempo..., Víctor. Dime. —Apoyó los brazos en el canto del respaldo de la silla y se arqueó hacia delante juguetona—. ¿Qué es de mi querido hermanastro? ¿Todavía sigue con esa absurda obsesión de darme caza? —Volvió a apoyar el trasero sobre el respaldo y a cruzar los brazos bajo sus pechos.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿En serio? —Arqueó una ceja divertida—. ¿Quieres jugar a eso conmigo? Qué amable por tu parte... —Se incorporó, le dio la espalda y fue

hacia la puerta.

Estaba tan segura de que no se movería del sitio que se concedió la licencia de contonearse mientras se dirigía hacia la puerta.

Víctor era un hombre fuerte, corpulento, de esos a los que le les gustaba mantenerse en forma. A sus cuarenta y cinco años, había que reconocer que tenía un físico envidiable. Aunque había ascendido a comisario muy joven, no había dejado que la comodidad del cargo le convirtiese en un barrigón decrepito que no era capaz de dar tres pasos sin ahogarse, pero aun siendo ella más pequeña, en apariencia más débil, era consciente de su fuerza, de su rapidez y de su poca paciencia.

La única faceta que no conocía de ella era su crueldad, pero no estaba muy lejos de hacerse eco de ese sello que caracterizaba a la Yakuza y que, por norma, trataba siempre de mantener a raya.

Ayshane cerró la puerta con llave, se dio la vuelta y se la guardó en el canalillo. Se apoyó en la puerta mirando al comisario. «Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás, tic, tac, tic, tac, esta noche morirás».

—Quítate la camisa —ordenó desde la puerta.

Ambos hombres pusieron cara de sorpresa. Ayshane echó la cabeza hacia atrás y suspiró irritada.

—Veamos..., te voy a explicar cómo funciona esto, ya que es la primera vez que estás a este lado de la ecuación. Cuando te dé una orden, la obedecerás sin rechistar. Cuando te pregunte algo, me responderás sin mentir. Sabes que no soporto las mentiras, me ponen de muy mal humor y... hoy no ando yo con demasiada paciencia que digamos, así que, solo voy a repetírtelo una vez más. Quítate-la-camisa.

Víctor acató la orden. Se soltó la corbata, empezó a desabotonarse la camisa poco a poco, se la sacó de los pantalones, se desabrochó los gemelos, se los guardó en el bolsillo de su pantalón y se la quitó.

—Muy bien.... —Alzó una mano y con el dedo índice le hizo señas para

que se acercara—. No estás nada mal para tener... ¿Cuántos años eran?... —Eché la vista hacia arriba como si pensase—. ¡Ah!, sí, ya me acuerdo, cuarenta y cinco, ¿no? Alto —le ordenó cuando estaba a la altura de la silla—. Aunque es una pena que seas pelirrojo. No soporto a los pelirrojos. —Puso los ojos en blanco—. Siéntate.

—Víctor miró la silla y después a ella.

—Vamos... no tengo toda la noche... Eso es... Muy bien —sonrió—. Acércate —indicó a Erick cuando Víctor estaba sentado en la silla—. Bonito tatuaje, ¿verdad?

Ayshane señaló con un movimiento seco de cabeza el lustroso tatuaje de un ratón, devorado por una serpiente, que le comisario tenía en el pecho y que cubría casi todo su pectoral derecho.

Miró por el rabillo del ojo al agente. Erick tenía los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, los brazos en tensión y la mandíbula apretada.

Un pequeño destello de tristeza chispeó en su interior. No era nada fácil asumir que la persona en la que se confía, para la que se trabaja, no es más que un vil traidor. Lo sintió de corazón por el agente, pero no podía hacer nada al respecto. No en ese preciso instante, no ahí, ante Víctor y con el continuo bombardeo de las pesadillas de los años vividos junto a Adrik resquebrajando los muros que contenían todo su odio, toda la sed de venganza y sus ansías de libertad.

—Veamos... —Se llevó el dedo índice a los labios con gesto pensativo—. ¿Por dónde empiezo...? ¡Ah!, sí. Tengo a tres de tus agentes como perros de presa detrás de mí y no tengo muy claro qué hacer con ellos. ¿Tú qué opinas?

—No sé de quién me hablas.

Ayshane miró al suelo negando con la cabeza entre falsas carcajadas de diversión. Se desabrochó la cadena de plata que Ekaterina había colocado alrededor de su cintura durante la puja y que le había unido al agente hasta que la sujetaron a la cruz sobre el escenario. La acarició pensativa.



—Me encanta cuando interpretas el papel de niño bueno —sonrió con aquella mueca que hacía temblar hasta a la mismísima muerte.

Como si de un látigo se tratara, utilizó la cadenita de plata para fustigar el miembro del comisario. Víctor gritó y se encogió llevándose las manos a la entrepierna.

—¡Putas! ¡Acabarás muerta! —gruñó entre dientes retorciéndose de dolor en la silla.

—Dime algo que no sepa —resopló poniendo los ojos en blanco—. Te lo volveré a preguntar para ver si, con un poco de suerte, la sangre te ha subido ya a la cabeza —dijo acariciando con mimo la cadena—. ¿Qué debería hacer con tus agentes?

—Tengo entendido que trabajáis juntos. —Ahogó un suspiro y se recostó en la silla dolorido.

—Interesante... —Se mordió el labio inferior y arrugó el ceño pensativa—. Aunque..., por desgracia, esa información no es del todo correcta.

Víctor negó con la cabeza. Se acomodó en la silla con aire desenfadado colocando el tobillo de una pierna sobre la rodilla de la otra y apoyando un brazo sobre el respaldo. Sin descuidar su miembro, que tapó con la mano libre, lo apretaba y lo masajeaba tras recibir el latigazo que la lugarteniente le había propinado.

—Por favor Ash..., que no soy nuevo en el negocio. He mandado seguir a los agentes y sé de buena tinta que no solo no han sido ellos quienes han matado a Dima y al resto de Víboras que Adrik ha enviado a buscarte esta mañana a la nave, sino que te ayudaron a recuperarte de la pelea que tuviste con el Zar. Supongo que eso fue cosa de Jason. —Se encogió de hombros—. Todo un desperdicio. Adrik estaba muy interesado en él. Podría haber llegado muy lejos, es muy buen agente de campo y esa habilidad adquirida en el ejército para tratar las heridas, esa forma de conocer a las personas..., sus más oscuros secretos... —sonrió—. Un Víbora experto en perfiles, un médico... Es algo que nos vendría muy bien. Por mí, puedes hacer lo que te de la real gana con ellos. —Se quitó una pelusa imaginaria de la pernera del

pantalón—. Estaréis muertos más pronto que tarde.

Ayshane sonrió. Con cada palabra, el comisario iba cavando una tumba cada vez más profunda. Ya le tenía. Para ella, con lo que le había dicho, tenía más que suficiente. Miró a Erick, que parecía un perro de presa cabreado y encerrado en una jaula que deseaba saltar sobre la yugular de Víctor.

—¡Maldito bastardo! —se tiró sobre él enrabiado.

Con el impulso tan fuerte, arrancó la silla blanca del suelo de la mazmorra. Víctor cayó de espaldas al suelo y Erick sobre él, pero se lo quitó de encima con una patada en el estómago. Empezaron a pelear cuerpo a cuerpo. Ambos a torso descubierto, Víctor con unos finos pantalones de hilo italianos, Erick envuelto en cuero negro.

Ayshane se apoyó sobre la puerta de la habitación con aire despreocupado, una pierna cruzada sobre la otra y los brazos bajo el pecho sin perder de vista al comisario. Iba armado y no tenía claro si el agente se habría percatado de ese pequeño pero mortal detalle.

—¿Desde cuándo!? —inmovilizó a Víctor en el suelo—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Adrik?! —Le agarró por el cuello—. ¡Contesta! ¿Lo sabe tu mujer!? ¿Saben tus hijos que su padre es un traidor?!

—¿Erick? —tosió.

El agente le soltó el cuello y se dejó caer hacia un lado, se llevó la mano al labio superior y miró la sangre de la yema de sus dedos. Se quitó el antifaz de cuero de mala gana y lo tiró al otro lado de la habitación con rabia.

Ayshane sintió una punzada de dolor al ver a Erick sentado en el suelo, rendido, escondiendo la cabeza entre el hueco de sus piernas, con las manos en la nuca. Se quitó el pinganillo, lo tiró al suelo y lo pisó. Jason no paraba de despotricar en todos los idiomas que sabía, le estaba poniendo de los nervios. Alicia, por el contrario, se mantenía callada.

Víctor miró al agente por el rabillo del ojo, se llevó una mano a la ceja y con el dorso se limpió de manera brusca el reguero rojizo que le recorría el

pómulo, escupió un poco de sangre y miró a la lugarteniente. Volvió la vista de nuevo hacia Erick y saltó sobre él, sacó el arma de la pernera de su pantalón, le agarró por el hueco del cuello con una mano mientras con la otra encañonaba la sien con el arma y aprovechaba para cubrirse con el cuerpo del que hasta ese momento había sido uno de sus mejores subordinados.

Ayshane sacó el arma que llevaba escondida en las lumbares y apuntó a la cabeza de Víctor, pero el muy cobarde se escondía tras Erick. Tenía una puntería atroz, pero el blanco no estaba a tiro.

—Abre la puerta —ordenó cubriéndose con el cuerpo del agente—, o le meto un tiro.

La lugarteniente ladeó la cabeza y bufó como una serpiente.

—Me lo dices como si me importara —siseó.

Erick se revolvió. Víctor apretó más el cañón contra su cabeza.

—Te importa. Claro que te importa. Puedo verlo en tus ojos. —Se asomó una fracción de segundo pero volvió a esconderse tras el agente.

El comisario era rápido, inteligente, y sabía cuáles eran sus puntos fuertes. Se aseguraba de no poner ninguna parte vital de su cuerpo fuera del escudo humano que era el agente. Podía dispararle, las balas que tenía eran blindadas y de un calibre suficiente como para atravesar a Erick y matar a Víctor, pero para su desgracia, el astuto comisario tenía razón. El estúpido poli le importaba, no sabía por qué y, además, le necesitaba con vida si quería cumplir el trato que había hecho con su padre. Alicia y Jason no trabajarían con ellos si Erick no salía vivo de allí.

—No vas a llegar muy lejos, Víctor. —Dio un paso cruzado hacia un lado—. Nadie escapa de las fauces de la Mamba Negra. Caerás tarde o temprano, y cuanto más tarde sea, peor será tu muerte te lo aseguro.

Víctor se movió hacia el lado contrario con Erick cubriendo su cuerpo y apuntándole en la cabeza.

—Abre la puerta o me lo cargo.

Un hueco. Solo necesitaba un minúsculo hueco que le permitiera pegarle un tiro sin herir a Erick, pero Víctor no dejaba un maldito flanco descubierto. Alzó ambas manos apuntando con el cañón de su arma al techo en señal de redición.

—Eso es... muy bien... —Víctor se fue acercando hasta la puerta sin dejar de cubrirse con Erick.

Ayshane sacó con lentitud la llave que se había guardado en el canalillo con la mano que tenía libre y se dispuso a abrir la puerta.

—El arma. Tírala. Al Suelo.

La lugarteniente frunció el ceño, sus ojos se convirtieron en dos finas líneas negras.

—Vamos. No te hagas de rogar.

Miró a Erick, que intentó de nuevo revolverse sin conseguir nada. Muy despacio, con ambas manos alzadas, se fue agachando, bajó la mano en la que portaba el arma y la dejó en el suelo con la vista fija en el agente sin llegar a soltarla del todo.

—Ayshane, déjale marchar. Le cogemos, le procesaremos y le meteremos en la cárcel. —Hizo un último intento por soltarse y miró de soslayo a Víctor.

La lugarteniente sonrió negando con la cabeza. ¿Dejarle marchar? ¿Meterle en la cárcel? No tenía intención de dejar que sucediera ninguna de las dos cosas. Aquello acaba de convertirse en algo personal.

—¿Ayshane? —Víctor rio—. Precioso. A Adrik le encantará saber que el ratoncito se pasea tan alegremente entre las fauces de la serpiente. ¿Te la has tirado ya? —preguntó entre risas.

—Cierra esa cloaca que tienes por boca. —Volvió a agarrar el arma sin llegar a levantarla del suelo.

—Sabías que ese coñito que acabas de comerte en el salón ya se lo había comido Adrik una vez, y otra, y otra...

—¡Cállate! —gritó, y miró aterrorizada a Erick.

El agente clavó la vista en ella y empezó a mirarla como cuando despertó en la nave, acusándola, juzgándola sin saber, sin haber podido explicarse, defenderse al menos.

—Dice... —Víctor se quitó una lágrima con un movimiento del hombro con el que sujetaba a Erick— dice que es el más jugoso...

Aquel movimiento fue su perdición. Un escueto espacio, un veloz y algunos dirían que inhumano movimiento para levantarse, un fugaz segundo para afianzar el arma entre sus dedos, apunta a matar y Víctor dejó de hablar, de respirar, de vivir. Su cuerpo cayó al suelo desmadejado, con la cabeza hacia atrás y los brazos laxos a ambos lados del cuerpo. Erick reaccionó al disparo agachándose y mirando por encima de su hombro cómo el comisario caía sin poder hacer nada por él. Alzó la vista y miró a la lugarteniente.

—¿Qué has hecho? ¡Maldita sea! —gritó poniéndose de nuevo en pie.

Ayshane empezó a quitar el silenciador del arma sin prestarle atención. Estaba sumida en su mundo, en sus pesadillas, en el dolor de sus recuerdos, de las heridas aún sin cerrar y de las lágrimas que, contenidas, presionaban su alma deseosas por ser liberadas. Erick se acercó a ella y la agarró de manera hostil por la muñeca.

—¿Te acostabas con Adrik?, ¿todo esto es por despecho?

Ayshane comenzó a respirar fuerte y deprisa, como si acabase de correr una maratón o como si fuese un toro a punto de investir un capote. Apretó la mandíbula e hizo ademán de soltarse. «No vayas por ahí inspector... ahora no», pensó alterada, intentando contenerse.

—Suéltame —siseó entre dientes.

—¡Contéstame!

Ekaterina abrió la puerta de un portazo y les separó. Había estado viendo todo lo que había sucedido en la habitación desde la sala de vigilancia junto a Jason y a Alicia, a quienes tuvo que convencer y encerrar para evitar que derribasen la puerta de la mazmorra para socorrer a su inspector cuando Víctor consiguió reducirle y le apuntaba en la cabeza con su arma, pero salió corriendo en cuanto Erick acarició la tapa de la caja de Pandora de la lugarteniente.

—Erick. Vuelve con tu equipo —ordenó dándole un manotazo para que la soltara.

Rina se colocó delante de Ayshane y le agarró los brazos con las muñecas.

—No te metas. —Dio un paso hacia delante.

—Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás —canturreó Ayshane en voz baja—. Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás. —Ladeó la cabeza mirando a Erick—. Tic, tac, tic, tac...

Ekaterina alzó la vista por encima de su hombro horrorizada. Se giró hacia ella, la cogió de los hombros y la zarandeó ante la cara de estupor del agente.

—No, no, no, pequeña... Mi pequeña, vuelve conmigo... —La abrazó, la soltó y miró al agente por encima de su hombro—. Erick, sal de aquí si quieres seguir respirando —dijo asustada.

—Pero...

—¡Ahora! —gritó—. Ash, cariño, dame el arma...

Fue lo último que Erick le escuchó decir a la Madame antes de abandonar la habitación en dirección a la sala de vigilancia como alma que lleva el diablo.

Atravesó el pasillo con tres rápidas zancadas y llegó hasta la sala de vigilancia donde se encontraban Jason y Alicia. Entró como un vendaval. Cerró la puerta y se colocó entre sus compañeros mirando las pantallas de la habitación sin sentarse, con las manos apoyadas sobre la mesa.

—¿Y el sonido? —preguntó revolviendo todo.

—No hay sonido —respondió Alicia poniendo las manos sobre las suyas calmándole y parando el caótico desorden que estaba dejando sobre la mesa—. ¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Estás bien?

—Necesito el sonido, Alice...

—No puedo Erick, Ekaterina, ha arrancado los cables. —Cogió un matojo de calves que colgaban bajo el tablero al lado de sus piernas y se lo enseñó.

—¡Mierda! —Se dio la vuelta y le dio una patada a la mesa de centro tirando las copas de champan y las servilletas.

—¡Erick! —Alicia se levantó como un resorte, le agarró por los hombros y le abrazó—. ¿Qué ocurre?, ¿qué ha pasado? —Le apretó contra su cuerpo.

Erick apoyó la cabeza sobre el hombro de su compañera, sin fuerzas para rodearla con los brazos. Miró la imagen de las dos mujeres junto al olvidado cadáver del comisario en las pantallas.

La Madame había conseguido quitarle el arma y la había lanzado al otro lado de la habitación. Lejos de la lugarteniente. La tenía agarrada de las manos, acunándoselas mientras le hablaba. Ayshane respiraba agitada, con la cabeza gacha, pero fuera lo que fuese lo que le estaba diciendo la mujer, parecía que funcionaba.

Poco a poco la respiración de la joven se hacía más pausada. Ekaterina le soltó las manos para mover las suyas con elegancia de arriba hacia abajo, cogiendo aire cada vez que estas ascendían y soltándolo por la boca en cada movimiento descendente. Ayshane la miró y las respiraciones de las dos mujeres se sincronizaron. Pasados un par de minutos, la Madame abrazó a la joven acariciándole la cola de caballo. Le susurró algo al oído. Ayshane asintió. Cogió el teléfono móvil que la mujer le dio antes de desaparecer de la habitación, marcó un número, dijo unas breves palabras y colgó. Miró al comisario y suspiró. Se acercó al arma, se la guardó en las lumbares y se quedó absorta mirando a través de la venta abrazándose a sí misma.

Ekaterina entró en la sala de vigilancia con cara de pocos amigos. Los ojos se le fueron hacia las copas desparramadas, la mesa volcada y las servilletas esparcidas por el suelo.

—Jason, Alicia. —Su tono era demasiado agradable en comparación con su semblante—. ¿Por qué no bajáis a tomaros algo a la planta de abajo? Me gustaría hablar a solas con vuestro inspector.

—Ni lo sueñes. —Alicia soltó a Erick y se puso delante de él cubriéndole como podía con su pequeño cuerpo—. No nos iremos hasta que no nos digas que narices ha pasado ahí dentro. —Señaló la pantalla donde Ayshane parecía seguir ausente del mundo que la rodeaba con la vista clavada en el exterior de la Mansión—. ¿Por qué has salido de la sala sin darnos ninguna explicación, y por qué has arrancado los cables? ¿Acaso no querías que oyésemos lo que tenías que decirle a esa maldita loca? —Señaló con el dedo la imagen de la pantalla—. ¿Y por qué no nos has permitido intervenir cuando Erick estaba en peligro?

Jason miró a Erick por el rabillo del ojo y movió la cabeza en señal de asentimiento. Se levantó y puso la mano en la parte baja de la cintura de Alicia.

—Alice... dejémosles a solas un momento. —La empujó con delicadeza hacia la puerta.

—Pero...

—No nos iremos sin él. No te preocupes. Está todo bien. Estará bien.

Alicia salió por la puerta delante de Jason a trompicones, mirando hacía Erick cada dos por tres y refunfuñando. Les dejaron a solas, tal y como la Madame había pedido.

Ekaterina se acercó a la mesa. La colocó en su sitio y se sentó en el diván



de piel de melocotón negro. Retiró un par de servilletas que habían caído encima y dio unos leves golpecitos sobre el asiento invitándole a sentarse a su lado. Erick lo dudo un segundo, pero se acercó, se sentó y fijó la mirada sobre la imagen de la pantalla, sobre Ayshane, sobre el cuerpo del hombre que había dirigido su, hasta aquel día, imaculado trabajo.

—Tienes la delicadeza en la punta del cimbel amigo. —Ekaterina le dio un par de golpecitos en la rodilla.

Erick apartó la vista de la pantalla y la fijó en la Madame.

—Entre los dos... hemos abierto una ventana que a mi pequeña le ha costado más de siete años cerrar. —Apoyó los brazos sobre sus rodillas, cruzó los dedos de las manos y colocó la cabeza encima mirando la imagen de la lugarteniente—. Ayshane fue violada repetidas veces por Adrik.

—¿Qué?

Ekaterina asintió apenada. Suspiró y miró al suelo negando con la cabeza.

—Ella... —Dudó—. Era muy pequeña cuando empezaron los abusos. —Alzó la vista y la clavó en la imagen de la pantalla—. Ayshane tenía tan solo cinco años cuando la tocó por primera vez. Demasiado pequeña... Demasiado inocente... —Se quedó pensativa.

—Pero... y su padre, su madre, ¿no hicieron nada?

Ekaterina suspiró. Miró al agente como queriendo contar más de lo que debía.

—Como deduzco que ya sabrás, Ayshane es hija de Saya. La nieta de Taiyo, el líder del clan Yakuza en España —explicó—. Adrik tendría unos seis meses cuando Taiyo le vendió a Eduard a la menor de sus hijas como lugarteniente. Poco a poco Eduard se fue enamorado de la preciosa Saya, hasta que una noche ocurrió lo inevitable. Adrik tenía casi cinco años cuando Ayshane nació. Le ocultaron a la mujer de Eduard la identidad del padre de Ayshane, pero no pudieron hacer lo mismo con Taiyo. La Yakuza tiene unas costumbres un tanto... peculiares en relación a sus hijas y sus nietas. Debe

ser el cabeza del clan quien elija el marido o en su defecto, al padre.

—Y eso fue lo que hizo Taiyo con Saya.

—Y lo mismo debía ocurrir con Ayshane —respondió la Madame asintiendo con la cabeza.

—Pero Ayshane no tiene hijos...

—Según las tradiciones del clan de su abuelo, Ayshane... ya no es una mujer... pura.

—¡Oh, venga ya! —resopló Erick levantándose indignado del diván.

—Pidió algo a cambio. Aunque eso no limpiase el honor de su nieta. Una madre, por otra... —dijo en voz casi inaudible.

—¿Qué es lo que quiere decir eso? —preguntó mirándola de medio lado.

—Que la madre de Adrik y Elenka debía morir. Y eso es lo que Saya hizo. Acabar con ella.

—Por eso Adrik mató a Saya —suspiró—. ¿Por qué no acabó también con Adrik?

—Porque así lo dispuso su abuelo. Adrik es problema de Ayshane, y debe ser Ayshane quien se encargue de él. Una madre por otra, un hijo por otro.

Erick miró la pantalla. Ayshane seguía perdida en el mundo que parecía haber tras esa ventana, abrazándose a sí misma.

—¿Por qué propusiste que fuera ella quien se subastara? —Se acercó a la silla de ordenador, la giró y se sentó frente a la Madame.

—En realidad eso no fue idea mía. Cuando me contó su plan, yo le dije que lo mejor era que tu agente fuese subastada. No por nada —se excusó—, sino por evitar precisamente lo que acaba de ocurrir. Pero ella dijo que no iba a poner la vida de tu compañera en peligro. —Frunció el ceño disgustada—. Como siempre —soltó entre dientes.

—Y... qué me dices de esa horrorosa canción.

—Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás —cantó Ekaterina—. Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás. Tic, tac, tic, tac, no te escondas, no escaparás. Tic, tac, tic, tac, te encontré, aquí estás. —Se quedó un segundo en silencio, miró la imagen de la joven en la pantalla de vigilancia.

Ekaterina se levantó, se acercó al teclado de la mesa y apagó la pantalla de la mazmorra en la que se encontraba la lugarteniente dejando tan solo la central, con las numerosas cuadrículas del resto de habitaciones ya ocupadas y la del salón desde donde se podía ver a sus compañeros apoyados en la barra bebiendo algún tipo de combinado.

—Era la canción que Adrik le cantaba cuando ella se escondía para que no la encontrase y... —Se apoyó sobre la mesa con el trasero justo al lado de Erick—. Durante y después... solía pegarle unas brutales palizas por intentar guarecerse. Según Adrik, una Ivanov nunca debía esconderse ante nadie ni ante nada. —Negó con la cabeza—. Ayshane la tararea a menudo cuando está de caza. Es como si le diese fuerzas para hacer lo que tenga que hacer... —Dudó por un instante— aunque también es el detonante de que está llegando a su límite. —Cruzó los brazos por debajo de su pecho.

—Qué pasa si un día llega a su límite.

—Solo... ha sucedido una vez... que yo sepa... —Se llevó la mano a la barbilla en gesto pensativo.

—¿Qué ocurrió?

—Que mató a su padre. —Soltó sin un ápice de dolor.

Erick se llevó las manos a la cara y se la frotó un par de segundos antes de levantar la vista hacia la Madame.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Ekaterina?

La Madame arqueó una ceja. Se impulsó hacia delante, se acercó a la mesa de centro de color blanco, la acercó un poco hacia donde se encontraba el

agente y se sentó sobre ella frente a Erick, acomodando las piernas entre las de él y acunándole ambas manos.

—Puedes llamarme Rina —sonrió—. Te cuento todo esto... —Dudó un instante antes de responder—. He visto cómo te mira, cómo le brillaban los ojos cuando me ha hablado de ti. Ese brillo... nunca antes había irradiado tanta luz, tanta esperanza... —Se quedó con la vista fija en el vacío una fracción de segundo, perdida en otra dimensión, una muy lejana.

De golpe y porrazo soltó las manos del agente, le dio un toquecito cariñoso en las rodillas y se levantó.

—Además... es la primera vez que puedo decir que un pitufo me cae bien. —Sonrió y se dirigió a la puerta—. Ayshane no debe saber que te he contado esto —dijo mirándole por encima de su hombro.

Erick se levantó y siguió a la Madame por el pasillo en dirección a la habitación donde aguardaba el cadáver de Víctor.

—Me despellejaría viva si se enterase.

Llegaron frente a la puerta de la habitación. Estaba cerrada. Erick frunció el ceño extrañado.

—Espera a que ella se disculpe. —Sujetó el pomo de la puerta—. Deja que sea ella quien se acerque a ti.

Abrió la puerta de la mazmorra. Un hombre con el pelo negro engominado hacia tras, corpulento, casi tan alto como el agente, fuerte, de semblante serio y expresión dura, entrado en años, vestido con un traje negro, camisa blanca y una fina corbata a juego con el traje se encontraba frente al cadáver del comisario. Observándolo. Se dio media vuelta, miró a Ekaterina de arriba a abajo y después a Erick, metió las manos en los bolsillos y se quedó frente a ellos en silencio. La Madame se acercó contoneando las caderas de un lado a otro. Le agarró de la corbata con ambas manos, pegó la cara a su cuello y se lo acarició con la nariz.

—Sergei... —ronroneó—. Qué agradable sorpresa. Hacía mucho tiempo

que no pasabas por la Mansión. —Soltó una de las manos de la corbata y le acarició la entrepierna—. Se te echa de menos —susurró, acercó la boca a sus labios, le lamió el inferior para luego mordérselo y tirar de él con suavidad.

Sergei agarró por la nuca a Ekaterina y la besó con la necesidad de un hombre desesperado sin ningún tipo de pudor, agarrándola el trasero con la otra mano. Terminó el beso dándole un fuerte cachete en el culo y apoyando la frente sobre la de la Madame.

—Negocios, rubia —susurró en ruso sobre sus labios.

Ekaterina ronroneó como una gata en celo sin dejar de acariciarle la entrepierna.

—Los Ivanov y sus negocios —resopló, se dio la vuelta y dejó que el hombre le agarrase por la cintura y le apretase contra su cuerpo—. Este es Erick. Abajo, en el salón, están Jason y Alicia.

Sergei alzó una mano y la dejó tendida en el aire sin soltar a la Madame. Erick se acercó a la pareja y la estrechó. El hombre sonrió de medio lado como si le costara y, a la vez, quisiera parecer agradable.

—Sergei —se presentó—. Seré el encargado de velar por su seguridad hasta que se reúnan con la Señorita Ivanova.

—Dónde... está...

Erick miró a Ekaterina quien le guiñó un ojo a la vez que se restregaba con sutileza contra el hombre.

—La señorita necesitaba salir a dar una vuelta. Se reunirá con ustedes en cuanto le sea posible.

Erick miró el cuerpo sin vida del que hasta hace unos minutos había sido su comisario. Se llevó una mano a los ojos, se los frotó y suspiró.

Sergei hizo un lado a Ekaterina, se acercó a Erick, le puso una mano sobre el hombro y le dio un leve apretón.

—Me... me gustaría hablar con mi equipo.

—No esperaba menos de usted, inspector —Sergei hizo una leve reverencia con la cabeza en señal de aprobación—. Aunque les rogaría que me acompañasen al búnker. Allí podrán hablar y tomar las decisiones que crean convenientes. Es un lugar seguro, sin filtraciones... —Miró de reojo el dintel de la puerta.

Erick se dio la vuelta y dirigió la mirada hacia donde lo hacía Sergei, hacia un diminuto y filo hilo de fibra transparente. Una cámara de seguridad de lo más exclusiva, tan bien colocada y mimetizada que apenas se veía.

—¿Estás diciendo que mi local es inseguro? —Ekaterina se acercó y le dio un cariñoso empujón con la cadera de manera provocativa.

—En absoluto, rubia. —Sergei pasó un brazo alrededor de su cintura y le mordió el cuello—. Pero estoy seguro que los agentes agradecerán un lugar más tranquilo donde poner charlar. —Miró a Erick—. ¿Y bien?

—Necesito hablar con mis hombres.

—Rubia... —dijo mirando sin apartar la vista del agente—, hay alguna sala...

Ekaterina dio un paso al frente y entregó a Erick una llave que tenía guardada en el canalillo.

—Podéis hablar en mi habitación. No es un búnker. —Miró a Sergei de soslayo por encima de su hombro—, pero es el único lugar sagrado de la Mansión. Puedes esperar allí a tus agentes. Yo misma les acompañaré. —Le cogió del brazo y fue andando junto a él hasta la puerta.

Erick miró por encima de su hombro a Sergei antes de salir por la puerta de la mazmorra del brazo de la Madame. Le acompañó por el pasillo hasta la habitación que antes de comenzar toda aquella locura, había compartido con la lugarteniente.

Todo seguía como lo habían dejado antes de bajar al salón. Se acercó a los

pies de la cama y miró su reflejo en el espejo del tocador al pasar. Negó con la cabeza y sonrió de medio lado.

—¡Erick! —Alicia entró sin llamar seguida de Jason—. ¿Estás bien? —Se acercó a él y comenzó a palparle los hombros, el pecho, las mejillas.

—Estoy bien Alice —sonrió y acunó las manos de su compañera entre las suyas.

—Alzó la vista y miró a Jason, que se había quedado apoyado sobre la puerta de la habitación con las manos en los bolsillos.

—Estamos jodidos —dijo impulsándose hacia delante para acercarse a Erick y darle un caluroso abrazo.

—Víctor... —Alicia se acercó a los pies de la cama y se sentó mirando a sus compañeros con ambas manos cruzadas en el hueco de sus piernas—. Joder se lo ha cargado.

—Y no solo eso. —Erick se apoyó con el trasero sobre el tocador—. Nos hemos saltado, mejor dicho, os habéis visto obligados a saltaros innumerables procedimientos por mi maldita corazonada.

—Nadie nos ha obligado a nada. —Jason se sentó al lado de su compañera.

—La lista es muy larga... —Suspiró Alicia.

—Mucho. —Erick se despeinó las puntas del pelo.

—Casi tanto como la condena que nos podría caer. —Jason escondió la cabeza entre sus manos—. Joder, tenemos un comisario muerto al final del pasillo. —Sacó la cabeza de entre sus manos y miró a Erick.

—¿Y qué vamos a hacer? —Alicia miró alternativamente a sus compañeros—. ¿Avisamos a la Brigada?

—¿A quién? —Jason se pedorreó—. ¿A Laura? ¿A Jesús?

—No podemos presuponer que porque la lugarteniente les haya señalado

como confidentes de los Ivanov sean culpables. —Alicia se apoyó con ambas manos sobre el colchón—. No tenemos pruebas contra ellos.

—Tampoco las teníamos contra Víctor y resulta que estaba de mierda hasta las orejas. —Jason se levantó y se llevó una mano a la nuca—. Tenemos que buscar otra alternativa. —Puso los brazos en jarras y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Has conseguido averiguar qué significado tienen los nombres que la lugarteniente subrayó en los listados? —Erick apoyó las manos sobre el tablero de la mesa del tocador y miró a Alicia.

—No. —Negó con la cabeza—. Sigo dándole vueltas.

—¿Te suena haber visto en esos listados el nombre de Sergei?

Alicia volvió a negar con la cabeza. Erick miró entonces a Jason, que se encogió de hombros. Tampoco había visto aquel nombre entre los papeles que Ayshane subrayó y sobre los que escribió cuando la interceptaron husmeando por la nave.

—La lugarteniente ha enviado a un tal Sergei para que nos lleve a una zona segura. —Alzó ambas manos para hacer el gesto de comillas sobre la última palabra.

—¿Y propones que vayamos con él? —Alicia apoyó ambos codos sobre sus rodillas.

—Sí. No. No lo sé —suspiró—. Podemos llamar a la Brigada, tenemos pruebas para demostrar la colaboración del comisario con la *bratva*, pero esas mismas pruebas suscitarían preguntas. Además, en la grabación se ve cómo la lugarteniente mata Víctor, cómo yo...

—Te estaba apuntando con un arma a la cabeza. —Alicia se puso en pie—. Eso debería servir como atenuante.

—Eso nos podría servir a nosotros, y aun así no nos libaríamos de una buena —dijo Jason—. Estamos hablando de la Mamba Negra, la menor del



Clan de las Serpientes.

—¿Entonces crees que deberíamos ir con ese tal Sergei? —preguntó Alicia.

—Yo creo que sí —Jason metió ambas manos en los bolsillos—. Si nos quisieran muertos, ya nos habrían matado. ¿Tú qué opinas, Erick?

—Creo... Creo que deberíamos ir con él, sentarnos a recapitular lo que tenemos y ver cuáles son nuestras opciones. ¿Alice?

Alicia miró a sus compañeros, suspiró y alzó las manos en dirección a la puerta de la habitación.

—Vayamos pues.

Ayshane salió de la Mansión en cuanto Sergei llegó a la mazmorra donde había dejado el cadáver del comisario. «Uno menos», pensó mientras caminaba calle abajo.

Podría haber llamado un taxi para que hubiera ido a recogerla a la Mansión, pero estaba segura que el conductor habría puesto cara de extrañeza al verla maquillada como una *escort*, con unos botines rojos como los zapatos de Dorothy, una faldita con tutú negro con lacitos colorados y un corsé del mismo color de la falda, con una gigantescas plumas, sola, en medio de una avenida, a las dos de la mañana.

Seguro que cuando Ayshane le pidiera que la llevara al cementerio a esas horas, pensaría de ella que era una tarada.

Miró al cielo mientras caminaba, cerró los ojos sin dejar de andar y sonrió como una loca. En realidad, puede que estuviese pirada, y seguro que lo pensaba cualquiera que la viese andar por la avenida a esas horas y así vestida. Pero no había nadie, la calle estaba desierta y, como Dorothy, había decidido seguir el camino de baldosas, en su caso grisáceas y con algún que otro chicle pegado, para buscar un poco de amparo en la soledad, una brisa de calma, unas tijeras que cortasen la red que le oprimía el corazón; y eso, solo podía encontrarlo en un lugar, solo una persona podría devolverle sus barreras, sus escudos, esas armas que no dañaban pero que la protegían de un mundo del que solo había una forma de salir.

Alzó una mano hacia los setos que delimitaban un pequeño parque infantil a ras de la avenida, casi llegando a la plaza, pasado el silencioso patio de recreo del colegio que había en la calle. Siguió andando mientras dejaba que las hojas acariciaran las yemas de los dedos hasta que llegó a las escaleras que la llevaban a la entrada de la gran plaza. Descendió tranquila por sus escalones, llegó hasta la plaza de toros sin detenerse a mirar la estatua que se apostaba frente a La Monumental como había hecho otras tantas veces, la atravesó y siguió su camino en dirección al cementerio. De manera lenta, tranquila, paseaba, disfrutaba de la noche, reflexionaba sobre su mundo, su

vida, su familia. Volvió a sonreír. Familia. ¿Podía llamarse a lo suyo familia?, ¿habían sido alguna vez una familia? No. Lo suyo no había sido nunca una familia, era una *bratva*. Sí, de acuerdo, a los miembros de una mafia se les trataba y se les protegía como a la familia, pero no se lloraba por ellos cuando por fin eran libres, cuando por fin morían. No se les cuidaba, ni se les ayudaba cuando lo necesitaban, se les dejaba atrás si era necesario, sin remordimiento, y la traición... En una familia la traición se podía solucionar hablando, se podía repudiar a alguien y con el tiempo, quizás, perdonarle, pero en su familia... «Si traicionas a la *bratva*...».

Siguió caminando por la avenida que nacía en la Plaza de Toros, por encima del puente hasta llegar al camino adoquinado. Era difícil andar con tacones por aquel lugar, así que se quitó los botines rojos y los llevó en una mano hasta que llegó a las puertas del cementerio.

Unas verjas negras, oxidadas y altas como lanzas la saludaban en silencio. Se encaramó a ellas y, sin soltar los botines, trepó como un reptil con cuidado de no enredarse el tutú de la falda y se deslizó por el otro lado. Ya estaba dentro. Miró a su alrededor, se calzó los botines, se arregló la falda, se recolocó el bajo del corsé y siguió caminando en dirección al panteón familiar donde desde hacía seis años reposaban los restos de su madre.

Era el único refugio al que podía huir en soledad cuando lo necesitaba, y nunca antes lo había necesitado tanto como esa noche.

Fue recorriendo aquel campo santo entre las diferentes lápidas y nichos sin ningún tipo de prisa, leyendo los últimos mensajes que los familiares dejaban a aquellos cuerpos al partir en su último viaje. Respiró hondo, se dejó envolver por la paz que emanaba aquel lugar, por el olor de las infinitas rosas, jazmines y mimosas que vestían el último adiós de los seres queridos que reposaban tranquilos, sin preocupaciones, libres...

Puede que muchos piensan que era un lugar siniestro. Pero a esas horas, con un tráfico apenas inexistente en la ciudad, sin ruido, sin luz, tan solo acompañada por la luna, era un lugar ideal para poder encontrarse a uno mismo en un mundo lleno de caos, cruel, despiadado, insensible, inhumano.

Llegó a los pies del panteón familiar. Se dejó caer de rodillas, miró un

segundo al cielo y lloró. Lloró desconsoladamente como hacía tiempo que no lloraba.

Sola, perdida, hundida como nunca antes se había sentido, la Mamba Negra cedió a la parte humana de la fría serpiente en la que su hermano Adrik, su madre, su padre, toda su familia la había convertido día tras día, violación tras violación, humillación tras humillación, paliza tras paliza, muerte tras muerte.

Sergei no dijo nada durante todo el trayecto, se limitó a conducir hasta la última planta de un parking público que abría las veinticuatro horas. Estaba a un par de calles paralelas a la M30, cercano a un parque y cobijado entre los típicos edificios residenciales de un barrio tranquilo y humilde.

Cuando llegó a una de las plazas, se detuvo sin apagar el motor y con el morro del coche pegado a la pared. Erick, que iba en el asiento del copiloto, miró a sus compañeros con cara de interrogación a través del retrovisor, pero estos se encogieron de hombros casi al unísono y negaron con la cabeza. Sergei marcó entonces una serie alfanumérica en la pantalla que había en la consola del SUV. Apoyó el dedo pulgar sobre ella y la pared que tenían en frente se abrió tras unos segundos.

Jason soltó un silbido. Alicia no hacía más que mirar a todas partes a través de las lunas tintadas del vehículo con aquellos ojos de ratita de laboratorio y Erick intentaba no perderse ningún detalle, ni de sus compañeros, ni del lugar, ni del hombre que les acompañaba. El SUV entró en un ascensor.

—A cuántos metros bajo el suelo.... —Jason se colocó como un niño entre los dos asientos traseros mientras agarraba los respaldos de delante con las manos.

—A doce —contestó Sergei.

Tras darle un caluroso apretón a Erick en el hombro y dirigirle una mirada cómplice por el retrovisor, volvió a colocarse en su sitio detrás de Sergei.

Se apearon del Evoque Rs250 negro mate cuando llegaron a un garaje con suelo de hormigón pulido, paredes negras y cinco amplias plazas iluminadas.

Erick se quedó mirando el R8 rojo que tenía aparcado por el lado por el que se había apeado del coche. Era el mismo que había recogido a la lugarteniente aquella mañana en la nave tras acabar con los Víboras Ivanov. Alicia se bajó dando una vuelta sobre sí misma, mientras Jason no hacía más

que revolotear alrededor del Bentley GT3R Coupé automático de color blanco que había aparcado justo en el lado por el que se había bajado del SUV.

—¿Quiere que le traiga un babero? —preguntó Sergei.

Jason le miró frunciendo el ceño, Erick sonrió de medio lado negando con la cabeza y Alicia puso los ojos en blanco.

—Sígueme por favor.

Atravesaron una corta galería abovedada, con las paredes de ladrillo e iluminada con apliques de pared que simulaban antorchas y llegaron a una puerta de acero de cuatro metros de altura con una consola en el centro y un panel alfanumérico sobre ella.

Sergei introdujo de nuevo varios códigos y colocó la mano sobre la consola. Un lector hizo un escaneado de la palma de su mano y la puerta se abrió.

Accedieron a una sala circular con tres amplios arcos y paredes de ladrillo que se curvaban hacia el alto techo abovedado; unas lámparas de aplique como las de la galería que acababan de dejar iluminaban de forma cálida y agradable el lugar intercalándose con unas exquisitas esculturas de cobre envejecido de las tres serpientes que distinguía a los altos rangos de la *bratva* Ivanov.

Una anaconda en honor a Eduard Ivanov, un par de cobras reales en honor a Elenka y a Adrik Ivanov y, por último, una mamba negra en honor a la lugarteniente, Ayshane Ivanova.

En medio de la sala, frente a ellos, se alzaba una gigantesca estatua de mármol color hueso en forma de dragón. Cualquiera que conociese la *bratva* sabía que simbolizaba a la segunda mujer de Eduard, madre de Ayshane: Saya, la hija de Taiyo, el líder de la Yakuza.

Bajo la talla, había una exquisita y mullida alfombra en forma de tapiz redondo, en color borgoña y ribeteada con oro y palabras rusas.

—Por aquí. —Sergei les indicó que siguieran por la galería escoltada por las esculturas de la anaconda y la mamba negra.

El pasillo mantenía la iluminación del primero y la sala circular, pero la decoración se ceñía a un par de máscaras antiguas de estilos ruso y japonés colocadas en una de las paredes.

Giraron a mano derecha en un ángulo de noventa grados y siguieron andando por otra galería que alternaba cuadros de Madrid con los apliques en forma de antorcha.

—Esta es la galería de esparcimiento.

Atravesando uno de los arcos accedieron a una especie de comedor común. Los agentes siguieron a Sergei a través de la sala. Atravesaron otro arco y entraron en un salón equipado con dos amplios sofás de tela rústica en color champagne, enfrentados entre sí a modo de pasillo. Aquella disposición obligaba a fijar la vista en la chimenea de imitación ubicada al fondo de la estancia. Tras uno de los sofás había una mesa de billar de madera maciza con el tapete del mismo color y, tras el otro, una enorme estantería con varios tomos de libros.

—Creo que el salón es un buen lugar para que puedan mantener una conversación tranquila. Estamos solos en el búnker, por lo que no deben preocuparse por visitantes inesperados. No hay cámaras ni micrófonos instalados. El acceso es restringido —explicó—. Para poder acceder es necesario estar autorizado en el sistema y, por el momento, solo cuatro personas lo estamos.

—¿Ayshane no ha llegado todavía? —preguntó Erick.

—No, inspector. La señorita Ivanova no ha llegado aún. Si tienen hambre o quieren algo de beber, solo tienen que pedírmelo.

—No será necesario... —Miró a sus compañeros, que negaron con la cabeza—. No. Gracias, estamos bien.

—Si quieren marcharse solo tienen que decírmelo y les acompañaré a la

salida, aunque yo les recomiendo que descansen hoy aquí y que esperen a hablar con la señorita antes de tomar cualquier decisión.

—¿Cómo... le avisamos? —preguntó Erick mirando hacia todas partes.

Sergei se apartó hacia un lado dejando al descubierto una pequeña pantalla con un botón negro.

—Pulsen este botón. Cuando les pida el código, marquen el cero y el sistema se encargará de avisarme. Ahora, si me disculpan... —Hizo una leve reverencia, miró la hora en su reloj y se marchó.

Los tres agentes se quedaron solos en aquel extraño salón, una ratonera adaptada a todo trapo a la que Sergei y Ayshane llamaban búnker.

—Telita con la lugarteniente —Jason se dirigió al sofá que estaba delante de la estantería y se tiró de espaldas sobre él—. Si llego a saber yo que la extorsión daba tanto dinero... no me habría hecho policía. —Se estiró, agarró uno de los cojines color vino tinto y se lo puso bajo la cabeza.

—No digas tonterías —Alicia se acercó a la estantería y que había tras el sofá—. Hubieses terminado en el cuerpo igualmente —añadió curioseando entre los libros.

—O puede que aún no sea tarde. —Se acomodó en el sofá—. ¿Tú qué opinas, Erick?

Erick, que hasta ese momento había guardado silencio, se acercó a la mesa de billar que había tras el sofá que Jason tenía enfrente, pensativo. Acarició la suave madera, se apoyó en uno de los largueros y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creo que con el cisco que tenemos montado, por el momento tenemos suficiente —Miró al suelo—. ¿Qué estamos haciendo...? —suspiró.

Alicia se giró, apoyó las manos sobre el respaldo del sofá, miró a Jason, después a Erick y de un salto se sentó a los pies de su compañero en el sofá.

—En mi opinión... —cruzó las piernas, se apoyó en el respaldo y acarició



la suave tapicería—, y sin que sirva de precedente, creo que hemos hecho lo correcto.

Jason se incorporó de golpe dejando una pierna colgando y la otra doblada sobre el sofá. Erick, por el contrario, se limitó a alzar la vista y a mirarla confuso.

—Explícate —ordenó Jason.

—¡Oh!, vamos... —dijo poniendo los ojos en blanco—, está claro que el comisario ha estado jugando con nosotros. Bueno, con nosotros y con medio cuerpo de policía. Estoy segura de que más de un compañero trabaja para Adrik o para cualquier otra organización. El nuestro no debe de ser el primer caso que se da. —Miró alternativamente a sus compañeros—. Lo lógico habría sido procesarlo, pero todos sabemos lo que ocurre con organizaciones como la de los Ivanov. Están... por todas partes. —Alzó las manos en ambas direcciones—. Seguramente Víctor habría salido de la cárcel antes de que hubiésemos podido digerir lo que nos ha hecho. E incluso desde dentro, lo más probable es que hubiese seguido operando para Adrik.

—Y... ¿qué queréis hacer? —preguntó Erick.

—¿Tenemos elección? —Jason se sentó con las dos piernas apoyadas en el suelo y los codos sobre las rodillas—. Quiero decir... que si vamos a la Brigada con toda esta mierda... pasarán años hasta que hagan realmente algo.

—Eso sin contar la sanción que nos espera —añadió Alicia—. Pueden que nos inhabiliten, e incluso podrían expulsarnos del cuerpo.

—En cuyo caso estaríamos exactamente igual que ahora —Jason se levantó, puso los brazos en jarras y echó la cabeza hacia atrás antes de volver a fijar la vista primero en Erick y después en Alicia—. Además, Víctor sabía que hemos ayudando a Ayshane. Si ha informado de eso a Adrik..., estamos jodidos.

—Sobre eso... la lugarteniente me enseñó un documento que, según ella, procede del ordenador de Laura. En él se informaba al comisario precisamente de lo que estás diciendo —Erick apoyó las manos sobre la

mesa, se alzó y se sentó apoyando las nalgas en el tapete—. Al parecer, nos ha estado siguiendo, y es más que probable que Adrik cuente ya con esa información.

—Será hija de...

—¿Sabes si el documento es auténtico? —preguntó Alicia—. No es que no me fíe, no después de lo visto, pero...

Erick negó con la cabeza.

—Me dijo que podrías tener acceso a todos los datos del informe para comprobar su autenticidad.

—¿Por cierto, dónde se ha metido?

—No... no tengo ni idea —Se encogió de hombros restándole importancia al asunto.

—¿Tú qué opinas de todo esto? —preguntó Jason mirando a Erick como queriendo cambiar de tema—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

Erick miró por un momento a sus compañeros.

—Creíamos que Ayshane Ivanova era la jefa de seguridad de la Cobra, pero no es así. Al parecer, la lugarteniente quiere acabar con Adrik. Ella misma me lo dijo antes de la puja —explicó—. No opera desde la *bratva*, sino contra ella.

—Visto así, lo que quiere hacer sería el sueño de muchos —dijo Jason.

—Y vuelta la burra al trigo. —Alicia puso los ojos en blanco—. A pesar de todo, algunos seguimos creyendo en la justicia.

—¿En qué justicia? ¿En esa pantomima de leyes que amparan a narcos, asesinos, proxenetas y mafias? —Jason fue enumerando con los dedos cada uno de sus ejemplos.

—No, pero...

—Chicos... —Erick dio un par de golpes con el puño cerrado sobre el tapete de la mesa de billar—. Chicos, no estamos aquí para discutir eso.

Cuando volvió a tener la atención de sus compañeros prosiguió.

—Teniendo en cuenta, por lo que hemos podido ver esta mañana en la nave, que el objetivo de Adrik es Ayshane —prosiguió—, y que Víctor trabajaba para él, creo que nuestro operativo se creó con la simple intención de dar con ella y entregarla ante la justicia.

—Con el posible final que todos sabemos que conllevaría eso —añadió Jason mirando de reojo a Alicia.

—Se la habríamos entregado casi en bandeja —concluyó Erick.

—Tras la Operación Cabeza de Familia, lo lógico hubiese sido que fuéramos a por Adrik, pero Víctor se las ingenió para convencernos a todos que había que ir a por la lugarteniente —dijo Alicia molesta.

—No te lo tengas en cuenta, cerebritito. —Jason le dio un cariñoso empujón con el hombro—. Víctor tenía buenos argumentos. Tenía su lógica pensar que si conseguíamos quitar de la ecuación a la jefa de seguridad de Adrik, fuera más fácil llegar hasta él.

—Creo que la intervención del Zar y la emboscada de la nave por los Víboras Ivanov dejan claras dos cuestiones: la primera, al no trabajar para Adrik, la lugarteniente se ha convertido en un problema del que el primogénito Ivanov se quiere deshacer; y la segunda, los hermanos Ivanov no tienen problemas para intercambiarse a sus lugartenientes.

—Que Adrik crea que trabajamos con Ayshane, ¿no nos convierte en objetivos? —preguntó Alicia.

Erick asintió.

—¿Y qué opciones tenemos entonces?

—Creo... Creo que tenemos dos opciones. La primera, acudir a la Brigada y esperar que la protección que nos ofrezcan impida que terminemos en el

cementerio —dijo Erick.

—En el mejor de los casos, nos apartarían del operativo, abrirían una investigación interna y, con suerte, nos asignarían una protección lo bastante eficaz como para mantenernos con vida. —Jason se metió las manos en los bolsillos.

—La otra opción... —dudó— es trabajar con ella. —Erick hizo una breve pausa antes de continuar—. Me... comentó... antes de la puja que quería que trabajásemos con ella para acabar con Adrik. Yo tengo claro lo que voy a hacer. No puedo volver y esperar a que el cuerpo nos ayude a procesarle. Eso no es una opción. No para mí. Pero no quiero que os sintáis obligados a hacer algo con lo que, sinceramente, ni yo mismo me encuentro del todo cómodo.

—Mientras Adrik siga vivo, mi vida estará en peligro así que... si tengo que protegerme... que sea por todo lo alto. —De un salto, Jason volvió a tumbarse en el sofá, se colocó el cojín y se acomodó—. Cuenta conmigo.

—¿Alice? —preguntó temeroso—. Puedes decir que no. Estás en todo tu derecho y no tendrías que preocuparte por tu seguridad. Jason y yo nos encargáramos.

—Eso seguro cerebrito, Erick y yo no te dejaríamos en manos de cualquiera. —Le guiñó un ojo.

—Sé... Sé defenderme solita —replicó—. No soy solo un ratón de laboratorio —gruñó entre dientes molesta, rascando una mancha imaginaria de su vaquero desgastado.

—Yo no... —Jason se incorporó y se sentó sobre una de sus piernas—. No era eso lo que quería decir —le cogió la mano y se la besó.

—Lo sé —sonrió apenada—. Como también sé que no soy tan buen agente de campo ni tengo tanta experiencia como vosotros.

—Eres la mejor compañera que podríamos tener.

Alicia puso los ojos en blanco, sonrió, negó con la cabeza avergonzada y le

dio un cariñoso empujón que Jason aprovechó para volver a tumbarse en el sofá.

—Jason tiene razón. Tú eres el cerebro de este par de tarugos —sonrió Erick.

—¡Oh, venga ya! A mí no intentes hacerme la cama. No eres mi tipo, ya los sabes. —Hizo morritos y aleteó un par de veces las largas y generosas pestañas negras.

Erick fingió haber recibido un doloroso e inesperado golpe en el pecho, a la altura del corazón, lo que provocó la risa de su compañera.

—Entonces —preguntó Erick—, ¿contamos contigo?

—Mi madre siempre dice que no se debe dejar nada a medias. —Miró alternativamente a sus compañeros—. Y el refranero español, que muerto el perro, se acabó la rabia.

—¿Eso qué coño es? ¿Un sí? —Jason se incorporó con el ceño fruncido y miró a su amiga.

Alicia asintió con la sonrisa de una niña a la que acaban de regalarle esa muñeca nueva con la que tantas veces había soñado.

—Además, seguro que aquí tienen aparatitos que la Brigada nunca se podría permitir. —Se frotó las manos ansiosa.

—Para que quede claro: estamos hablando de operar fuera de la ley. Estáis seguros, ¿verdad?

Jason y Alicia se miraron arqueando una ceja. Sonrieron, agarraron los cojines que tenían uno a cada lado y se los tiraron a Erick.

—¡Que sí...! —respondieron al unísono entre risas.

El cementerio no estaba muy lejos de la complicada entrada al búnker que Ayshane prefería usar en lugar del acceso por el garaje. Llegó a las cuatro de la mañana dando una tranquila vuelta. Se colocó cerca de la entrada y echó un vistazo a su alrededor para confirmar que no había nadie. Reinaba la típica paz de esas horas de la madrugada. Se abrazó a sí misma. La temperatura había bajado hasta condensar ante sí su respiración. Estaba agotada física y emocionalmente, helada por fuera y ardiendo en deseos por sentir un poco de la fría noche madrileña acariciando su gélido corazón.

Cerró los ojos y se concentró en los sonidos que la rodeaban, en todo lo que no se puede ver pero se puede oír, en todo aquello que no se puede tocar pero se puede sentir. Aquella técnica depurada con su madre a base de duros entrenamientos no solo la dejaban exhausta, sino que, además, le hacían lucir durante varios días las marcas y heridas que Saya le propinaba sin compasión cuando no era capaz de reaccionar a tiempo a una posible amenaza oculta pero no versada en el silencio.

*—Un movimiento, una respiración, un latido... Eso es lo que tienes que escuchar.*

*—Pero mamá... no soy un búho —le había dicho en infinidad de ocasiones.*

*—No. No eres un búho, eres un Yakuza. Compórtate como tal.*

Ayshane todavía recordaba los varazos, las quemaduras, los estiramientos de sus miembros hasta traspasar el umbral del dolor, las horas bajo el agua helada o a pata coja sobre un madero a dos metros de altura toda la noche, bajo una manta de lanzas afiladas.

Desde fuera muchos podían pensar que aquellas técnicas no eran las más apropiadas para una niña de su edad, que eran tortura. Ella misma llegó a

pensar que su madre, en ocasiones, disfrutaba castigándola, hasta que un error, le costó la vida. «Su error».

Fue entonces cuando comprendió que en su mundo cualquier desliz era castigado. Que había muchas formas de castigo y que las heridas que más duelen son precisamente las que uno no puede ver, no puede tocar, no puede ayudar a sanar.

Se deslizó por unas cuerdas que le había indicado a Sergei que colocara esa misma tarde. Parecían enredaderas o lianas, tan similares a las malas hierbas que rodeaban el agujero que nadie sospecharía que servían para acceder al búnker.

Descendió por la escalerilla, esperó a que sus ojos se acomodaran a la falta de luz, sacó el móvil para ayudarse a encontrar el panel de acceso, colocó la palma de su mano encima, entró y cerró la puerta.

—Buenas noches Sergei —saludó sin darse la vuelta al hombre agazapado que la estudiaba desde el acceso a la galería de descanso apuntándola con un arma.

—No sé por qué se empeña en utilizar esa entrada —respondió levantándose y guardando el arma en la funda sobaquera del interior de su americana negra.

—No me parecía que acceder por el garaje sin vehículo fuese del todo apropiado —se encogió de hombros atravesando la sala hasta donde estaba Sergei.

—Los agentes han decidido quedarse —soltó de golpe cuando llegó a su altura—. Les he asignado una habitación.

A Ayshane le dio un vuelco el corazón. Se había abstraído de tal manera en sus pensamientos, en recomponer los muros que alzaba alrededor de los escombros de su corazón, que había olvidado la orden de traslado de los agentes bajo la custodia y vigilancia del que era ahora la mano derecha de su padre.

—Han accedido a trabajar con usted.

—Con nosotros, Sergei, con nosotros —rectificó sin dejar de caminar—. No creas que me trago la pantomima del mayordomo súper guerrero. Eres un agente. Lo que todavía no sé es dónde te has metido todos estos años. —Se detuvo y le miró entrecerrando los ojos.

Sergei ladeo la cabeza y forzó una sonrisa. Le costaba mucho sonreír. Era un hombre demasiado serio, aunque tal vez a él tampoco le quedaban ya motivos.

—Es igual. —Se encogió de hombros y siguió caminando—. Es todo un honor trabajar contigo. —Le sonrió parándose frente a la puerta de su habitación—. ¿Están descansando?

—Eso les he dicho que hicieran. Pensé que era lo mejor hasta que usted volviera. Espero que no le importe.

—No. Está bien. Ha sido un día movidito y todos tenemos que descansar. —Miró de reojo la puerta que había al lado de la suya.

La habitación de Sergei estaba al final del pasillo, al lado estaba la de su padre, contigua a la suya, y a la que le seguían las tres dobles.

—He alojado a la mujer a su lado. Los inspectores Román y Booth están en la siguiente.

—Gracias.

—No hay de qué Señorita. Ahora, si me disculpa... —Con una leve reverencia se marchó a su habitación dejando a Ayshane sola en el pasillo.

Por un momento dudó entre meterse en la cama o comprobar si de verdad los agentes estaban allí sanos y salvos. O tal vez tan solo quería asegurarse que Erick estaba descansando, no lo sabía con exactitud. Tras un par de minutos frente a su puerta, se acercó a la de los agentes. Abrió muy despacio. Se coló por el pequeño hueco y cerró con el mismo sigilo.

La habitación estaba a oscuras, salvo por una pequeña luz de seguridad



colocada alrededor del techo en forma de tira de led. Alumbraba lo suficiente como para no dejarse el dedo meñique del pie estampado en la pata de la cama.

Se quedó mirando ambas camas desde la puerta. Erick era de menor estatura que Jason, se fijó hasta dónde le llegaban los pies a los dos agentes. Las camas eran enormes, pero mientras una estaba ocupada casi por completo, al hombre que había en la otra no le llegaban los pies al final. Sonrió, se acercó y se agachó. No podía verle la cara porque estaba de espaldas a ella, pero olía a él. Olía a Erick.

Se sorprendió al ver a ambos tan plácidamente dormidos con esa calma, esa tranquilidad, esa seguridad. Ella nunca había dormido así. Siempre preparada para defenderse, con un machete bajo la almohada y una pistola cerca.

Aunque Erick estaba dormido, se dio la vuelta y quedó frente a ella. Ayshane se acercó. A duras penas distinguía sus facciones, pero vio que eran muy suaves y que la expresión era relajada. Parecía mucho más joven de lo que era.

Le retiró un mechón de pelo de la frente con mucho cuidado de no despertarle. El agente movió ligeramente la cara al notar el contacto. Se quedó quieta y aguantó la respiración. Sin ánimo de tentar a la suerte de nuevo y con cuidado, se dio la vuelta, pero Erick le agarró del brazo antes de que pudiese alejarse. Se giró y le miró.

—Yo solo... —susurró desconcertada al verse descubierta.

—Chsss —chistó llevándose un dedo a los labios.

Sin soltarla, Erick se levantó. En silencio la guió hasta el pasillo y echó un vistazo al interior de la habitación antes de cerrar la puerta para comprobar que Jason seguía dormitando.

—Tenemos que hablar —dijo cerrando la puerta.

Ayshane le miró expectante. Estaba más tranquila que cuando salió de la

Mansión, o se podría decir que su estado de nervios era diferente, pero eso no era ningún consuelo, no cuando se trataba de enfrentar al inspector. Erick parecía tener el don de sacarla de sus casillas sin proponérselo, de convertirla en una lugarteniente que no sabía cómo actuar.

Se habían quedado, lo cual significaba que la muerte del comisario no era el problema, ni tampoco aquello sobre lo que quería hablar con ella, pero... ¿y si quería que le explicase por qué había reaccionado como una niña asustada durante la puja?, ¿o por qué se había vuelto loca cuando le preguntó por Adrik? Se le revolvió el estómago solo de recordarlo. Tomó aire y lo expulsó para relajarse. Era mejor mantener a su hermanastro fuera de escena. Por ahora.

—¿Estás bien? —Erick alzó la mano con intención de acariciarle la mejilla.

De manera inconsciente, Ayshane se echó hacia atrás mirando la mano del agente con cautela. No lo hizo a propósito, pero tampoco pudo remediarlo. Era como una especie de vicio que había adquirido a lo largo de años de sometimiento. Permitía el contacto físico según qué circunstancias y a un número muy limitado de personas. Era como una zona de seguridad que necesitaba, un espacio entre ella y el resto del mundo que no debía ser ocupado para no verse ni sentirse atrapada, para no perder la cabeza, para no volver a un tiempo en el que las ataduras le impedían huir, gritar y, en ocasiones, respirar.

Siempre había pensado que aquella barrera era un punto a su favor. Y desde luego era consciente que aquella forma de mantener las distancias podía provocar que los demás la percibiesen como un témpano de hielo, alguien arisco y peligroso a quien no debían acercarse, pero le había ayudado a hacerse respetar, a mantenerse con vida, a sobrevivir. Algo muy importante en un mundo dirigido en su mayoría por hombres a los que les gustaba imponerse a cualquier precio, doblegar a las personas como si fueran hojas de papel, humillar, aplastar, acabar con cualquier atisbo de voluntad, tomar lo que no era suyo, y si era entre llantos y súplicas, tanto mejor. Un mundo en el que la vida de una mujer no valía nada salvo que estuviera en la cima, como era el caso de Elenka o el suyo, algo que sucedía en muy raras ocasiones y, por lo general, porque la mujer en cuestión tenía aún menos escrúpulos que

cualquier otro ser humano. Porque las mujeres como ellas, no tenían corazón... ¿O sí? ¿Por qué si no había intentado luchar en innumerables ocasiones contra ello con todas sus fuerzas? No era un témpano de hielo como muchos pensaban; también necesitaba un abrazo, una caricia, un arrullo, un mimo, alguien que le dijese que todo iba a salir bien o que la cobijase entre unos brazos donde pudiese sentirse segura, donde no tuviese que mirar por el rabillo del ojo en todas las direcciones para esquivar un cuchillo, una bala, un golpe.

Erick había alzado la mano para acariciarla, pero la detuvo a medio camino. La miró un segundo, agachó la cabeza, suspiró y dejó que cayese muerta.

—Me tenías preocupado —susurró sin atreverse a alzar la vista.

Ayshane se quedó petrificada. Se esperaba una reprimenda, que le echara en cara el lío en el que los había metido, la ausencia de explicaciones o lo pobres que estas habían sido hasta el momento. Se esperaba cualquier cosa, pero no aquello.

—Siento mucho lo ocurrido en la Mansión —dijo el agente aún con la vista fija en el suelo.

Sus palabras sonaban tan sinceras, tan reales... Era tan extraño ver a alguien que le hablaba con el corazón en un puño. Y precisamente a ella, una mujer que podía arrancárselo de cuajo mientras sonreía satisfecha. Erick lo sabía. Sabía quién era, ¿por qué le hablaba así?

—Siento cómo me he comportado. Y lamento también haberte presionado de esa manera cuando tengo la sensación de que has sido la única que nos ha dicho la verdad.

Ayshane no decía nada. No movió ni un músculo de su cuerpo. Parecía que ni tan siquiera respiraba a pesar de que su corazón latía como el redoble de un tambor. Un nudo de sentimientos explotó sobre una de las corazas que la protegían convirtiéndola en polvo. «¿Por qué tenía que disculparse?, ¿por qué tenía que hacerlo de aquella manera?».

Allí estaba ella, frente a un Erick ataviado solo con un calzoncillo bóxer. Descalzo. Con esas musculosas piernas desnudas de futbolista, con su torso al descubierto. «Dios... Cuanto me apetece acariciarlo». Suave, duro, definido por innumerables horas de gimnasio que marcaban todos sus músculos. «¿Cómo sería? ¡Ay madre!». ¿Pero en qué demonios estaba pensando? Se asustó de sí misma. Ella nunca había fantaseado de aquella manera con ningún hombre. ¿Qué le estaba ocurriendo? Pero si ni siquiera era capaz de permanecer cerca de él.

Le miró a los ojos. Craso error. Erick no solo era guapo y tenía un cuerpo envidiable, sino que además, el color de sus ojos, tan característico, de un verde jade tan intenso con ribeteados trazos amarillos que se asemejaban a una botella rota, había sido su perdición desde que le vio por primera vez.

Le había mirado con odio, con desconfianza. Aquellos mismos ojos la habían juzgado, y aun así, no podía dejar de mirarlos embelesada. ¿Cómo iba a dejar de hacerlo ahora? La estaba mirando con... ¿respeto?, ¿avergonzado como si hubiese cometido el mayor de los pecados?

—Erick... Tú no... no deberías disculparte —dijo incómoda.

Él no había hecho nada malo. Eran sus fantasmas. Y el rencor, el miedo, el dolor que nublaba su juicio hasta hacerle perder la razón.

Ekaterina ya la había advertido cuando le propuso el plan para desenmascarar al comisario. Le había dicho que no estaba segura que lo aguantase, que no estaba preparada, que debía encadenar primero a sus demonios en la más recóndita celda de su corazón y tirar la llave a la laguna de los pensamientos olvidados. Y tenía razón.

Era ella quien debía pedir perdón por cómo se había comportado, por no haber estado a la altura.

—Ayshane... —susurró, dudó.

Se miraron envueltos en la tensión del silencio por las palabras no dichas. Ayshane dio un pequeño paso al frente como si de una sonámbula se tratara, hipnotizada por aquel espejismo tan real como ilusorio. Avanzó un poco más;

con cada paso, acortaba la ya escasa distancia que los separaba. Erick se mantuvo quieto, observando cada uno de sus movimientos. Cuando estuvo lo bastante cerca, alzó una mano de nuevo. La lugarteniente se centró en el lento movimiento ascendente de la mano del agente. «Tú puedes, tú puedes», se repetía como un mantra, «no va a hacerte daño, es Erick, es Erick».

Le miró. Su mano se mantenía flotando tan cerca de su mejilla que podía sentir el calor que emanaba su cuerpo. No la tocaba, no la rozaba, pero podía sentir como la acariciaba. Se armó de valor y, como un gato buscando el cariño de su amo, acercó la mejilla a la palma de su mano, y ¡oh!, era tan placentero, tan distinto.

Erick ahuecó entonces la palma y acunó su mejilla. De manera inconsciente, con la otra mano, agarró firme pero suave el cuello de la lugarteniente y terminó de acercarla a él. Ayshane se tensó bajo su tacto. En su interior, una ardua lucha interna se cernía sobre sus impulsos.

—Chsss. —Le acarició la cola de caballo—. Yo no soy Adrik.

Trató de acomodar la cabeza de la joven sobre su pecho desnudo, pero Ayshane puso una mano sobre su torso y le miró.

—Rina.

La respiración del agente se aceleró al son de los latidos de su corazón que, ya de por sí, cabalgaban desbocados. Suspiró y negó con la cabeza. ¿Cómo podía haberla traicionado de esa manera?

—Te lo ha contado.

—Yo...

—No me lo puedo creer. —Dio un paso hacia atrás para alejarse de él.

Erick pasó un brazo alrededor de su cintura y la envolvió entre sus brazos. Ayshane le miró, se revolvió con sutil incomodidad y alzó la vista hacia él, preparada para salir del calor que envolvía su cuerpo.

—No tengo ninguna intención de dejarte ir —dijo Erick adelantándose a su

orden.

Ayshane se sentía violenta. Nadie antes la habían abrazado así, con... ¿cariño? Una oleada de sensaciones nuevas para ella aspiró el polvo de las cenizas de la nueva armadura que acababa de demolerse, y con la que protegía lo poco o nada que le quedaba de corazón.

—No tenía ningún derecho a contártelo. —Colocó las manos sobre el pecho desnudo del agente e hizo un nuevo intento por salir de entre sus brazos.

—No se lo tengas en cuenta. —Le acarició la cola de caballo.

Ayshane alzó la vista. Miró a Erick a través de sus largas y tupidas pestañas. Eran tan diferentes. Su voz, su tacto, hasta la forma de retenerla entre sus brazos era tan distinta. Podía soltarse, en realidad no la estaba presionando demasiado, pero ¿quería?

—No. No eres Adrik —dijo al fin en un suspiro.

Puede que fuera por el cansancio, por todo lo ocurrido aquella noche pero, en el fondo, ni siquiera estaba segura de estar enfadada con la Madame.

—No deberías sentir pena de mí. —Alzó una mano y le despeinó con cariñosas caricias las puntas del cabello ya alborotado.

—No... no es pena.

Ayshane ladeó la cabeza No era esa la respuesta que esperaba, si es que alguien podía esperar algún tipo de respuesta coherente a una situación que ya no tenía remedio.

—Han pasado ya muchos años —suspiró sin dejar de acariciarlo.

Erick se dejaba hacer. Era tan placentero, tan... normal. Dejó que le rodease su cintura de avispa acentuada por el corsé que aún llevaba.

—Eras una niña. —Acarició por encima del corsé el interior del costado donde el Zar le había golpeado—. Ninguna mujer se merece pasar por algo

así. —La miró—. Mucho menos, una niña.

Como una esponja, Ayshane absorbió todo el dolor que emanaban los ojos del agente. Erick sufría... ¿por ella?, ¿por lo que le habían hecho? Frunció el ceño y se negó aquella posibilidad. Su mente le estaba jugando una mala pasada. No, no era posible. Era posible que como policía le doliese imaginar a una niña asustada y desamparada en manos del degenerado de su hermanastro, pero no podía sufrir por ella. ¿Qué le importaba? Nada. Ella era una asesina. Un sicario, como bien le había dicho en la nave hacía tan solo unas horas antes.

—Rina solo me lo ha contado a mí.

—Tranquilo —sonrió sin ganas—, no pasa nada. Antes o después os acabaríais enterando.

Estaba cansada de los secretos, de una vida siendo una mujer invisible, la esquiva diana y, aun así, el blanco de todas las miradas, la mano ejecutora de los más viles castigos. Tenían que acabar con Adrik, y cuantos más datos tuviesen de él y la que había sido su familia, mejor.

—Jason y Alicia no saben nada. Me lo dijo cuando...

—Cuando entré en bucle. —«Por no decir, cuando perdí la cabeza».

Un incómodo silencio les rodeó. Ayshane aprovechó el momento para tatuar en su mente cada una de las facciones del agente. Nunca había estado tan cerca de él. Se percató de que unas líneas finas y ambarinas cruzaban el mar verde jade de sus ojos. Como las raíces de un árbol, todas diferentes, a cada cual más bella, más profunda.

—Mañana os pondré al día y os daré la información de la que dispongo —dijo casi hipnotizada.

Como si hubiera recibido una bofetada, volvió a tierra firme. En cuanto se dieran cuenta de dónde les había metido... Podrían acabar muertos, pero no había vuelta atrás. Aquel era un camino de una sola dirección, un túnel. Tan solo había dos alternativas. Cuando ellos conociesen la verdad podrían querer

renunciar seguir a su lado y, si eso ocurría, era un problema, uno al que no sabía si sería capaz de enfrentarse. Llegados a ese punto, ¿cómo reaccionaría su padre si los agentes se negaban a colaborar? Además, se mantuvieran a su lado o no, Adrik iría a por ellos. Estando su lado, podría luchar por su seguridad, por sus vidas. No quería sentir el peso de más inocentes sobre su espalda, pero tampoco podía arrebatárles la posibilidad de elegir su destino. Si ella hubiera podido elegir... Si lo agentes decidían que no merecía la pena...

—Creo... Creo que será mejor que nos vayamos a descansar. —Se separó de él abrumada.

—Ayshane, yo...

—Tranquilo. Está todo bien.

«Mentira. No. No está bien. Nada está bien. Esto no va a salir bien», pensó para sí. Le miró, suspiró, le acarició la mejilla. «Oh, Erick, pero qué he hecho».

Sintió que sus ojos se nublaban ante una avalancha de lágrimas contenidas. Los cerró. Algunas se le escaparon, comenzaron a brotar, pero le daba igual, estaba cansada, cansada de ser fuerte, cansada de arrastrar como un agujero negro todo y a todos los que se acercaban a su vida hacia un infierno, su infierno.

Se puso de puntillas, junto su frente a la suya y pronunció aquellas palabras prohibidas de la organización que la aceptó y a la que nunca deseó pertenecer. Esas que tantos latigazos, días de aislamiento, de golpes, de palizas le habían costado.

—*Madre no puedo. —Lloraba, era tan solo una niña—. Lo sien...*

—*¡No, Ayshane!*

*Le dio un bofetón de los que giran la cara hacia un lado, de los que parten un labio, de los hieren pero que cuando sanan, no dejan marcas visibles, de*



*los que te destrozan el alma, de los que endurecen el corazón.*

*—Nunca pidas perdón. —Le agarró de la barbilla y la miró enfadada—. Eres un Yakuza, Ayshane. No se te permite sentir. No se te permite llorar. Eres mi hija, no me decepciones. ¡No me avergüences! —La zarandeó—. Levántate, tenemos que seguir preparándote si quieres pertenecer a nuestra familia.*

*Pero ella no quería un grillete más que la encarcelase, que la atase a un mundo del que nunca podría escapar. En realidad, ella no quería pertenecer a la familia de su madre, ni a la de su padre, ella quería pertenecer a una familia normal, a una de verdad.*

*—Lo siento. Lo siento muchísimo —dijo con un suspiro casi inaudible con el que regresó de todos aquellos recuerdos que la ahogaban.*

*Puso una mano sobre el pecho desnudo del agente, le agarró de la nuca, dejó que envolviese la cintura con las manos otra vez y le besó. Un beso casto y a la vez indecente; corto pero intenso, fugaz pero duradero.*

*¿Ante quién se disculpaba? Ni ella misma lo sabía. Había decepcionado muchas veces a su difunta madre, ¿qué más daba una más? Iba a decepcionar a los agentes. ¿Qué más daba tres personas más? Se soltó del abrazo del inspector, dio un paso hacia atrás y, sin mirarle, dio media vuelta sobre sus talones y se marchó a su cuarto. Entró y cerró la puerta por dentro. Dejó a Erick solo, petrificado, absorto, como en una nube; muy lejos de allí, muy lejos de ella.*

*Apoyó la frente sobre la puerta, dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas. No era capaz de contenerlas, era como si la presa que sostenía el embalse de su aguanate se hubiera desbordado. Inspiró profundamente, echó el aire por la boca buscando la serenidad, la llave de esa compuerta que le impedía dejar de llorar. Dio media vuelta sobre sí, se apoyó con la espalda sobre la puerta y alzó la cabeza hacia el terrario de la serpiente que su padre había instalado en el cabecero de la cama de su habitación, pero la imagen de la Madame se interpuso entre ella y su fría nueva mascota.*

Para cuando Erick quiso reaccionar, la lugarteniente ya se había marchado, sola, entre lágrimas. Se llevó la mano a los labios, dio un pequeño paso al frente pero se detuvo, suspiró desconcertado, pensativo, se dio media vuelta y volvió aturdido al cuarto que compartía con Jason.

Entró en la habitación, cerró la puerta con cuidado y apoyó la espalda sobre ella. Dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró.

—¿Quién eres, Ayshane Ivanova? —se preguntó en un susurro—. ¿Qué demonios eres? ¿Qué estoy haciendo?

Miró hacia Jason, parecía dormido, suspiró. A paso lento, cabizbajo, decepcionado, se volvió a meter en la cama, boca arriba, con la mirada perdida en un insidioso laberinto de preguntas sin respuesta, hasta que Morfeo vino a visitarle y de la mano se lo llevó a un mundo donde las complicaciones solo eran las divagaciones de unos cuantos locos.

Rina esperaba paciente. Se había sentado a los pies de la majestuosa cama con las piernas cruzadas, los brazos en la misma posición descansando sobre su rodilla y la espalda recta. Aún iba vestida con sus preciados pantalones de cuero negro, su corsé con hebillas doradas que relucían incluso en aquella semioscuridad.

—¿Ekaterina? —Se retiró parte de las lágrimas y avanzó hacia donde estaba la mujer—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Se situó a un par de pasos frente a ella controlando la respiración, el timbre de su voz, su angustia.

Por suerte no había encendido la luz de la habitación y tan solo contaban con la tenue iluminación de la tira de LEDs que había en el techo.

—Sergei ha venido a buscarme —respondió despreocupada, como si fuese lo más natural del mundo.

—Sabes que no me refiero a eso.

—¿Estás bien?

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? —fue alzando el tono de su voz con cada pregunta—. ¿Por qué se lo has contado? No tenían ningún derecho a...

—¿A qué Ayshane? —Se levantó de la cama—. ¿A quererte? ¿A cuidarte? ¿A protegerte? —Se acercó hasta ella—. Te he visto crecer mi niña.

Ekaterina fue a acariciar su mejilla, pero Ayshane giró la cara hacia un lado y cerró los ojos con fuerza. Un par de lágrimas cayeron desconsoladas y recorrieron la nívea tez de su cara hasta la barbilla.

—Te he visto cambiar. —Le acarició la cola de caballo—. Te he visto luchar, aferrarte a un vano hilo de esperanza, caer y morir en vida, pero no todo está perdido.

Ayshane abrió los ojos y volvió la cara hacia su amiga.

—Puedes volver a levantarte. —Acarició su mejilla—. Resurgir de las cenizas como el dragón al que tu madre un día vio nacer y que otros han querido doblegar. —Acunó la cara entre sus manos—. Pero al que tan solo tú puedes someter. —Le retiró un par de lágrimas con los pulgares—. No me pidas que mire hacia otro lado cuando he vuelto a ver en tus ojos la chispa del fuego de ese dragón al que todos creíamos perdido.

—Estoy bien, Rina —respondió de mala gana—. No soy una de tus chicas. —Hizo un leve puchero—. No necesito ni tu amor, ni tu cariño ni, mucho menos, tu protección.

Ekaterina hizo un mohín de disgusto con la boca y la miró con tristeza.

—No, no eres una de mis chicas. —Dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo—. Si lo fueras, no estarías tan rota.

El labio inferior le comenzó a temblar, se lo mordió y alzó la cabeza en un vago intento por mantenerse regia ante la Madame, aunque por dentro todo su ser clamaba por llorar hasta que no quedasen más lágrimas en su cuerpo, gritar hasta desgarrarse la voz.

Ahogó un suspiro cargado de lamentos, negó con la cabeza, las lágrimas le impedían ver a su amiga, porque Rina era su amiga, la madre que hubiese querido. Una mujer que la consolaba, que la escuchaba, que le daba sabios consejos, que no la juzgaba y que, a pesar de llegar a su vida por un trato con su padre, siempre la respetó no por ser quien era, sino porque, como ella decía, todo el mundo merece ser respetado. Nunca le había fallado, al contrario, siempre la había apoyado y ayudado cuando podía, como podía, como ella le había permitido.

—Oh, Rina... —Se desplomó a sus pies con la cara entre las manos. Lloraba desconsolada.

—Chsss, Ash. —Se arrodilló junto a ella, la abrazó y comenzó a mecerla entre sus brazos—. Está bien, mi niña, está bien.

Ayshane se aferró a ella como si le fuese la vida en ello, hipando entre sollozos, descargando toda la tristeza sobre los hombros de la Madame, toda la impotencia, todo ese dolor que demolía las corazas que había erigido como murallas alrededor de su corazón y que comenzaban a desmoronarse a cada paso, a cada minuto, a cada segundo.

—Ash, cariño, ¿qué te ocurre? —preguntó asustada—. Mi pequeña, mi preciosa y pequeña niña —Acunó sus mejillas entre sus manos.

Ayshane alzó la vista, aún borrosa por el desbordamiento incontrolado de la tortura, y vio a una Ekaterina suplicante, impresionada, alarmada.

—Yo... —dudó.

—Chsss, está bien. —Volvió a abrazarla—. Lo entiendo, está bien. No debí dejarte intervenir en la puja. Debí impedírtelo, y tampoco debí decirle nada a Erick —reconoció—. Yo... solo pensé que...

Ayshane escondió la cara en el hueco de su cuello y comenzó a temblar entre las lágrimas de un dolor tan intenso como invisible. Estaba acostumbrada al daño físico, pero no a ese tipo de calvario, a ese tormento que la laceraba por dentro y arañaba ese corazón frío y oscuro que tantos años le había costado esculpir.

—Ash, mírame —susurró ayudándose de sus manos para alzarle la cara—. Me estas asustando, dime qué te pasa.

Ayshane la miró. Nunca antes se había sincerado con nadie. Dudó. Había sido educada para matar a sangre fría, y eso solo se podía conseguir aplastando cualquier resquicio de humanidad en su interior. «No se te permite sentir. Si sientes, morirás». Recordó las palabras de su madre, pero Rina tenía razón, ya estaba muerta. Era un fantasma entre los vivos. Nadie sabía de su existencia salvo aquellos que la perseguían. No había mantenido nunca ningún tipo de relación con nadie que no tuviera relación directa o indirecta con su familia, y en su mundo, era más peligroso desnudar el alma frente a los de la propia sangre que frente a un desconocido. Pero ella era Rina, su Rina, su... *Mat'*. Porque sí, ella consideraba a Ekaterina como a una *madre*.

Haciendo caso omiso a todas las directrices que había dirigido su vida hasta el momento, se desahogó, soltó todo el lastre que llevaba colgado a su espalda. Le habló de sus miedos, de sus pesadillas, de los agentes, de sus... sentimientos, porque sí, ella sentía. Confesar todo aquello podía ser un error, y era posible que por ese error su madre hubiese muerto, quizá los sentimientos significaran acabar en la tumba para alguien como ella, pero no podía remediarlo, no podía luchar contra ellos, y aunque hubiese querido hacerles frente, ya estaba demasiado cansada para seguir luchando contra sí misma.

—Mi pequeña, mi preciosa y letal Mamba —suspiró—. Tan fuerte. —Le acarició la cola de caballo, la besó en la sien—. Podrías arrasar con el mundo si quisieras. —Acunó la cara entre sus manos—. Acabar con todo y con todos. —Besó las lágrimas de sus mejillas.

Ayshane negó con la cabeza sorbiendo por la nariz. No. No era eso lo que quería, tan solo deseaba ser libre, acabar con la pesadilla en la que se había convertido su vida, una vida que ella no había elegido y a la que no le preguntaron si quería pertenecer.

—Lo sé. —La abrazó—. Tienes veintitrés años, pero... eres tan sabia como ignorante.

La lugarteniente la miró desconcertada. No entendía lo que Ekaterina quería decirle, pero no dijo nada, solo se dejó hacer.

La Madame le ayudó a levantarse, le acompañó al baño, le lavó la cara, le quitó la falda y el corsé, la vistió con una camiseta de tirantes negra de algodón y unos pantalones cortos grises, la metió en la cama y se sentó a su lado.

—Siempre admiré a tu madre, ¿sabes? —dijo mirando el terrario de la serpiente por encima del hombro—. Tan fría, tan esquiva, tan distante... —Fijó la vista en ella—. Tan humana.

Ayshane frunció el ceño. ¿Humana?, ¿su madre? Imposible. Podía ser muchas cosas, pero no era humana, no había bondad en ella, solo disciplina, rectitud. No había ni un ápice de benevolencia en todo su ser, ni piedad.

Había visto a su madre en acción, había luchado y entrenado bajo la doctrina del temido dragón de la Yakuza. Saya no era misericordiosa, no era compasiva, e incluso empezaba a dudar que ella misma lo fuera.

—No me mires así. —Le dio un cariñoso golpecito en la punta de la nariz—. Tu madre era muy humana. Mucho más de lo que te piensas, pero, como tú, sabía esconder muy bien todo ese amor, todo ese cariño que sentía hacia tu padre. Hacia ti.

Ayshane agachó la mirada. Sí, eso si era posible. Saya amaba tanto a su padre que estaba dispuesta a morir por él. Y él la amaba a ella, hasta el punto de ser capaz de desatar el infierno en la tierra para protegerla.

—¿Acaso tu madre no se merecía vuestro amor, vuestro cariño, vuestro dolor cuando os la arrebataron?

Ekaterina la miró esperando una respuesta que nunca llegó y que jamás llegaría. Besó la frente de Ayshane, le arropó con el edredón y se levantó.

—Saya merecía vuestro amor de la misma manera que tú mereces ser amada, Ayshane. Porque el amor es algo que no se nos puede negar. El amor es como la vida que te ha tocado vivir, no lo puedes elegir. Te estás enamorando, mi niña —sonrió con dulzura.

Ayshane abrió los ojos como platos, se incorporó y negó con la cabeza aquella afirmación de manera descontrolada.

—No —susurró asustada—. No, no, no.

—Oh, sí... —rio—. Toda esa confusión que sientes cuando le ves... —volvió a recostarla en la cama—. Que a estas alturas te plantees que los actos cometidos y los que te quedan por cometer no son dignos —le repeinó el flequillo hacia un lado—, tienen un nombre. —La miró con dulzura. Sonrió—. Y ambas sabemos cómo se llama. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero tus ojos no mienten, y cuanto más luches contra ello, más te dolerá. —Le dio un beso y se dirigió hacia la puerta.

—Si sientes, morirás —dijo en un hilo de voz con la cabeza gacha.

Ekaterina se dio la vuelta sobre sí antes de alcanzar el pomo de la puerta y se quedó mirando a la joven.

—Era lo que ella siempre me decía. No se te permite sentir, si sientes, morirás. —Alzó la vista hacia ella.

—Cierto —contestó negando con la cabeza. Suspiró—. Pero solo quien ama de verdad lucha hasta su último aliento.

—Soy una asesina —reconoció en voz alta.

—Tu madre también. Y no por eso la queráis menos —sonrió—. Deja que seamos los demás quienes decidamos si merece la pena amarte.

No consiguió pegar ojo desde que Rina se marchó. Cansada de dar vueltas en la cama, decidió levantarse. Encendió la luz de la habitación, miró el reloj de pulsera Bvlgari de oro blanco que le había regalado su padre y que Ekaterina le había quitado para dejarlo en la mesilla de noche cuando la llevó a la cama. Las ocho de la mañana. Tan solo habían pasado un par de horas desde que la Madame se había marchado dejándola más confusa que tranquila.

Entre cavilaciones, se metió en el baño y se miró en el espejo. Solo reconocía una parte de la ojerosa, pálida y delgada mujer que se reflejaba. Sus ojos rasgados estaban hinchados y consumidos por la irritación; el pelo, revuelto en una coleta suelta caída sin ninguna gracia hacia un lado, y el tirante de la camiseta, a medio camino entre su hombro y su codo. No se parecía en nada a la mujer decidida, distante e inamovible que tanto recordaba a su madre.

Como una autómata, abrió el grifo y se lavó la cara y los dientes. Se acercó a la ducha sin ganas, se desnudó y se metió bajo el chorro de agua fría con la esperanza de congelar aún más la escarcha que recubría su corazón y amenazaba con descongelarse.

Tardó algo más de la cuenta en asearse. Cuando salió de la ducha, se envolvió el cuerpo en una toalla mullida de algodón rojo y volvió a mirarse en el espejo. Suspiró, se apoyó sobre el lavabo con la cabeza muerta mirando



el desagüe. Su larga melena azabache le impedía ver nada, la cobijaba del exterior y la envolvía en una nube de coco y jazmín, pero no podía esconderse ahí para siempre. Volvió a alzar la vista hacia el espejo y ahí estaba esa pálida y ojerosa mujer mirándola. Se llevó la mano a las cuencas purpúreas de sus ojos. Solo recordaba una ocasión en la que su imagen era tan... patética, tan decadente, apagada, tan desecha.

Era posible que, como tantas veces le habían repetido de pequeña, todo ese cúmulo de sentimientos no fuesen más que las llaves a las puertas del infierno.

—Madre —susurró mirándose al espejo.

—Ayshane.... Abre la puerta —ordenó aporreándola—. No te lo pienso volver a repetir, o abres la puerta o la tiro abajo de una patada.

*Era mejor abrir, que duda cabía. Su madre era capaz de tirar la puerta abajo. Así que recogió todo lo mejor que pudo, se enjuagó la boca y abrió con la cabeza gacha, limpiándose los restos del agua que acababa de escupir.*

—Ayshane Ivanova, ¿puede saberse qué demonios...? ¿Has vomitado? —Colocó la mano en su frente—. No... No tienes fiebre. ¿Estás bien? ¿Te ha sentado mal el desayuno? —Le agarró los hombros, se agachó hasta ponerse a su altura, se volvió a incorporar—. Si no te encuentras bien...

*Se giró para abrir el grifo del lavabo, y entonces lo vio. El minúsculo triángulo del plástico azul, ese que siempre queda cuando se abre con ansiedad una bolsita de plástico para sacar lo de dentro, ese que en ocasiones se olvida recoger, ese que puede llegar a delatar a una persona.*

*Saya lo cogió, lo miró, la miró.*

—¿Qué es esto? —Acercó el triangulito a su nariz—. ¿Dónde está? —preguntó acto seguido sin esperar respuesta.

—Madre yo...

—*¡Que me digas dónde está!* —*La agarró por los hombros.*

De todos sus recuerdos, aquel era el más amargo, mucho más que la cruel, asquerosa y virulenta forma con la que descubrió el sexo por primera vez, más aún que los abusos, las palizas y las vejaciones de Adrik o que la muerte de su propia madre. Un recuerdo que, a pesar de los años, aún la perseguía, del que nunca podría huir, uno que jamás podría enterrar en su memoria.

Se llevó la mano al vientre por encima de la toalla y se lo acarició mirándose al espejo. Puede que Ekaterina tuviera razón. Solo el amor verdadero obliga luchar hasta el último aliento. Como había hecho su madre. Como sin ninguna duda haría ella.

Jason salió de la ducha con una toalla blanca anudada a la cintura y secándose el pelo con otra más pequeña, entró en la habitación doble que compartía con su amigo y le miró.

Allí tumbado en la cama, medio despatarrado, en postura flamenca, destapado y con los ojos cerrados, parecía que descansaba apacible y sosegado, pero en realidad ninguno de los dos había conseguido conciliar el sueño en toda la noche.

—Arriba, marmota. —Le tiró la toalla mojada con la que se estaba secando el pelo y la cara.

—Estoy... despierto... —replicó con voz ronca mientras se quitaba aquel trapo húmedo de encima sin llegar a abrir los ojos.

Jason se lo quedó mirando. Rodeó la cama de más de uno noventa en la que había descansado su compañero para ir a la suya, y justo cuando iba a sentarse llamaron a la puerta. Miró a su amigo, que seguía tumbado en la misma posición, y se dispuso a abrir asegurándose la toalla que llevaba puesta alrededor de la cintura.

—Buenos días, inspector —saludó Sergei desde el otro lado—. Me he tomado la libertad de acercarme a la nave para recoger algunas de sus pertenencias —dijo tendiéndole un par de bolsas de viaje—. Espero que no

les importe.

—Esto... Eh... No, no. Está bien, gracias.

—La señorita Ivanova les espera en el comedor, junto con su compañera.  
—Hizo una reverencia y se marchó.

Fue escuchar el nombre de la lugarteniente y Erick se incorporó. Se acercó a la puerta obligando a Jason a abrirla por completo, pero cuando llegó, Sergei ya se encontraba al final de la galería.

Sin decir nada, dio media vuelta sobre sus talones y fue en dirección al baño que había en la propia habitación. Jason lo miró desde la puerta, suspiró negando con la cabeza, cerró y fue en dirección a su cama. Colocó las dos bolsas de viaje negras que Sergei le había dado encima, y abrió la primera que pilló. Era la ropa de Erick, así que sin cerrar la bolsa, la situó encima de la cama de su compañero.

Abrió la que suponía que era la que contenía su ropa. Sergei no solo había ido a la nave y había recogido parte de su vestuario, sino que lo había colocado en las bolsas con una pulcritud exquisita.

Cogió la primera camiseta gris *basic* que se encontró, unos vaqueros azules y unos bóxer negros. Se vistió, se sentó sobre la cama desecha y se calzó las mismas deportivas *NB* rojas y negras que había llevado el día anterior. Para cuando había terminado, Erick salía del baño aún mojado, con una toalla alrededor de su cuerpo, a la altura de sus caderas y secándose el pelo con otra. Sin decirle nada, se acercó a la bolsa que le había dejado sobre la cama y empezó a vestirse.

—Ayer... vino la lugarteniente.

Erick sacó de la bolsa negra unos bóxer azules y se los puso sin contestar. Como si no hubiese oído nada, como si estuviese solo en la habitación.

—Os escuché hablando en el pasillo —dijo intentando entablar de nuevo una conversación.

De espaldas a él, Erick se quedó a medio camino de meter una pierna en el vaquero gris desgastado que había sacado. Tras un segundo, siguió vistiéndose.

—¿Nos escuchaste? —preguntó sin darse la vuelta.

—No... exactamente lo que decíais, pero se os oía murmurar.

Terminó de ponerse los pantalones, cogió una camiseta negra, la sacudió, se la puso, se dio media vuelta y miró a Jason ladeando la cabeza.

—¿Dónde quieres ir a parar, Jason?

—Te estás enamorando —respondió directo y conciso.

Erick apretó la mandíbula, miró a su compañero como si estuviera meditando una respuesta a una pregunta que en realidad era una afirmación. Se sentó sobre la cama y se calzó las botas de media caña negras que había llevado el día anterior. Apoyó los brazos sobre las rodillas, cruzó las manos entre el hueco de sus piernas y se preparó para enfrentar a su amigo.

—Explícate.

—¿En serio? —Arqueó una ceja. Rio con un suspiro y negó con la cabeza—. ¿Cuál es el problema, Erick?

Erick le miró, pero no contestó, no se movió, se mantuvo inerte.

—Está bien. —Se encogió de hombros—. Si quieres poner a prueba mis facultades como experto en perfiles... —Apoyó las manos sobre las superficies de la cama—. Ayshane Ivanova, la lugarteniente, la mala de la peli. Ese es el problema. Que ella es la mala. Si Ayshane fuese una compañera, o... una tía que hubieses conocido en un bar de copas, seguramente, te habrías tirado a su cuello sin dudarlo, el problema es que ella en sí misma, lo que representa, es un problema.

Erick quiso contestar, pero Jason alzó la mano en un claro gesto de continuar con aquella explicación.

—¿Y sabes por qué?

—Ilumíname.

—Por prejuicios, por el qué dirán, porque lo ves como algo imposible, porque somos polis y ella una delincuente...

—Asesina, Jason. Es una asesina —rectificó.

Jason se lo quedo mirando turbado. Adoptó su misma posición, colocó los antebrazos en las piernas, agachó la cabeza y se tapó la cara con ambas manos.

—¿Y si te dijera que ella no es la única con las manos manchadas de sangre? —Le miró—. ¿Te acuerdas cuando te conté cómo perdí a mi hermana?

Erick asintió expectante.

—Despareció, Erick. Antes de que la encontrasen sin vida en el río, ella se había escapado.

—Su muerte...

—Asesinato. A Shulay la asesinaron. La torturaron para después acabar con su vida de manera cruel.

—No fue culpa tuya. —Se levantó de su cama y se sentó a su lado—. La muerte de tu hermana no fue tu responsabilidad, no podías saber...

—Sí. Sí que lo fue —sonrió sin ganas.

Se levantó y se dirigió hacia la cómoda de madera que había junto a la puerta. Se apoyó con las manos en el canto, de espaldas a su compañero.

—Pude haberlo evitado. Mi madre decía que se había enamorado de un camello de tres al cuarto —dijo negando con la cabeza y sonriendo de medio lado.

—No, no te castigues, no podías hacer nada, estabas muy lejos de casa.

Jason negó con la cabeza aún de espaldas a Erick. Una lágrima resbaló por su mejilla. La recogió con la yema del dedo índice y la miró absorto en su pureza. Se secó la cara con las palmas de las manos, se dio media vuelta y se apoyó sobre el mueble.

—Se supone que debemos hacer lo correcto. Ya sabes, somos polis. Defender a los buenos, encarcelar a los malos...

—Jason, entiendo tu... tu pena, tu... dolor, pero... No sé qué me quieres decir con todo esto.

—Rashid al Saadi, así se llamaba.

—Un momento. ¿El camello de tres al cuarto era Rashid al Saadi?

Jason asintió.

—Su hermano le utilizó para acercarse a mí. El FBI trató de ocultar las pruebas, hacernos creer a mí y a mi madre que había sido violada y asesinada por frecuentar malas compañías. Un crimen más de las peligrosas calles de Nueva York...

—Hijos de perra.

—Mi hermana... mi hermana quería ser como yo. Ni siquiera estaba enamorada de ese tipo. —Se acercó a él y se sentó a su lado—. Mi madre no quería a otro hijo en el destacamento Delta. Mi padre murió por los Estados Unidos, su hijo mayor, su yerno seguían sus pasos... —Suspiró—. Supongo que no quería que su hija... —Negó con la cabeza—. Pero no supo lidiar con la cabezonería de Shulay. —Se levantó—. Ninguno supimos hacerlo. Le arrancaron el corazón, Erick —Se llevó la mano al pecho.

—No hay razón para la traición ni excusa para el corazón —repitió las palabras que le había dicho en la nave.

—Tal vez... Si yo hubiese hablado con ella, si la hubiese ayudado o apoyado... —dijo con la mirada perdida—. No estaba preparada, no tenía

adiestramiento ni formación y aun así, luchó como lo habría hecho cualquiera de mis hombres hasta su último aliento —susurró negando con la cabeza—. Me salvó la vida, Erick. Si mi hermana les hubiese dado algún dato sobre nuestra ubicación, mi operativo... Al Saadi la torturó con ese fin, estoy seguro. —Se llevó las manos a la cara y se dio unas friegas—. Antes de marcharse, antes de huir, me escribió una carta. La encontré pasados los meses, mientras ayudaba a mi madre con la mudanza. No pude protegerla. Era mi hermana, Erick.

—Qué pasó con los hermanos al Saadi?

Jason miró a su compañero un segundo antes de contestar, alzó la barbilla, inspiró y se cuadró de hombros.

—Todos tenemos un pasado.

Erick miró a Jason. Comenzó a hacer ligeros movimientos afirmativos con la cabeza.

—Lo entiendo. Todos tenemos una mancha en nuestro expediente —dijo rescatando las palabras que Víctor le había dicho el día que llegó a la Brigada.

Jason sonrió de medio lado, se acercó y se volvió a sentar junto a él.

—Las malas decisiones han hecho que hoy mi familia esté rota, por eso comprendo lo que puede estar pasando por tu cabecita. —Le dio un fuerte pero amigable empujón con el hombro—. Solo espero que, como yo, no tengas que arrepentirte.

Alicia llegó al comedor antes que sus compañeros y se quedó mirando hacia la gran mesa. Solo estaba la lugarteniente sentada en una de las sillas blancas de plástico. Apoyada sobre la larga mesa metálica, revisaba lo que parecía una pila de carpetas de cartón de color negro mientras se tomaba un café tan tranquila, frente a varias jarras: una de termo, plateada; una transparente y llena de leche y otra de zumo. Sobre la mesa había abundante bollería, fruta, tostadas y un vaso de diseño en forma de serpiente enrollada, lleno de lo que parecía azúcar de caña.

Ayshane iba vestida con una camiseta de tirantes roja, unos vaqueros elásticos negros y unas botas de caña planas con una hebilla decorativa dorada en el lateral exterior. Llevaba un moño alto y el flequillo hacia un lado caía en cascada sobre su ojo. Podía haber pasado por una estudiante repasando unos apuntes, o una joven preparándose para su primera entrevista.

—¿Quieres un café? —preguntó sin levantar la vista de los papeles—. No muerdo —dijo alzando la mirada y clavándola en ella.

Alicia se acercó con paso decidido y con pisadas sigilosas pero firmes. La agente era de esas mujeres que cuando pasan al lado es imposible evitar mirar pero, por alguna razón, se esconde bajo ropa dos tallas más grandes tratando de pasar desapercibida, manteniéndose en un segundo plano, guarecida entre libros y ordenadores.

Cuando llegó frente a ella, se levantó, cogió el termo de café, lo sirvió en un vaso al que añadió leche y tres cucharaditas de azúcar, tal y como le había visto hacerlo cada vez que había vigilado a todos los agentes que orbitaban alrededor de Erick,

—Cortito de café, en vaso y con leche fría —se lo acercó resbalando el vaso por la mesa con cuidado de no derramarlo.

—¿Cómo has sabido...? —Alicia tomó asiento frente a ella.

—Preferiría contestarte a esa pregunta cuando lleguen tus compañeros —Ayshane se sentó de nuevo.

—Ya. Entiendo —frunció el ceño y se quedó mirando el vaso de café.

Se quedaron un momento en silencio. Alicia la miraba de soslayo por debajo de sus negras pestañas.

Ayshane estaba tranquila, ausente, con la mirada fija en el café mientras le daba vueltas con la cucharilla. Se había maquillado muy natural, un poco de base y el rímel negro, que acentuada aún más aquella mirada de gata que intentaba ocultar todos los desagradables recuerdos que se habían desatado en su interior tras las últimas veinticuatro horas.



—Puedo... ¿Puedo saber al menos cuántos años tienes?

Ayshane alzó la vista y se la quedó mirando. Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos de manera sutil, apenas se notó. Le sorprendía que aquel ratoncito de laboratorio tan curioso y tan inteligente aceptase de tan buena gana que no le contestara a una pregunta tan importante y pasara a preguntar algo tan trivial como la edad.

—Veintitrés —respondió muy atenta a cada gesto de su cara, a sus pupilas, los músculos de sus ojos, sus labios.

Alicia dejó a medio camino en el aire el primer sorbo que le iba a dar al café.

—¿Veintitrés? ¿Solo?

Parecía sorprendida. Todas las facciones de su cara la delataban. Ayshane se relajó. Aquel inteligente ratoncito de laboratorio tan solo parecía tener simple curiosidad. Era una mujer demasiado racional, demasiado metódica... Siempre siguiendo los procedimientos al pie de la letra... No tenía claro que pudiesen trabajar juntas. Ella también era analítica, pero sus métodos no siempre se ajustaban a los procedimientos, y menos aún a los legales.

Erick y Jason llegaron al comedor en silencio. Cuando entraron en la sala, se miraron el uno al otro sin dejar de caminar hacia la mesa donde Alicia parecía tomar un café tranquila con la lugarteniente, como si de dos buenas amigas se tratara, charlando sin discutir.

Jason fue directo a presidir la mesa, entre las dos mujeres, le dio la vuelta a la silla y se sentó a horcajadas sobre ella a la vez que alcanzaba un vaso y el termo del café. Se sirvió un americano bien cargado, cogió un *croissant* y se metió la mitad del bollo en la boca sonriendo a su compañera como un niño pequeño mientras lo devoraba ansioso.

Erick por el contrario, se sentó junto a su compañera sin perder de vista a la lugarteniente. Se estiró para coger un vaso, se sirvió un café con leche y una cucharilla de azúcar y cogió una magdalena gigante de chocolate, coronada con lo que parecían trocitos de arándanos de las que había en el plato que tenía en frente.

Ayshane analizó entonces al trío que su padre había elegido como parte de su nuevo equipo.

Por un lado estaba Jason, el que más cómodo parecía con toda aquella situación, tal vez, porque era el más camaleónico de los tres. Un antiguo agente del destacamento Delta de los Estados Unidos, adiestrado, formado y traicionado por la institución que debía ayudarle y protegerle, aquella para la que había servido, a la que entregó con probable entusiasmo los mejores años de su vida.

No sabía hasta qué punto había influido que las autoridades de aquel país hubieran querido maquillar la muerte de su hermana en su decisión, pero lo averiguaría y, con suerte, podría utilizar ese divorcio entre el agente y su vocación en su propio beneficio. Si jugaba bien sus cartas, Jason podría convertirse en un comodín letal, un agente a la altura de sus exigencias.

¿Sabrían sus compañeros la crueldad que escondía bajo esa fachada de

antiguo condecorado agente de los cuerpos de élite de los Estados Unidos? ¿Cómo había conseguido entrar en el cuerpo sin que tuvieran en cuenta lo que les había hecho a los hermanos al Saadi? Toda una carnicería... Ladeó la cabeza pensativa y arqueó una ceja con sutileza. Sintió la caricia de una mirada, desvió la vista hacia Erick. El agente apenas había tocado la magdalena.

Él era el que más le preocupaba de los tres. Tenía la mecha muy corta, era apasionado, visceral, un hombre de acción y reacción, honorable, que creía en su cometido y acataba las normas y la justificaba aunque no siempre compartiera con ellas la sentencia final.

Si bien era cierto que Jason ya había caminado sobre la fina línea que separa lo políticamente correcto de lo incorrecto, para Erick este era un sendero desconocido por el que Ayshane no estaba segura de poder guiar.

Era un hombre brillante, el mejor de la Brigada; inteligente, resolutivo y de táctica infalible, pero todo eso no le serviría de nada si no era capaz de derribar los cimientos de la moral por la que regía su vida, o por la que parecía regirse, porque desde que habían salido de la Mansión, no había vuelto a preguntar por el comisario. Había intentado salvarle pero... ¿y si la llave para conducir a Erick era ella?

Le gustaban las mujeres mucho, demasiado, ella misma le había visto disfrutando de la compañía de tres distintas en una misma semana. Apretó la mandíbula de manera inconsciente. «No vayas por ahí, Ayshane... Te adiestraron para utilizar todos los recursos disponibles que tuvieras a tu alcance... Si sientes, morirás». La imagen de su madre sin vida en el suelo se materializó en su mente. Cerró los ojos y miró a Alicia. Ya se encargaría más adelante de averiguar cómo derribar las barreras de Erick sin que las suyas perdieran la débil consistencia en la que apenas se mantenían ya.

Se centró en la agente, sumida en un aparente sosiego, calmada, dando vueltas a la cucharilla de su café sin alzar la vista, perdida en sus pensamientos, flanqueada y protegida por sus compañeros. ¿Por qué la protegían tanto? Era una mujer fuerte, inteligente, quizás la más peligrosa de los tres teniendo en cuenta que, en un mundo como el suyo, la información podía ser tan valiosa y mortífera como cualquier arma.

Quizás la agente había conseguido engañar a sus compañeros con esa apariencia endeble, pero de todos los agentes que habían rodeado a Erick en cada uno de sus operativos, siempre había sido Alicia quien más le había llamado la atención.

Precavida, cuidadosa, segura de cada paso que daba porque antes se había detenido a analizarlo desde todos sus ángulos... A simple vista, era un animalillo torpe, pero muy testarudo y competitivo. Muy pocas cosas se le habían resistido en esta vida y, en realidad, Ayshane estaba convencida que esa torpeza podía estar ligada a las propias ataduras que la joven se ponía, a esos límites que algunas personas se marcaban por convencionalismos, por seguir la corriente, para no destacar.

Un ejemplo claro era el uso de las armas. Alicia era muy lenta en el cuerpo a cuerpo porque pensaba demasiado, por falta de costumbre, pero tenía una puntería de libro. Con un poco de entrenamiento, la agente podía ser igual o mejor francotiradora que sus compañeros, solo le hacía falta familiarizarse con las armas, que viera en ellas un aliado, un... juego.

No había necesidad de disparar a matar para librarse de un adversario, la agente lo sabía, era consciente de dónde debía apuntar para conseguir su propósito, era toda una experta en el manejo de los cuchillos, dónde clavarlos para hacer más daño o menos. Había armas mucho más precisas, más dañinas que una pistola si se sabían utilizar como lo hacía ella misma.

¿Sabrían Erick y Jason que la poca destreza que la agente tenía con su arma reglamentaria se convertía en exquisita maestría cuando empuñaba una daga, un machete, un cuchillo?

Iba a ser muy interesante ver la reacción de los agentes cuando les entregase la información de la que disponía. Tomó unas carpetas negras fabricadas en cartón blando que tenía sobre la mesa y se las fue entregando uno a uno.

—¿Qué es esto? —preguntó Alicia abriendo la suya—. ¿Pero qué...?  
—Comenzó a pasar las hojas sin prestar atención a los detalles.

Jason y Erick abrieron sus respectivas carpetas bajo la atenta mirada de

Ayshane. A Jason se le atragantó la mitad del segundo *croissant* que se estaba comiendo. Erick, por el contrario, levantó la vista hacia la lugarteniente con cara de interrogación.

—Ahí tienes la respuesta a la pregunta que me has hecho antes, Alicia.  
—Ayshane se acomodó en la silla, apoyándose en el respaldo, con los brazos extendidos sobre la mesa y las manos cruzadas.

Jason y Erick se miraron desconcertados.

—¿De dónde has sacado toda esta información? —preguntó Alicia.

Cogió un par de hojas de su carpeta al azar y comenzó a zarandearlas delante de Ayshane, que la miraba como si aquello no fuera con ella.

—Alice... —Erick la agarró del brazo—. Tranquilízate—ordenó con voz suave.

—Pero Erick, todo esto...

—Procede de los servidores de Adrik.

Los agentes miraron perplejos a Ayshane. Era mucha información confidencial, sensible, y el actual cabecilla Ivanov contaba con esos datos.

—Su última actualización... —Echó la vista hacia arriba, buscando la información en su archivador mental—. Es de hace menos de una semana.

Fechas de nacimiento, tallas de ropa, grupos sanguíneos; pruebas de acceso a estudios básicos, superiores y de acceso a la Academia; datos de ellos, de sus familiares vivos y muertos. Todo. Tenían toda su vida, todo lo que habían hecho, lo que comían, sus gustos, todas las personas con las que se habían relacionado, sus cuentas bancarias, el saldo que tenían, mensajes de correos, WhatsApp, transcripciones telefónicas, fotos. En aquella carpeta cabía todo, desde que nacieron hasta hacía una semana.

Erick se levantó de golpe a la vez que cerraba la carpeta de manera brusca.

—De... ¿De dónde habéis sacado toda esta información? —preguntó Jason

mientras seguía con la vista a su amigo que no paraba de dar vueltas alrededor de ellos como un tiburón en un acuario.

—De los propios accesos a vuestros dispositivos, a través de informantes... De cualquier sitio donde pudiésemos rascar algo —se encogió de hombros.

—¿Y para qué?! —gritó Erick dando un fuerte golpe sobre la mesa con la palma de la mano abierta.

Jason y Alicia se sobresaltaron del susto. Ayshane por el contrario ni se inmutó, a pesar de que Erick se encontraba a su espalda, tan cerca que podía notar el calor de su ira. No movió ni un solo músculo. Ni pestañeó. Con la mirada fija en algún lugar de aquella sala.

—Sois posibles objetivos —respondió tranquila, como si la respuesta fuese de lo más obvia—. Si no estáis con nosotros, estáis en nuestra contra.

En el fondo, Ayshane esperaba esa actitud por parte de los agentes, no le sorprendió la perplejidad de Alicia, la aparente calma de Jason ni la ira de Erick.

—¿Y para eso necesitáis saber hasta la talla de nuestros calzoncillos?! —le gritó al oído hecho una furia.

—Piensa en el lado positivo. —Alzó la vista de soslayo por encima de su hombro divertida—. Así sabré que regalarte para reyes —sonrió altanera.

Erick fue a agarrarla del hombro para obligarla a que le mirase, pero antes de que pudiese ni tan siquiera rozarla, Ayshane se levantó de la silla, le cogió del antebrazo y, aprovechando la fuerza del cuerpo de Erick, se deslizó por su lado, sin soltarle lo empujó contra la mesa con el brazo retorcido a la espalda y le puso un pie sobre la columna para impedir que se incorporase. Lo redujo sin dificultad. Rápida, en un visto y no visto.

Jason y Alicia se levantaron de golpe. La silla de la agente cayó de manera estrepitosa al suelo del impulso. Jason sacó el arma que llevaba guardada en las lumbares y le apuntó, movimiento que también hizo Alicia de manera menos automática. Ayshane les miró sin soltar a Erick y sonrió de medio

lado.

—Yo que vosotros no haría lo que estáis pensando —siseó arrastrando las eses.

Movió el cuello de aquella manera tan suya, lenta, serpenteante, hipnótica, como el movimiento de la Mamba Negra que era. Se acercó al oído de Erick sin perder de vista a sus compañeros.

—Te dije que era capaz de matarte sin necesidad de un arma —susurró—. Y hoy no es San Paciencia, patrón de los exasperantes, así que no mentes al diablo si no quieres acabar quemándote en el infierno.

Jason miró a Erick quien desde su posición negó con torpeza. Tras recibir la orden de su amigo, levantó el brazo delante de Alicia indicando que no se moviera y alzó su arma con la palma de la mano hacia la lugarteniente. Alicia hizo lo mismo, con un segundo de diferencia. Ambos fueron bajando el arma lentamente hasta dejarla sobre la mesa.

—Nunca subestimes el poder de la información —siseó con sensualidad—, inspector.

—¡Ayshane!

La grave voz de Sergei retumbó en el comedor. Jason y Alicia dirigieron su atención hacia él sin perder de vista por el rabillo del ojo a su compañero, que seguía reducido bajo el yugo de la serpiente. La lugarteniente, por el contrario, no se molestó en mirar, ni siquiera parecía haberse inmutado. No soltó a Erick, siguió sujetando con una mano el brazo retorcido a la espalda y apoyando un pie sobre la columna vertebral.

—Suéltalo. Ahora.

Tras un par de segundos obedeció. Soltó a Erick, que se incorporó frotándose el brazo por el que la joven le había agarrado. La miró.

—No están ustedes aquí para pelear, sino para aunar sus fuerzas, su inteligencia y sus métodos. —Se acercó hacia donde estaba la lugarteniente

—. Todos tienen un enemigo en común. No desperdicien su tiempo despellejándose unos a otros. —Miró a los tres agentes alternativamente—. La señorita Ayshane ha pertenecido durante muchos años a la *bratva* Ivanov, era la mano derecha de la que fue durante muchos años lugarteniente y esposa del señor Eduard y ocupó el lugar que le correspondía en la organización cuando su madre fue asesinada. Es una Ivanov, siempre será una Ivanov. Pero ya no opera para Adrik. En realidad, nunca ha trabajado para él. Tengan ustedes eso en cuenta.

Sergei se acercó al oído de la lugarteniente y le susurró algo inteligible en ruso.

—Está bien —respondió ella en su idioma natal.

Y tal y como hacía siempre, tras una leve reverencia, el hombre se marchó, dejándoles solos de nuevo.

Ayshane suspiró. Se llevó el dedo índice y el pulgar al puente de la nariz y negó varias veces. Tenía los nervios a flor de piel, estaba cansada, sus demonios presionaban las débiles compuertas que a duras penas los retenían y el tiempo corría en su contra.

Jason se guardó el arma en las lumbares y volvió a tomar asiento, Alicia recogió su arma y la silla y se sentó con la mirada fija en la joven. Erick se quedó mirándola antes de dar un paso al frente.

—Ni se te ocurra. —Ayshane alzó una mano sin soltar con la otra el puente de la nariz, sin mirarle—. No te acerques.

—Ayshane —dijo a un paso de ella—, esa información... es muy sensible, entiende que...

—Entiende tú de una maldita vez algo, Erick.

Tenía que dejarles las cosas claras. Ella era quien era, había hecho lo que había hecho y no podía dar marcha atrás en el tiempo y cambiar lo que no se podía cambiar.



—Soy una Ivanov, soy un Yakuza. —«Esa soy yo, Erick».

—Ayshane...

—¡Soy una asesina! ¿De acuerdo? —gritó—. No soy un sicario, soy una maldita... asesina. Y una muy buena. —Alzó la barbilla con aires de superioridad—. La mejor. Si hubiese querido mataros —miró a los tres agentes—, lo habría hecho. Me habéis cogido, porque así lo he querido. Seguiríais dando palos de ciego en busca de vuestro querido fantasma si no me hubiese quedado a esperaros en el Irish Corner. Con los datos y la información que teníais, jamás habríais dado conmigo.

—Eso es... un poco arrogante por tu parte, ¿no crees? —apuntó Alicia.

—Dime una cosa, cerebritito —se acercó a la mesa, apoyó las palmas de sus manos sobre ella y la miró a los ojos—. ¿Conoces alguna organización en España más peligrosa que los Ivanov?

Como era de esperar, la agente pensó un momento la respuesta antes de contestar. No eran demasiadas las organizaciones criminales asentadas en España con una estructura tan bien formada y organizada como la de su familia, pero había que reconocer que, como los Ivanov, que mataban antes de preguntar y salían impunes de cualquier cargo, tan solo había una.

—La Yakuza —respondió.

—*Touché*. —Ayshane arqueó una ceja.

—Ella es un yakuza —susurró Jason a Alicia acercándose a su oído.

Ella era Ayshane Ivanova, era la nieta de un yakuza, la nieta de Taiyo, del hombre más peligroso, del intocable.

Puede que eso solo sirviera para darle un nombre, un puesto de autoridad o de respeto entre los suyos, pero no era solo eso. Mostraba sobre su vientre la marca de la organización de su abuelo. Tenía su confianza, su respeto y su aceptación. Era también una de ellos.

—Está bien. —Erick se acercó a la mesa y se sentó sobre ella, de espaldas

a sus compañeros, al lado de la lugarteniente—. ¿Qué es lo que quieres de nosotros? —preguntó alzando ambos brazos al aire.

—Que me ayudéis a acabar con Adrik.

—Eso ya lo sabemos. —Jason se cruzó de brazos sobre el respaldo de la silla—. Cuéntanos algo nuevo, como por ejemplo, por qué quieres acabar con tu propio hermano.

—Porque es un monstruo —escupió con saña entre dientes—. Porque se financia de la esclavitud, de la trata de blancas, porque trafica con niños a los que vende como esclavos sexuales para luego lucrarse con ese material. —Se incorporó y se llevó la mano al bajo vientre—. Porque me violó. Abusó de mí durante años. —Miró a Erick de reojo—. Porque mató a mi madre, atentó contra la vida de mi padre. —Cerró el puño sobre su vientre—. Y porque acabó con la vida de mi hijo.

Los tres agentes se quedaron sin habla. Erick miró el puño cerrado que Ayshane había colocado sobre su vientre. Alzó la vista hacia ella.

—Mi padre no era un buen hombre, no según los estándares marcados por esta sociedad. —Miró a Erick—. Pero no esclavizaba, no abusaba de las mujeres, no traficaba con ellas, no las obligaba a prostituirse, ni las mantenía encerradas en zulos hasta que algún baboso las sacaba de ahí con el único afán de beneficiárselas. No vendía niños, no alimentaba la mente enferma de personas sin escrúpulos que disfrutaban con el cuerpo de los más débiles, de aquellos que no tienen la posibilidad ni la fuerza suficiente como para defenderse. Puede que no fuese un santo, pero Eduard Ivanov no era ningún monstruo.

Erick miró por encima del hombro a sus compañeros antes de agachar la cabeza.

—Jason. Alicia. Esperadnos en el salón —ordenó alzando la vista hacia la lugarteniente.

Ayshane estaba temblando, con los ojos cristalinos, a punto de llorar, rígida como una tabla, con la mandíbula apretada. Parecía como si en

cualquier momento fuera a romperse allí, delante de ellos, ante sus ojos.

—Pero... Erick —Alicia se echó hacia delante con ambas manos puestas sobre la mesa.

—Vámonos, Alice —Jason se levantó y agarró del hombro a su amiga.

Alicia le miró confusa. Volvió la vista hacia la espalda de Erick, que con su cuerpo tapaba la dura y gélida imagen de Ayshane.

—Alice... Vamos. —Tiró de ella hacia el arco que tenían detrás y que llevaba hacia el salón.

—Pero, Jason... —se resistió.

—¿Erick? —preguntó Jason.

—Sí —el inspector miró de soslayo a su amigo—. Tenías razón. Estoy seguro.

—Alice, por favor —Jason agarró de los dos hombros a su compañera y la obligó a que le mirase—. Acompáñame. Yo te lo explico.

A trompicones, sacó a la agente de la sala y la llevó delante del sofá en el que se había tumbado la noche anterior, se colocó delante de la mesita de café de madera, frente a ella, que no paraba de mirar en dirección al comedor. Acunó las mejillas de su amiga entre sus manos y la obligó a que se centrara en él.

—Alice mírame. Estará bien.

—Podría matarle, Jason —susurró—. ¡Esa mujer podría matarle, podría matarnos a todos! —Alzó un brazo señalando hacia el arco que separaba las dos estancias.

Jason negó con la cabeza.

—Ayshane no va a matar a Erick.

Alicia le miró confusa. Jason parecía muy seguro de sus palabras.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... —dudó— Ayshane Ivanova, está enamorada de Erick, como él lo está de ella.

—¿Qué?! —Metió las manos entre los brazos del agente, los ahuecó y de un brusco movimiento se soltó—. ¿Te has vuelto loco?!

—Alice. —Le agarró de las manos—. Siéntate y déjame que te lo explique. Erick y yo acabamos de mantener una charla en la habitación.

Alicia se dejó caer como un peso muerto sobre el sofá, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta, mirando hacia la nada. Jason se sentó sobre la mesita de madera que había tras él, frente a ella, y se llevó las manos de la joven a los labios y se las besó.

—¿Qué conversación? —gruñó enfadada.

—En la sala de vigilancia, en la Mansión. Fue ahí donde lo vi claro.

—¿Qué viste?!

Jason miró a su compañera. Le soltó una de las manos y trató de colocarle inútilmente un rebelde rizo tras la oreja.

—Quería hablarlo primero con Erick. Por eso no te dije nada durante la vigilancia. Es algo... difícil de asumir para alguien como nosotros. Por eso esperé para contarte mis sospechas.

—¡Oh, joder! —Alicia se tapó la cara con ambas manos—. Pero es una locura. —Negó con la cabeza—. Por el amor de Dios, es Erick. Y ella... No estamos hablando de una niñata de la que se pueda deshacer de la noche a la mañana. Jason, esa tía es una asesina. ¡Es la Mamba Negra! ¿Es que se ha vuelto loco?! ¿Y cómo sabes que ella está enamorada de él? Podría ser perfectamente una trampa, quizás trate de engatusarle para luego aniquilarle. Para acabar con nosotros.

—Alice... Alice... Escúchame. —Le cogió la barbilla y la obligó a que le mirase—. No elegimos de quien nos enamoramos.

—Pero es que el descerebrado ese se ha enamorado de la muerte. —Negó con la cabeza, se quitó una goma de pelo que llevaba en la muñeca y se hizo un moño despeinado con su larga y densa melena rizada—. ¿Estás seguro? Estamos hablando de Erick.

Jason asintió y sonrió.

—Entonces supongo que la porra esta vez no es cuántos días le va a durar la chavala sino cuántos vivirá para contarlos. —Miró en dirección al comedor—. No hay mujeres en el mundo... y se ha tenido que ir a encaprichar precisamente de la hija del mismísimo demonio. —Se dejó caer con la espalda sobre el respaldo del sofá.

—Creo que esta vez no es un capricho, Alice —dijo Jason mirando hacia la entrada del comedor.

Desde el comedor se podían escuchar los ensordecedores y exigentes gritos de la agente. Ayshane inspiró hondo un par de veces y echó la cabeza hacia atrás con los ojos muy abiertos. No quería llorar, otra vez no. Cerró los ojos y ahí estaban. Dos míseras lágrimas. Se limpió con las manos el reguero que habían dejado a su paso por las mejillas y miró a Erick. Quiso pasar por su lado para recoger el desayuno de la mesa, pero Erick le agarró de la muñeca y ella se quedó mirando aquella que la sujetaba. Calor, sentía un calor irrefrenable por todo su cuerpo cada vez que él la tocaba. Se dio cuenta de que no sentía miedo ni asco, sino todo lo contrario. Le gustaba su tacto suave, exigente, desafiante, cauteloso, firme. Alzó la vista y le miró a los ojos.

Era una ilusa, una estúpida al pensar que los agentes estarían dispuestos a poner su vida en peligro por alguien como ella. ¿Qué esperaba? ¿Comprensión total? ¿Aceptación? ¿Que quisieran así, sin más, trabajar para ella? ¿Con una asesina? ¿Con alguien de quien no se podían fiar? ¿Para qué? ¿Para acabar muertos? Era una locura, y era mejor terminar con ella cuanto antes.

—Ayshane... —Erick acercó las manos a sus mejillas y limpió el brillo que las lágrimas habían dejado en las cuencas de sus ojos.

—Creo que lo mejor será que os vayáis. —La lugarteniente dio un paso hacia atrás—. Le diré a Sergei que busque un lugar seguro en el que os podáis quedar mientras soluciono todo esto.

—No vamos a ir a ningún sitio. —Frunció el ceño—. Te ayudaremos. ¿Para eso nos has traído?

—No —negó con la cabeza. Dio otro paso hacia atrás—. No deberías ser tú quien tome la decisión por todos. —Se acercó a la mesa y empezó a recoger los vasos.

—Ayshane... —Erick agarró de nuevo la muñeca pero ella se soltó de un manotazo—. Ayshane, por favor... —Volvió a intentar cogerle la muñeca

pero ella se volvió a soltar—. ¡Ayshane, maldita sea, escúchame! —Le agarró fuerte y decidido, la giró hacia él, le sujetó los brazos por encima de los codos y aguantó sus investidas.

—Estamos contigo. Yo estoy contigo.

—No-decidas-por-ellos —gruñó con rabia.

Forcejeó, aunque no con todas sus fuerzas, quizás porque ya no le quedaban, o porque quería creer lo que Erick decía, pero él no era quién para decidir por su equipo. Jason y Alicia debían tener la opción de decidir. Ella no era su padre, no era su madre, no era su abuelo. No era quién para obligarlos a actuar de la misma manera que los despojos contra los que luchaban, aquellos a los que repudiaban. Ella no era quién para decidir si querían convertirse en unos asesinos.

—Yo no estoy eligiendo por nadie. Lo decidimos ayer. Todos. En ese salón.

Erick movió la cabeza en dirección a la habitación en la que se encontraban sus compañeros. Hacía un buen rato que no se les oía discutir.

—Deberíais esperar a tener toda la información. Tenéis que saber dónde os estáis metiendo. —«Y cuando seáis conscientes...».

—¿Crees que no lo sabemos? —La soltó—. Puede que Adrik no haya sido nunca nuestro objetivo principal, pero para cercar a tu padre, para dar contigo, hemos tenido que estudiarlo a él.

—No tenéis ni idea —dijo negando con la cabeza y sonriendo de medio lado. Entonces fue ella quien sujetó las mejillas del agente entre sus manos—. Erick, Adrik, no es un asesino cualquiera. Tanto él, como yo o Elenka fuimos entrenados para matar, para sobrevivir. Nacimos asesinos, somos asesinos y moriremos siendo asesinos. —Le soltó, pero no se alejó—. Por eso los Ivanov somos tan buenos. Nacemos por y para la causa. Para mantener el imperio de nuestras familias a cualquier precio.

Un precio muy alto que todos los miembros de la *bratva* Ivanov debían

pagar y, sobre todo, los hijos de Eduard.

—¿Se lo merecían? Con sinceridad. Todos aquellos a los que has matado ¿Merecían su muerte?

—No le estás preguntando al juez ni al jurado —dijo dando un paso hacia atrás—, sino al verdugo. —Agachó la cabeza avergonzada—. Entiendo que te repugne, que no confiéis en mí. —Alzó la vista superada por tantos años de soledad, de dolor, de sufrimiento—. Si por mí fuera, no estaríais aquí. Os habría mantenido al margen.

A Ayshane le pareció ver un suspiro de alivio en él. Erick acortó la distancia que los separaba y alzó la mano hacia el cabello de la lugarteniente con cautela, como queriendo dejar claras sus intenciones.

—Tú no eres ninguna asesina. —Le peinó el flequillo hacia un lado—. Sobre tu conciencia pesan las muertes de esos desgraciados. —Acarició su mejilla—. He visto el dolor en tus ojos por las mujeres y los niños con los que Adrik trafica. Tú no disfrutas con ello. —Ahuecó las mejillas entre sus manos—. Ayshane, un asesino recuerda el nombre de sus víctimas para rememorar el sufrimiento, el dolor, porque siente placer al recordarlo. Pero sobre su conciencia no pesa la muerte de ninguno de aquellos a los que ha matado porque disfruta con cada uno de los actos que ha cometido.

Erick se acercó más a ella y la envolvió entre sus brazos. Ayshane se tensó, pero luchó contra los demonios que eran el eje de su existencia desde su infancia.

—Dices ser una asesina, pero permítame decirte que eres una pésima criminal. —Le dio un casto beso en la frente—. O puede que yo no sea ese buen poli que crees.

—Mi madre se encargaba de la seguridad de mi padre. —Apoyó la mejilla en su pecho—. Yo era solo un refuerzo en caso de necesidad. —Alzó la vista y le miró a través de sus pestañas—. Me encargaba de... boicotear los negocios de Adrik. Mi padre no quería que se le relacionase con ese tipo de actividades. Yo, simplemente..., era el equipo de limpieza.



—Chsss. —La apretó contra su pecho—. Yo también los habría matado.

Ayshane sonrió sin ganas. Frotó la mejilla sobre su pecho, se dejó embargar por esa sensación de paz, de tranquilidad, de seguridad. Era tan placentero. ¿Era real o una quimera de su imaginación? ¿La... comprendía? ¿Era eso posible? ¿Podía ser verdad que un hombre que había elegido la justicia, acatar las leyes para que se cumplieran, que un hombre con aquel modo de vida entendiese, comprendiera e incluso apoyara a una persona como ella?

—No, Erick. Tú... los habrías detenido.

Él era un hombre de ley. Nunca se habría tomado la justicia por su mano por mucho que aquellos depravados y enfermos con los que Adrik mantenía negocios en la actualidad se lo merecieran.

Aquel agradable momento fue interrumpido por el carraspeo de Sergei, que con su característica caballerosidad y educación demandaba su atención. Ambos se separaron con la rapidez de dos niños a los que acaban de pillar haciendo algo que no deben. Miraron al hombre que se mantenía bajo el arco que formaba la entrada del comedor y que, a su vez, los miraba con cara de póquer.

—Ya están listos, señorita.

Erick miró a Ayshane frunciendo el ceño.

—Danos cinco minutos. —Le dijo a Sergei—. Será mejor que vayamos al salón.

Jason estaba jugando al billar y Alicia leía un libro sobre los diferentes venenos de las serpientes. Cuando Erick y Ayshane entraron, se los quedaron mirando. Jason dejó el tiro a medias y sonrió travieso a su compañero. Alicia, por el contrario, no podía dejar de mirarlos de manera alternativa.

Erick fue directo hacia donde estaba su compañera y se sentó a su lado. Alicia puso una mano sobre su rodilla y se la apretó. Miró a Jason, que le dedicó una sonrisa. Pasó el brazo por encima del hombro de su compañera, la

atrajo hacia él y la besó en la sien.

—Gracias —le susurró al oído.

—Dámelas cuando te haya arrancado la cabeza —respondió.

Erick puso cara de fingida sorpresa y aceptó de buena gana el cariñoso empujón que ella le dio.

Mientras tanto, Ayshane miraba la imagen de los tres agentes desde la entrada. Era extraño cómo la vida había convertido a sus enemigos en aliados, y a su propia familia, en enemigos.

—Antes de nada, quería pedir os disculpas —dijo en voz alta—. Quizás las formas no han sido las correctas. No sé si el hecho de entregaros la información con la que cuenta Adrik sobre vosotros ha sido una buena idea, pero mi intención no era importaros. —Miró a Alicia—. Quería que comprendierais contra quién os enfrentáis.

—Ya sabíamos que era un cabrón redomado. —Jason dejó el palo de billar sobre el tapete y se apoyó en el borde de la mesa con una pierna colgando.

—Es posible. Pero creo que... hasta ahora no erais conscientes de su poder. Los tentáculos de Adrik son muy largos. Tiene hombres dispuestos a vender su alma por unos míseros euros en cualquier sitio. —Atravesó el salón entre los dos sofás, bordeando la mesita de café—. En la ferretería que hay a la vuelta de la esquina de vuestra casa. —Miró la chimenea de diseño decorativa—. En el tanatorio donde incineraron los restos de vuestros familiares más queridos. —Se dio la vuelta, se acercó a la mesita de café y puso un pie encima—. Cualquier lugar es bueno para obtener información. —Miró a Erick—. Y cuando quieres conocer a alguien, cualquier dato sobre esa persona es importante.

—Eso ya nos ha quedado claro. —Alicia se levantó para dejar el libro en la estantería tras el sofá.

Ayshane miró la cubierta del libro, arqueó una ceja y sonrió. «Interesante lectura», pensó para sí. Solo ella sabía lo irónico que era que la joven hubiese

elegido aquel libro entre los muchos que había. Iba a ser todo un espectáculo ver sus caras cuando descubrieran su mayor y mejor guardado secreto, uno al que ni Adrik ni Elenka jamás habían tenido acceso.

Erick se acomodó con los brazos apoyados en el respaldo y cruzó las piernas, dejando el tobillo sobre su rodilla y sin perder de vista a la lugarteniente.

Ayshane le miró extrañada. ¿Por qué la miraba de aquel modo? Era como si se sintiera... ¿orgullosa? La cautelosa mujer de su interior negó con la cabeza.

—Llevo... —carraspeó—. Llevo... fuera de la organización cinco años. —Miró a Jason—, y como veis, Adrik ha podido seguir actualizando la información sin problemas. —Dirigió la mirada hacia Alicia—. No tan detallada como la que yo le facilitaba a mi padre, pero lo suficiente como para poder controlar todos vuestros movimientos y para conocer vuestros puntos débiles, tenerlos controlados y utilizarlos si se diera el caso.

—Es decir, admites que esa información la has recabado tú. —Alicia se apoyó con ambas manos sobre el respaldo del sofá.

—Parte de ella, sí. Pero no para Adrik, sino para mi padre. Adrik heredó todo su legado y, por tanto, toda la información de la que mi padre disponía, así como los equipos y los negocios que, por supuesto, ha reconvertido... Todo.

Alicia bordeó el sofá y se sentó al lado de Erick, se cruzó de piernas como los indios y miró a la lugarteniente.

—Y dime, Ayshane, ¿cómo podemos fiarnos de ti? ¿Cómo podemos saber que esto no es más que una encerrona con la que puedes extorsionarnos? —Apoyó la espalda sobre el sofá y colocó los brazos extendidos en el respaldo, como Erick—. Qué aquí, nuestro experto en perfiles —dijo refiriéndose a Jason— me asegure que estás enamorada de este —dijo señalando con la cabeza a su compañero— no me garantiza que no lo estés fingiendo, que no nos estés manipulando para vete tú a saber qué.

Jason suspiró escandalizado.

—El amor no es como un orgasmo, Alice, no es tan fácil fingir que estás enamorado —refunfuñó molesto—. Existen respuestas fisiológicas, movimientos musculares que no se pueden controlar, que no podemos fingir.

Erick puso los ojos en blanco antes de volver a fijar la vista sobre Ayshane con expectación.

—No, no lo es, pero tú eres humano, Jason, te puedes equivocar —replicó Alicia.

Ayshane se quedó de piedra. ¿Desde cuándo se había convertido aquella reunión en un juicio sobre sus sentimientos hacia Erick? «Un momento», pensó, «¿Alicia acaba de decir lo que creía haber escuchado que acababa de decir?». Miró a Jason, que se encogió de hombros a modo de disculpa. El agente era un experto en perfiles, uno muy bueno, el mejor, y aseguraba que ella estaba enamorada de Erick, al igual que Ekaterina. Miró a Erick. Y él, ¿estaba enamorado? Parecía apoyarla, incluso la había consolado. ¿No era por pena? ¿Era por amor? No... Eso no podía ser. ¿Cómo podía un hombre como él enamorarse de una persona como ella? Era la hija de un mafioso, la nieta de otro aún peor. Erick no podía querer a alguien así a su lado. Imposible. ¿Qué tipo de vida les esperaba? No era una experta en relaciones; a decir verdad, nunca había tenido una relación con ningún hombre, no con uno que la respetara y al que ella quisiera, y, de acuerdo, su vida no era normal, por consiguiente, en caso de enamorarse y ser correspondida, nunca había esperado una relación normal, pero ¿con un policía? «Por favor, si parece el comienzo de un chiste malo». Además, ¿qué podía esperar de un hombre que cambiaba de mujer como de ropa interior?

—¿Me he equivocado, Ayshane? —presionó Jason.

—No estamos aquí para discutir... —Erick quiso intervenir, pero la lugarteniente le cortó.

—No —susurró sin poder contener la respuesta.

—¿«No» qué, Ayshane? —preguntó Alicia—. ¿Jason se ha equivocado?

—No... No estamos aquí para discutir... para discutir estupideces.

Erick se removió incómodo en el sofá.

—Entiendo que no confíes en mí —dijo mirando a Erick de soslayo—. Y no pretendo que deis vuestra vida por salvar la mía. Nunca os pediría eso, jamás se lo pediría a nadie. —Miró a los tres agentes uno por uno.

Erick parecía decepcionado, enfadado tal vez. ¿Pero por qué? ¿Acaso esperaba que ella le amase? Aunque fuese así, ¿qué le importaba? Era absurdo, no tenían futuro. Ella no era una buena compañera de baile. No era la mujer que un hombre como él se merecía.

—Lo único que necesito saber es si tenéis claro qué bando elegir. Os ofrezco la posibilidad de acabar con Adrik, de ayudarme. No pretendo obligaros a seguir un camino que de *motu proprio* no habríais elegido. Pero sí quiero daros la oportunidad que yo no tuve: elegir.

—Pero... ¿tenemos elección? Adrik cree que colaboramos contigo. Irá a por nosotros de todas formas.

—Puedo garantizar vuestra seguridad, Jason. Pero ahí acabaría nuestra relación.

Aquella era la historia de su vida. Cuanto menos supiesen de ella, más seguros estarían. Fue entonces cuando comprendió lo que tantas veces le había repetido su madre. «No se te permite sentir. Si sientes, morirás». Y era cierto. Amar a Erick la mataría. Podría cometer un error que la pusiera en peligro a ella, y lo que es peor, que le pusiera en peligro a él, en cuyo caso, ese error la mataría por dentro. Si a Erick le ocurriera algo por su culpa, nunca se lo perdonaría, como tampoco se perdonaba haber perdido a su hijo o a su madre.

—¿Y qué haríamos? —preguntó Erick enfadado.

—Tengo los medios para asegurar vuestro trabajo y vuestras vidas, para que sigáis investigando sin que deis conmigo.

—Te recuerdo que se supone que debíamos detenerte. Tú eres el objetivo de nuestra investigación. No podemos volver a nuestras vidas así como así. — Erick se incorporó en el sofá y puso los brazos sobre sus piernas.

—No, yo... —«No era eso lo que quería decir».

—Olvidalo —dijo echándose hacia delante—. Yo estoy dentro —aseguró volviendo a acomodarse en el sofá.

La miraba enfadado. ¿Por qué? ¿Es que no la entendía? ¿No valoraba el regalo que le estaba haciendo?

—Yo también —dijo Jason—. No te ofendas, preciosa, pero si un cabrón intenta matarme, prefiero encargarme yo mismo del asunto. —Cogió una bola de billar y comenzó a jugar con ella entre las manos.

—Yo también —dijo Alicia encogiéndose de hombros—. Somos un equipo. Una familia. No se abandona a la familia.

Ayshane miró a los tres agentes uno a uno. Parecían muy convencidos de la decisión que acababan de tomar.

—Está bien. —Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua—. Preparaos entonces, porque la vida tal y como la conocéis acaba de dar un giro de trescientos sesenta grados.

Alicia lo había dicho bien, eran un equipo. Ahora eran su equipo. Ayshane sintió un gran alivio al darse cuenta de que ya no tendría que lidiar con su padre. Eduard había conseguido el trío que conformaba la unidad de élite de la Brigada de la policía. Ella había cumplido. Ahora le tocaba a él.

—Perfecto. Aclarado todo, ¿por dónde empezamos? —Erick se levantó frotándose los muslos.

—Olvidando todo lo que creáis conocer sobre mi familia. —Le miró arqueando una ceja—. Hasta ahora, la información que habéis recabado ha sido siempre la que nosotros hemos querido que tuvieseis. —Se centró en Alicia y le dedicó una desafiante sonrisa—. Todo lo que sabéis era lo que

nosotros hemos querido que supieseis. —Miró esta vez a Jason—. No podéis fiaros de nadie, no creáis nada, ni tan siquiera lo que veáis con vuestros propios ojos. —Miró uno a uno a los tres agentes—. Porque en mi mundo, todo es relativo. Incluso la muerte.

Ayshane miró la entrada del salón. Dima esperaba al otro lado con las manos en los bolsillos. La lugarteniente sonrió. Adrik tenía sus días contados. Su único amigo, su mano derecha, el que consideraba su verdadero hermano, había vuelto a la vida para luchar a su lado. Sus Víboras le apoyarían, el binomio Ivanov volvía a la carga, unido con tres nuevos agentes en su equipo. «Tic, tac, tic, tac, ha comenzado la cuenta atrás, tic, tac, tic, tac, esta noche morirás», canturreó en su cabeza.

Los tres agentes miraron hacia donde lo hacía la lugarteniente. A Jason se le cayó la bola de billar con la que había estado jugueteando entre las manos.

—¡Ese tío estaba muerto! ¡Yo mismo cerré la bolsa para cadáveres donde le metieron! —dijo apuntando con un dedo hacia el Víbora Ivanov al que Ayshane había pegado un tiro en la nave el día anterior.

—¿Pero qué...? —Erick dio un paso hacia Ayshane y se situó a su altura.

—No puede ser... —susurró Alicia boqueando como un pez.

—Bienvenido de entre los muertos Dima —Ayshane saludó en ruso a su amigo.

—Madre —Dima hizo una leve reverencia con la cabeza.

—¿Qué tal tu viaje desde el inframundo?

Tenía que reconocer que se lo estaba pasando en grande con la reacción de los agentes. Jason estaba paralizado, tenía la cara desencajada como si hubiese visto un fantasma; parecía que los ojos de Erick iban a salirse de las cuencas, y Alicia no podía dejar de analizar a su amigo, a su mano derecha, con aquella mirada analítica, como buscando una explicación a aquel fenómeno.

—Sin tráfico —contestó irónico.

—Increíble... —susurró Alicia levantándose del sofá.

Con paso lento, la agente se acercó a Dima como si tuviese miedo de que se desvaneciera ante ellos como un fantasma.

—Puedo? —preguntó alzando una mano con intención de tocarle.

—Así, sin más, ¿sin una cerveza y con público? Vas un poco rápido, ¿no?  
—sonrió Dima de medio lado, divertido.

—Dima... —Ayshane llamó su atención.

Alicia era una mujer tan curiosa como inteligente. También era fuerte. A pesar de ello, Erick y Jason la cuidaban y la protegían como si de una delicada flor se tratara. Dima no iba a hacerle nada, pero creyó conveniente dar un toque a su amigo.

—Solo quiero comprobar... —dijo Alicia con timidez.

Dima era corpulento, casi tan alto como Erick, y su cabello castaño oscuro, largo y liso le llegaba a los hombros. Los ojos eran rasgados, aunque no tanto como ella, y de un color parecido al caramelo fundido con el que se cubre un helado, más claros que los suyos. Su expresión era como la de un niño travieso, y los pómulos y la nariz estaban salpicados de pecas diminutas y graciosas que de lejos no se veían.

—Que no se diga que no colaboro con las autoridades —contestó juguetón alzando ambas manos sobre su nuca.

Alicia recorrió con la mirada desde el último botón de la camisa a cuadros blancos y azules que llevaba por fuera de los vaqueros hasta su pecho. Comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, desde el primero, al último, despacio, bajo la atenta mirada de sus compañeros y la lugarteniente. La camisa se abrió dejando al descubierto una herida de bala aún sin cicatrizar, a la altura de su corazón, un milímetro por debajo de donde debía estar este, que atravesaba dos de sus costillas. Colocó una mano a la altura de



su pecho y, sin llegar a rozarlo, le miró a través de sus largas y negras pestañas. Ayshane sonrió. «Eres un animalillo muy curioso...».

Dima volvió a sonreír de medio lado arqueando una ceja. Alicia tomó aquello como una invitación y acarició la herida. Le miró a los ojos sorprendida.

—Para —ordenó poniendo una mano sobre la de ella.

Alicia miró la mano del joven que agarraba la suya, sobre su pecho desnudo. Se le había puesto la piel de gallina. Roja como un tomate, la retiró como si le quemase y le miró las botas Timberland desabrochadas que llevaba mientras se abotonaba la camisa de nuevo.

—¿Cómo?... —carraspeó—. ¿Cómo es posible? La bala te atravesó el corazón. —Volvió a alzar la vista hacia él.

Dima se encogió de hombros y miró a Ayshane, que asintió con ligero movimiento de cabeza.

—Creo que eso... será mejor que os lo explique el viejo —respondió haciéndose hacia un lado.

—¿Viejo?

Una voz grave, seca, autoritaria, se abrió paso entre las sombras del comedor. Alicia dio un traspié hacia atrás. No cayó sobre la mesa de café porque Dima estuvo rápido y la sujetó del brazo.

—Cuidado, ricitos —sonrió.

—Recuerda que gracias a este viejo sigues entre los vivos, Dima.

—¿Eduard?! —dijeron al unísono Erick y Jason.

Eduard se colocó junto a Dima y miró uno a uno a todos los presentes hasta llegar a su hija.

—Padre —Ayshane le saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Tú... Tú estabas muerto. Yo cubrí tu funeral —dijo Alicia aterrada señalándole con el dedo.

—Lo llamamos «resurrección».

Jason hizo una pedorreta, se levantó de la mesa de billar y se apoyó con ambas manos sobre el respaldo del sofá que tenía delante.

—Y ahora nos diréis que vais a convertir el agua en vino y los panes en peces. ¿Qué demonios es esto? —miró a la lugarteniente.

Dima se rio a carcajada limpia. Ayshane puso los ojos en blanco y sonrió. Jason podía llegar a ser muy ocurrente. Erick y Alicia no podían dejar de mirar a los dos hombres que acababan de aparecer por el arco del salón como si no creyesen lo que tenían ante ellos y Eduard reía comedido negando con la cabeza.

—Todo tiene una explicación. Científica, por supuesto —dijo Eduard—. Si hacen el favor de acompañarme, se lo mostraré encantado. Ahora que forman parte de nuestro equipo, no hay razón para guardar secretos. —Fijó la vista en su hija.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ayshane. El vello de la nuca se le erizó como un preludio que le advertía de que lo que estaba por llegar no auguraba nada bueno. Miró impasible a su padre. ¿Qué demonios se traía entre manos? Frunció el ceño y sus ojos se convirtieron en dos finas líneas negras.

—Por aquí, por favor —dijo Eduard señalando la entrada del comedor.

Atravesaron el comedor. Sobre la mesa ya no quedaba nada. Alguien había recogido los restos del desayuno que les habían preparado y que los agentes apenas habían tocado. Ayshane supuso que habría sido Sergei, pues no había nadie más en el búnker y no le había visto apenas en toda la mañana. ¿Dónde se habría metido?

Siguieron por la galería a Eduard, que a paso decidido iba hablando animadamente con Dima. Se llevaban bien. Siempre habían mantenido muy buena relación, la misma que podría haber entre un padre y un hijo. Aquello siempre le había llamado la atención. Por norma, su padre no solía mantener relación directa con los Víboras; en realidad, Dima era el único a quien había tratado así. Se preocupaba por él tanto como podía hacerlo por ella, que no le faltara nada, como a cualquiera de sus hijos. Era como si para Eduard el único Víbora que existía fuera Dima, y eso... después de perder a tantos hombres y a tantas mujeres a lo largo de los años, algunos incluso bajo sus propias manos, para ella, también.

Ayshane miró a Erick por el rabillo del ojo. Este no perdía de vista a Eduard ni a Dima. Caminaba pensativo, sin prestar atención a los absurdos y descabellados comentarios de su compañero. Jason y Alicia, que desfilaban justo delante de ellos en aquella extraña y peculiar fila de a dos, y que habían conseguido arrancarle a la lugarteniente una dulce y oxidada carcajada.

—¿Estás bien? —preguntó Ayshane. Y le detuvo con un ligero y fugaz toque en la muñeca.

—¿Qué? —Erick sacudió sutilmente la cabeza, parecía aturdido.

—Que si estás bien —volvió a preguntar recorriendo con las yemas de los dedos las puntas de su flequillo desfilado y colocando la parte más larga detrás de su oreja.

—Sí. Sí, estoy bien.

—¿Pasáis? —preguntó Jason sujetando la puerta del laboratorio.

—Un segundo —respondió la lugarteniente.

Ayshane miró a Erick preocupada. Quizás se estaba arrepintiendo de su decisión. Era posible que para él hubiese sido demasiado ver a su padre, a quien todo el mundo creía muerto, y a Dima, a quien ellos mismos habían visto morir hacía menos de veinticuatro horas en el enfrentamiento entre los Víboras Ivanov y ella.

—Sé que... —dudó—. Sé que la llegada de Eduard y Dima no estaba en vuestros planes y que... Bueno es... algo difícil de... de digerir, pero... ellos están aquí para ayudarnos, no... no debéis preocuparos, no osarían...

—Se te ve relajada.

—¿Perdón?

Aquel comentario la pilló por sorpresa. Con su padre, pero sobre todo con Dima, se encontraba más arropada, y aunque quisiera negarlo, tener que disparar a Dima le había trastocado. Su amigo, el único al que consideraba un verdadero hermano, había accedido a ingerir la resurrección. Sabía que funcionaba, pues lo habían comprobado con su padre, pero igual que cuando tuvo que ejecutar a Eduard para hacerle desaparecer de una manera normal para la *bratva*, la muerte de Dima le había dolido sobremanera. ¿Y si no hubiese funcionado? ¿Y si ella le hubiese fallado?

Dima había estado en la zona de recuperación del búnker. Aquella misma mañana, justo antes de dirigirse al comedor, ella misma había entrado en su habitación para comprobar su estado, pero estaba dormido. Aun sabiendo que estaba fuera de peligro, era consciente de que no se encontraba al cien por cien. A pesar de que Sergei se había ocupado personalmente de recuperar su cuerpo a tiempo, todavía estaba muy débil debido a la pérdida de sangre. Verle despierto le había insuflado parte de las fuerzas que necesitaba para afrontar todo lo que se les venía encima, pero de ahí a estar relajada...

—Sí, bueno... Creo que es la primera vez que te veo sonreír así —explicó Erick—. Nunca antes te había visto hacerlo. —Se acarició las puntas

despeinadas de su pelo—. No desde que te conozco.

—¡Ayshane!

*Su madre se acercó al mástil de dos metros que había en el patio posterior de la finca. Ayshane se apoyaba sobre una pierna mientras mantenía la otra flexionada como una garza real y los brazos en cruz. Miraba el horizonte y el atardecer con su larga y negra melena suelta y peinada por el viento.*

—Cariño, ¿qué haces ahí arriba?

*Ayshane llevó ambas manos al centro y las unió como si rezase, flexionó la pierna con la que se mantenía en pie sobre el poste, se impulsó, dio una voltereta en el aire y bajó junto a Saya.*

—Madre. —Hizo una reverencia con la cabeza y la acompañó con una caída de ojos.

—Un salto perfecto —sonrió Saya.

*No había hecho ruido al caer. Tampoco al impulsarse. No había levantado polvo ni se había desequilibrado.*

—Necesitaba pensar.

*Saya la miró con tristeza. Suspiró y le acarició la mejilla.*

—Está noche iré a ver a Ekaterina. ¿Te apetece acompañarme?

*Ayshane arrugó el ceño y negó con la cabeza. Le agradaba la compañía de la Madame y se sentía muy cómoda con ella, pero hoy no tenía fuerzas para aguantar a la alcahueta Rina. Adrik había intentado forzarla de nuevo aquella mañana, aunque cada vez le era más complicado, y aquel día no lo había conseguido. De hecho, le había dejado un bonito recuerdo en el pómulos, a la altura del ojo. Una cicatriz con una de las dagas que su madre le había regalado al cumplir doce años, cuando fue aceptada como Yakuza, cuando le demostró a su abuelo que era tanto o más letal que su madre. Dormía con aquellas dagas bajo la almohada desde entonces.*

*—Le agradezco el ofrecimiento, madre, pero esta noche quería entrenar. Tengo reservada la galería de tiro y el gimnasio.*

*—Ash... —suspiró—. No todo en esta vida es trabajar. Debes salir, divertirte, disfrutar un poco los escasos momentos que puedas aprovechar. Debe haber un equilibrio en todo lo que haces para que ese equilibrio se refleje también aquí. —Le dio un toquecito cariñoso en la frente—. Hace años que no sonrías, ya no recuerdo cuándo fue la última vez que lo hiciste.*

*—Yo sí. Fue el mismo día que usted dejó de cantar —respondió inexpresiva—. Buenas noches, madre. —Dio media vuelta sobre sus talones y se marchó en dirección a la galería de tiro que había frente a la gran mansión en la que vivía junto a su familia.*

*Saya se quedó sola en el patio viendo como su hija se alejaba. Su madre tenía razón, hacía mucho tiempo que no reía, el mismo que hacía que ella no cantaba. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?, ¿meses? No. Algo más. Puede que un año. Tal vez dos. No lo sabía. Tampoco lo recordaba. Le daba igual. Con tan solo dieciséis años soportaba un peso con el que ninguna madre debía cargar, con las cicatrices de una tortura por la que ninguna mujer debía pasar, con una vida que ninguna niña debía vivir.*

*—Será mejor que pasemos —respondió abriendo la puerta y haciéndose a un lado para dejarle pasar.*

*Erick la miró un segundo. Los ojos se le fueron entonces a la mano con la que sujetaba la puerta. Alrededor de la muñeca, todavía se podían apreciar unas ligeras marcas rojizas. Las marcas que se había hecho intentando soltarse de la cruz de San Andrés a la que él la había atado durante la puja. Agachó la cabeza y entró en el laboratorio sin decir nada y detrás de él, Ayshane.*

*En ese momento, Sergei depositaba una bandejita de plata con cuatro placas de Petri en una mesa gigantesca y blanca. Allí esperaban sentados Dima y Eduard. Jason se había colocado frente a ellos y Alicia observaba la sala de ordeño de las serpientes que había tras el cristal que se encontraba detrás de Dima y Eduard.*

Erick fue directo a la mesa y se sentó en una de las sillas altas de metal frente a Eduard. La lugarteniente, por el contrario, se acercó a Alicia, que no dejaba de mirar a través del cristal las diferentes serpientes que, tranquilas, descansaban en sus terrarios.

—Son bonitas —se colocó al lado de la agente.

Alicia la miró de medio lado durante instante y luego posó su vista sobre una serpiente de color rojo que había en un terrario.

—¿Son todas venenosas? —preguntó mirando al reptil, que no hacía más que sacarle la lengua.

—Unas más, otras menos, pero todas son letales —se encogió de hombros.

—¿Qué serpiente es esa?

Ayshane siguió la dirección de la mirada de Alicia hasta que dio con el terrario por el que preguntaba la agente.

—Una cobra escupidora roja.

Alicia puso cara de asco al escuchar el nombre de la serpiente. La lugarteniente sonrió de medio lado, se dio la vuelta y se acercó a su padre y Dima, que le hicieron un hueco entre ambos en la mesa. Alicia se sentó entre Jason y Erick, frente a ella. Sergei se mantuvo de pie presidiendo la mesa tras depositar la bandeja con las muestras.

—Tienen ante ustedes lo que nosotros denominamos la «resurrección» —dijo Eduard cuando todos estuvieron ya colocados alrededor de la mesa.

Levantó la tapa de una de las placas de Petri y cogió la diminuta cápsula que había en su interior, la colocó en el centro de la palma de su mano extendida hacia el centro de la mesa y dejó que los agentes la estudiaran.

—¿Qué es lo que hace exactamente esa cápsula? —Alicia alzó su mano con intención de cogerla—. ¿Puedo? —preguntó mirando a Eduard.

—Por supuesto —respondió él entregándole la cápsula—. Esta pastilla

provoca una falsa muerte.

—¿Una falsa muerte? —Jason frunció el ceño.

—Así es. El individuo que la ingiere o al que se le administra, como fue el caso de Dima, parece clínicamente muerto, pero, en realidad, no lo está.

Jason y Erick miraron a Alicia, quien no dejaba de observar la cápsula por todos sus ángulos. Su compañera era toda una Wikipedia andante, un «cerebrito», y aquel apodo no era solo un mero sobrenombre cariñoso. Alicia era superdotada, muy inteligente, concienzuda y amante de las ciencias y la tecnología.

—Tetrodotoxina —dijo dejando la cápsula en el interior de la placa de Petri.

—¿Conoce sus efectos? —preguntó Eduard.

—Leí hace muchos años unos artículos sobre la zombificación y la utilización de dicha toxina para conseguir precisamente lo que usted sugiere.

—Alto, alto, alto —Jason se levantó de la silla y se colocó mirando a su compañera con una mano sobre la mesa—. ¿La zombi qué?

—La zombificación.

—¿Y eso qué coño es? —preguntó Erick girando la silla de su compañera hacia él.

—Es un... proceso que... —dijo Alicia moviendo los dedos como si dibujara en el aire el signo de las comillas— se supone que aparenta, como bien ha dicho el señor Ivanov, la muerte clínica del individuo.

—Pero no está muerto —Jason se situó al lado de Erick.

—No, no lo está —negó con la cabeza—. Todos los signos vitales de la persona hacen creer que sí, pero, en realidad, no. —Miró a Eduard—. Ahora bien, tenía entendido que las dosis que se utilizaban eran muy altas y que producían efectos irreparables en el cerebro. —Giró su silla hacia el centro de



la mesa.

—Así es. Pero hemos conseguido contrarrestar esos efectos en la toxina utilizando el veneno de una serpiente y el antídoto que se utiliza para el veneno de otra —respondió Eduard señalando las dos placas de Petri que quedaban a los lados.

—¿Eso es posible? —le preguntó Erick a Alicia.

—Bueno... tendría que saber qué tipo de veneno y de antídoto, pero... —miró a Eduard y a Dima— supongo que... sí.

—Espera un momento —Jason cogió la capsula con dos dedos y la acercó a la punta de la nariz de su compañera—. ¿Me estás diciendo que si me tomo esta capsulita, me muero y al rato me levanto y me puedo ir a tomar un cafelito como si tal cosa?

—Sí... bueno... No lo sé Jason, yo solo leí un par de estudios sobre el tema. No sé qué tienen de cierto, pero... —Volvió a mirar a Eduard y a Dima—. Ellos están vivos, ¿no? —Los señaló.

—¡Joder, pero esto es la leche! —Volvió a dejar la cápsula en el interior de la placa de petri.

—Como comprenderán, y por seguridad, solo mi hija y yo somos conocedores de las dosis que hay que utilizar con los venenos y la fórmula exacta del compuesto —Eduard miró a Sergei y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Si mi hijo supiera de la existencia de esta pastilla...

—No dudaría ni un segundo en vendérsela a mejor postor —añadió Dima soplándose un mechón de pelo que se le había venido a los ojos.

Sergei colocó las placas de Petri en la bandeja y las retiró de la mesa para dejarlas con sumo cuidado en el interior de una nevera combi situada al lado de la pared de cristal de la sala de ordeño.

—¿Y cómo funciona exactamente? ¿Cómo es posible que los forenses no se hayan dado cuenta? —preguntó Erick.

—Cuando el individuo ingiere la resurrección, los latidos del corazón se ralentizan, la respiración se hace imperceptible. Sin aparentes signos vitales. Es como entrar en una especie de catalepsia.

—De acuerdo. Eso explicaría —dijo Jason dibujando con los dedos unas comillas— cómo es posible que estén ustedes aquí, vivitos y coleando, si no les hubiesen disparado en el pecho. —Se llevó el dedo índice al corazón y le dio un par de toquécitos.

Ayshane se removió incómoda en su silla. Se apoyó sobre el asiento, recta, intentando mostrar entereza, con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas.

Eduard se levantó, se quitó la corbata, la dejó doblada sobre la mesa, se desabotonó la chaqueta del traje, se la quitó y la dejó bien colocada sobre la corbata. Después sacó la camisa por fuera de los pantalones y comenzó a desabrochársela para dejar su tatuado pecho al descubierto. Miró a Dima, que también comenzó a desabrocharse la camisa. Se la quitó y la dejó sobre la mesa.

—Como pueden apreciar, el impacto de bala que recibimos tanto Dima como yo fueron en el mismo lugar, entre los cartílagos costales cinco y seis del lado izquierdo. —Esperó unos segundos antes de comenzar de nuevo a vestirse.

—Qué quiere decir con eso? —preguntó Erick.

—Que los disparos habrían sido mortales sin atención médica —contestó Ayshane que, hasta ese momento, se había mantenido en silencio—. Los venenos que utilizamos provocan que el corazón bombee la sangre más despacio, de ahí el estado de catalepsia. Eso nos permite ganar tiempo para tratar las heridas. Pero sin atención médica pueden llegar a ser mortales, como cualquier otra herida de bala.

—Lo más importante es recibir un disparo limpio y preciso. Mi hija es la única persona autorizada para realizar dicho disparo. —Se colocó la camisa por dentro del pantalón—. No puede haber margen de error. Un milímetro, tan solo un milímetro hacia arriba o hacia abajo, y estás muerto. —Miró a

Jason en el momento en que terminaba de abotonarse alzando el cuello de la camisa hacia arriba—. Y no hay resurrección que valga. —Comenzó a anudarse la corbata—. Y ahora que saben el cómo, y dado que tienen ante de ustedes la prueba de que funciona... —Cogió la chaqueta del traje y se la puso—. Si no tienen más preguntas al respecto, me gustaría abordar un asunto delicado, pero necesario, para poder proseguir. —Se colocó las mangas de la chaqueta y se sentó—. Tengo entendido que han decidido colaborar con nosotros.

—Así es —respondió Erick.

—¿Y han pensado cómo van a hacerlo? —Eduard apoyó los codos sobre la mesa y cruzó las manos para apoyar la barbilla en ellas.

—Supongo que eso... debería decírnoslo usted. Su hija es quien ha venido a nosotros —dijo Erick mirando a Ayshane—. Supongo, por tanto, que tendrán algún tipo de plan.

—Supone usted bien, inspector.

Eduard suspiró, por el rabillo del ojo miró a Dima, que estaba terminado de abotonarse la camisa, después miró a los tres agentes y, a continuación, esperó a que Sergei le trajese un periódico.

—Gracias —dijo cuando se lo entregó. Lo desdobló, lo abrió por la tercera página y lo colocó en el centro de la mesa.

Los tres agentes miraron la fotografía que ocupaba una cuarta parte de aquella página del periódico. Era la imagen de un parque situado en un lateral de la M30, muy cercano al búnker, pero al otro lado de la carretera, donde se veía una manta dorada. La típica manta que la policía utilizaba para tapar los cadáveres y en cuyo titular se podía leer: «Aparece muerto el comisario de la Brigada en el parque de la Fuente del Berro en Madrid».

Erick cogió el periódico y leyó el artículo. En él no mencionaban dónde habían matado a Víctor, ni cómo había muerto; tampoco relacionaban su muerte con los Ivanov ni con la Mansión que regentaba Ekaterina.

## APARECE MUERTO EL COMISARIO DE LA BRIGADA EN EL PARQUE DE LA FUENTE DEL BERRO EN MADRID.

El comisario de la Brigada de la Policía de Madrid, Víctor Pereira Corral, ha aparecido muerto a primera hora de esta mañana en el parque de la Fuente del Berro de la Comunidad de Madrid.

Según fuentes consultadas por este periódico, la víctima, que estaba al cargo de la Unidad de Crimen Organizado, fue encontrado en un charco de sangre a las 06:37 a.m. del día de hoy por un corredor habitual de la zona.

Por el momento, no se han confirmado las causas de su muerte, pues se está a la espera de la autopsia. Se ha decretado secreto de sumario.

—El cuerpo de su comisario ya ha aparecido, no tardarán mucho en querer contactar con ustedes desde la Brigada, si es que no lo han intentado ya —dijo Eduard apoyando una pierna en el suelo y sentándose en el canto de la silla.

Ayshane, que se removía nerviosa, notó la palma de la mano de su padre sobre su espalda y le miró. Tenía aquella mirada que decía que ya tenía una solución, una mirada que auguraba que esa solución no iba a gustarle. Ayshane sintió que uno de los resortes de los complicados engranajes de su mente saltaba. Eduard acaba de desvelar su secreto mejor guardado a los agentes. Les había explicado con pelos y señales cómo funcionaba la resurrección, sus efectos, los componentes que utilizaban... Todo.

—Ni lo sueñes —susurró entre dientes al darse cuenta de sus intenciones.

Erick levantó la vista del artículo y miró a Ayshane, que volcaba toda su atención sobre su padre. La lugarteniente puso una mano sobre la mesa. Erick no pudo evitar fijarse en la rojiza pulsera que portaba en su muñeca. Apretó la mandíbula y miró hacia otro lado.

—*Rebenok...* —Eduard la miró de medio lado—, sabes tan bien como yo que es la única opción viable.

—No. —Soltó entre dientes mirándole como si fuese a matarle.

—Si la Brigada no consigue localizar a uno de los agentes, pueden pensar que es algo inusual. No localizar a dos de ellos, levantará sospechas. No poder contactar con ninguno de los tres... —explicó para que entrara en razón.

—Olvídalo. —Se levantó.

Dima la agarró por la muñeca. Ayshane parecía dispuesta a saltar sobre su padre en cualquier momento. La lugarteniente miró hacia atrás por encima del hombro a su amigo.

—Suéltame —siseó entre dientes.

Dima no lo dudó. La soltó, se levantó y se colocó junto a Eduard, acto que Ayshane entendió como un firme apoyo a la propuesta de su padre. Le miró y arqueó una ceja. «Con que esas tenemos...».

Los tres agentes miraban la escena atónitos. Sergei, por el contrario, se mantenía alejado de la mesa, apoyado sobre la encimera blanca que había a uno de los lados de la sala, junto a la nevera, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin aparente intención de moverse.

—¿Hacer qué? —preguntó Erick mirando a los dos hombres y a la lugarteniente.

—Deben desaparecer —repuso Eduard sin dejar de mirar a su hija—. Deben morir para después volver.

—No —Ayshane negó con la cabeza sin dejar de mirar a su padre.

—Ash... —Dima trató de llamar su atención—. Es la única opción. Nadie busca entre los muertos.

Ayshane no le miró. Seguía focalizando toda su impotente rabia sobre su padre. No iba a disparar a los agentes. No iba a disparar a Erick. ¿Y si fallaba? Era necesario que estuvieran quietos, muy quietos, y que confiaran en ella. Nadie se quedaba completamente inmóvil si sabía que iban a recibir

un disparo, y ellos no confiaban en ella. «No, de ninguna manera».

—Creo que esa decisión no debes tomarla tú. —Eduard miró a los tres agentes—. Como bien ha dicho Dima, nade busca entre los muertos.

La respiración de la lugarteniente se aceleró, dio un paso hacia su padre. Dima dio un paso al frente y colocó una mano en el hombro de Ayshane en un vago intento de evitar una catástrofe que parecía inminente.

—Ash...

Esta vez no fue necesario que ella diese ninguna orden. Con tan solo mirarle, Dima la soltó sin mediar palabra.

—No tienen mucho tiempo para tomar una decisión —dijo Eduard a los tres agentes obviando la amenaza que se le venía encima.

Ayshane dio otro paso y se colocó frente a su padre. Dima se echó ligeramente hacia atrás, como si no tuviese la más mínima intención de intervenir o como si supiera que su intervención no iba a servir de mucho.

—Recuerde, padre, que yo soy la única capaz de llevar a cabo lo que usted sugiere —susurró a escasos centímetros de su oído.

La tensión y el silencio en la sala eran tales que todos pudieron escuchar lo que la lugarteniente acababa de decirle. Acto seguido, la joven dio media vuelta con intención de abandonar el laboratorio. Dima trató de detenerla agarrándola por la muñeca, pero Ayshane hizo un fuerte ademán y se soltó. Le miró y siseó. Su amigo no necesitó más. Dio un paso hacia atrás y la dejó marchar. Suspiró, negando con la cabeza. La conocía lo suficiente como para saber que si intentaba detenerla, si intentaba hacer que entrara en razón en aquel momento, no saldría bien parado.

—¿Y bien? —preguntó Eduard sin mostrar el más mínimo interés por la ausencia de su hija, por sus advertencias o su velada amenaza—. ¿Qué van a decidir, agentes?

Alicia no dejaba de mirar a Dima con ojos muy abiertos, como si todavía

no se creyera que estuviera ahí o, quizás, sopesando lo que Eduard acababa de sugerir; Jason no podía apartar la vista de Eduard, y Erick no dejaba de mirar hacia la puerta por la que acababa de salir la lugarteniente.

—Tienen ustedes dos opciones —dijo Eduard—. Salir del búnker, entregarse y rezar para que mi hijo no dé con ustedes o... empezar de cero, vivir como fantasmas...

—Su hija ha dicho que no realizará los disparos, y usted, que ella es la única autorizada para realizarlos —repuso Jason.

—Mi hija es la única autorizada porque no permitiría que nadie más nos disparase. No dejaría la vida de Dima ni la mía en manos de otra persona. —Se encogió de hombros—. Hay que tener muy buena puntería. —Se levantó—. Pero Dima puede encargarse sin ningún problema.

—Dima no es Ayshane —Erick miró al joven.

La Anaconda Ivanov sonrió.

—No, desde luego que no. Pero piénselo de esta manera, inspector: si aceptan y Dima falla, morirán de manera rápida, apenas se enterarán; deben tomar la pastilla antes de que se efectúen los disparos para que los venenos tengan tiempo de hacer efecto.

—¿Y si no aceptamos? —preguntó Alicia.

—Moriréis de todas formas. —Dima se encogió de hombros—. Adrik no permitirá que sigáis con vida.

—Les dejaremos a solas para que puedan discutirlo con tranquilidad, pero no se demoren demasiado. —Eduard miró su reloj de titanio con incrustaciones de cobre—. El tiempo no corre precisamente a su favor.

Eduard abandonó la sala seguido de Dima y el discreto Sergei, dejándolos solos en el laboratorio. Los tres agentes se miraron entre sí.

—Esto es una locura —Alicia miró a Jason—. ¿Erick? —Giró la silla hacia su compañero—. ¿Y ahora qué?

—No tengo ni idea, Alice —respondió mirando a la puerta—, ni idea —susurró.



Ayshane salió del laboratorio como una tormenta tropical. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella. Tenía la respiración acelerada, el pulso iba a mil por hora y sentía unas irrefrenables ganas de matar a su padre. ¿Cómo podía pedirle algo así? ¡Qué fácil disparar a alguien cuando no es uno quien aprieta el gatillo! Agachó la cabeza e intentó controlar la angustia que se apoderaba de ella, pero no lo consiguió. Miró la galería y echó a correr en dirección al *hall* distribuidor donde se alzaba el gran Sakura. Pasó por su lado sin tan siquiera mirarlo. Necesitaba desfogarse, liberar toda esa tensión que poco a poco se iba acumulando en su psique. La leve brisa que levantó a su paso movió las hojas diminutas y rosáceas del bonsái. Se detuvo frente al acceso de la galería de esparcimiento y miró por encima de su hombro al pequeño gran árbol. ¿Qué habría pensado su madre de aquella locura? ¿Habría sido capaz de disparar a su padre como no tuvo más remedio que hacer ella? Apretó la mandíbula, contuvo una lágrima y fue directa al gimnasio.

Las luces se encendieron en cuanto puso un pie en la sala. Miró las máquinas de correr y las de musculación, las espalderas, los bancos y... ahí estaba. Un saco de boxeo colocado casi al final, en uno de los laterales. Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca antes de dar un paso más. Miró el saco de boxeo como si se hubiese fijado un objetivo claro, se deshizo el moño convirtiéndolo en su ya habitual cola de caballo, salió corriendo hacia el saco, saltó y lo envistió con una patada. La vuelta que dio en el aire hizo que se elevara por encima del gancho que lo mantenía sujeto al techo y volviese a caer balanceante como el peso muerto que era.

Ayshane lo evitó y comenzó a propinarle golpes sin medida con los puños. Derecha, izquierda, abajo, patada, esquive; derecha, izquierda, abajo, patada, esquive. Y así una y otra vez. Cada vez que golpeaba la saca, gritaba de ira, de frustración, de rabia sin parar de moverse, de esquivarlo, de golpearlo.

Tras pasar cerca de una hora propinándole golpes sin descanso, se detuvo y lo abrazó, escondiendo la cabeza en el hueco de su hombro. Respiraba agitada, cansada, intranquila. Alzó la vista y vio a Sergei acercándose a ella con una mullida toalla negra en sus manos y una botella de agua mineral

pequeña.

—Supuse que mi padre enviaría a alguien para intentar convencerme, pero no imaginaba que serías tú. —Cogió la toalla que Sergei le ofrecía y se limpió el sudor de la cara—. Pierdes tu tiempo. —Se secó los brazos, los hombros y las gotas que caían desde su cuello hasta el comienzo de sus pechos—. No pienso hacerlo.

Se colocó la toalla sobre sus hombros. Tenía la respiración alterada por el ejercicio y algunas briznas de pelo se pegaban alrededor de su cara por el sudor.

—Lo entiendo —se limitó a contestar tendiéndole la botella.

Ayshane le miró confusa. Ladeó la cabeza hacia un lado y arqueó una ceja. ¿No iba a intentar convencerla?, ¿no se suponía que había ido a eso?

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? —Frunció el ceño. «No puede ser tan fácil». Cogió la botella de agua y la abrió.

—Los agentes han tomado una decisión.

Ayshane le miró mientras se bebía de un trago la mitad de la fresca botellita que Sergei había tenido el detalle de llevarle. Le traía sin cuidado lo que hubiesen decidido los agentes. No tenía intención de llevar a cabo el descabellado plan de su padre.

—Dima se encargará de llevar a cabo los disparos.

Casi se atraganta con el último sorbo. Tosió. Se limpió la boca con el dorso de la mano y miró a Sergei justo en el momento en el que se escuchó un disparo en el interior del búnker.

—No. —Miró a Sergei con ojos como platos—. No, no, no. —Dejó caer la botella de agua y salió corriendo a la galería.

«No, no, no. Dima, no». Se repetía como un mantra mientras corría en dirección al *hall* distribuidor del Sakura. Dejó a un lado el comedor, cuyas luces estaban apagadas, pero al pasar corriendo por delante de la galería de

tiro se dio cuenta de que las luces estaban encendidas. Se agarró al marco del acceso en forma de arco para ayudarse a frenar y vio a Dima, que estaba de espaldas cargando el arma de nuevo.

—¡No! —Corrió hasta la mitad de la galería de tiro llevándose por delante a su amigo.

—¡Ah, *Mat'*! —se soltó de mala gana frotándose el brazo con el ceño fruncido.

Ayshane miró al final de la galería. Un maniquí mostraba un disparo. En el corazón. Si hubiese sido uno de los agentes, estaría muerto. Se dio la vuelta, cogió a Dima por el cuello y le empotró contra la pared.

—¿Se puede saber qué demonios crees que estás haciendo?! —siseó entre dientes a un palmo de su cara.

Dima dejó caer el arma y le propinó un golpe seco en el antebrazo y un cabezazo que la obligó a soltarle y dar un paso hacia atrás. Se acarició el cuello confuso.

—¿Qué mosca te ha picado?! —preguntó molesto—. ¡Me limito a seguir órdenes! —Recogió el arma del suelo, le puso el seguro y la dejó en el armero.

—¿Órdenes? ¿De quién? —Se agachó, dio una vuelta sobre sí con una pierna flexionada y la otra extendida para placarle con un golpe en las espinillas.

Dima no llegó a caer. Esquivó la patada de un salto y siguió su camino hasta el armero. Lo abrió, metió el arma y lo cerró.

—De Eduard, *Mat'*, ¿de quién si no? —dijo volviéndose hacia ella.

Ayshane se limpió de un manotazo el ligero reguero de sangre que brotaba de su nariz con el dorso de la mano. No sentía dolor, tan solo la ira reprimida por años y años al servicio de los demás.

—Cuando nos reunimos hace dos noches en el Irish Corner quedamos en

que trabajaríamos juntos. —Volvió al limpiarse la sangre.

—¿Y qué se supone que estoy haciendo?! —preguntó exasperado alzando los brazos al aire—. He abandonado a Adrik, ya no pertenezco a su organización.

—¡Tampoco perteneces a Eduard! —gritó ofuscada—. ¡No perteneces a nadie!

Se lanzó sobre él. Dima esquivó el primer golpe con agilidad, pero ella siempre había sido mucho más rápida. Que la llamaran Mamba Negra no era coincidencia. Era tan veloz que sus ataques se asemejaban a los de la serpiente por la que era conocida. No la apodaban Cobra Real como sus hermanastros porque el color del cabello y sus movimientos eran una fotocopia de la letal serpiente. Pero Dima era fuerte, tenía mucha resistencia, y enfrentarse a ella no era nuevo. Encajó a la perfección todos los golpes que no pudo esquivar. Ayshane se defendió, algo que le salía de forma natural. Aunque sabía que Dima nunca osaría hacerla daño, tampoco se iba a dejar apalear como un novato. Verlos en acción era todo un espectáculo con el que soñaban muchos de sus antiguos Víboras, pues uno encontraba en el otro un rival a su medida.

—*Mat'*, detente... —Esquivó un puñetazo que iba directo al ojo, pero no pudo hacer lo mismo con el de las costillas—. ¡Joder! —gruñó entre dientes llevándose la mano al costado y doblándose, dolorido.

—¡No me llames *Mat'*! —Arremetió contra él con una patada voladora que Dima esquivó—. ¡Ya no soy tu madre! ¡Esto no es una *bratva* estúpido!

—¿Y qué narices es!? ¿Una reunión de locos suicidas!? —Esquivó otra patada—. Ash... —La cogió por las muñecas, pero desprotegió su torso y recibió una patada en el abdomen—. Ash... ¡Joder! —Aguantó el dolor, tomó aire sin soltar a la lugarteniente y aprovechó que se revolvió furiosa para empujarla contra la pared y someterla—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?! —gritó desesperado.

Ayshane se revolvió hecha una furia, pero Dima era más grande y más alto, había aprisionado las muñecas a ambos lados de la cara y había utilizado

el peso de su cuerpo para bloquearla de cintura para abajo.

—Suéltame —siseó—. ¡Suéltame! —gritó a un palmo de su cara fuera de sí, revolviéndose como la serpiente que moraba en su interior.

No quería hacerle daño, sabía que no estaba del todo recuperado. Los sueros, la medicación y la transfusión de sangre habían ayudado mucho, pero no estaba al cien por cien y, aún presa de la rabia, sabía que Dima no aguantaría otra investida como la anterior, y él... era el único en quien siempre había confiado, a quien siempre había querido. Dima era su talón de Aquiles.

—No, te soltaré cuando me digas qué narices te pasa —gruñó por el esfuerzo de retenerla.

—¡No vas a dispararle! ¿Me has entendido? —Siguió revolviéndose.

Consiguió liberar las piernas, pero esta vez Dima fue más rápido y aprovechando el impulso de Ayshane la volteó, la tumbó en el suelo y se colocó sobre ella a horcajadas, sujetando los brazos por las muñecas a ambos lados de su cuerpo mientras ella bullía de cólera bajo su peso.

—Sé razonable, Ash... —Se sopló un mechón de la melena que se le había pegado a la sangre que le salía de un feo golpe que tenía en la ceja—. Es la única manera de que puedan trabajar tranquilos.

—¡Tú no lo entiendes! —gritó arqueándose.

Su resistencia cada vez era más débil, o tal vez había llegado ese momento tan esperado entre las *bratvas* que siempre había asediado a los Ivanov y que hasta ese día nadie había tenido el placer de contemplar: la rendición de la Mamba Negra.

—¡Pues explícamelo!

—¡No puedo, Dima! —Dejó de intentar liberarse—. No puedo dispararlos. A ellos no. A él no. —Una lágrima cayó por sus mejillas.

Giró la cara hacia un lado y cerró los ojos con la esperanza de abrirlos de

nuevo y que todo aquello no fuera más que una pesadilla. Se lamentaba una y otra vez por haber sucumbido a las órdenes de su padre. Tenía que haber mantenido a los agentes fuera de aquella maniobra, debía haber seguido jugando al ratón y al gato con ellos. Esta no era su guerra, nunca debió serlo.

—Pero... ¿Por qué? —preguntó desconcertado.

¿Por qué? Buena pregunta... Porque podía salir mal y Erick podría acabar muerto, porque si algo salía mal con Jason o con Alicia, Erick, nunca se lo perdonaría, porque ya se había enfrentado al dolor de la incertidumbre cuando había disparado a Dima, a su padre. No quería volver a pasar por lo mismo. Eran tres agentes inocentes que no merecían morir. Había un sinfín de buenas razones.

Dima dejó de presionarla sin llegar a soltarle las muñecas, tapando con sus manos las finas marcas rojas que tenía de la noche anterior.

—Porque creo... creo que me estoy enamorando... —susurró—. ¡Me estoy enamorando de un maldito agente Joder! —Miró a su amigo, se soltó de su amarre y le golpeó en el pecho sin fuerza—. ¡No puedo dispararle! ¡No podéis pedirme que haga eso! ¡Yo no ejecuto inocentes!

Dima se echó hacia atrás noqueado no por los golpes, sino por aquellas palabras. Perdió el equilibrio y cayó al suelo despatarrado. Miraba a Ayshane como si estuviera viendo un oasis en mitad del desierto.

La lugarteniente se incorporó, dobló las rodillas y se sentó echa un ovillo frente a su amigo con la cabeza escondida entre aquellos brazos, ya sin fuerzas, que abrazaban sus piernas. Lloraba. Otra vez. ¿Por qué no podía dejar de llorar? Desde que visitó por última vez la tumba de su madre no había parado de hacerlo, como si ya no fuese capaz de controlarlo. ¿Por qué no podía controlarlo?

—Ash... —Alzó una mano preocupado y le acarició la cola de caballo ahora despeinada por la pelea.

Tiempo atrás había visto en aquellos ojos lágrimas a punto de desbordarse. La había visto recomponerse, retirar los restos de unas lágrimas que en

ningún momento vio caer y sonreír como si no ocurriera nada. Habían vivido juntos demasiadas experiencias, se conocían desde que eran unos mocosos, se habían criado como dos hermanos, habían entrenado juntos, luchado juntos. Habían reído, se habían enfadado, habían peleado juntos hasta su último aliento. La había visto recibir golpes que muchos de los hombres que trabajaban para ellos bajo su mando no habrían soportado. Pero nunca antes la había visto llorar. Nadie había visto nunca llorar a la fría Mamba.

—Ash... —Dudó, se acercó a ella arrastrándose por el suelo—. Te... ¿te has enamorado de uno de los agentes?

Ayshane levantó la vista, miró a su amigo entre las lagunas de su llanto y asintió muy despacio, con miedo, como una niña pequeña que quiere hacerse la fuerte ante su hermano mayor, pero que sigue siendo tan solo eso, una niña.

—Y... ¿Por qué no me lo habías dicho? —La peinó el flequillo para dejar al descubierto sus preciosos ojos rasgados.

Porque no quería quererle, porque era absurdo, porque al no decirlo en voz alta, era como si ese sentimiento no existiera...

—¿Desde cuándo?

Ayshane le miró sin saber muy bien qué contestar. Erick le había llamado la atención desde que su madre se lo asignó como objetivo, pero nunca pensó que podía estar enamorándose del agente. No debía, no podía enamorarse, pero Ekaterina decía que sus sentimientos hacia el agente eran amor, Jason aseguraba como experto en perfiles que estaba enamorada de él y ella... ella no lo sabía, no... ella no creía en el amor.

—¿Es Jason?

Ayshane frunció el ceño de manera inconsciente y negó con la cabeza. Dima rio, le limpió las lágrimas con los pulgares y sonrió. Suspiró y la abrazó. Ella se tensó incómoda entre sus brazos, pero Dima la apretó más contra su pecho, como siempre había hecho.

—Soy yo Ash... —La besó en la sien—. Soy Dima.

No la soltó hasta que no se relajó. Años atrás Ayshane le confió lo que Adrik le hacía, pero no le dejó actuar. A Dima le habría gustado matarlo con sus propias manos, pero entendía que esa era una de sus muchas cuentas pendientes.

—*¿Es que no lo entiendes, Dima? Si intentas matarle, si lo consiguieras, mi padre acabaría contigo.*

—*No lo hará.*

*Ayshane negó con la cabeza. Conocía a su padre. Si Dima mataba a Adrik, iría a por él.*

—*Podría escapar. Esconderme.*

—*Nadie escapa de Eduard Ivanov. No puedes esconderte eternamente. No me hagas cargar con el peso de tu muerte, por favor... No me abandones, Dima. Tú no...*

Pero Dima sabía cada vez que Adrik había abusado de ella. A él no le podía engañar. Solo tenía que mirarla a los ojos para saber que su hermanastro la había forzado un día más, una vez más, y a lo máximo que ella le permitía aspirar era a abrazarla, a mecerla entre sus brazos, a ayudarla para que perdiese ese miedo al contacto físico que cada día que pasaba la iba convirtiendo en un témpano de hielo. Ayshane nunca habría permitido que Dima hiciera nada más. Con aquel gesto, ya era suficiente.

—Lo siento. —Ayshane le acarició la brecha de la ceja.

—Ven aquí. —Se levantó y la cogió en brazos.

—Suéltame... —Se revolvió incómoda—. Todavía estás muy débil —se excusó.

Dima soltó una pedorreta, la agarró contra su pecho y se encaminó con ella



hacia la galería. Ayshane no se relajó hasta que no llegaron a la zona de descanso y recuperación. Recorrió el camino rígida como una vara. El silencio incómodo que los acompañaba no ayudaba mucho. Dima abrió la puerta de su habitación sin soltarla. Entró, con la rodilla encendió la luz, la llevó hasta la cama y la dejó con cuidado sobre el mullido edredón negro.

—Deberías descansar —dijo cuando vio que iba a levantarse.

—Tengo que hablar con mi padre.

—¿Y qué le vas a decir?

Ayshane le miró preocupada. Su amigo tenía razón. ¿Qué le iba a decir a su padre?

—No vas a dispararles, Dima —dijo negando con la cabeza.

—Claro. Lo vas a hacer tú —respondió—. Y... antes de que te pongas hecha una furia —dijo alzando un poco la voz y recuperando el tono normal según terminaba aquella frase—, vas a descansar y a pensar en algo que quizás no se te haya ocurrido. —Se sentó a su lado en la cama—. Ash... Erick es un agente de policía. Un inspector. Y tú...

—Una asesina, ya lo sé —le cortó poniendo los ojos en blanco.

—¿Una qué...? —Negó con la cabeza—. Da igual. —La miró y le recogió uno de los tantos mechones que se le habían soltado detrás de la oreja—. Eres la hija de un capo de la mafia rusa, la nieta de Taiyo. ¿Te has planteado que si Erick desaparece, quizás... tal vez... podrías tener algún futuro con él?

No. No había pensado en ello. Estaba más preocupada por el hecho de tener que dispararle y la posibilidad de no acertar y matarle, o dejarle vivo a él y equivocarse con sus compañeros que en aquella remota y absurda posibilidad.

—¿Y si fallo? ¿Y si le mato a él, a Jason, o Alicia? Erick no me lo perdonaría, y yo no podría perdonármelo.

—Ayshane, llevas disparando desde los cuatro años. Nunca te he visto

fallar un tiro. Donde pones el ojo, pones la bala. —Se levantó—. Piensa en lo que te he dicho. —La besó en la frente y se encaminó hacia la puerta.

—Dima.

Se volvió hacia ella agarrando el pomo antes de salir dejando la puerta entornada.

—Gracias.

—*Carpe Diem, rebenok, carpe Diem* —sonrió, y se marchó.

Ayshane se hizo un ovillo en la cama, echó la cabeza hacia atrás y miró a la mamba negra del cabecero de su cama que descansaba tranquila en una de las esquinas del terrario. Sintió una ligera punzada de envidia al ver a la serpiente allí sin camuflarse, consciente de su presencia y aun así, segura de que no era una amenaza para ella.

Algunos científicos aseguraban que las serpientes no sentían, que aquellos fríos reptiles domesticados no reconocían a sus propietarios como podía hacerlo un perro, pero Ayshane estaba casi segura que aquel bicho si la reconocía. Su especie era de las más agresivas que había. La estaba mirando, sabía que la veía allí tumbada, que podía detectar el calor que emanaba su cuerpo, y aun con todo, no parecía importarle compartir su espacio con ella.

—Supongo que las almas gemelas se reconocen a simple vista —Dio unos ligeros toquécitos en el cristal—. ¿No crees?

La serpiente levantó un poco la cabeza, sacó la lengua un par de veces y volvió a recostarse tal cual estaba. Ayshane la miró, sonrió sin ganas, acomodó la cabeza en uno de los cojines verde césped que había sobre la almohada, apagó la luz, cerró los ojos y se dejó llevar.

Alicia caminaba por la galería de descanso y recuperación en dirección a la habitación que le habían asignado. Su cuarto se encontraba al lado de la lugarteniente y, al acercarse, vio a Dima en la puerta de Ayshane. Estaba apoyado con la espalda sobre ella, la mano agarrando el pomo, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Se quedó paralizada en mitad del

pasillo sin saber muy bien qué hacer, callada, observándole.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día, ricitos? —preguntó Dima con los ojos aún cerrados.

Agachó la cabeza avergonzada y frunció el ceño pensativa. Sonrió.

—No muerdo —Dima se volvió hacia ella, se quedó apoyado con un hombro sobre la puerta y los brazos cruzados sobre su pecho.

Alicia alzó la vista hacia él. Le miró a través de sus negras y generosas pestañas, pero enseguida bajó la mirada y se centró en la punta blanca de sus deportivas. Sonrió.

—¿Puedo al menos saber qué te hacía tanta gracia? —Susurró apoyando la cabeza sobre sus rizos.

La agente se sobresaltó, se giró y le miró con cara desencajada.

—¿Cómo has...? —Los ojos se clavaron en la sangre que Dima tenía en la camisa—. ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó al ver la brecha de su ceja.

—Un pequeño desacuerdo con la jefa. —Se encogió de hombros—. No has respondido a mi pregunta. —Alzó una mano con intención de acariciar uno de los rizos de la agente.

Alicia dio un tembloroso paso hacia atrás. Dima arqueó una ceja y sonrió de medio lado.

—¿Me tienes miedo, ricitos?

—No... Y no me llamo ricitos, me llamo Alicia —Alzó la barbilla y se cuadró de hombros frente a él.

Dima ladeó la cabeza y, antes de dar un paso hacia ella, recorrió de arriba abajo y sin pudor alguno el cuerpo de la joven.

—Deberías... deberías curarte esa herida. No... —Dio otro paso hacia atrás al ver que él daba uno hacia delante—. No soy médico, pero... pero

creo que necesitas puntos.

Dima detuvo su lento avance hacia la agente. Se llevó la mano a la ceja, se miró las yemas de los dedos manchadas de sangre y fijó la vista en la joven.

—¿Sabes coser?

—Como ya te he dicho, no soy médico.

—¿Y qué se supone que eres?

Alicia frunció el ceño y apretó la mandíbula. Dima sonrió y negó con la cabeza divertido.

—Dudo que la persona que cosió esta camisa lo fuera y, sin embargo, hizo un buen trabajo con la tela —sonrió—. ¿Y bien?

Alicia suspiró algo molesta. Se mordió el interior del labio inferior y arrugó el hocico.

—Oye... tengo prisa. Si te puedo ayudar en algo bien, sino... será mejor que me vaya.

—Déjame pensar. —Se llevó un dedo a los labios y frunció un poco el ceño—. Creo que por el momento me conformo con que me cosas esto —sonrió arqueando la ceja partida y se metió las manos en los bolsillos.

—Puedo avisar a Jason para que lo haga. Él tiene formación médica...

—No, no, no. —Dio un paso hacia ella negando con la cabeza—. Las delicadas manos de una mujer no se pueden comparar con las de un hombre. Y bastante he tenido ya con los cuidados de Sergei. —Puso los ojos en blanco.

Alicia dio un paso hacia atrás.

—Si... Si te ayudo, ¿me dejarás marchar?

Dima sonrió de medio lado divertido y se acercó a la puerta que había

frente a la de la lugarteniente.

—Prueba. —Entró a la habitación, encendió la luz y esperó bajo el dintel con expectación.

Alicia miró la puerta de su habitación como sopesando la idea de salir corriendo hacia allí antes de volver la vista hacia él.

—Como quieras. —Alzó ambas manos al aire—. Pero no te quejes si el zurcido no queda a tu gusto.

Entró a la habitación tras Dima y le siguió hasta los pies de la cama. El joven dobló una de sus piernas, se sentó sobre ella y miró a Alicia como si fuese un niño que, tras una monumental rabieta en el hipermercado, había conseguido lo que pretendía.

Alicia se cruzó de brazos frente al él, pero fue incapaz de aguantarle la mirada, así que echó un vistazo por encima al dormitorio. Parecía la habitación de un hospital, un hospital caro, lujoso, con el suelo de mármol blanco, las paredes en un ligero color azul celeste. Había una amplia cama articulada, individual con sábanas de seda azul mediterráneo, un edredón blanco como la nieve y un buen colchón. No era la colchoneta que suele haber en los camastros de los hospitales, sino más bien como el que la agente tenía en la cama de la habitación doble que le habían asignado, cómodo, en el que se estaba a gusto postrado y sin sentir la necesidad imperiosa de moverse cada poco.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó mirando hacia el baño.

—Desde ayer. —Se recostó hacia atrás con los codos apoyados sobre la cama—. No me preguntes la hora porque estaba un poco inconsciente cuando llegué.

—¿Ayer por la noche ya estabas aquí? —Le miró, pero enseguida desvió la vista hacia el arco que conducía al vestidor que había junto al baño.

—Supongo. —Se encogió de hombros.

Entonces se impulsó y se levantó, y Alicia dio un paso hacia atrás. Dima no se acercó, aunque la miraba como si en cualquier momento fuese a saltar sobre ella.

—Creo que en el baño que hay un botiquín con lo necesario para la sutura. —Pasó a escasos centímetros de ella en dirección al vestidor sin rozarla.

Alicia le siguió con la mirada hasta que le perdió de vista. Se llevó el dedo gordo a la boca y empezó a mordisquearse la uña, mirando de reojo en dirección hacia donde se había ido el joven Víbora. Dima salió pasados unos minutos a pecho descubierto con una camisa, esta vez negra, en la mano. Se sonrojó al verle y agachó la cabeza avergonzada.

El joven suspiró. Miró al suelo y negó con la cabeza. Se dirigió hacia la cama, dejó la camisa sobre el edredón, se dio la vuelta y entro al baño. Encendió la luz, sacó el botiquín de debajo del lavabo, lo abrió y cogió una aguja e hilo de seda, lo preparó y lo dejó a un lado. Cogió el alcohol, un antiséptico a base de yodo, una gasa y se limpió la herida abierta de la ceja. Siseó cuando el alcohol rozó su piel, intentó soplarle la herida y se abanicó antes de volver a frotarse con la gasa.

Alicia se asomó a la puerta del baño, sonrió al ver a uno de los temidos Víboras Ivanov abanicándose como una mujer en pleno sofoco menopáusico. Dima volvió a limpiarse la herida, esta vez con el antiséptico. Siseó. La agente rio por lo bajo llevándose la mano a la boca. Aguantándose la risa se acercó hasta el lavabo de mármol negro. Dima la miró por el rabillo del ojo mientras se limpiaba la herida. Apretaba la mandíbula cada vez que la gasa rozaba su piel.

—¿Puedo? —Cogió una gasa limpia, la roció con el antiséptico y esperó.

Dima la miró a través del espejo antes de girarse hacia ella. Alicia acercó la gasa de manera lenta y cautelosa, le limpió con cuidado alrededor de la herida sujetándole con delicadeza la mandíbula y soplándole cada vez que él la tensaba. Cuando terminó, se lavó las manos y enhebró la aguja.

—Gracias.

—Dámelas cuando te haya cosido esto —sonrió con picardía—. ¿No tienes ningún *spray* que adormezca la zona?

Dima rebuscó en el botiquín y encontró un *spray* de frío. Le dio la vuelta al envase y leyó las indicaciones. Se lo dio. Alicia le roció la herida con el *spray* tapando parte de su ojo con la otra mano.

—Está bien. —Tapó el *spray* y lo dejó sobre el lavabo—. Ahora no te muevas.

Cogió la aguja y con sumo cuidado le atravesó la carne abierta. Le miró.

—¿Todo bien? —preguntó antes de seguir.

Dima asintió. Alicia empezó a coserle con esmero, sacando la puntita de la lengua y frunciendo el ceño antes de cada puntada. El joven Víbora se dejó hacer y aprovechó el momento para observarla con detenimiento. Sonrió.

—¿Te hago daño? —Le miró antes de comenzar a hacer un nudo.

Negó con la cabeza.

—Pues esto ya está. —Cogió unas tijeras del botiquín y cortó el hilo sobrante.

Le miró y sonrió orgullosa del gran trabajo que acababa de hacer, pero enseguida bajó la vista y empezó a guardar en el botiquín el antiséptico, las tijeras, las gasas que habían sobrado y el alcohol. Aunque evitaba el contacto visual directo, lo miraba el rabillo del ojo con movimientos rápidos y torpes.

Dima alzó una mano y acarició uno de los rizos que descansaban sobre su hombro. Alicia dio un ligero respingo y el rizo se deslizó entre sus dedos.

—¿Puedo... puedo marcharme ya? —preguntó temerosa.

—Pudiste hacerlo cuando entré en el baño. —Volvió a coger el mismo rizo y lo acarició—. Pero ten cuidado la próxima vez. Ya sabes lo que dicen. La curiosidad mató al gato —dijo sin dejar de jugar con uno de sus tirabuzones entre los dedos.

Alicia le miraba como si se encontrara frente a un gran depredador, sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Me tienes miedo. —Dima soltó su rizo y la miró a los ojos.

La agente evitó de nuevo el contacto visual y dio un pequeño paso hacia



atrás.

—Alicia, mírame. —Ordenó en tono suave.

La agente se tensó. Se llevó la uña del dedo gordo a la boca y empezó a mordisquearla nerviosa. Dima la miró y sonrió.

—Alicia. —Agarró con dulzura su barbilla y la obligó a que le mirase—. ¿Por qué me tienes miedo?

—No... —titubeó—. No es miedo. Es... Es respeto —respondió mirándole a través de sus pestañas tupidas y negras.

Dima la escudriñó pensativo. Le retiró un caprichoso y aventurero rizo y lo colocó junto a sus compañeros.

—Gracias.

La agente frunció el ceño extrañada.

—Por el zurcido. —Sonrió y arqueó la ceja recién cosida—. Yo no habría sido capaz de coserme esto. —Le soltó la barbilla—. Puedes... Puedes marcharte si quieres. —Cogió el botiquín y lo guardó en el mueble blanco del lavabo.

—De... De nada. Supongo. —Dio un paso hacia atrás.

Se lo quedó observando un minuto. Los ojos se le fueron sin poder evitarlo a la cicatriz del disparo que lucía en su el torso.

—¿Duele? Cuando te disparan...

—¿Nunca te han disparado?

Alicia negó con la cabeza gacha, avergonzada.

—Entiendo... —Dio un paso hacia ella y le alzó la barbilla sujetándosela con delicadeza—. No tienes de qué preocuparte. —Se aseguró de que le miraba a los ojos—. Ayshane nunca falla, y la resurrección te hará efecto

antes de que te dé tiempo a sentir nada.

—¿Ayshane? ¿No nos vas a disparar tú?

Dima negó con la cabeza y sonrió de medio lado.

—Yo fui entrenado para matar, ricitos.

Las pupilas de Alicia se dilataron a la par que sus ojos como si hubiese realizado el mayor descubrimiento de su vida. Dima suspiró apenado, dio un paso hacia atrás y fue en dirección a la habitación.

Un suave y descarado aroma a océano revuelto le acarició sus sentidos. Olía a él. Olía a Eduard. Sus pestañas aletearon como las alas de una mariposa. ¿Se había quedado dormida? Se sorprendió. Hacía años que no se echaba una siesta como aquella. Ni siquiera se había dado cuenta que su padre había entrado a la habitación y se había sentado a su lado, sobre la cama. ¿Cuándo había sido la última vez que había conseguido dormir así?

—Buenas tardes, *rebenok*.

—¿Qué... qué hora es? —Se frotó los ojos entreabiertos.

Eduard la miraba como si fuera una delicada y exótica flor a punto de extinguirse. Le acariciaba la cola de caballo desparramada por la almohada como si fuera la última vez que pudiese hacerlo.

—Padre, ¿se encuentra usted bien? —Se incorporó y le miró preocupada.

Parecía como ido, ausente, muy lejos de allí. Cansado, quizás triste, no era capaz de saberlo con exactitud, pero estaba segura que le pasaba algo.

—Son las cinco. —Se hizo a un lado en la cama y dejó espacio para que se colocara a su lado.

Ayshane se levantó, pero no se sentó al lado de su padre, sino que se puso de rodillas frente a él, entre sus piernas, y le miró. Le agarró las rodillas y se las apretó, como si quisiera insuflarle parte de su fuerza. No supo por qué, pero lo hizo, algo en su interior le impulsó a hacerlo.

Eduard miró a su hija, le colocó el tirante de la camiseta roja que llevaba.

—Dima me ha comentado que finalmente has decidido colaborar —dijo mirando la mancha que tenía en el centro.

Ayshane se miró la mancha de sangre que tenía en la camiseta y se removió incómoda. ¿Qué más le habría contado? ¿Qué excusa le habría puesto? ¿Le habría comentado algo sobre sus reticencias a realizar los disparos? ¿Era por eso por lo que su padre parecía tan... perturbado?

—Padre, yo...

—Lo siento, *rebenok*.

Se quedó muda. En sus veintitrés años, Eduard jamás se había disculpado ante nadie. Se dejó caer sobre sus talones sin saber que decir, con las manos apoyadas aún en sus rodillas pero, ahora, sin ninguna fuerza.

—Te he obligado a dispararme a mí. A tu padre. Te obligué a disparar a Dima. —Suspiró—. Pensarás que soy un hombre horrible. Un monstruo.

Ayshane entreabrió los labios para contestar, pero no le salían las palabras, así que negó con la cabeza. Su padre no era un hombre horrible y mucho menos un monstruo.

Tenía razón, si los agentes querían tener algún tipo de posibilidad tenían que desaparecer, y como bien le había dicho en el laboratorio, nadie busca entre los muertos, como nadie le había buscado a él, como tampoco buscaban a Dima, como no buscarían a los agentes si todo salía bien.

Quizás al principio no lo viera tan claro, y seguía temiendo fallar, pero también era consciente que entre toda esa panda de locos decididos a acabar con Adrik ella era la única preparada para poder hacerlo.

—Nunca te reprocharía que me odiases, *rebenok*. A lo largo de los años, con la única intención de protegerte, de conservar lo único bueno que he creado, te he herido. Podría decir que con eso he conseguido mantenerte a salvo, pero, en realidad, eso lo has hecho tú solita —sonrió lleno de orgullo

— En cambio, lo único que he conseguido ha sido encarcelar a mi pequeña. A mi dulce y preciosa hija. —Le cogió las manos, las acunó entre las suyas, se las llevó a la boca y las besó con cariño—. Pero nunca es tarde para recuperar a esa niña.

Eduard la invitó a levantarse y sentarse a su lado. Sin soltar sus manos, se giró hacia ella y la miró.

—Ayshane, sé que te he pedido muchas cosas a lo largo de estos años, y que no tengo derecho a pedirte nada más, pero... quiero que me prometas algo. Quiero que me prometas que, pase lo que pase, vivirás. Siempre elegirás vivir.

Ella no sabía qué responder. Claro que quería vivir, pero también quería ser libre, y solo había una forma de ser libre para alguien como ella.

—Le prometí a tu madre que os cuidaría, pero cuando yo no esté, tendréis que cuidaros el uno al otro.

Ayshane frunció el ceño. ¿Nos cuidaría? ¿A quién? ¿Quién se supone que iba a cuidar de ella? ¿Y a quién debía cuidar ella? Estaba sola, con Elenka apenas tenía relación, a no ser...

—Padre, ¿qué has hecho?

—Mentirte. Engañarte y ocultarte algo que quizás debiste saber desde el principio y que tal vez te hubiese servido para protegerte si tu madre y yo no hubiésemos decidido mantenerlo oculto. Solo espero que no sea tarde, y que algún día seas capaz de perdonarme. De perdonarnos. —Alzó la vista hacia el techo abovedado.

Comenzó a respirar nerviosa. El corazón se le aceleró, le sudaban las manos y le entraron ganas de zarandearlo. «No has podido ser capaz. No has podido hacerlo». ¿La había entregado a Taiyo, a su abuelo, a la Yakuza?

—¿Tarde para qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Prométeme antes que te mantendrás con vida. Pase lo que pase.

—Padre...

—Prométemelo.

—¡Padre, maldita sea...! —Se levantó. Dio una vuelta sobre sí misma y le miró con los brazos en jarras—. Sí. De acuerdo. Te lo prometo. Ahora, dime, ¿que has hecho esta vez?

—Dima es tu hermano, Ayshane.

Sintió como si todo el universo se hubiese detenido en aquel mismo instante. «Dima, ¿mi Dima? ¿Hermanos?». Cayó de rodillas al suelo con los brazos muertos a cada lado. Cierto era que se parecían físicamente. Ambos tenían el pelo liso, ella negro, y él algo más claro; y los ojos eran rasgados, ella un poco más pronunciados y de un color marrón muy oscuro casi negro, mientras que los de él tenían un tono más parecido al de su... padre. Se llevó las manos a los labios.

—No es cierto —susurró negando con la cabeza.

—Dima es tu hermano mayor, Ayshane. Tu madre... Nosotros... Yo conocía a tu madre mucho antes de que Taiyo se fijase en mí como posible candidato para su hija. Estuvimos un tiempo saliendo juntos. En secreto. Tu abuelo nunca lo supo, no debe saberlo, y yo... Yo estaba casado con...

—Basta. —Se levantó—. No quiero escuchar ni una palabra más. —Se dio la vuelta en dirección al baño.

—Pero, Ayshane... —La agarró por el antebrazo—. Debes saberlo. Tienes que saberlo.

—¿¡Por qué!? —Se dio la vuelta y le empujó—. ¿¡Por qué ahora!?

—¡Porque me matarán, Ayshane! —gritó—. ¡Y no quiero que mi hija se piense que está sola!

Eduard nunca gritaba. Ayshane nunca le había visto gritar en la vida. Le había visto enfadado, furioso, lleno de ira pero jamás le había escuchado gritar. Se quedó callada, asustada. ¿Quién quería matar a su padre? ¿Adrik?

Para él su padre estaba tan muerto como para el resto del mundo.

—Cuando tu madre se enteró de que estabas embarazada, fue a contárselo a tu abuelo. Sabes perfectamente cuál es la tradición de la Yakuza, Ayshane. Tú perteneces a tu abuelo. Tu hijo pertenecía a tu abuelo. Si Taiyo se enteraba por otros medios de que estabas embarazada habría matado a tu madre. Te habría matado a ti, a Adrik, a mí, a todos. —Alzó ambos brazos al aire—. Por eso tu madre se lo contó. Llegó a un acuerdo con él. Una madre por otra, un hijo, por otro, y un marido, por otro.

—No. —Dio un paso hacia atrás negando con la cabeza.

Una madre por otra. Saya mató a la madre de Adrik y Elenka.

Un hijo por otro. Adrik debía morir, esa parte del trato la conocía. Su madre no pudo acabar con él, pero ella dejó claro que se haría cargo de eso.

Un marido por otro. Su padre.

—Si tu abuelo se hubiese enterado de que tu madre estaba embarazada de Dima les habría matado a ambos. Saya era su mayor triunfo, una decepción así le habría cegado por completo y habría ordenado matarla. Así que decidimos ocultarlo. Tu tía y yo la ayudamos para que no se enterase.

—Aiko —susurró.

Sabía que su madre tenía una hermana mayor llamada Aiko, pero nunca llegó a conocerla. Sabía que hablaban por carta, le dijo que Aiko debía permanecer lejos de la familia, que había sido desterrada. Ayshane sentía el dolor en las palabras de su madre cuando hablaba de su hermana, pero nunca supo por qué. Hasta ahora.

—Aiko asumió a Dima como su hijo cuando él nació. Siempre ha sido la oveja negra de la familia, así que tu abuelo la desterró por completo, la envió a la cárcel para que se pudriera en una celda el resto de su vida y dejó que tu madre cuidara de Dima.

—Pero no la mató. No le mató.

—No. —Se dio la vuelta con serenidad y se sentó sobre la cama—. Puede que después de todo tu abuelo no sea el monstruo que todos creen.

Taiyo era un monstruo, igual o peor que Adrik. Nadie la iba a convencer de lo contrario. Y, por supuesto, no permitiría que acabara con la vida de su padre. Ella no le pertenecía. Le daba igual faltar a la tradición de la familia de su madre o al trato al que hubiese llegado con su abuelo. Su padre no moriría a manos de un Yakuza.

—Pero no te lo ocultamos solo por eso. —Apoyó los codos sobre sus rodillas y metió la cabeza entre las manos—. Mi mujer no podía enterarse que Dima era mi hijo. —La miró—. Quizás te lo tenía que haber contado antes. Tal vez tu madre y yo hicimos mal en ocultártelo.

—No te matarán, padre. —Se acercó a él—. No lo permitiré. —Se arrodillo entre sus piernas.

Eduard la miró y le acarició la mejilla.

—Todos los tiburones nadan sabiendo que hay uno mucho más grande que puede acabar con ellos. —La agarró por la nuca, la acercó a él y la besó en la frente—. Tú tan solo perdóname. —Se tiró al suelo de rodillas y la abrazó—. Perdóname, *rebenok*.

Abrazó a su padre con fuerza. No tenía nada que perdonarle. Todo lo contrario. Le acababa de hacer el mejor regalo que le habían hecho en la vida. Tenía un hermano. Uno de verdad. De su propia sangre, hijo de Eduard, de Saya, y era nada más y nada menos que Dima.

—¿Dima lo sabe? —preguntó sin dejar de abrazarle.

Eduard asintió. Ayshane sonrió. El muy osado lo sabía y no le había dicho nada en todo este tiempo.

—Perfecto, porque pienso darle una paliza que no olvidará en la vida.

Eduard se separó, la miró. Ayshane sonreía. Por primera vez, entre tanta oscuridad, parecía haberse prendido una pequeña vela. Su padre le había

hecho muy feliz. Dima, su Dima, su... hermano.



Ayshane y Eduard entraron por la puerta del laboratorio donde el resto se encontraba preparando los cambios del operativo para hacer desaparecer a los agentes. Habían estado estudiando un mapa para establecer posibles zonas cercanas a las casas de Erick, Jason y Alicia en las cuales realizar los disparos y dejar los cuerpos, pero debían asegurarse que alguien les viese a tiempo. Finalmente decidieron que lo mejor era que apareciesen muertos en el piso franco que debían haber ocupado tras el desmantelamiento de la nave.

Dima se dio la vuelta con intención de poner al corriente a Eduard y a Ayshane del cambio de planes, pero no le dio tiempo a articular palabra pues se encontró con el rechazo de la lugarteniente.

—¡Pero qué demonios haces! —dijo acariciándose la mandíbula.

Eduard sonrió y se colocó al lado de Sergei quien, obviando la riña entre el Víbora y la Mamba, le explicaba a la Anaconda en un segundo plano, los cambios que habían pensado realizar.

Erick y Jason, que estaban junto al joven Víbora, dieron un paso hacia atrás desconcertados, sin saber muy bien qué debían hacer en esa situación a la que ni Eduard ni Sergei parecían prestar la más mínima atención.

—¿Pero es que vosotros dos no sabéis arreglar las cosas de otra manera que no sea a tortazos? —preguntó Alicia colocándose delante de Dima—. Ya le has partido una ceja, ¿pretendes ahora dejarle también sin muelas? —Se cruzó de brazos frente a la lugarteniente.

Eduard y Sergei alzaron la vista de los planos con interés, Dima miró con extrañeza el cogote rizado de la agente, Erick y Jason observaron a su compañera estupefactos y Ayshane ladeó la cabeza y centró su atención en Alicia.

—Ricitos...

Dima intentó agarrar de la cintura a la agente para apartarla, pero Alicia se revolvió y le soltó un guantazo en las manos para que la soltara.

—Alice... —Jason la agarró por el codo y tiró de ella.

Alicia se dio un paso atrás de mala gana y se quedó entre Jason y Erick, con los brazos cruzados bajo el pecho y mirada desafiante. Ayshane arqueó una ceja divertida. ¿La agente había sacado las uñas por su hermano o lo había imaginado?

Se le hinchó el pecho como a un pavo orgulloso de exhibir su colorida cola al pensar en Dima como su hermano. Por fin podía sentirse orgullosa de ser una Ivanov, por fin podía decir con orgullo y bien alto la palabra hermano. Le miró.

—No sabía que te habías comprado un perro de presa. Hermano —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

Alicia bufó. Fue a dar un paso hacia ella pero Erick se lo impidió cogiéndola del hombro.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Erick en voz baja.

—Suéltame. —Hizo un ademán y se soltó—. No soy ninguna niña.

—Tampoco te tenía por una descerebrada.

Dima miró por el rabillo del ojo a Alicia antes de encarar de nuevo a Ayshane. Alzó la vista por encima de su hombro y miró a Eduard, que seguía la conversación atento, desde el otro lado de la mesa, tras él, y junto a Sergei, quien sonreía de medio lado. La Anaconda Ivanov asintió con la cabeza divertido. Dima se llevó la mano al pecho, se giró hacia su hermana, dio un paso al frente y la abrazó con todas sus fuerzas alzándola un par de palmos sobre el suelo. Ayshane le devolvió el abrazo con la misma intensidad. Por primera vez pudo abrazar a un hermano sin sentir el miedo abrasador en sus entrañas. Dima la quería. La había querido y respetado siempre. Apoyó la cara sobre el hueco del cuello de su hermano y miró a su padre. Su cara reflejaba la paz, la tranquilidad, la serenidad y la satisfacción del típico padre

orgullosos de sus hijos.

—No entiendo nada —Alicia miró a sus compañeros, que se encogieron de hombros. Negó con la cabeza y alzó ambos brazos al aire.

—Es muy simple —dijo Ayshane cuando Dima la dejó caer de nuevo en el suelo—. Agentes. Les presento a mi hermano. —Sonrió—. Dima Ivanov.

—¿Dima... Ivanov? —preguntó Jason mirando a Eduard.

—Es un Ivanov —intervino Eduard.

—Sí, eso ya lo sabemos. Pertenece a la *bratva* desde muy pequeño, pero teníamos entendido que sus padres murieron jóvenes —respondió Erick—. ¿Acaso le adoptaste bajo tu apellido?

Ayshane miró a los agentes. No le sorprendió que tuviesen ese dato, que no era sino el mismo que había tenido ella hasta que su padre le confesó la verdad esa misma tarde en su habitación. Jamás había intentado obtener información sobre los padres de Dima. Cuando adquirió poder suficiente en la organización, él llevaba en la *bratva* más tiempo que ella. Tenía la total confianza de sus padres, así que no se preocupó nunca de eso. Tal vez si lo hubiese investigado un poco, se habría enterado mucho antes.

—Una cosa es pertenecer a la *bratva* Ivanov, y otra es ser un Ivanov, agente. Dima es mi hijo —aclaró—. Legítimo y biológico.

Erick miró a Ayshane con cara de interrogación, y ella, que no paraba de sonreír como si le hubieran grapado los mofletes, asintió con la cabeza. Alicia, por el contrario, miró a Dima que no dejaba de observarla como si quisiera decirle algo, con la mano apoyada en la parte baja de la espalda de la lugarteniente pero con los ojos clavados en ella.

—Menudo picha alegre estabas tú hecho —dijo Jason.

Eduard y Dima empezaron a reírse con el comentario del agente. Sergei tosió tratando de contener la risa mientras Erick y Alicia le miraron con ojos como platos.

—Yo también me he llevado una sorpresa cuando me he enterado. Al parecer, aquí mi hermanito ya lo sabía. Por eso le he soltado un puñetazo. —Miró a Alicia divertida—. Creo que es lo mínimo después de ocultármelo durante veintitrés años.

—¿No lo sabías? —preguntaron Alicia y Erick al unísono.

Ayshane negó con la cabeza. Las caras de los agentes eran para enmarcarlas.

—Dima es siete años mayor que Ayshane —Eduard tomó asiento en la banqueta que tenía al lado y apoyó los codos sobre la mesa—. Conocí a Saya mucho antes de que Taiyo se fijase en mí como posible candidato para su hija. Estuvimos un tiempo saliendo juntos. En secreto. Su abuelo nunca lo supo, es más, no debe saberlo, y yo, por aquel entonces, todavía estaba casado con mi primera mujer. Si su abuelo se hubiese enterado de que Saya estaba embarazada de Dima, habría matado a ambos. Para Taiyo, Saya era su mayor triunfo, una decepción así le habría cegado por completo y habría ordenado matarla. Así que decidimos ocultarlo. Aiko asumió a Dima como su hijo cuando él nació. Ella siempre ha sido la oveja negra de la familia, pero quería a mi esposa por encima de todo, así que nos ayudó, asumiendo cualquier tipo de castigo que Taiyo pudiese ordenar para ella. Taiyo la desterró de la familia, le retiró el apellido, la envió a la cárcel y dejó que Saya cuidara de Dima.

—Cuando mi madre pasó a formar parte de la *bratva* Ivanov, creyó conveniente convencer a nuestro abuelo para que se alterase mi libro de familia —intervino Dima—, apoyándose en que la madre de Adrik y Elenka posiblemente no aceptaría la entrada de dos herederos de la Yakuza a la *bratva*.

—Mi primera mujer siempre fue reticente a la entrada de Saya como lugarteniente —explicó Eduard.

—Así que a todos los efectos, tus padres estaban muertos —dijo Erick.

—Sí. Era lo más sencillo —contestó Dima encogiéndose de hombros.

—Menudo culebrón —Jason tomó asiento y apoyó un codo sobre la mesa blanca del laboratorio—. Seguro que en la Brigada no saben nada de esto.

—Ni deben saberlo. —Eduard miró a Jason impasible.

El agente alzó ambas manos con las palmas descubiertas.

—Será mejor que sigamos o el tiempo se nos echará encima —dijo Sergei mirando el reloj.

Eduard retomó el mapa en el que estaban trabajando cuando entraron y lo colocó sobre la mesa blanca del laboratorio.

Ayshane se cayó del cocotero de ese oasis de felicidad al que su padre le había trasladado. Sí, Dima era su hermano, y no le importaba que se lo hubiera ocultado hasta ese momento, pues, aunque tarde, le había hecho el mejor regalo que jamás pudo imaginar. Pero debía regresar a la realidad que les rodeaba, armarse de valor, disparar a los agentes, rezar para que todo saliera bien, centrarse de una vez por todas en acabar con Adrik y buscar la manera para que Eduard no cayese en manos de la Yakuza. Le daba igual lo que le dijera su padre. Eduard Ivanov no iba a ser entregado a su abuelo. Por sus venas también corría la sangre de un Yakuza. Y no pertenecía a Taiyo. Nunca le pertenecería.

Dima miró a su hermana por el rabillo del ojo, le rodeó la cintura con un brazo y la acercó a la mesa. Estaba nerviosa, pero Dima estaba a su lado, pasara lo que pasase, ya nada podría separarles, y él le apoyaría como había hecho siempre. Dima no le fallaría.

—Mientras vosotros os dedicabais a pelearos como dos buenos hermanos —sonrió con orgullo—, Sergei me ha puesto al corriente de los cambios. —Giró el mapa y lo puso al revés para que su hija pudiese verlo sin dificultad—. Han pensado que en lugar de dejar los cuerpos en los descampados —señaló con el dedo índice de su mano derecha los tres descampados donde inicialmente se había acordado dejar a los agentes—, sería más seguro hacer que pareciese un ataque en su piso franco —señaló el piso que el cuerpo tenía en barrio madrileño de San Blas.

—¿No será un poco arriesgado? La comisaría del distrito está enfrente —Ayshane señaló el edificio en el mapa.

—Depende de para quién, *rebenok*. Para un asesino normal, puede. Para la Mamba Negra, lo dudo.

—Cinco minutos antes de que accedas —Sergei esparció sobre la mesa las fotografías de los posibles accesos y del interior del piso franco—, Alicia llamará a la comisaría pidiendo refuerzos.

—Tengo cinco minutos entonces. —Cogió la fotografía de lo que parecía la ventana de un patio interior.

Ayshane miró a Sergei, quien con un asentimiento de cabeza le confirmó el tiempo.

—¿Sabemos dónde da esta ventana?

—A la cocina —respondió Erick.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y le erizó la piel. Si no fuera porque Dima la sujetaba, estaba segura de que habría necesitado sentarse. Las piernas le flaqueaban y empezaba a temblarle el pulso. Dejó la fotografía de la cocina sobre la mesa y cogió las de las ventanas de la terraza y la puerta principal. Las miró intentando centrarse en realizar un trabajo limpio y rápido, buscando el acceso más apropiado, uno que le permitiera pillar a los agentes desprevenidos.

Que hubiesen accedido al descabellado, aunque acertado plan de su padre, no significaba que confiaran en ella. Nadie en su sano juicio se estaría quieto si sabía que le iban a disparar, nadie excepto Dima. Su hermano... su hermano era un individuo objeto de estudio. Dejó las fotografías que acababa de coger sobre la mesa y apoyó las manos sobre la superficie. Cinco minutos. Tan solo cinco minutos para pegar tres tiros, certeros, que pareciesen herir de muerte a los agentes, pero que no les matase. Sin margen de error, sin arrepentimiento.

—Están... —carraspeó. Tenía la boca seca—. ¿Están las radiografías

preparadas?

Sergei se acercó a la encimera blanca que había a la derecha de la sala y colocó las radiografías sobre la mesa central. Ayshane las cogió y las miró a través de la luz. Supuso que a los agentes les habrían realizado las radiografías cuando ella estaba descansando en su habitación, o tal vez durante la pelea que había tenido con su hermano en la galería de tiro.

Las observó con detenimiento, asegurándose de qué radiografía pertenecía a quién en función del nombre que aparecía escrito en el marco transparente teñido de azul que había en la parte de abajo.

No todos los corazones tenían el mismo tamaño. Las diferencias entre ellos eran mínimas, pero cuando se disparaba al milímetro, había que asegurarse, había que hilar muy fino para que todo saliera bien.

—Necesitaré hacer unos disparos de prueba. —Dejó las radiografías sobre la mesa.

—Tendrás que apañarte con el tiempo que ellos tarden en llegar a la vivienda. Son las seis y media, y ya han intentado localizar a Erick —Sergei recogió las radiografías y las dejó en un montón a su lado.

—¿Habéis encendido sus móviles?

—Hemos alterado la señal de los repetidores cercanos para que no localicen la ubicación de los teléfonos, pero sí, los hemos encendido —dijo Alicia.

—Empezarán a sospechar si no reciben noticias. —Jason se incorporó en la banqueta—. Han pasado ya doce horas y, por lo que hemos averiguado, la noticia ha corrido como la pólvora entre las cadenas de televisión. No sería de extrañar que ya hubiesen intentado contactar conmigo o con Alicia.

—¿Habrá problemas con eso? —preguntó Ayshane a Sergei.

No estaba dispuesta a dejar nada al azar. No lo hizo cuando disparó a su padre ni tampoco cuando disparó a Dima, y esta vez no iba a ser diferente.

—Me encargaré de que recuperen sus cuerpos antes de que realicen la autopsia —respondió Dima—. No les dará tiempo a medir la temperatura, y aunque hayan pasado muchas horas, tendrán cuatro muertes que investigar. Suficiente como para desviar la atención.

Su hermano tenía razón. La policía tendría cuatro muertes que investigar contando con la de Víctor. No se pararían a comprobar si ellos habían estado o no en el piso franco desde la noche anterior, pero no era la policía quien le preocupaba. Si ella podía plantearse que algo no cuadraba en todo aquello, Adrik también podría hacerlo. No había que subestimar la inteligencia de la temida Cobra, ni la de los hombres y las mujeres que trabajaban para él.

—¿Qué sabemos de los informadores de la Brigada?

—Están demasiado ocupados con la muerte del comisario —respondió Sergei.

—¿Y de los Víboras? —Miró a Dima.

—Los Víboras necesitan un líder que los dirija —contestó con la seguridad de quien había vivido todos sus años en aquella organización a la que ahora se enfrentaban.

Con el Zar y Dima muertos, Ayshane estaba casi segura que Adrik se estaría reorganizando con su hermana Elenka, repitiendo los mismos pasos que ya siguieron una vez hace cinco años, cuando ella desapareció del mapa tras disparar a su padre, abandonando así la organización que la vio nacer.

—No tendremos otra oportunidad como esta —intervino Eduard.

La lugarteniente miró a los agentes. Parecían dispuestos y preparados, pero ella no estaba tan segura, todavía tenía sus dudas y sus reservas. Aunque mostrara templanza, su cabeza era un hervidero de miedo y nervios que nada tenían que ver con la imagen de control absoluto que dejaba entrever al resto.

—Jason, ¿cuánto tardáis en llegar al piso franco desde aquí? —preguntó sin dejar de mirar a Erick.



—Veinticinco minutos. Media hora a lo sumo.

El inspector parecía tranquilo. Aunque en aquel momento le hubiera gustado saber qué era lo que le pasaba por la cabeza, había descubierto algo del agente: desde que cayó en su trampa para involucrarlos en sus planes, podía ser tanto o más impredecible que ella. Sabía que su padre había estado tentado en numerosas ocasiones en llevarse al trío a su bando, pero tras varios intentos fallidos, los dio por perdidos y, sin embargo, ella lo había conseguido.

Erick, Jason y Alicia estaban allí, con ellos, y parecían dispuestos a colaborar hasta el punto de aceptar aquella locura. ¿Es que solo ella era consciente de los riesgos? Estaba segura de que Alicia tenía la suficiente inteligencia como saber que el más mínimo fallo los mataría. ¿Por qué parecían entonces tan tranquilos? ¿Acaso ella era la única que estaba nerviosa? ¿Qué demonios era lo que movía a los tres agentes a aceptar semejante locura? «Puede que yo no sea ese buen poli que crees que soy». Las palabras del inspector se abrieron paso como los primeros rayos de sol tras una tormenta. ¿Era eso? ¿Se habían cansado de jugar a los polis buenos?

El cariñoso apretón que Dima le dio en la cintura la devolvió a la realidad. Fuera por el motivo que fuese, como bien le anunció Sergei en el gimnasio hacía unas horas, los agentes habían tomado una decisión. Su padre no les ocultó en ningún momento lo peligrosa que era, no le quedaba más remedio que respetar el camino que ellos habían decidido seguir. «No puedes fallar Ash», se animó.

—Sergei. —Miró al hombre de confianza de su padre—. Monitoriza los movimientos de todos los agentes de la Brigada. Al más mínimo movimiento extraño me avisas. Controla además los accesos, salidas y la emisora de la comisaría del distrito que hay frente al piso franco. No abandonaré el edificio hasta que las patrullas no lleguen para atenderles.

Lo normal era que, tras realizar los disparos, ella se marchara, pero no tenía intención de dejar los cuerpos de los agentes hasta estar segura de que el plan continuaba según lo previsto. Y aunque Dima le había confirmado que él se encargaría de recuperar sus cuerpos, no los perdería de vista en ningún momento.

Sergei hizo una leve reverencia con la cabeza y se marchó a la sala de los ordenadores que había en la galería central, la de logística.

—Padre. —Fijó su vista sobre Eduard—. Controla a tus hijos. Si Elenka, Adrik o cualquiera de sus hombres intentan tan siquiera acercarse a ellos, están muertos.

No sería fácil acabar con ellos, pero si intentaban impedir la recuperación de los agentes o atentaban contra sus vidas antes de que ella llegase, se las apañaría para acabar con todos los integrantes de la *bratva* Ivanov, aunque eso supusiera ir a la mismísima Rusia para enfrentarse con su hermanastra.

Eduard se levantó, se acercó a ella, la besó en la mejilla y salió por la puerta en la misma dirección que Sergei.

—Dima. Contacta con el médico forense que trabaja para nosotros. Que esté preparado.

Su hermano la miró un segundo antes de soltarla, apretó la mandíbula y dio media vuelta sobre sus talones con intención de seguir los pasos de Sergei y su padre.

—Dima. —No se dio la vuelta. Se quedó mirando a Erick—. Dile al forense de mi parte que se asegure de no cometer ningún error, o pasará de abrir bolsas para cadáveres a ocupar una de ellas. —Alzó la vista por encima de su hombro y miró a su hermano.

Dima abandonó la sala tras las últimas instrucciones que Ayshane le dio, dejándola sola con los tres agentes.

La lugarteniente los miró uno a uno antes de dirigirse a la sala de ordeño. Los tres la siguieron. Ayshane abrió el cajón que había bajo una encimera blanca que estaba ubicada en el lado izquierdo de la sala, cogió un pequeño pastillero de acero quirúrgico con forma de cabeza de serpiente, extrajo tres cápsulas y entregó una a cada uno.

—Tomaos esto en cuanto Alicia llame para pedir refuerzos.

Erick fue el último en coger la resurrección. Esta vez Ayshane evitó mirarle. Pero no contaba con la descarga de sentimientos que le recorrió desde la punta de sus dedos hasta las frágiles corazas que ahora recubrían su corazón cuando rozó la palma de la mano del agente. Cerró los ojos, apretó la mandíbula y se limitó a guardar el pastillero en el mismo cajón sin decir nada.

—Ayshane... —Erick la agarró por el codo.

Ella se quedó inmóvil. El calor que se concentraba allí donde el agente la tocaba se extendió por todo su cuerpo.

—Alice... Vamos... Vamos saliendo. —Jason pasó un brazo por encima de los hombros de su compañera y se dirigió con ella a la salida.

—Ayshane, ¿qué ocurre? —preguntó cuando al fin se quedaron solos.

La lugarteniente no se dio la vuelta. Se apoyó con las dos manos sobre la encimera y dejó caer la cabeza entre sus hombros. Respiraba nerviosa, con dificultad. Sus hombros subían y bajaban incapaces de hacerlos entrar en razón. Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Trató de serenarse, no quería que Erick se percatara de su inseguridad. Agarró el borde de la encimera tan fuerte que los nudillos empezaron a perder el color dorado que habían adquirido los días que debía desaparecer y guarecerse junto a su padre en la costa.

Ella era la Mamba Negra. Rápida, fría y letal como la serpiente. Miró de reojo uno de los terrarios. Una pequeña krait de cabeza roja merodeaba cerca del cristal sacando la lengua, acechándolos. Los ojos negros le daban un aspecto aterrador, y cualquiera que conociera a esa diminuta serpiente, sabía que era peligrosa, con un veneno neurotóxico dieciséis veces más potente que el de la cobra. Solo los ignorantes se acercarían a ella más de lo permitido, pero era un ejemplar tan bello que parecía imposible mantenerse lejos, desear tocarla, acariciarla. Se acercó al terrario, miró a la serpiente a los ojos, alzó una mano y acarició el cristal que las separaba. El pequeño reptil se abalanzó sin piedad sobre el cristal, justo donde ella había apoyado la punta de sus dedos.

—Ayshane... ¿estás bien?

La lugarteniente se dio la vuelta y le miró. Erick era como aquella serpiente. Sabía que debía abstenerse de tocarla, pero ni podía ni quería evitarlo. Era consciente de que era un error, un imposible, pero solo había una cosa de la que se arrepentía en su vida: no haber podido despedirse de su madre, no decirle todas aquellas cosas que debió agradecerle desde niña. Pero eso no le iba a ocurrir con el agente.

—No, Erick, no estoy bien. Me estáis obligando a dispararos. Habéis aceptado la descabellada idea de mi padre y no puedo hacer otra cosa que aceptarlo. Pero claro, solo soy una asesina, ¿verdad?

—Ayshane... —dudó.

—Supongo que teniendo en cuenta que... para vosotros soy una asesina, no os habréis parado a pensar lo que significa apretar el gatillo.

—Yo...

—Hay que marcharse. —Pasó por su lado sin rozarle.

—Lo siento —dijo de espaldas a ella.

Ayshane se quedó a medio camino entre la puerta y el agente. Le miró por encima de su hombro. Erick estaba de espaldas a ella con la cabeza gacha.

—Sé que pedirte perdón no arregla nada. —Se dio la vuelta—. Pero si tiene que dispararme alguien, quiero que seas tú.

—No sabes lo que me estas pidiendo —susurró sin moverse del sitio.

—No. Claro que no. Lo único que sé es que contigo tal vez tengamos una oportunidad. Tu padre... tu hermano... Ellos aseguran que no fallas nunca, que siempre das en el blanco, que llevas haciéndolo desde que tenías cuatro años. Yo mismo te he visto abatir a tus hombres en la nave. Jason asegura que ese manejo de las armas...

—¿Y si fallo? —Se dio la vuelta—. ¿Habéis pensado en eso? ¡Son tres

disparos Erick, maldita sea! —Alzó ambos brazos al aire—. ¡Tres! —Colocó tres dedos frente a la cara del agente.

—Tres disparos que nos salvarán la vida. —Dio un paso hacia ella.

Ayshane dio un paso hacia atrás negando con la cabeza.

—Tres disparos que podrían condenaros a muerte.

Erick dio un paso al frente acortando el espacio que ella quería poner entre ambos a toda costa.

—Tú no quieres matarnos. —Dio un paso más hacia ella, la agarró por las muñecas, buscó sus manos, las cubrió con las suyas, se las llevó a los labios y las besó.

—No —negó con la cabeza—. No quiero. Por eso no quiero dispararos. No soy una vulgar asesina, Erick —dijo con desprecio.

—Desde luego que no lo eres. —le peinó el flequillo—. Por eso confío en ti.

«Confío en ti». Aquella frase se clavó como una flecha en llamas en una de sus ya maltrechas corazas, las mismas con las que, con mucho celo, protegía lo poco o nada que le quedaba de corazón.

—¿No tienes miedo? —Arqueó una ceja.

—Claro que lo tengo.

Ayshane hizo un mohín de disgusto con la boca e intentó alejarse de él, pero Erick la tenía bien agarrada por las manos, y cuando más tiraba en dirección a la salida, más la acercaba él a su pecho.

—Tengo miedo a no poder volver a enfrentarme a ti, a no volver a verte, a que desaparezcas como has hecho tantas veces...

—No, Erick...

Respiraba agitada. Le temblaban las piernas. Estaba segura de que en cualquier momento iba a perder el equilibrio y a caer al suelo.

—Llámame loco, pero creo que estoy perdiendo la cabeza por la Mamba Negra. —La agarró por la cintura.

Ayshane cerró los ojos y giró la cara hacia un lado. Eran demasiados sentimientos encontrados, el miedo, sus fantasmas, la necesidad... Tal y como le había demostrado en más de una ocasión, Erick tenía la virtud de noquearla sin tocarla, de poner su mundo patas arriba. «Creo que estoy perdiendo la cabeza por la Mamba Negra». Sintió un fuerte latigazo en el pecho. Una nueva coraza caía a plomo, se convertía en polvo, se llevaba consigo a sus hermanas ya derrotadas.

Erick apoyó los labios sobre la sien de la lugarteniente. Ayshane temblaba como una hoja aferrada a la rama de un árbol en medio de un vendaval.

—Ayshane... soy yo. Soy Erick —susurró—. Abre los ojos, mírame.

Le costaba respirar, mantenerse en pie. Le miró a través de sus generosas pestañas. Se dejó hipnotizar por esos ojos del color del vidrio roto que la encandilaban. Erick se acercó lentamente y acarició sus labios en un nimio roce. Apenas se movía. No la obligaba, no la forzaba, esperaba paciente a que ella tomase la iniciativa.

Consciente de que tal vez fuese la última que veía al agente con vida, que sentía su calor, se acercó a él y aprisionó su labio inferior en un beso suave, lento, dulce. Erick la agarró por la nuca. Ella se tensó y se relajó en menos de un segundo.

—Déjame entrar en tu mundo, Ayshane. —Acunó sus mejillas entre sus manos.

Ayshane le agarró por la cintura, apoyó la mejilla sobre su pecho, inspiró profundamente y se embriagó con su aroma. Frotó la cara contra su pecho y dejó que Erick la abrazara.

—Espérame en el infierno, mi pequeña krait —susurró con un hilo de voz

—. No me hagas tener que ir a buscarte.

Erick la apretó entre sus brazos, sonrió y la besó en la sien.

Todo saldría bien, aquella locura tenía que salir bien por él, por ella, por todos aquellos a los que podrían llegar a salvar.

Llevaba disparando cerca de diez minutos en la galería de tiro. Había agotado el primer cargador y llevaba la mitad del segundo. A su alrededor, los casquillos se amontonaban desperdigados por doquier como el desorden de emociones que navegaban a la deriva en su interior.

Había despedido a los agentes en el garaje subterráneo. Los había visto subir en el vehículo camuflado que Sergei había recuperado de la nave y marcharse en dirección al piso franco en el que ella debía abatirles, pero no se dirigió a la galería de tiro hasta que no perdió de vista a Erick.

Todavía recordaba su imagen. No dejó de mirarla a través del retrovisor desde el asiento del piloto hasta que las puertas del elevador se cerraron. Le pareció que lo hacía con seguridad, como si a través del pequeño espejo le estuviera diciendo que todo iba a salir bien. «Confío en ti». Eso le había dicho en la sala de ordeño. Sonaba tan real... Quería creer que eran tan ciertas aquellas palabras.

Tres disparos, tres aciertos. Y así una y otra vez desde que se habían marchado. Tres disparos, tres aciertos sobre las radiografías que había colocado en los maniquís al final de la galería de tiro de la zona de esparcimiento.

No se había molestado en comprobar cómo llevaban las vigilancias Sergei y su padre. Tampoco se había molestado en comprobar si Dima había asegurado la recogida de los agentes. Su única preocupación era preparar los blancos, asegurarse de que cuando viera a Erick, a Alicia y a Jason dispararía en el ángulo correcto. El más mínimo error, y habría condenado su alma para siempre.

—Ash —Dima la llamó desde la entrada—. Deberías cambiarte. Saldremos en cinco minutos.

Tres disparos, tres aciertos. Solo quedaban tres balas. Llevaba la cuenta de las que ya había disparado, y estaba a tres disparos de acabar con el segundo



cargador, pero no lo haría. Esas tres últimas balas tenían dueños de carne y hueso, tan reales que si sangraban, que podían morir.

Accionó el seguro de su M&P9, se dio la vuelta y se encaminó a su habitación. Quería cambiarse. Necesitaba ropa que le permitiera moverse, reptar, escabullirse y pasar desapercibida.

Era otoño, la noche caía pronto en aquella época, eran apenas las siete de la tarde y el sol ya se despedía en el horizonte. Cuando llegara al piso franco, la oscuridad habría empezado a hacerse con el control del día. Se imaginó con ropa oscura y decidió antes de llegar al vestidor lo que se iba a poner para no perder ni un minuto.

—Ash ¿Todo bien? —Dima la sujetó por la muñeca cuando pasó por su lado.

Le miró. Su hermano parecía nervioso, o tal vez eran sus propios nervios los que le hacían ver lo que no era. No estaba segura.

—Iré a cambiarme. Espérame en el garaje.

—Date prisa.

Ayshane se alejó a paso ligero a través de la galería hasta el *hall* como un fantasma, como un alma en pena, como el reo que asume su destino y se acerca al verdugo que va a decapitarle.

Mientras tanto, antes de ir hacia el garaje, Dima se dirigió a la galería central y entró en el armero. Cogió una M&P9, un par de silenciadores y cuatro cargadores repletos de balas. Después pasó por la sala de ordenadores y asomó la cabeza. Eduard y Sergei parecían concentrados, cada uno vigilando a las presas que su hermana les había asignado. Y a continuación se encaminó a la sala de desarrollo. Ahí se almacenaban los pequeños equipos electrónicos y de transmisión que podían necesitar en las misiones. Entró, cogió dos pinganillos, se los guardó en el bolsillo izquierdo de su vaquero y fue a reunirse con su hermana.

Ayshane le esperaba apoyada sobre el capó del R8 negro con un pie sobre

la rueda. Vestida de negro, con unos vaqueros ajustados, unas botas de media caña de tacón plano y un fino jersey de cuello vuelto que, junto con el moño en el que se había recogido su larga y oscura melena, acentuaba aún más los finos y delicados rasgos de su cara. Se la quedó mirando unos segundos antes de acercarse. Era preciosa, y tan parecida a su madre que daba miedo.

—Ten —se acercó a ella y le entregó uno de los pinganillos—. Me he pasado también por el armero. —Le dio uno de los silenciadores y un par de cargadores.

Ayshane se metió el pinganillo en el bolsillo derecho de su pantalón, un cargador en el hueco libre que había entre su bota y su gemelo derecho, el otro en el hueco de la bota de su gemelo izquierdo, y el silenciador en el bolsillo de atrás de su pantalón. Miró a su hermano, quien se fundió con ella en un abrazo de oso. Se tensó, algo que no podía evitar, pero enseguida se relajó. Cada vez parecía costarle menos aceptar aquel tipo de contacto. Algo, que sin él, no habría sido posible.

—Todo saldrá bien. —La besó en la frente, rodeó el coche y se colocó en el asiento del piloto.

Ayshane entró en el coche, se llevó la mano a la zona lumbar, sacó su arma, la metió en la guantera, se abrochó el cinturón y dejó que su hermano la condujera hacia lo que podría ser el final, o el comienzo de una nueva vida para los agentes. «Confío en ti», «Confío en ti», «Confío en ti». Dejó que las palabras de Erick la meciesen durante el trayecto, que la calmaran y la arrullaran como una nana.

Salieron del garaje subterráneo sin decirse nada. Ayshane miró a través de la ventanilla tintada del coche. Su hermano callejeaba entre los estrechos pasajes que había alrededor del Parque de las Avenidas. Los pequeños comercios en los que se asentaban los antiguos edificios de la zona estaban cerrados en aquel anochecer fresco y otoñal. Miró el reloj de la consola central del coche: seis y media de la tarde. Según Jason, deberían tardar en llegar unos veinticinco o treinta minutos. Quizás algo más, pues ellos no cogerían el trayecto más rápido por si había cámaras para el control del tráfico. Evitarían las avenidas grandes y concurridas, era lo mejor.

Ayshane se removió incómoda en el asiento. ¿Qué estarían haciendo los agentes? ¿Qué haría ella los minutos previos a los disparos? Nunca antes se había parado a pensarlo. Apoyó el codo en el reposa brazos de la puerta del copiloto y se sujetó la cabeza con la palma de la mano. El tráfico era fluido aunque denso para un domingo a esas horas, pero claro, estaban en Madrid, y la capital nunca dormía.

Pasaron cerca de un parque cuando atravesaron el barrio de La Elipa. El mobiliario urbano, compuesto por bancos de metal descuidados y mesas con mantelería perenne en forma de ajedrez, había sido ocupado por jóvenes que, entre risas, comían bolsas de patatas y chucherías y bebían refrescos o cerveza.

Tras ellos, en los bancos de madera, una parejita se colmaba de arrumacos, caricias y atenciones. Se preguntó entonces lo que tantas otras veces se había preguntado. ¿Cómo habría sido su vida si hubiese sido una chica normal? ¿Habría conocido a alguien especial? ¿Habría tenido un primer amor? ¿Cómo habría sido?

«Creo que estoy perdiendo la cabeza por la Mamba Negra». Recordó las palabras que Erick le había dicho en la sala de ordeño, palabras que deberían haberla hecho muy feliz.

Cualquier otra mujer se habría sentido entusiasmada, halagada. Estaba segura de que las jovencitas que acompañaban al inspector cada fin de semana se volvían locas cuando Erick les hacía sentir especiales. Tan especiales como por un iluso y fugaz momento había conseguido que ella se sintiera. Pero era solo eso, una ilusión. Ella era una asesina, tenía las manos manchadas de sangre, era hija de un capo de la mafia rusa, medio hermana de dos sujetos sin corazón y nieta de uno de los Yakuza más temidos y más poderosos del crimen organizado, ¿quién en su sano juicio podría perder la cabeza por una mujer como ella? Suspiró.

Miró a su hermano. No dejaba de vigilar por los espejos retrovisores los coches que les rodeaban, ni perdía de vista la carretera. Estaba concentrado, agarraba el volante con fuerza para después relajar las manos y controlarlo con suavidad. Miró la herida cosida y se sintió culpable. Dima todavía estaba débil. Aunque no lo aparentase y hubiese sido capaz de aguantar un

enfrentamiento directo con ella, no estaba al cien por cien, pero, como siempre, la acompañaba y la protegía una vez más en aquel incómodo operativo en el que le habían metido y que, como en tantas ocasiones, ella no había buscado.

Dima la quería, la amaba de verdad y desde siempre, como ella a él, y el hecho de saber que por sus venas corría la misma sangre, la llenaba de orgullo.

—Gracias —susurró.

Sabía que nunca habría palabras de agradecimiento suficientes para valorar todo lo que había hecho por ella a lo largo de los años. Dima la miró por el rabillo del ojo, frunció el ceño y fijó la vista de nuevo al frente. Ayshane se dio cuenta de que volvía a agarrar el volante con fuerza para después relajar las manos. Era un movimiento apenas perceptible que llevaba haciendo desde que salieron del búnker.

—Siento haberme peleado contigo, y no quiero que te sientas culpable por creer que me has convencido de hacer algo que no quiero. Tenéis razón, es la manera más rápida y eficaz para dar una oportunidad a los agentes.

—No me siento culpable, Ash. —La miró por el rabillo del ojo—. Estoy convencido de que si lo hubieras pensado en frío, tú sola te habrías dado cuenta de que es la manera más rápida y más eficaz —dijo fijando la vista de nuevo en la carretera—. Todo saldrá bien, no fallarás, y en unas horas nos estaremos riendo de todo esto.

—Sí, supongo —sonrió sin ganas—. Entonces, ¿qué te preocupa? —preguntó fijándose en los movimientos repetitivos de sus manos sobre el volante.

—Alicia.

Puso el intermitente y cogió la salida de la rotonda que había sobre el puente de Marqués de Corbera que los llevaba en dirección al barrio de San Blas.

—¿Alicia? —Frunció el ceño—. ¿Acaso te gusta? —preguntó divertida arqueando una ceja.

No le parecía mal que a su hermano le gustase la compañera de Erick y, además, no era quién para juzgarlo. Dima era guapo, alto, inteligente; un auténtico don Juan que podía tener a la mujer que le diese la gana, pero le llamaba bastante la atención que se hubiera fijado en la agente de esa manera, lo cual, por otro lado, tampoco le extrañaba.

—¿Qué?! —preguntó mirándola con sorpresa—. No digas tonterías. —Fijó la vista de nuevo al frente.

—No es ninguna tontería —respondió entre risas.

—Claro que lo es —Frunció el ceño.

—No, no lo es —rio—. Mírate en el espejo y dime si es una tontería.

Era posible que no fuese tan experta en perfiles como Jason, pero la cara de su hermano tenía el mismo color que una sopa de tomate.

—¡Oh, venga ya! No tienes de qué avergonzarte —repuso divertida—. Alicia es una chica muy guapa, y muy inteligente.

—No me avergüenzo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Yo soy el problema. —La miró por el rabillo del ojo, puso el intermitente, echó un vistazo por el retrovisor y giró hacia García Noblejas—. Me tiene miedo, Ash. Es extraño y... no sé.

—Eso no puede ser. —Negó con la cabeza—. Sabe que no le harías daño y, aunque así fuera, es una mujer fuerte. Sabría plantarte cara. No me sorprende en absoluto que te sientas atraído por ella. Es muy de tu tipo.

—¿Tú crees? —La miró de reojo arqueando una ceja—. Me parece que es más bien todo lo contrario.

—No te confundas Dima. Alicia es... como la anilla de una granada mal ensamblada que en cualquier momento puede explotar. Es tan solo cuestión de tiempo —«O quizás... de actitud».

—Si tú lo dices... —dijo encogiéndose de hombros.

Ayshane miró a través de la ventanilla. Estaban llegando. Comenzó a ponerse nerviosa de nuevo. El fugaz momento de relax entre hermanos había acabado.

Dima aparcó cerca de un parque que había entre la comisaría del distrito y el piso franco donde se suponía que los agentes esperaban. Miró a su alrededor. Varias pandillas de jóvenes en un banco cercano no les quitaban los ojos de encima.

San Blas era un barrio muy humilde, no todos los días se veía un coche de lujo como aquel. Llamaba demasiado la atención, y no era precisamente lo que andaban buscando.

—Creo que será mejor que deje el coche en otro lado —dijo Dima mirando a los curiosos que señalaban el coche.

—Entonces yo me bajo aquí —se desabrochó el cinturón, sacó el pinganillo de su bolsillo, se lo colocó, abrió la guantera y cogió su arma.

—Todo saldrá bien. —Puso una mano sobre la rodilla de su hermana y le dio un ligero apretón.

Ayshane miró la mano de Dima sobre ella, tuvo la tentación de apretar las rodillas en un acto reflejo y alejarse, pero luchó con todas sus fuerzas para no hacerle aquel feo. Sus fantasmas solo eran suyos, y no tenían por qué hacer daño a nadie más. Dima la quería, su amor hacia ella era puro y sincero. Su hermano, su único y verdadero hermano, no era un monstruo sin corazón.

Los tres agentes estaban en el salón de aquella vivienda de dos dormitorios que el cuerpo tenía para operaciones especiales.

No era de los pisos más grandes. Tampoco el más lustroso, pero tenía todo

lo necesario para albergar al menos a doce agentes en dos literas triples colocadas en cada una de las dos habitaciones. El salón comedor era muy amplio, con dos sofás, una enorme mesa central, sillas y un ordenador colocado en una esquina. El mobiliario era simple, barato, antiguo, y la cocina y el baño, minúsculos, pero tampoco es que fueran a hacer vida allí; ducharse y cocinar algo rápido para comer como mucho.

A pesar de estar preparado para albergar a una docena de agentes, nunca habían sido tantos los que habían ocupado un piso de aquellas características. Cuando los operativos necesitaban varios policías infiltrados o de campo, solían optar por pisos francos más grandes y espaciosos como la nave.

Jason se levantó de la mesa central en la que había varios documentos desperdigados. A través de un pen drive, Sergei había pasado información y falsas pistas que servirían de *atrezzo* a los agentes, y Alicia había recuperado algunos duplicados de dichos informes.

En cuanto llegaron, la agente conectó el ordenador de sobremesa que había en una esquina del salón y los imprimió. También dejó abiertas varias pantallas con las fichas policiales de algunos miembros de la *bratva* Ivanov que ya se encontraban en prisión por si a sus compañeros les daba por ojear en el equipo.

—¿Queréis una cerveza? —Se estiró al levantarse.

—No creo que sea momento para cervezas Jason —replicó Alicia comprobando que tenía el móvil en el bolsillo de su pantalón.

Era la tercera o cuarta vez que lo hacía. Metía la mano en su bolsillo, acariciaba el móvil y sacaba la mano para colocarla sobre la mesa y coger una foto, un informe o cualquier otra cosa para mantener las manos ocupadas.

Jason miró entonces a Erick. Su compañero no había dejado de vigilar la entrada desde que habían llegado como si su destino fuera a llamar a la puerta en cualquier momento. Puso los ojos en blanco y se fue a la cocina sin decirle nada. Abrió la nevera. Solo había cervezas, un par de paquetes de jamón york y un yogur caducado. Cogió una lata, cerró la nevera, abrió la lata y, antes de que fuera a dar el primer sorbo, se topó cara a cara con la muerte.

—¿Te has tomado la cápsula?

Pegó un ligero brinco. La cerveza se le cayó de las manos por el susto.

—¿Por dónde coño has entrado?

—Jason...

—¡Alice...! —gritó a su compañera desde la cocina—. ¡Pide refuerzos!

La obra había comenzado. Jason sacó la cápsula del bolsillo derecho de su pantalón, se la metió en la boca, echó la cabeza hacia atrás y se la tragó pero, para cuando quiso volver a mirar a la lugarteniente, ella ya le había disparado. Se llevó la mano al pecho, al orificio de bala, se miró la mano ensangrentada y alzó la vista hacia la lugarteniente.

—Lo siento —susurró apenada.

Primer blanco. Diana. Quedaban dos. Miró a Jason. El agente se tambaleaba e intentaba agarrarse a la encimera de la cocina. Se acercó a él, le ayudó a sentarse en el suelo, sobre el gran charco de sangre que se estaba formando y que burbujeaba con el líquido ambarino de la cerveza que se le acababa de caer. Antes de dejar que reposara sobre la nevera, comprobó que la bala había salido de su cuerpo, que no había quedado alojada en su interior. Siguió la trayectoria del disparo y vio la bala encajada en la puerta de la nevera.

Erick se asomó a la entrada de la cocina con el arma en la mano. Miró a Jason, que respiraba con dificultad, agarrándose el pecho con una mano que comenzaba a caer hacia sobre su muslo. Entonces miró a Ayshane, que estaba agachada junto a su amigo, pálida sobre un charco de vida. Sin levantarse, la lugarteniente miró a Erick. Él debía ser el siguiente. Jason ya había dado la orden para que los agentes se tomaran las respectivas cápsulas, aunque no estaba de más asegurarse. No quería correr riesgos.

—La cápsula —dijo en un hilo de voz.

Erick asintió con la cabeza.



Ayshane ladeo la cabeza hacia la ventana de la cocina que daba al patio interior. Las sirenas de los patrullas que se acercaban al piso franco comenzaron a escucharse no muy lejos.

Se levantó, miró a Erick, alzó su arma y apuntó al pecho. «Confío en ti», «Confío en ti», se repetía como un mantra. Pero de poco servía. «Maldita sea». Nunca le había temblado el pulso a la hora de disparar.

—Ayshane... —susurró—. Dispara.

Erick no se movió de su posición, parecía preparado, dispuesto a aceptar cualquier destino. Sabía que si fallaba podía morir, pero si no desaparecían del mapa, la muerte los esperaba de todas formas.

—No puedo. —Negó con la cabeza y bajó el arma—. No puedo, Erick.

—Ayshane... Si no lo haces tú, lo hará Adrik.

Las luces de los patrullas iluminaron la calle. Todo el salón se llenó de destellos azules intermitentes que, desde el exterior, advertían que ya estaban allí los refuerzos. Alicia entró a la cocina nerviosa. Los golpes del ariete que sus compañeros estaban utilizando para acceder a la vivienda resonaban de manera impetuosa en todo el piso.

Ayshane no se lo pensó dos veces. Era mejor pillarlos desprevenidos. El factor sorpresa favorecía que Erick y Alicia no se movieran y que ella no fallara, de modo que, sin pensarlo dos veces, disparó a la agente.

Alicia ahogó un grito. Los músculos de su cara se contrajeron de dolor. El arma que sujetaba se le cayó de la mano. Se acarició el orificio de bala en su cuerpo y se apoyó sobre la pared mientras caía resbalando por los fríos azulejos verdosos, ahora manchados de sangre inocente.

La lugarteniente se arrastró por el suelo para comprobar que el disparo que le había dado a la agente era correcto. Había demasiada sangre, y la sudadera negra que llevaba puesta no ayudaba a verificar el tiro en la distancia. Necesitaba comprobar que había dado en el blanco. Levantó la sudadera y la camiseta blanca teñida de sangre que la joven llevaba. Diana. Había hecho

diana. Volvió a colocarle la ropa. Al moverla, Alicia aquejó un débil y casi inapreciable gruñido de dolor. Ayshane la miró, la pastilla había comenzado a hacerle efecto, al igual que a Erick, a quien empezaba a costarle respirar.

Miró hacia la puerta, los agentes iban a derribarla de un momento a otro. No podía permitirse el lujo de perder más tiempo.

—Tendréis compañía en menos de quince minutos —escuchó que le anunciaban por el intercomunicador—. La Brigada también ha recibido el aviso de la comisaría y se dirigen para allá —informó Sergei.

Tenía que disparar a Erick, y tenía que hacerlo ya. Se levantó, sus pantalones y sus manos estaban pringados de sangre. Sangre de Jason, de Alicia.

Dima entró entonces por la ventana de la cocina por la que ella había accedido a la vivienda. La vista se le fue hacia la agente que, como había hecho él unas horas antes, agonizaba en el suelo, en la entrada de la cocina. Miró a Jason, que parecía ya bajo los efectos de la resurrección y, por último, a Erick, a quien su hermana no había disparado todavía pero que, poco a poco, moría debido a los efectos de la pastilla.

—Ash... Se nos acaba el tiempo...

—No... No puedo, Dima. —Dio un paso hacia atrás, hacia su hermano.

Bajo sus pies, un gran charco de sangre teñía el color verde moho del suelo de la cocina. A cada paso, sentía como si pisará un lodazal. ¿Por qué había tanta sangre? Toda aquella sangre no era normal. ¿Y si los había matado? Habían modificado la dosis de los venenos y la composición de los antídotos para evitar que los agentes perdiesen demasiada sangre, algo que no hicieron con Dima y que le costó más horas de recuperación de las necesarias. ¿Y si la modificación que habían hecho en la composición había alterado sus efectos? El pánico se apoderó de ella.

—No puedo —susurró.

—Maldita sea... Lo haré yo. —Encañonó su arma apuntando al agente.

—¡No!

Se le heló la sangre. Por un momento dejó de respirar, de moverse. Y como si el incesante movimiento de la Tierra hubiera comenzado a ralentizarse vio a Erick caer muy despacio, a cámara lenta, como un muñeco de trapo.

Al darse cuenta de lo que acababa de hacer, dio un paso al frente con intención de acercarse a él, pero los refuerzos de la comisaría del distrito que había al otro lado del parque derribaron la puerta y entraron en tropel en la vivienda. Dima le agarró del brazo y tiró de ella con fuerza hacia la ventana de la cocina por la que habían entrado.

—¡No! ¡Espera! —Se revolvió.

Necesitaba comprobar que había disparado... que Erick... que la bala...

—¡Dima, no! —gritó desesperada intentando zafarse de él.

Su hermano tiró de ella con todas sus fuerzas. La obligó a girarse hacia él y la miró. Ayshane tenía la cara desencajada, todo su cuerpo temblaba como una guirnalda vapuleada por el viento, respiraba agitada y no dejaba de mirar el cuerpo del agente.

—¡Conseguirás que nos maten! —La zarandéó en un intento por hacerla reaccionar y la empujó hacia la ventana.

Los refuerzos entraron a la cocina. Ayshane miró a Erick por última vez antes de saltar por la ventana de aquel primer piso. «Espérame en el infierno mi pequeña krait», pensó cuando aterrizó en el patio interior.

Rezó porque no le hubiese matado. Erick se tambaleaba cuando le disparó, su respiración era entrecortada y comenzaba a tener espasmos. Los movimientos involuntarios provocados por la resurrección podían haber hecho que a pesar de su innata puntería hubiese fallado. Había menos de un milímetro de diferencia entre la falsa muerte que debían aparentar y una vuelta sin retorno.

Uno de los agentes de la comisaría les disparó justo en el momento en el que Dima saltaba tras ella.

—¡Mierda! —Se llevó la mano al bíceps en cuanto aterrizó en el suelo.

—¡Dima! ¿Estás bien? —Comprobó el brazo de su hermano.

Por suerte, la bala solo le había rasgado la chaqueta de cuero negra, pero estaban acorralados. El agente que le había disparado en la cocina les apuntó desde la ventana.

—¡Vamos! —Tiró de él en dirección a la puerta del patio de luces que daba al portal.

Estaba abierta, pero cuando quiso salir, uno de los agentes que acaba de entrar por la puerta principal como refuerzo corrió hacia ellos. Ayshane se sujetó con ambas manos en la pared y, como si saltará una valla, le placó de una patada con ambos pies sobre el pecho. El joven, que cayó de mala manera y se golpeó la sien contra la barandilla, se quedó inconsciente en mitad del estrecho pasillo. La luz del portal se encendió y un segundo agente entro desde la calle. Iba a dispararle con su arma, pero al apretar el gatillo se dio cuenta de que estaba descargada. Salió del búnker con tres balas en la recámara y ya las había usado. Su hermano había cogido cargadores, pero no le había dado tiempo a poner ninguno.

—¡Al suelo! —gritó Dima a su espalda apuntando al agente.

Ayshane se agachó y su hermano abatió al pobre hombre con un disparo en la cabeza. La agarró del brazo y la ayudó a incorporarse.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo entre dientes—. Carga la maldita arma. ¡Ahora! —ordenó cubriéndola.

Ayshane sacó el cargador del hueco de una de sus botas, lo colocó sobre la culata y con un golpe seco lo encajó. Miró a Dima. Parecía enfadado, y estaba en todo su derecho. No había hecho más que meter la pata una y otra vez.

Si hubiese disparado a tiempo, habrían escapado antes de que llegaran los refuerzos; si no hubiese intentado acercarse a Erick, habrían tenido unos segundos más para escapar, segundos que, con su adiestramiento, habrían supuesto una gran ventaja.

«Si sientes, morirás». Las palabras de su madre estallaron como la traca final de unas fiestas en su cabeza. «Y una mierda». Ella no iba a morir, su hermano no iba a morir, y los agentes iban a sobrevivir, pero, para conseguirlo, tenían que salir del edificio cuanto antes y escapar. Cuanto más tardasen en salir, más tardarían en llamar al forense y en recuperar los cuerpos. Salir de allí ya no era solo cuestión de supervivencia, sino también de recuperar las vidas que acababa de dejar en *stand by* en el primer piso.

—Sergei va para allá. Llegará en menos de un minuto —escucharon que su padre decía por el pinganillo—. Subid a la azotea. Él os cubrirá.

«Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás», canturreó en su cabeza.

«Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás», siseó como la cascabel que mueve su cola.

«Tic, tac, tic, tac, no te escondas, no escaparás», miró por el rabillo del ojo hacia las escaleras.

«Tic, tac, tic, tac, te encontré, aquí estas».

Ayshane enarcó una ceja, miró a su hermano, cargó el arma y sonrió con aquella espelúznate y sensual sonrisa que hacía temblar hasta a la mismísima muerte. Dima suspiró aliviado y le devolvió la sonrisa. La Mamba Negra se había dignado a hacer acto de presencia. Con suerte, tendrían alguna posibilidad.

—Las damas primero. —Hizo una reverencia señalando hacia las escaleras.

No parecía que los refuerzos del exterior se atrevieran a entrar. Desde el hueco de la escalera, Ayshane pudo apreciar el cañón del arma de un agente y la bota de otro. Con un ágil movimiento subió un par de peldaños. Uno de los

policías disparó, pero no dio en el blanco, aunque estuvo cerca.

Dima se colocó a los pies de la escalera, escogió el ángulo de tal manera que los agentes del primer piso no pudieran hacer diana en él. Se colocó de espaldas a su hermana y cubrió la puerta principal del portal, pero sin perder de vista la puerta que daba al patio. Alguno de los agentes que suponía que había en el interior del piso franco podía saltar por la ventana de la cocina, como habían hecho ellos.

Ayshane disparó a uno de los policías apostado del primer piso. No los tenía a tiro, pero sirvió para disuadirlos lo suficiente como para que le diese tiempo a subir hasta el rellano y disparar en la rodilla a uno de ellos. Aprovechó que el hombre se llevaba la mano a herida para asestarle una patada en el pecho que provocó que se golpeará con la cabeza en la pared. Dima la siguió y disparó otro segundo. Hizo diana en el hombro cuya mano empuñaba un arma, lo que provocó que la soltara. Ayshane dio una vuelta sobre sí misma y le noqueó con una patada en la cabeza. Por la puerta del piso franco apareció otro joven policía a quien la lugarteniente derribó con una patada y lo empujó hacia las escaleras. El pobre policía intentaba mantener el equilibrio, pero Dima aprovechó el impulso que ella le daba y, como el ariete que habían utilizado para derribar la puerta, empotró la cabeza del agente contra la pared y le dejó fuera de servicio.

Corrieron hasta el segundo piso subiendo las escaleras de dos en dos. Otro agente salió de la vivienda en la que Erick, Alicia y Jason reencarnaban a Blancanieves, pero Dima le abatió con un disparo rápido y certero en el cuello.

Las luces del portal se apagaron. Solo contaban con los rayos de la luna menguante que se alzaba en el cielo y se colaba entre los ventanucos de los rellanos de la escalera, pero ellos siguieron subiendo sin descanso hasta el sexto piso.

Una cochambrosa puerta de madera repintada y cerrada con un pequeño y despeluchado trozo de cuerda de tender les saludó sin mucho ánimo de oponer resistencia. Ayshane alzó una mano hacia su hermano sin mirarle. Sabía que Dima llevaba siempre en el tobillo una funda con una mariposa que ella le había regalado años atrás y de la que nunca se separaba. Él se la dio y

ella la abrió con la destreza y el dominio de alguien acostumbrado a hacer estrafalarias acrobacias con aquella afilada navaja. Cortó la cuerda con un movimiento rápido, le devolvió la mariposa a su hermano y abrió la puerta. La noche fresca condensó sus rápidas exhalaciones. Observó la azotea desde el rellano. A unos pasos frente a ella había una chimenea de ventilación. Se fijó en los rebordes de ladrillo. La luz ambarina y tenue que llegaba de las farolas de la calle fue suficiente para que pudiese ver el brillo de una lente. Le dio un toquecito con el pie a Dima para que se girara y mirase hacia donde ella le indicaba.

Se miraron, no hizo falta más. La compenetración entre ambos era tan exquisita que en ocasiones no necesitaban hablar para saber lo que uno quería del otro. Por eso eran tan buen equipo, por eso formaban uno de los binomios más peligrosos entre las *bratvas*, por eso eran tan temidos como cotizados.

Dima hizo un brusco movimiento para cambiar de posición y se colocó en el lado derecho del marco de la puerta, pero sin salir al exterior. Alguien le vio y disparó desde la chimenea que había frente a ellos, pero gracias a las luces y las sombras del portal, no dieron en el blanco. Y Ayshane consiguió lo que se proponía, corroborar que quien había tras aquel conducto de ventilación no era Sergei. Dedujo debía ser un francotirador de la Brigada que contaba con la ayuda de un subfusil de asalto automático, muy preciso y de gran alcance.

—¡Mierda! —dijo entre dientes.

No se movieron de su posición. Estaba cada uno a un lado de la puerta, fuera de la línea de fuego y con las armas cargadas, dispuestos y preparados para defenderse, pero estaban acorralados.

Durante unos segundos, todo permaneció en silencio, hasta que un disparo se hizo eco en el exterior. Ayshane se asomó con mucho cuidado de no ponerse a tiro. Buscó el brillo de la lente del tirador que había frente a ellos, escondido tras la chimenea, pero no lo veía. La luz que llegaba de las farolas de la calle no era suficiente si no iluminaba desde el ángulo correcto las lentes de los subfusiles. No había manera de ubicar la posición exacta de los francotiradores, porque estaba segura que había más de uno.



La noche había caído, y si el hombre o los hombres que los asediaban desde la azotea eran agentes de la Brigada, supuso que además irían camuflados con ropas negras y chalecos antibalas, lo que complicaba aún más las cosas.

—Flanco izquierdo despejado —Escucharon por el intercomunicador—. Vayan hasta la chimenea hacia ese lado y cúbranse.

Con un movimiento de cabeza, Ayshane ordenó a su hermano que saliera. Ella le cubriría. Se agachó y esperó a que Dima corriese para ponerse a cubierto tras la salida de ventilación del flanco izquierdo que Sergei acababa de despejar.

Dima no se lo pensó dos veces, corrió todo lo rápido que pudo, se tiró al suelo de plaquetas naranjas que recubría la azotea y se dejó deslizar hasta la chimenea. Una lluvia de balas de procedencia desconocida cayó sobre él, pero fue más ágil y consiguió salir de allí sin quedar como un colador. Con la espalda pegada a los ladrillos, rodeó la columna de ventilación para colocarse fuera de tiro. Entonces miró hacia la chimenea central desde donde les habían disparado y vio al agente que Ayshane había descubierto. Se encontraba de rodillas en el suelo y se agarraba el tobillo. El joven se percató de su presencia y le apuntó, pero Dima fue mucho más rápido y un tiro en la cabeza acabó con su vida.

—de fuego despejada —informó Sergei—. No salga. El flanco derecho aún cuenta con refuerzos. Espere a mi señal.

Ayshane acató la orden y esperó. Su hermano y Sergei tenían cubierta la azotea, así que se limitó a permanecer en silencio, vigilante y pendiente de los agentes que sabía que podían andar por el edificio.

Escuchó un disparo y la sombra de alguien que se acercaba con cautela se reflejó en el suelo anaranjado de la azotea. Se preparó para ser atacada y saltó sobre Dima, haciendo que ambos salieran rodando por los suelos.

—¡No vuelvas a hacer eso! —gritó al darse cuenta que era su hermano—. ¡Podría haberte matado! —Le agarró por las solapas de la chaqueta y le zarandeó.

Le soltó, se apoyó sobre su pecho con una mano, se levantó y se guardó el arma en las lumbares.

—Puede saberse qué es lo que te hace tanta gracia? —Le tendió una mano y le ayudó a levantarse.

Dima se levantó del suelo sonriendo de medio lado.

—Te lo digo en serio, Dima. No vuelvas a hacerme algo así.

—¿Crees que serás capaz de saltar hasta ese edificio? —Dima señaló la azotea del inmueble desde donde Sergei les había cubierto.

Entre ambos bloques habría una distancia de unos tres metros y una caída de seis. Ayshane le miró y arqueó una ceja.

—La Mamba Negra salta, las Víboras solo reptan —sonrió—. Ten cuidado y no te caigas.

Ayshane salió corriendo hacia el borde del abismo. Salvó el pequeño reborde con la altura de un escalón que rodeaba toda la azotea, se impulsó y saltó hacia el edificio de enfrente. Cayó sobre su hombro en el suelo dando una vuelta sobre sí misma. Cuando se levantó, saludó al imaginario público con amplias y graciosas reverencias sin dejar de mirar a su hermano.

Dima hizo lo propio, salió corriendo hacia el borde de la azotea, se impulsó, pero cuando se disponía a saltar, un agente apareció por la cochambrosa puerta. Ayshane le vio, sacó su arma y disparó a matar en el momento en el que su hermano se precipitaba al vacío, pero la intrusión del agente hizo que Dima perdiese impulso cuando se lanzó hacia el edificio donde ella le esperaba.

—¡Dima! —gritó horrorizada a la vez que soltaba el arma.

Corrió hacia el borde de la azotea y miró hacia abajo. Su hermano se agarraba al alfeizar de la baranda de ladrillo que la rodeaba con ambas manos.

—Joder que susto... —dijo, y con un suspiro se llevó la mano al corazón.

—Ayúdame a subir... —gruñó impulsándose hacia arriba.

Ayshane se puso de rodillas. Apoyó sus caderas y la cara externa de sus muslos en el muro bajo de ladrillo, agarró a Dima por los codos y tiró de él hacia arriba. Cuando por fin estaba a salvo, se lanzó sobre él y le abrazó con todas sus fuerzas. Por un momento, creyó haberle perdido.

A Dima le pilló tan fuera de juego la reacción de su hermana que mantuvo los brazos laxos a ambos lados del cuerpo antes de abrazarla. Le acarició el moño, la apretujó contra su pecho y se separó un poco, pero solo lo que ella le permitió, pues le agarraba tan fuerte que ni la tímida brisa de la noche podría haber sido capaz de hacerse hueco entre ellos. Consiguió meter las manos entre los brazos de ella, acunó sus mejillas y la besó en la frente.

—Estoy bien Ash... —Volvió a abrazarla, puso una mano sobre su nuca, la acercó a él y la besó en la sien—. Solo ha sido un susto.

—Será mejor que desaparezcan —escucharon por el pinganillo—. Los espero en el búnker.

Un gran felino salvaje recién enjaulado. Eso era lo que Ayshane parecía dando vueltas por el garaje. Su pisada era firme, pausada. Controlaba en todo momento la entrada como si fuese a saltar sobre el primer ingenuo que osara atravesar las puertas del elevador. Unas manchas rojizas y reseca marcaban una de sus mejillas. Se asemejaban a las que mostraría un mecánico tras frotarse la cara después de arreglar una moto sin haberse lavado las manos antes. La ropa negra se acartonaba allí donde la sangre de los agentes se había adherido a ella. No se veía, pero el rígido movimiento de la tela les recordaba a todos que estaba allí. Y era mucha. Demasiada.

Dima tuvo que llevarla hasta el búnker casi a rastras. Bajaron por las escaleras de uno de los edificios a los que accedieron a través de la azotea, consiguieron dar esquinazo a los pocos agentes que los perseguían y llegaron al R8 que había dejado aparcado cerca de Canillejas, a unas cinco manzanas de donde se encontraba el piso franco, pero ella dijo que se volvía. Quería ir en el furgón con los agentes y estaba segura de encontrar la forma de acercarse sin ser detectada y acceder al interior del vehículo del hombre que

debía trasladar los cuerpos hasta allí. Pero Dima no la dejó marchar. Estuvo a punto de atarla al asiento del copiloto para poder retenerla. De camino al búnker, hizo incluso el amago de tirarse del R8 en marcha, pero su hermano consiguió disuadirla, aunque eso no le libró de una buena somanta de golpes en cuanto se bajó del coche en el garaje.

Habían llegado hacía tan solo un par de horas. Su padre había conseguido separarlos antes de que le hiciera a Dima algo de lo que pudiera arrepentirse. También les había informado de que Sergei ya tenía el quirófano preparado para atender a los agentes en cuanto llegaran, pero no les dijo mucho más, pues se sintió intimidado por su propia hija, a quien parecía no haber visto nunca en aquel estado de aparente enajenación mental.

En sus veintitrés años de vida, Ayshane nunca se había mostrado tan trastornada por nada, y era mucho por lo que había pasado. No le había tocado, ni tan siquiera le había dirigido la palabra, pero con tan solo mirarla a los ojos se podía ver que había llegado a la frontera de su capacidad para razonar la situación de manera coherente. Dima, por su parte, tampoco parecía estar mucho mejor que ella. Cualquiera que no le conociera lo suficiente podría pensar que estaba calmado, tranquilo y satisfecho por cómo había salvado el plan a pesar de las complicaciones a las que habían hecho frente, pero ella le conocía perfección, y de la misma manera que era mejor dejar que la mamba que moraba en su interior se calmara antes de acercarse a ella, sabía que la víbora que merodeaba en las profundidades de su hermano lo disponía a atacar a cualquiera que le rondase más cerca de lo debido.

Sergei apareció por el arco del garaje con un pijama verde, como los que llevaban los médicos en el quirófano. Cuando llegó, las puertas del elevador se abrieron y el furgón del forense comenzó a entrar despacio.

—Dima —Sergei le miró preocupado—. Sujétala —dijo extrayendo una jeringuilla de uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Qué ocurre? —preguntó nerviosa dando un paso hacia atrás.

Los agentes iban monitorizados con equipos que controlaban sus constantes vitales. Sabía que Sergei estaba en contacto directo con el forense que conducía el furgón hasta allí. Parecía preocupado y había ido a recogerles

él mismo hasta el garaje. No los había esperado en el quirófano. ¿Por qué no les había esperado allí?

—Sergei... ¿Qué ocurre?

Ayshane no esperó una respuesta, se abalanzó sobre las puertas traseras del furgón y las abrió. Dima la cogió en volandas por la cintura. Ella comenzó a dar patadas en el aire. El chirriante sonido de una de las máquinas se coló por las puertas entreabiertas. Se revolvió.

—Ash... Tranquilízate —dijo apretándola contra su cuerpo.

Ayshane se revolvía con toda sus fuerzas. Sergei se acercaba a ellos con la jeringuilla en la mano mientras su padre abría las puertas del furgón de par en par. Miró las tres máquinas antes de que el cuerpo de Sergei se interpusiera entre los agentes y ella. La máquina que pitaba era la Erick. Y lo hacía de manera estridente, avisando de que algo no iba bien.

—No. —Se llevó las manos a la boca.

Dejó de patear. Como un peso muerto se quedó sujeta entre los brazos de su hermano. «Erick. No, Erick. ¿Qué he hecho? Dios mío, ¿qué he hecho?»

Sergei aprovechó aquella fracción de segundo en el que la lugarteniente dejó de revolverse para pincharle un suero en el hueco del cuello.

—Pero qué... —Se asustó—. ¡¿Qué me has hecho?! ¡¿Qué ocurre?! ¡Sergei, maldita sea! —gruñó entre dientes revolviéndose, pero las fuerzas comenzaban a fallarle—. ¡¿Por qué pita ese cacharro?!

Sergei tapó la aguja, se guardó la jeringuilla en el bolsillo del pantalón y sacó la camilla de Erick con la ayuda del forense y de su padre. La dichosa maquina no paraba de gritar pidiendo que alguien le ayudara.

—¡Erick! —gritó—. ¡No! —Se revolvió con todas sus fuerzas hasta que consiguió zafarse del agarre de su hermano.

—¡Ash, no! —Intentó agarrarla del brazo pero escapó.

La lugarteniente fue hasta la camilla de Erick. No sabía qué era lo que le había inyectado Sergei, pero estaba empezando a marearse. Se apoyó sobre los barrotes metálicos y sacudió la cabeza, abrió del todo la bolsa de plástico negra para cadáveres, se agarró de nuevo a los barrotes para evitar caer sobre el cuerpo del agente, le levantó la camiseta negra de manga corta que llevaba. El tiro había sido certero. Había hecho diana, o eso creía, pues no era capaz de enfocar el orificio de entrada de la bala.

—¿Qué le ocurre? —balbuceó.

Sergei no se molestó en contestarle, empujó la camilla de Erick en dirección al quirófano. Ayshane fue a seguirle, pero como si la hubiesen desconectado de su batería, cayó de rodillas en el suelo.

—¿Qué... me ha...?

Casi no podía articular palabra. La lengua le pesaba, el cuerpo no reaccionaba a los impulsos de su cerebro, los párpados se le cerraban.

—Llévala a su habitación.

Escuchó decir a su padre justo antes de perder el conocimiento. Dima recogió del suelo el cuerpo de su hermana mientras Eduard ayudaba al forense a sacar las camillas de Alicia y Jason. No pudo evitar mirar hacia atrás antes de abandonar el garaje. La máquina de la agente marcaba un correcto funcionamiento de sus constantes teniendo en cuenta que la resurrección hacía que esas constantes fuesen lentas y casi inapreciables. La de su compañero también. Miró entonces a Ayshane. Su cabeza colgaba con delicadeza hacia un lado y le besó en la frente.

—No te mueras, o ella morirá contigo —dijo para sí.

*Estoy sentada en un taburete en la cocina. Mat' está haciendo galletas. Sabe que a Elenka le gustan mucho las galletas. Hoy es su cumpleaños. Mat' siempre preparará galletas para su cumpleaños. Sabe que le gustan. Sabe que nos gustan. Solo nos prepara galletas en nuestro cumple, o si nos portamos bien. Elenka y yo siempre nos portamos bien. Somos buenas. Adrik no. Adrik es malo. Solo es bueno cuando Mat' está conmigo. Dice que me quiere mucho más que a Elenka, que soy su muñeca, que siempre me cuidará, como Otets cuida a Mat', pero yo no quiero que me cuide, no me gusta. Yo no soy una muñeca, yo no soy suya. Mat' dice que soy de Otets, que soy de Ta-i-yo.*

*Otets ha llegado. Ha estado fuera, con el abuelo. Siempre que llega me coge y me hace volar, yo me río. Me gusta que Otets me haga volar, pero hoy no quiero volar. Me duele. Si Otets se entera que me duele se enfadará con Mat'. Yo no quiero que se enfade con Mat'. Mat' no me hace daño, bueno, sí, sí me hace daño, pero luego me cura, me cuida, no como Adrik. Él me pega, me toca. No quiero que me toque. Ayer me pegó, intentó romperme la pierna porque gritaba. No le gusta que grite, dice que es de cobardes. Yo no soy cobarde, pero no me gusta lo que me hace. No me gusta que me toque. A Elenka no se lo hace. Hoy es su cumple. Si Otets se enfada con Mat', Elenka se enfadará conmigo. Dice que soy tonta, que soy una niña mimada. No sé qué es eso, pero no me gusta, yo no soy tonta. Dice que Mat' siempre discute con Otets por mi culpa. Que siempre estropeo sus fiestas. Yo no quiero estropear la fiesta de Elenka. Pero no quiero que Otets me coja. Me duele la pierna, y... Me hizo daño, y sangre, había sangre. Se asustó, me hizo limpiarme, lamer con la lengua la sangre del suelo.*

*—Eduard, estate quieto. —Mat' se revuelve divertida.*

*Se ríe. Intenta escapar de los brazos de Otets. Juegan, parecen felices. No parece que estén enfadados. Puede que Elenka tenga razón, puede que sea mi culpa. A lo mejor solo se enfadan por mi culpa.*

*—No puedo. Eres demasiado perfecta... —Otets la besa en el cuello—. Y,*

*además, te quiero. —La abraza por la cintura desde atrás.*

*Mat' deja de amasar la pasta de galletas que estaba preparando para el cumpleaños de Elenka. Se da la vuelta, mira a Otets, pasa los brazos por encima de sus hombros. Sonríe. Es feliz. Mat' quiere a Otets. Yo también quiero a Otets.*

*—También sé que eres un zalamero. —Le da un cariñoso golpecito en la punta de la nariz—. Y que lo único que pretendes es comerte la masa de las galletas sin hacer —sonríe.*

*Otets me mira. Yo no me he movido del pequeño taburete que hay en la isla de la cocina desde que llegué allí para ver a Mat' cocinar. Me gusta verla cocinar. Otets se acerca. No quiero que me coja. Me duele. Se enfadará con Mat'. Discutirán. Dice que es muy dura cuando me enseña. Que solo soy una niña. Mat' es dura, me hace daño, pero me cuida, y yo quiero aprender. Para poder cuidar también de Otets, para poder cuidar a Mat', para que Adrik no me toque, para que no me pegue. Yo no quiero que se enfade con Mat'. Es mi culpa. Adrik me hace daño porque soy débil. Mat' solo intenta enseñarme para que no me hagan daño, para que pueda defenderme.*

*—¡Dima! —grito y alzo ambas manos al aire cuando le veo entrar por la puerta de la cocina.*

*Intento bajar del taburete. Despacio. La pierna me duele pero aprieto los dientes, agacho la cabeza, frunzo el ceño y me aguanto. Mat' siempre dice que el dolor está en nuestra cabeza. Me concentro. El dolor solo está en mi cabeza, el dolor solo está en mi cabeza. No quiero que Otets note que me duele. Miro a Dima. Dima me gusta. Es más mayor que Adrik. Es más fuerte que él. Él es bueno conmigo. Él no me hace daño. También me enseña. Me cuida. Me gusta cómo me cuida Dima. Ojalá Dima fuera mi hermano.*

*—Eduard —Dima saluda a Otets.*

*Me mira. No quiero que me mire. Dima es listo. Dima se da cuenta cuándo me duele, cuándo Adrik me hace daño. Yo no se lo he dicho, pero él lo sabe, y se enfada cuando me pregunta y yo no le cuento por qué me duele, pero él no es tonto. Quiere que le diga qué me pasa, pero yo no quiero contárselo.*



*Me da vergüenza. Pensaré que soy débil. No quiero que piense que soy débil. Tampoco se lo quiero decir a Mat'. Seguro que se enfada conmigo y no quiero que Mat' se enfade conmigo, ni que Otets se enfade con Mat'. Hoy es el cumple de Elenka. Si se enfadan, Elenka se chivará a Adrik, y el volverá a hacerme daño. Ayer prometió que no volvería a tocarme. Creo que se asustó cuando vio la sangre. Me llevó al baño. Me desnudo. Me tocó. Pero dijo que era la última vez, que solo quería ver que estaba bien. Me lavó, y se marchó.*

*Me duele la pierna. El dolor solo está en mi cabeza, el dolor solo está en mi cabeza.*

—Ash... —Dima acarició la mejilla de su hermana.

Ayshane estaba soñando y... llorando. Ayshane lloraba en sueños, donde nadie podía verla, y sus lágrimas eran reales. Se podían tocar, se podían sentir y, con cariño, Dima trataba de limpiárselas, como si con aquel gesto consiguiera de alguna manera borrar el dolor.

Habían pasado doce horas desde que habían llegado los agentes en el furgón forense. Dima la inmovilizó para que Sergei pudiera pincharle un tranquilizante. Erick estaba muy grave y era preciso atenderle rápido y sin presión, y el estado de nervios en el que se encontraba la lugarteniente no ayudaba. Cayó redonda al suelo a los pocos minutos de inyectarle el suero. Eduard le ordenó que la dejase en su cuarto y eso hizo. Pero antes de marcharse para ayudarles con los cuerpos de Erick, Alicia y Jason, se aseguró de inmovilizarla. La ató de manos y pies como a un animal y la dejó tumbada de lado sobre el suave edredón negro que cubría su gigantesca cama.

Dima conocía a su hermana. Habían sido muchos años observándola, descubriendo en la distancia, a hurtadillas, que bajo todas esas capas de fría escarcha endurecida por años de abusos había una mujer apasionada, de gran temperamento, a la que no le importaba arriesgar su vida por los demás poniendo en peligro su propia integridad si era necesario. Con demasiado corazón para ser la lugarteniente de una *bratva*, con humanidad suficiente como para juzgarse a sí misma con total crueldad por actos que otros consideraban propios y normales de aquel mundo. Con la fuerza necesaria como para sobrellevar el peso de ser quien era, de aceptar su destino por el

bien de su familia. La misma familia que había abusado de ella, que la había convertido en un ser tan temido como respetado, y de quien las malas lenguas se atrevían a decir que no tenía corazón.

—Ash... Ash despierta —susurró acariciando el reguero que las lágrimas habían dejado a su paso por sus mejillas.

Había dejado de llorar. El tempo de su respiración ya no era tan profundo. Estaba volviendo en sí, Ayshane regresaba poco a poco del único lugar donde se permitía llorar.

Olía a desierto, a calima mojada, a noche de tormenta, a pureza, a frescor, a Dima. Inspiró profundamente. Intentó mover las manos, y abrió los ojos de golpe. Estaba atada. Tumbada sobre la cama. Su hermano estaba sentado a su lado, la miraba triste, cansado. ¿Por qué estaba atada? Comenzó a respirar nerviosa. ¿Por qué Dima la había atado de pies y manos? El pánico se apoderó de ella.

—Ash, tranquila... —Alzó una mano para acariciarla.

—Suéltame. —Intentó reptar hacia atrás para alejarse de él.

Dima la miró como si acaba de ver un oasis en medio del desierto. Ayshane temblaba, la luz de su mirada se había teñido de un intenso horror, intentaba soltarse, alejarse de él.

—¡Oh, Dios mío!

Se subió el bajo del vaquero negro que todavía no se había cambiado desde que habían salido del búnker en aquella tarde otoñal en dirección al piso franco. Sacó la mariposa de la funda tobillera, la abrió sin pararse a alardear en ningún tipo de movimiento y le cortó las cuerdas con las que había atado las muñecas de su hermana.

—Perdóname, no tenía ni idea. —Se levantó, fue hacia la cuerda que rodeaba sus tobillos y la cortó—. Perdóname, Ash. —Suplicó—. Por favor.

Ayshane se arrastró sobre la cama y se hizo una pelota en el lado opuesto,

lejos de él, sentada, con la espalda apoyada sobre el terrario que había en el cabecero y la cabeza escondida en el hueco de los brazos con los que se rodeaba las temblorosas piernas.

—Ash, perdóname. Yo no pretendía... te juro que no... —Se llevó las manos a la cara y se la tapó impotente—. Yo jamás te pondría una mano encima. —Agachó la cabeza al ver que no le miraba.

La lugarteniente alzó la vista hacia él. Dima permanecía al otro lado de la cama. Había dejado la mariposa sobre el edredón y sus brazos caían sin vida a ambos lados de su cuerpo.

*—¿Y esas marcas? —preguntó con la mirada fija en los desgarros de sus muñecas.*

*—¿Esto? —Miró su despellejada piel.*

*Intentó ocultar con los puños de su jersey las profundas quemaduras que le habían dejado las cuerdas con las que Adrik la había atado aquella vez y de las que ella había intentado soltarse en un intento por escapar.*

*—No es nada. ¿Nos vamos?*

*—¿Por qué me has atado? —preguntó con un hilo de voz.*

—Porque cuando te diga lo que he venido a contarte... —La miró de medio lado sin llegar a alzar la cabeza del todo hacia ella—. Cuando te lo diga querrás salir corriendo —suspiró y volvió a agachar la cabeza—. Y yo... estoy agotado, Ash. —La miró—. No... no creo que pueda siquiera intentar retenerte. —Se sentó con cautela sobre la cama—. Por favor. Soy yo. —Se señaló con ambas manos sobre el pecho—. Soy Dima. Yo jamás... —Ahogó un suspiro.

Ayshane no se acercó. Le miró desde el otro lado de la cama, parecía dolido, arrepentido.

—Por favor. No te alejes de mí, no... —Le tendió una mano con la palma

hacia arriba.

Ella se quedó mirando la mano que su hermano le tendía. Alzó la vista hacia sus ojos. Dudó. Dima la miraba con temor, como si hubiera cometido el mayor error de su vida, afligido y desolado. Dima... Dima no la miraba como Adrik cuando le decía una y otra vez que no volvería abusar de ella. Los ojos de su hermano, eran dos pozos desolados, mientras que los de Adrik siempre se habían mostrado huecos, sin arrepentimiento, pena, ni dolor. Dejó caer la mano sobre el edredón en un puño apretado. Muy despacio, fue acercándose a él. No la miraba, no alzaba la vista hacia ella. Dima no era como Adrik. Dima la quería, siempre la había querido. Se había mantenido a su lado, siempre la seguía allá donde fuera para asegurarse que estaría bien, había aceptado morir por ella para después volver a su lado y ayudarla a acabar con Adrik, abandonando su vida para aceptar vivir como un fantasma, a la sombra, siendo olvidado por los pocos que habían tenido la gran suerte de conocerle.

Le quería, le quería muchísimo, y nunca se lo había dicho. Como tampoco se lo había dicho a su madre, ni a su padre. Puede que ni tan siquiera se lo hubiera demostrado. Se llevó la mano al pecho, a su corazón. Cerró los ojos, una lágrima cayó por sus mejillas. Pocas eran las barreras que protegían su corazón a esas alturas, miró a su hermano, y puede que, quizás, la última de ellas cayera sobre los escombros del resto. Alzó una mano y le acarició una mejilla. Dima la miró entonces. Su hermano tenía ojeras, los ojos vidriosos por lágrimas contenidas. Sufría. Sus fantasmas habían conseguido lo que se proponían desde hacía muchos años. Herir a su hermano, a su padre, a su madre. «Solo quien ama de verdad, lucha hasta su último aliento». Pensó en las palabras que Rina le había dicho antes de salir de su habitación la noche de la puja, cuando la consoló. Ekaterina también la quería. Tanto Rina como su hermano habían luchado hasta el último aliento por liberarla de su pasado, y a ella tampoco le había dicho nunca que la quería.

«Saya merecía vuestro amor de la misma manera que tú mereces ser amada», le había dicho. Y la Madame tenía razón. Como la propia Ayshane, su madre había matado para proteger a su padre, para protegerlos a todos y aun así, su padre la quería, ella también la quería. No la querían menos porque hubiese matado o porque fuera una asesina. Dima también había

matado para protegerla a ella, para proteger a su madre y a su padre, y eso tampoco impedía que ella le quisiera menos, todo lo contrario. Pero nunca se lo había demostrado. No como su madre lo había hecho con ella, no como su padre había intentado demostrárselo o como Dima había hecho tantas veces.

De rodillas, sobre la cama, se acercó a él, apoyó la cabeza sobre su pecho y le abrazó. El corazón de su hermano latía con vigor. Dejó que esa fortaleza la envolviese, que se llevase consigo sus temores, sus miedos. Dima no iba a hacerle daño. Había sido tan solo un error, algo que no habría sucedido si ella se hubiera apoyado en él, si le hubiera contado que atarla era la única forma que tenía Adrik para poder forzarla cuando era tan solo una adolescente. Pero no habló de ello ni con Dima ni con nadie, como si callarse fuera una forma de olvidarlo, de creer que no había ocurrido. Solo había sido un mal sueño. Pero no lo olvidaría, tendría que aprender a vivir con ello, a superarlo, a luchar contra sus miedos para que no hirieran a aquellos a los que quería, porque sí, quería a Dima, y aquel amor, era recíproco. Ella también merecía ser amada, como su madre. «Deja que seamos los demás los que decidamos si merece la pena amarte», le había dicho la Madame.

—Lo siento. —Se disculpó.

Ayshane alzó entonces la vista, sin dejar de abrazarle, le miró a través de sus negras y tupidas pestañas con lágrimas en sus ojos. Con cautela, Dima fue rodeando el diminuto y fuerte cuerpo de Ayshane con los brazos. Suspiró aliviado y apoyó la mejilla sobre la coronilla de su hermana.

—*Ya lyublyu tebya, brat.* —Ayshane frotó la mejilla contra su pecho y miró hacia arriba buscando sus ojos.

Creyó ver un pequeño destello de esperanza, cariño, devoción y anhelo en los ojos de su hermano. Dima le apretó contra su pecho e inspiró profundamente, dejándose embriagar por ese velo de amor con el que ella les había cubierto por primera vez en años.

—Yo también te quiero. Te quiero mucho, hermana —contestó besándole la frente—. Ash... —Se separó de ella y la dejó de rodillas sobre la cama—. Erick... —La agarró por los hombros.

Ayshane palideció. Se había olvidado de Erick, de Alicia, de Jason. Se había olvidado de cómo y por qué había llegado allí.

—¿Qué ocurre? —Su corazón se aceleró.

Se asustó. Por su cabeza pasaron un millón de imágenes del inspector, de posibilidades. Se llevó la mano al pecho. «Erick no ha muerto, no puede morir, aún no». Era demasiado pronto para enfrentarse a algo así, no estaba preparada, acababa de empezar a desnudar su corazón, acababa de dejar que la luz lo iluminase por primera vez desde su más tierna infancia.

—¡Erick! —Quiso levantarse, pero Dima se lo impidió apretándola hacia abajo por los hombros para que no se moviera. Le miró—. Dima... Erick no... Erick no está muerto, dime que no le he matado, por favor, dímelo —imploró.

Dima pudo ver la desesperación en los ojos de su hermana. Sintió su miedo, su pena, su dolor. Negó con la cabeza.

—No, no ha muerto, Ash.

—Pero... —Aquella contestación, aquella mirada...

—Hay que esperar a que despierte.

—Suspiró esperanzada. Erick no había muerto.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Fallé? —preguntó temerosa.

—No. No fallaste. —Negó con la cabeza—. El tiro fue perfecto, como siempre —sonrió sin ganas—, pero... al parecer... Erick era alérgico a alguno de los componentes de la resurrección. Entró en parada en quirófano. Sergei consiguió estabilizarle. Ahora está intentando averiguar qué componente es.

—No. —Ahogó un angustioso quejido y se llevó las manos a la boca.

—Permanece estable. —Le agarró las manos y las acunó entre las suyas—. Pero grave. Sergei no sabe si...

—Despertará. —Se retiró de las mejillas el comienzo de dos lágrimas—. Erick despertará.

Tenía que hacerlo. Por él, porque había arriesgado demasiado como para morir antes de comenzar a salvar vidas. Por ella, porque no sabía si sería capaz de lidiar con algo así. No había sido directamente culpa suya, ella no había fallado, el disparo había sido bueno, aun así... no podía dejar de sentir que podía haberlo evitado. Si se hubiese negado, si hubiese trabajado en buscar una alternativa, si no hubiera involucrado a los tres agentes, tal vez, Erick estaría bien.

Erick debía sobrevivir porque, si era verdad que algunas almas permanecían en este plano a pesar de abandonar su cuerpo, la del agente se arrepentiría de no hacerlo.

Ayshane había empezado a luchar contra los fantasmas de su pasado. Una guerra que el inspector inició y que tenía la obligación de terminar.

Visitó a Alicia y a Jason en las habitaciones de recuperación que el búnker tenía en la misma galería donde se encontraba la suya, y tras comprobar el estado de los agentes, se dirigió a la de Erick. Apoyó la mano en el pomo de la puerta, pero no abrió; apoyó la cabeza sobre la madera e inspiró y dejó que el aire saliera de sus pulmones pausado, sin prisa.

—Ayshane.

Alzó la vista por encima de su hombro. Tras ella, su padre permanecía estático. Llevaba un traje gris gasolina immaculado, una camisa azul cielo, una corbata color tormenta y su habitual pelo engominado y peinado hacia atrás, un aspecto que nada tenía que ver con su semblante cansado, ojeroso, preocupado.

Solo había visto así a su padre una vez, el día posterior al asesinato de su madre. Un hombre tan poderoso, vencido por el peso de la angustia, por la pena, por el dolor. Un hombre de apariencia invencible, abatido por unos sentimientos que escondía tras una fría y distante apariencia de indiferencia. Pero ella sabía que estaban ahí.

Se giró hacia él y corrió en busca del consuelo entre sus brazos. El mismo que ella en su día le había negado por miedo, por vergüenza, por esa culpa que se enroscaba a su cuello como una soga. Si se hubiera sincerado con sus padres, con Dima, con aquellos que sí la querían, nada de aquello habría pasado. Su madre no habría muerto, los agentes no estarían en peligro, y Erick estaría a salvo. Todo aquello había sido culpa suya.

Eduard ahogó un suspiro. Por primera vez desde que era una niña, pudo abrazar a su hija. La besó en la frente. Se sentía dichoso, en casa después de tantos años sufriendo en silencio el total abandono sentimental al que Ayshane los había condenado a todos.

—*Otets.*

—Chsss... —Puso la mano sobre la nuca de su hija—. Erick se salvará.

Ayshane miró a su padre. Eduard lo sabía. Estaba segura de ello. Sabía lo que comenzaba a sentir por el agente. No era estúpido, y supuso que Dima finalmente se lo habría contado. De alguna manera tendría que explicarle a su padre sus reticencias, su actitud cuando los agentes llegaron al búnker, su descontrol.

—Tu corazón, es solo tuyo *rebenok*. Nadie tiene derecho a reclamarlo, salvo que esté dispuesto a luchar por él. —Le peinó el flequillo—. A cuidarlo y salvaguardarlo de todo mal.

—Es policía, padre —dijo consciente del mayor problema al que deberían enfrentarse.

—Un policía que ha sido capaz de renunciar a todo en lo que creía. —Le alzó la barbilla con delicadeza—. Erick no se ha vendido, nunca lo ha hecho, no trabaja para mí y estoy seguro de que nunca se lo habría planteado. Sin embargo tú has conseguido abrir su horizonte, que vea las cosas de otra manera, que abandone su vida para proteger y liberar a la sociedad de alguien que nunca debería haber visto la luz del sol y del que, por desgracia, no hay manera legal de deshacerse.

—¿No te importa? —preguntó temerosa.



Eduard sonrió con dulzura, la cubrió la nuca con su mano y apoyó la cabeza de su hija sobre su pecho. La estrechó entre sus brazos y le acarició la cabeza.

—No somos la mafia napolitana, *rebenok*, no necesitas mis bendiciones para elegir con quien quieres pasar el resto de tus días. —La sujetó por los hombros y la miró—. Nunca se me ocurriría prohibirte aquello por lo que tu madre luchó. No soy Taiyo, yo no soy tu abuelo, Ayshane. Tú no me perteneces.

Ayshane miró a su padre. Recordó cuando él le contó que su madre le eligió a él antes de que su abuelo lo hiciera, arriesgándose a ser repudiada, a que los mataran a ambos, a que Taiyo acabase con su hermano, con su querido Dima.

—Tampoco le pertenezco a él. —Apoyó la cabeza sobre su pecho.

Eduard sonrió melancólico, con la mirada perdida y la vista fija en algún lugar de la puerta de la habitación en la que se encontraba el agente.

—*Otets*, te quiero.

Nunca antes se lo había dicho, y no quería perder la oportunidad de hacerlo. Eduard inspiró con solemnidad. Sonrió. La miró. En los ojos de Ayshane se podía ver a una niña fuerte, a una superviviente con un poder abrasador, consciente de ser capaz de acabar con el mismísimo infierno si se lo proponía, pero que no lo haría, pues nunca dejaría libres a los demonios del averno en aras de su propia felicidad.

Miró por encima de la cabeza de su hija hacia la puerta de la sala de recuperación, pensativo, echó la vista hacia el techo de la galería del búnker y cerró los ojos con una ligera sonrisa en los labios.

Dima entró en el cuarto de recuperación que tenía asignado y se tiró de bruces sobre la cama boca abajo, cansado. Eran las diez de la mañana, llevaba más de veinticuatro horas sin dormir después de un día intenso: había vuelto a la vida, se había peleado con su hermana en el gimnasio, le había cubierto las espaldas, como siempre, y había estado a punto de perderla por un error estúpido. Sin embargo, ahora que todo estaba resuelto, se sentía satisfecho de aquel error. Después de todo, parecía el empujón que le faltaba a Ayshane para recuperar su esencia, su identidad pura y verdadera.

Giró la cara sobre el colchón y se quedó mirando la oscura entrada del baño. Allí fue donde Alicia le curó el corte que Ayshane le había hecho en la ceja durante su discusión en la galería de tiro. Se llevó la mano a los puntos. Los acarició.

Antes de despertar a su hermana, se dirigió a la sala de recuperación que habían asignado a Alicia. Se encontraba bien, permanecía estable y reaccionaba según lo esperado a los sueros, a la medicación y la transfusión de sangre que la traerían de vuelta. Sergei se había ocupado de hacer pruebas a posteriori a los agentes para comprobar si podían sufrir alguna reacción tardía a los venenos. No mostraban sintomatología alguna de que así fuera, pero quería estar seguro.

Dima se dio la vuelta sobre sí mismo y se quedó tumbado boca arriba mirando hacia el techo, pensativo. Se incorporó y se sentó al borde de la cama. Bostezó, se levantó y se dirigió hacia el baño, abrió el grifo de la bañera y la llenó de agua caliente. Se desnudó y se metió. Enseguida cerró los ojos, dejó que el calor relajara sus músculos y recostó la cabeza sobre el borde de mármol blanco. Estaba cansado, pero su agotamiento era solo físico. Abrió los ojos y se quedó unos minutos mirando a la nada, envuelto en una nube de vapor. Suspiró, cerró los ojos, cogió aire por la nariz, lo retuvo y se sumergió en el agua.

Después de darse una ducha, Eduard había cambiado el traje gris por uno negro de corte italiano. Se había puesto una camisa blanca con los dos

últimos botones del cuello desabrochados y no llevaba corbata. A continuación, se encaminó a la habitación en la que Jason descansaba. Miró al agente desde la puerta. Había sido el segundo en ser operado. Según el orden en que Ayshane disparó, debería haber sido el primero, pero debido a la gravedad de Erick, Sergei pospuso la intervención de Jason. En vista de los acontecimientos, había sido una buena decisión. Erick estaba muy grave cuando llegó. Su estado era estable en aquel momento, pero aún no estaba fuera de peligro.

Eduard se acercó a la cama en la que Jason respiraba profundamente, inmerso en sus sueños, ajeno a la posibilidad de perder a su amigo. Y como él, Alicia, que descansaba en la habitación contigua a la de Dima.

Miró el gotero del gotero de Jason. La bolsa del suero que debía traerle de vuelta estaba empezando a agotarse. Como Sergei se había marchado a la Mansión de Ekaterina, se hizo cargo él mismo. Su hombre de confianza necesitaba descansar. Sonrió a la vez que negaba con la cabeza mientras se acercaba a la vitrina que tenía a mano izquierda, en la pared opuesta al baño. Buscó una bolsita de suero para la resurrección entre tranquilizantes, antibióticos, morfina y anticoagulantes. La encontró sin mucho esfuerzo, volvió a la cama, la cambió y comprobó las constantes vitales del agente. Todo parecía correcto, así que salió de la habitación en busca de un periódico. Al cabo de unos minutos volvió, se sentó en el sillón orejero de color añil que había cerca del vestidor y miró a Jason, que seguía dormido, antes de abrir el diario por la página de sucesos.

Después de hablar con su padre, este convenció a Ayshane para que se duchara y cambiara aquella ropa por algo más cómodo. A regañadientes, se duchó en tiempo récord y sustituyó la ropa oscura, ensangrentada y acartonada por unos pantalones vaqueros ajustados de color gris y una camiseta de tirantes verde, el mismo color que los ojos del inspector. Se había deshecho el moño, se había lavado el pelo y lo había dejado suelto. Había llegado a la habitación de recuperación del agente con el cabello mojado, pero ya habían transcurrido varias horas y lo tenía seco.

Estaba sentada en una silla junto a la cama en la que yacía Erick. La luz de la lámpara que se derramaba sobre ellos confería a aquella estancia la típica calidez de una habitación de hospital. Le miró. Parecía dormir un sueño

tranquilo. El pitido regular de las máquinas que monitorizaban sus constantes indicaba que todo iba bien, pero en realidad nada iba bien. Erick no despertaba. Le había cambiado la bolsa ya dos veces desde que había llegado y seguía sin despertar. ¿Y si no lo hacía? Los ojos se le humedecieron ante la posibilidad de que Erick no volviese. Alzó una mano y acarició las puntas despeinadas de su pelo negro. Suspiró; sentada en la silla, se recostó sobre la cama y apoyó la cabeza sobre el colchón. Cerró los ojos mientras con la yema de sus dedos trazaba pequeños círculos en el pelo del agente. Esperar. Solo podía hacer eso, y eso haría. No existía otra alternativa y no se movería de allí hasta que Erick no volviera a mirarla de nuevo.

Sergei llegó al búnker pasada la media tarde. La noche caía sobre la capital y el otoño comenzaba a dar la cara a esas horas. Antes de dirigirse hacia allí, pasó por algunos puntos calientes en donde obtener información relevante. La noticia había corrido como la pólvora. Se hablaba de ello en los bares, en la Mansión, en las televisiones y los periódicos. Según los informativos, todo apuntaba a la *bratva* Ivanov. Sin habérselo propuesto, acababan de equilibrar la balanza a su favor. El primogénito Ivanov había desaparecido y estaba en busca y captura. Y lo mismo ocurría con su hermana Elenka.

A Adrik se le habían complicado las cosas. No solo tenía que buscarse a un nuevo agente de seguridad, sino que, además, tenía que lidiar con los investigadores de la policía que le relacionaban directamente con la muerte de los agentes, y todo ello gracias a Ayshane, pues todos los canales de televisión se hacían eco de la actuación de la Mamba Negra en el tiroteo. Este hecho daba a los medios de comunicación la base suficiente como para relacionar aquel caso con la *bratva*. Adrik estaba en el punto de mira. De alguna manera, tarde o temprano tendría que justificar aquellos actos ante la policía e investigar por su cuenta la incoherente actuación de su hermana, que no cuadraba con la información recopilada por sus topes y que la relacionaban con los agentes como un grupo que operaba unido y no al que había que liquidar.

Sergei fue directo a buscar a Eduard para comunicarle las buenas noticias. Le encontró leyendo el periódico *Russian Beyond the Headlines* en la sala de recuperación de Jason, sentado con las piernas estiradas, un tobillo sobre el otro, en el sillón orejero que había delante del vestidor.

—Señor —saludó con un ligero movimiento de cabeza antes de acercarse a comprobar las constantes del agente.

Eduard dobló el periódico, se levantó, lo dejó sobre el asiento y le siguió.

—Continúa estable.

—Eso parece.

Sergei cogió un estetoscopio del cajón de la mesilla que había junto a la cama y lo colocó sobre el pecho del agente. Comprobó los latidos del corazón y la respiración. Se colgó el estetoscopio sobre los hombros, alrededor del cuello, sobre la americana del traje azul de corte italiano que llevaba a juego con una camisa color hueso y una corbata fina un tono más claro que el traje.

—No creo que tarde mucho en despertar. —Miró su reloj Bvlgari negro ónix con incrustaciones de cobre alrededor de la esfera—. Calculo que en una hora debería estar ya de vuelta, o incluso antes.

Eduard asintió. Miró al agente, que seguía bajo los efectos de la resurrección. Veinticuatro horas habían pasado desde que Ayshane les había disparó.

—¿Alguna novedad? —preguntó volviendo al sillón orejero

—He estado dando una vuelta por ahí. —Se dio la vuelta y se acercó a la vitrina donde estaban los sueros—. Adrik ha desaparecido. Está en busca y captura. —Cogió una bolsita de suero y se dirigió a la cama—. No se habla de otra cosa. Se dice que la Mamba Negra atentó contra los agentes.

Colocó la bolsa nueva y la conectó a la vía del agente, desechando la vieja en un cubo de basura metálico de pedalillo que había al lado de la mesilla.

—Se le atribuyen parte de los cargos como cabecilla de la *bratva* al considerar que Ayshane es su brazo ejecutor. —Miró a Eduard—. Elenka también se encuentra en busca y captura.

—Ni que decir tiene que podemos presuponer que Ayshane también. —Eduard arqueó una ceja, sarcástico.

—Ayshane nunca ha dejado de estar en busca y captura —sonrió Sergei de medio lado—. Adrik y Elenka fueron tachados de la lista al salir libres de cargos en el último juicio, aunque todos sabemos que la policía no ha dejado de investigarles en ningún momento. Estoy seguro que estarán preparando una ofensiva para hacer lo mismo esta vez.

—¿Crees que intentarán desvincularse de Ayshane?

Sergei pensó un momento la respuesta antes de contestar. Se sentó en la silla metálica que había junto a la cama del agente, apoyó los codos sobre las rodillas y entrelazó las manos en el hueco entre sus piernas.

—Es una posibilidad. Pero no, no lo creo. —Negó con la cabeza—. Adrik y Elenka son sádicos y sus ansias, infinitas, pero no son estúpidos. Saben que el poder y control que tienen sobre el resto de *bratvas* y organizaciones criminales no son más que una quimera. Si se desvinculasen de Ayshane, tendrían que lidiar con un montón de hienas deseosas de hacerse con un trozo de los territorios que controlan ahora mismo. —Se irguió y apoyó la espalda en el respaldo con las manos sobre sus rodillas—. No son tan respetados ni temidos como la señorita Ayshane. Las *bratvas* responden al miedo. Si reniegan de ella, no solo tendrán que asegurarse de quedar impunes tras un posible juicio, sino que tendrán que buscar un lugarteniente a la altura de la Mamba Negra, alguien capaz de enfrentar al resto de adversarios, sin olvidar a la Yakuza.

—Taiyo reclamaría a mi hija —suspiró.

En el hipotético caso en el que los dos hijos mayores de Eduard renegasen de su hija menor, Taiyo ampararía a Ayshane. Quiso llevársela cuando era un bebé, y estaba deseoso de que entrase en sus filas lo antes posible. Gracias a Saya, no lo consiguió, por lo que a Taiyo le tocaba esperar a que la lugarteniente tomase la decisión de marcharse por sí sola a los brazos de su abuelo.

—No solo eso. Su hija, señor, es para Taiyo la única heredera legítima. Si Adrik y Elenka reniegan de la señorita Ayshane, Taiyo podría prestarle el apoyo de la Yakuza para acabar con ellos.

—Ayshane nunca aceptará pertenecer a la organización de su abuelo, y mucho menos, su apoyo.

—Cierto. —Se levantó—. Ellos no saben eso. Es más, podrían llegar a pensar que Ayshane ya cuenta con el apoyo de Taiyo. En algunas de las imágenes que los testigos han subido a internet, se la ve trabajando con un hombre.

—¿Se puede identificar al hombre en las imágenes?

Sergei negó con la cabeza.

—No por lo menos en las fotografías y videos que se han subido de manera pública. De todos modos, haré una pequeña investigación para ver si localizo algo en los servidores de la policía o en los de su hijo.

Eduard asintió preocupado.

—¿Crees que Taiyo está enterado de la muerte de Saya? —preguntó.

—Lo sabe —respondió rotundo—. Estoy seguro. Pero es un hombre que donde los demás solo ven muerte, él ve oportunidad, supremacía, poder. Si Ayshane mata a sus hermanos, sería la hereda de la *bratva* Ivanov a ojos del resto.

—Pero no dejaría de ser la heredera de la Yakuza.

—Y eso la convertiría en la mujer más poderosa que el mundo nunca antes hubiese visto. Capaz de acabar con sus hermanos y hacerse con una de las mayores *bratvas* por venganza y con el respeto de uno de los hombres más temidos.

—Ayshane es la clave de todo. —Suspiró y se repanchingó en el sillón orejero.

—Señor. —Sergei sonrió de medio lado—. Cuando la pequeña Ivanov nació, todo el mundo dio la bienvenida a lo que ellos creían la reina de un tablero de ajedrez. Pero en realidad, su mujer, dio a luz al Rey en esa partida. Tanto Dima como Ayshane son las piezas claves. Con ellos empezó todo.

—Y con ellos terminará.

Eduard miró a Sergei. El único hombre que, sin tener su sangre, se había ganado todo su respeto y confianza. Inteligente, leal y sagaz hasta la médula.

Ayshane y Dima eran claves entre las dos organizaciones, dos personas que, sin buscarlo, se habían convertido en piezas muy importantes para dos de los clanes más poderosos de aquel lado del planeta.

—¿Se sabe algo de la transacción de Vasiliev?

—Aún no. Sigo con ello. Si me disculpa, prepararé algo para cenar. —Sergei se dirigió hacia la puerta—. ¿Le apetece algo concreto? —preguntó a medio camino.

—Un bocadillo de jamón con tomate y una... y una cerveza —respondió Jason desde la cama con voz ronca.

Ambos miraron al agente. Eduard se levantó del sillón mientras Sergei se acercaba a la mesilla para sacar una pequeña linterna del mismo cajón del que había sacado el estetoscopio.

—¿Qué tal se encuentra? —Enfocó con la diminuta linterna uno de sus ojos.

—Cansado, con hambre y mucha sed. Tengo la boca seca.

—Es normal. Le traeré algo.

—Un bocadillo de jamón con tomate —dijo Eduard apoyando la mano sobre la pierna del agente—. Bienvenido.

Jason miró a Eduard. Sergei le dio un par de suaves palmaditas en el pecho, junto al hombro, dejó la linterna sobre la mesilla y se marchó de la habitación.

—¿Puedo hacerle una pregunta?



—Eduard arqueó una ceja, sonrió de medio lado y se sentó a los pies de la cama con cuidado.

—Ya la está haciendo.

—Sí... bueno... eh...

—Tranquilo, hombre —sonrió—. Puede preguntar lo que quiera. —Subió una de sus piernas sobre la cama y la dejó medio colgando sobre el colchón.

—Durante nuestras investigaciones, en ningún momento tuvimos la menor idea de la existencia de Sergei —carraspeó.

—¿Quiere que le traiga un poco de agua?

Jason asintió. Eduard se levantó de la cama y se dirigió al baño. Cogió uno de los vasos de cristal de bohemia que había sobre el lavabo de mármol blanco, abrió el grifo bañado en plata, dejó correr el agua, llenó el vaso, lo cerró, se lo acercó al agente y volvió a sentarse sobre el colchón de la cama con una pierna apoyada en suelo mientras la otra, flexionada, colgaba sobre la cama.

—Beba despacio —ordenó—. Creo que me estaba preguntando por Sergei.

Jason se bebió el vaso de agua despacio, sin dejar de mirar a Eduard. Cuando lo vació, lo dejó sobre la mesilla que tenía al lado derecho y suspiró.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

Jason se lo pensó un segundo antes de contestar.

—De dónde ha salido y desde cuándo trabaja para usted. Parecen tener muy buena relación.

—Así es. —Asintió—. Sergei y yo tenemos muy buena relación. Nos conocemos desde que éramos unos críos. Vivíamos en el mismo barrio aunque, por aquella época, no manteníamos contacto. Él era el hijo del panadero del barrio y yo, de la *bratva*.

—¿Sergei no tenía nada que ver con la *bratva*?

—Eso fue a los quince años. Por aquel entonces, yo era el lugarteniente de mi padre.

—Y Sergei decidió entrar.

—No. Yo le propuse ser mi mano derecha después de que él me salvara la vida. —Se levantó y alisó las arrugas en el lugar de la cama en el que se había sentado—. Nadie salva a un hijo de la *bratva*. Y él lo hizo porque sí. Su familia no nos debía nada, no tenía por qué haber disparado a aquellos hombres, pero lo hizo y me salvó. Así que expliqué a mi padre que, sin el hijo del panadero, yo no habría sobrevivido. —Se encogió de hombros.

—Y fue cuando le propuso ser su mano derecha.

—Sí. A mi padre le pareció bien, aunque Sergei no aceptó el trabajo. —Rio y se sentó en la silla metálica que había al lado de la cama.

Jason se quedó mirando al sonriente Eduard.

—Dijo que yo no le debía nada.

—Pero al final aceptó.

—Supongo que... en algún momento de nuestra vida, todos nos vemos obligados a mirar desde otra perspectiva a aquellos que nos rodean. —Arqueó una ceja.

—Sí... supongo.

—Los hombres que me atacaron pertenecían a una *bratva* que limitaba en territorio con la nuestra. Cuando Sergei me salvó, no se esperaba que esos hombres atentaran contra su familia. —Su gesto se ensombreció—. Mataron a su madre y a su padre, violaron repetidas veces a su hermana antes de matarla, lo grabaron en video y le dejaron una cinta en su casa. Sergei no me dijo nada, pero me enteré de todas formas. Le tenía vigilado, aunque solo le vigilaba a él. Quizás debí ponerle protección a su familia, pero yo era muy joven... —Se quedó perdido un segundo en la laguna de sus recuerdos—. Un

día le seguí. Pretendía enfrentar a aquellos hombres él solo. No podía permitirlo. Así que juntos acabamos con ellos, y no nos hemos vuelto a separar desde entonces.

—¿Y por qué no teníamos constancia de él en las bases policiales?

—Porque para el mundo, Sergei murió hace más de cuarenta años. En aquella época, era fácil confundir unos cadáveres con otros, sobre todo si no se contaba con una familia que te identificara, y más aún cuando eras un miembro de la *bratva*.

—Eso explicaría que no tuviéramos constancia de él en los registros, pero no por qué nunca les hayamos visto juntos.

—Nunca nos han visto juntos porque Sergei trabajaba para mí desde Rusia. Podría decirse que era el homólogo de Ayshane en Rusia.

—¿Entonces trabajaba para Elenka?

—No. Siempre ha trabajado para mí. De la misma manera que Ayshane se encargaba de limpiar las meteduras de pata de Adrik, Sergei se encargaba de vigilar, controlar y limpiar las de Elenka.

—Entiendo.

—Cuando me di cuenta de lo podridos que estaban mis hijos, no me quedó más remedio que crear una *bratva* paralela a los Ivanov. Ayshane se ocupaba de los asuntos en España, mientras Sergei lo hacía en Rusia —Se levantó—. Espero haber calmado sus inquietudes, agente. Ahora, si me disculpa, iré a ver cómo van sus compañeros.

—¿Qué tal están?

—No puedo contestarle a eso todavía. Solo puedo decirle que espero que la agente Alicia se encuentre ya entre nosotros.

—¿Y Erick? —Se incorporó de manera brusca en la cama.

Jason se llevó la mano al pecho, que era donde la lugarteniente le había

disparado. Miró las dos bolsitas que colgaban del perchero metálico con ruedas que había al lado de la cama.

—El agente Erick llegó muy grave. Su pronóstico es reservado. Habrá que esperar a que despierte.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Al parecer, su compañero era alérgico a uno de los venenos que utilizamos para la elaboración de la resurrección. Sergei consiguió contrarrestar los efectos pero... hay esperar. Solo sabremos el alcance de los daños cuando despierte.

—Jason fue a levantarse de la cama, pero Eduard se lo impidió.

—Mi hija está con él. —Le agarró de los hombros y volvió a tumbar al agente sobre la cama—. No se separará de su lado hasta que despierte. No se preocupe, agente, Erick está en buenas manos.

Dicho esto, Eduard se marchó de la habitación, no sin antes asegurarse y ordenarle a Jason que no se levantara.

Dima jugueteaba con su navaja. Desde que Ayshane se la regaló hacía ya siete años en una cajita de madera de ébano alargada y un lacito de color rojo, siempre llevaba consigo aquella exclusiva mariposa con mangos de oro negro y escamas de serpientes grabadas sobre un metal lujoso. Ella siempre le hacía regalos para su cumpleaños. Era el único Víbora a quien todos los años regalaba algo para su cumpleaños.

Dima guardaba todos esos regalos a muy buen recaudo en el interior de una caja fuerte en el cuarto que ocupaba en la mansión de Adrik. Se había asegurado de entregárselos a Sergei antes de que Ayshane le disparase en la nave para que este los llevara al búnker.

Hizo un giro de muñeca con la navaja, un vanidoso y peligroso movimiento, la cerró y miró a la joven mientras se balanceaba en la silla metálica que había colocado a los pies de la cama. Se había sentado sobre las dos patas traseras elevadas y con un pie se mecía al compás de un segundero.

Alicia dormía profundamente. Dima dejó caer la silla con suavidad. Sergei había estado en la habitación hacia menos de cuarto de hora, había dejado una bandeja con un sándwich de atún con tomate y huevo, una pequeña botella de agua, una Fanta de naranja y un par de vasos sobre la cómoda blanca que había junto a la puerta, frente a la cama. Le había informado que Jason ya había despertado. En cambio, Erick seguía bajo los efectos de la resurrección y los cuidados de su hermana. Suspiró. Se guardó la navaja en la funda de su tobillo y se levantó para cambiar el suero de la agente. Cogió una bolsa de la vitrina que había en la pared al lado opuesto a la entrada al baño, se acercó a la cama y se dispuso a retirar la bolsa vacía. Miró a Alicia, que le observaba a través de unos párpados aún perezosos.

—¡Eh ricitos! —susurró sonriente mientras colocaba el suero nuevo.

—Estoy... —Tragó saliva—. ¿Estoy muerta? —preguntó con voz ronca.

Dima negó con la cabeza y sonrió al tiempo que le retiraba un rizo rebelde de la cara.

Las sábanas blancas y el edredón azul celeste hacían que la agente brillara con luz propia. Alicia no se parecía en nada a las mujeres con las que el joven Víbora había mantenido un *affaire* hasta el momento. Pocas veces se había despertado junto a alguna de aquellas divas huecas por dentro después de una noche lujuriosa y entretenida. Conscientes de sus exigencias y de su total falta de compromiso, las jóvenes solían abandonarle a mitad del crepúsculo, incluso algunas se iban justo después de satisfacer sus deseos.

Las contadas ocasiones en las que se había despertado al día siguiente junto a algún alma descarriada, que de alguna manera se creía lo bastante especial como para hacerle abandonar su vida de soltero promiscuo, se había sentido molesto por tener que excusarse y explicar de nuevo, de manera sutil, con tacto y caballerosidad, que solo quería sexo, y que eso era todo lo que obtendrían de él, ni más, ni menos. Algunas lo entendían y, si se daba el caso de otro revolcón, no dudaban en marcharse antes de que el alba repuntase en el horizonte tras haber aprendido la lección. A otras, sencillamente, nunca más volvía a verlas entre sus sábanas.

—¿Quieres un poco de agua?

Alicia asintió. Tenía la boca seca y pastosa. Estaba tumbada en la cama, con el cabecero elevado. Echó un vistazo por encima a la habitación. Le miró. Dima estaba de espaldas a ella y, al cabo de un minuto, volvió a su lado con un vaso, se lo acercó a los labios y la instó a que lo bebiera despacio. Cuando terminó, lo dejó sobre la mesilla que tenía junto la cama.

—¿Mejor?

—Gracias —asintió—. ¿Dónde estoy?

—En una sala de recuperación.

Alicia se incorporó un poco. Dima le ayudó con la almohada para que estuviese cómoda, ahuecándola y colocándola bajo su mata de rizos.

—¿En la tuya?

Dima arqueó una ceja y sonrió de medio lado con picardía. Alicia se sonrojó y evitó mirarle a los ojos.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevo inconsciente? —Se llevó la mano al pecho por debajo de las sábanas y el edredón, cerca de su corazón.

Se miró la vía que le habían colocado en el dorso de la mano y siguió los dos cables que salían de ella hacia los goteros.

—Uno es el suero que contrarresta los efectos de la resurrección, el otro es un calmante —dijo contestando a la pregunta que la agente no había formulado.

Alicia le observó sin pronunciar palabra. Se fijó en la cicatriz de la ceja. Todavía llevaba los puntos que ella misma le había cosido. Dima miró el reloj de pulsera Breitling negro con la esfera en color rojo y detalles en oro blanco.

—Llevas algo más de veinticuatro horas inconsciente. Son las once y diez de la noche.

—¿Puedo levantarme?

—Si te sientes con fuerzas. —Se encogió de hombros.

Alicia se cubrió con el edredón hasta el cuello y le miró. Tenía las mejillas sonrosadas y trataba de taparse cualquier parte del cuerpo de cuello para abajo.

—¿Estás esperando a que me vaya ricitos? —sonrió—. No llevas ninguna bata de esas con la que dejes al descubierto tu bonita retaguardia. —Se dio la vuelta en dirección a la cómoda.

La joven frunció el ceño.

—Entiende que para mí es una situación un tanto violenta —respondió incómoda—. Y no me llamo «ricitos» —dijo molesta.

—Sí... ya... Te llamas Alicia. —Cuando se dio la vuelta llevaba en la mano la bandeja con el sándwich y las bebidas—. Oficial Alicia Sánchez Valiente —sonrió de medio lado—. ¿Ya no me tienes miedo? —Se acercó y dejó la bandeja sobre la mesilla.

—Yo no... Nunca he dicho que... No es miedo.

—Como quieras —respondió poniendo los ojos en blanco—. Sándwich de atún con tomate y huevo. —Cogió el plato—. ¿Te lo vas a comer tú, o prefieres que te lo de yo?

La agente le miró de mala gana sin soltar el edredón.

—No tienes nada que no haya visto antes. —Dejó el plato de nuevo sobre la bandeja encima de la mesilla—. Y no se te ve nada.

—¿Me... me has cambiado tú?

—¡Dios me libre de cometer tal locura! —Alzó ambas manos con aire socarrón, arqueó ambas cejas y sonrió—. Ha sido Sergei. Él se ha encargado de vuestra operación y de estabilizaros. —Volvió a coger el plato y se lo ofreció de nuevo.

Alicia dudó un segundo, soltó el edredón justo cuando Dima iba a dejar el

plato de nuevo sobre la bandeja de la mesilla. Miró de reojo hacia abajo. Se sintió violenta, se sonrojó. Sus pechos eran demasiado grandes para una camiseta como la que le habían puesto.

—¿Dónde vas? —preguntó dejando el plato sobre la bandeja que Dima había acercado a la mesilla.

—Voy a avisar a Sergei de que ya te has despertado. Supongo que querrá verte para comprobar que todo va bien —dijo mirándola desde la puerta—. Creo que, además, será mejor que él se ocupe de ti —añadió resentido—. Eduard está con Jason y Ayshane con Erick. Sergei había salido a tomarse un respiro pero ya está de vuelta, así que le diré que se quede contigo para que no estés sola, por si necesitas algo.

—Yo no.... —Se encogió de hombros y cerró los ojos.

Dima salió de la habitación dando un portazo sin dejarla terminar la frase. Se quedó mirando la puerta, tumbada en la cama, desconcertada. Sintió una punzada de dolor a la altura del pecho, se llevó la mano al agujero de bala, pensativa. Suspiró y se hizo un ovillo en la cama.

Sergei entró por la puerta de la habitación estetoscopio en mano. Alicia le miró de soslayo pero no se movió, ni tan siquiera trató de taparse con el edredón a pesar de que sus pechos amenazaban con desbordarse por el cuello de aquella fina y ajustada camiseta de tirantes que le habían puesto. Al darse cuenta de sus intenciones, se tumbó boca arriba.

—¿No tiene hambre? —preguntó mientras le auscultaba introduciendo el frío diafragma de la campana entre el comienzo de sus pechos—. No ha tocado la comida —dijo quitándose el estetoscopio de los oídos y sacando una linterna del cajón de la mesilla en la que reposaba la bandeja—. Mire aquí. —Apuntó el foco de la linterna con el dedo índice.

Sergei fue pasando de un ojo a otro. Cuando terminó, comprobó las máquinas, el suero y el calmante.

—Debería comer algo —dijo dándose la vuelta hacia ella—. Le ayudará a recuperarse.



—¿Qué tal están Jason y Erick? —preguntó cogiendo el sándwich.

—El agente Jason está despierto, se acaba de levantar. Está cansado. Eso probablemente le dure unas horas más, como a usted, pero está bien. Poco a poco irán recuperando sus fuerzas.

Alicia sonrió llevándose el sándwich a la boca, lo mordió, se quitó un poco de salsa de tomate que se le había quedado en la comisura de los labios con el dedo, se lo chupó, masticó y tragó con mucho gusto.

—¿Y qué tal está Erick? —Cogió el bote de Fanta, lo abrió, le dio un trago y volvió a dejarlo en la bandeja.

—El agente Erick permanece estable, pero aún no se ha despertado.

Alicia dejó el bocado que iba a darle al sándwich a medio camino.

—¿Pero está bien? —La máquina que controlaba sus constantes comenzó a pitar con celeridad.

—Permanece estable. Es todo lo que puedo decirle por el momento.

—Pero... —Miró de reojo la máquina, que no dejaba de pitar cada vez más alto y más rápido.

—Hasta que no despierte, no podemos estar seguros. Al parecer, era alérgico a uno de los componentes de la resurrección. Llegó en estado grave y lo estabilizamos. Eso es lo que puedo decir por ahora.

—Erick... —Se llevó la mano a los labios y ahogó un angustioso suspiro—. Tengo que ir a verle. —Dejó el sándwich sobre la bandeja y se destapó por completo.

—Debería tranquilizarse. —Sergei la sujetó por los hombros—. Su compañero está con la señorita Ayshane. —Volvió a tajarla—. No se ha separado de él desde que llegaron.

—Pero yo...

—Es mejor que le deje descansar. Descanse usted también, y mañana, cuando ya esté más recuperada, vaya a ver qué tal se encuentra.

Vio cómo Sergei se acercaba al sillón orejero que había delante de la entrada del vestidor. Bufó negando con la cabeza. Apretó la mandíbula. Sus ojos se cerraron hasta casi parecer dos finas líneas hebras eléctricas.

—¿Estoy fuera de peligro? —preguntó desarropándose de mala gana.

Sergei sonrió ladinamente, arqueó una ceja y se acomodó en el asiento.

—Desde el punto de vista clínico, sí.

Sergei apoyó los codos sobre los reposabrazos, cruzó ambas manos en el aire con los dedos índices extendidos sobre su boca y colocó el tobillo de una de sus piernas sobre la rodilla de la otra.

—Bien.

Alicia puso ambos pies sobre el suelo, apoyó una mano sobre la mesilla y se levantó despacio. Miró el cable de los goteros, los cerró y, con sumo cuidado, se quitó la vía que le habían colocado al dorso de la mano, la dejó sobre la mesilla y dio un paso al frente apoyándose sobre el colchón de la cama, buscando el equilibrio a cada paso.

Pasito a pasito, fue llegando hasta la puerta. Agarró el pomo y alzó la vista por encima de su hombro. Se sentía fatigada como el principiante que con arrojo corre por primera vez la San Silvestre vallecana. Sergei la miraba sin expresión alguna, como si fuera una estatua.

Abrió la puerta de la habitación y dio un paso al frente, pero apoyado sobre la puerta de la habitación que había frente a la suya estaba Dima, con una pierna flexionada sobre la madera, los brazos cruzados, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Se puede saber dónde te crees que vas? —preguntó mirándola.

Alicia frunció el ceño y se mordió el interior del labio inferior. No se molestó en contestarle, salió despacio de la habitación, agarrándose a la pared

con una mano.

Dima la miró, suspiró, echó la cabeza hacia atrás, se dio un golpecito en la cabeza con la puerta y soltó el aire en un escandaloso resoplido exasperado.

—Te he hecho una pregunta. —Dio un paso hacia ella y la agarró por encima del codo.

—No... me toques. —Le miró enfadada.

Cogió aire e hizo un fracasado ademán para soltarse.

—¿Ya no me tienes miedo, ricitos? —sonrió perverso y la soltó—. ¿Ya no te da vergüenza que te vea? —La miró de arriba abajo sin pudor.

Dima dio un paso hacia ella. Alicia pegó la espalda a la pared de ladrillo del pasillo abovedado y fijó la mirada en los cansados ojos rasgados del joven Víbora.

—¿Ya no me tienes...? —Se llevó el dedo índice a la boca y echó la vista hacia el techo, como si pensara—. ¿Cómo lo llamabas...? ¿Respeto?

—Eres un estúpido..., un impertinente guaperas..., presuntuoso... a quien no parece quedarle claro. No... te tengo... ningún... miedo —dijo apoyándose en la pared, cansada por el esfuerzo.

—¿Un estúpido impertinente, guaperas, presuntuoso? —Arqueó ambas cejas y sonrió.

—Además de sordo —soltó entre dientes

Dima echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó a mandíbula batiente colocando ambos brazos a cada lado de la agente. Arrinconándola con su cuerpo. Alicia le miraba como si en cualquier momento fuera a soltarte un guantazo en la cara, con el puño de su mano cerrado, pegado a la pared.

—Déjame pasar. —Intentó empujar con el hombro uno de los fuertes brazos del joven.

—Deberías descansar —respondió con la típica risa residual que le queda a uno cuanto le cuentan un buen chiste, negando con la cabeza.

—No eres mi niñera, y ya me has dejado claro que atenderme no es más que una obligación que te han impuesto y de la cual yo te libero. No te corresponde cargar conmigo —dijo rabiosa.

Dima arqueó una ceja y ladeó la cabeza.

—Se cuidarme sola aunque todos os empeñéis en pensar lo contrario. —Cogió aire y lo soltó de golpe—. Así que déjame pasar. Ahora —ordenó.

Dima se acercó a ella agotando el espacio que les separaba.

—Me alegra ver que no me tienes miedo —susurró sobre su oído.

Alicia apoyó la espalda sobre la pared todo lo que pudo, las piernas comenzaron a temblarle, la carne se le puso de gallina. Apoyó las palmas de sus manos sobre la fresca superficie de la galería.

—Deberías empezar a fijarte más en los detalles. —Dima apoyó sus caderas sobre el vientre de la joven—. Nadie me obliga a velar por alguien toda la noche si yo no lo deseo. —Cogió uno de sus rizos, se lo llevó a la nariz e inspiró su agradable aroma.

La agente abrió mucho los ojos. Sobre su vientre, notaba la erección contenida por el vaquero. Ahogó un gemido, cerró los ojos y giró la cabeza hacia uno de los brazos del joven.

—Alicia mírame —ronroneó acercando la boca a su mejilla.

Le miró atraída por el tono de su voz. Al girar la cara, los labios de ambos se rozaron sin querer. Dima mantenía el espacio justo para no besarla. Se concedió la licencia de poner las manos sobre su compacto pecho.

—Por favor, Dima..., solo... solo quiero ir a ver a Erick. —Se mordió el labio inferior y le miró a través de sus largas, espesas y oscuras pestañas.

Dima apretó frustrado ambos puños sobre la pared.

—La razón por la que no te dejo ir a ver a Erick es la misma que me impide arrastrarte hasta mi cama —susurró sobre sus labios—. Así que, por favor, vuelve a la cama y descansa *dikaya Koshka*.

—¿*Dikaya Koshka*? —preguntó frunciendo el ceño y tratando de imitar su acento.

—Gata montesa —tradujo Dima cerrando los ojos y acariciando la nariz de la agente con la punta de la suya.

Otro gemido ahogado retumbó en lo más profundo del pecho de la joven. Se mordió labio inferior.

—¿Podré a ver a Erick mañana? —preguntó rozando con sutileza sus labios.

Dima no se molestó en disimular el gruñido casi animal que la caricia de la joven le provocó. Alicia le dedicó entonces una sonrisa lujuriosa. Los músculos de su espalda se tensaron de manera dolorosa. Restregó su sensible masculinidad contra el vientre de la agente.

—Solo si me prometes que no te volverás a esconder ante mí —susurró arrollado por un abrumador deseo.

Alicia se mordió el labio inferior a modo de respuesta suspicaz y exquisita.

Dima la tomó en brazos y la apretó contra su pecho. La agente le rodeó el cuello con los brazos y dejó que la llevara hasta la cama. Miró el sillón orejero y no vio a Sergei. Posó la vista sobre Dima, que se encargó de arroparla y de colocarle una nueva vía sobre el dorso de la mano. Le retiró con suavidad los escasos e indisciplinados rizos que amenazaban con dejarla tuerta. Se dio la vuelta y se sentó en la silla metálica que había a los pies de su cama.

—Será mejor que descanses —dijo agachándose y sacando la mariposa del bajo de su pantalón.

Alicia se quedó mirando desde la cama el hipnótico movimiento de las

manos del joven mientras jugueteaba con aquella navaja. Sonrió y le observó hasta que, como un suave telón, sus párpados dieron fin a la función.

Tres días con sus tres noches habían pasado desde que Ayshane disparó a los agentes en el piso franco, y Erick seguía sin despertar. Había mostrado alguna mejoría en los últimos dos días, pero era insignificante, insuficiente y desesperante. El monitor que había junto a su cama indicaba que seguía con vida, pero sumido en un profundo sueño del que parecía no querer o no poder liberarse.

No se había alejado de él en ningún momento. Apenas comía y casi no dormía. Eduard se pasaba dos o tres veces al día por la habitación en un intento de que ella entrase en razón y descansara aunque solo fuera una hora. Al no dar su brazo a torcer, habían intentado sedarla como la última vez, pero no se dejó; peleó como la leona que protege a sus cachorros sin importarle a quién podía herir, se enfrentó a su hermano, a Jason, a Sergei, incluso a su propio padre, de modo que los dos últimos días, Eduard se había limitado a informarle sobre las novedades que llegaban a través de sus confidentes en relación a la muerte de los agentes, del comisario y los posibles paraderos y movimientos de Adrik, quien parecía haber desaparecido del mapa tras los últimos acontecimientos. A cada minuto, a cada segundo que pasaba sin que Erick reaccionase, Ayshane odiaba más a su hermanastro. Sin duda alguna, lo mataría, no sin antes obligarle a pagar por todo lo que le había hecho a ella, a su padre, a su madre, a todos aquellos a los que había amado.

Le arrebataría todo, como él había hecho. Lo haría sin compasión, sin remordimientos; alimentaba con aquellos pensamientos a la Mamba Negra que moraba en su interior y se regocijaba de las infinitas formas con las que haría pagar a su hermanastro. A fin de cuentas, era una Ivanov. Carecía de escrúpulos, de compasión, de alma; era un monstruo peor incluso que el propio Adrik. Era una Yakuza.

Cada vez que el rencor, la inquina y la rabia parecían apoderarse de ella, se acordaba de su madre. Saya siempre se había encargado de recordarle que aquellos sentimientos no eran buenos compañeros de viaje, pero la podredumbre que afloraba sobre los escombros tras los que había estado protegiendo su corazón no le pertenecía al odio en exclusiva. A su alrededor,

se había erigido una gruesa e impenetrable capa de frialdad atemperada por la serenidad del sabor a victoria, la dulce victoria con la que la serpiente se relamía. Ella era Ayshane Ivanova, la Mamba Negra; la paciencia era su fuerte, la rapidez, su cualidad más destacable, y la muerte no era más que un juego de niños en sus manos.

Miró a Erick. Estaba más delgado, o quizás solo eran imaginaciones suyas. Hacía veinticuatro horas que Jason y Sergei le retiraron los calmantes, y cuatro que habían creído conveniente inyectarle suero para rehidratarle y una solución de nutrientes para alimentarle. Le habían hecho todo tipo de pruebas para descartar el coma mientras Alicia estudiaba día y noche los motivos fisiológicos y los resultados de esas pruebas, así como los venenos que habían utilizado para ver si daba con el problema que impedía traerle de vuelta. Tuvieron que confiarle su mayor secreto a la agente. Dudaron, no fue una decisión fácil, pero fue lo único que se le ocurrió presa de la desesperación.

Dima entró en la habitación. Como siempre. Era la hora de la cena, y le traía una bandeja con comida. Podía oler el solomillo salteado con champiñones y cebolla desde la silla en la que llevaba sentada desde hacía tres días. Pero como cada uno de aquellos días, su hambre parecía haberse esfumado. Su hermano la rodeó y dejó la bandeja sobre la mesilla blanca que había al lado de la cama.

—Ash... —Puso una mano sobre su hombro.

Ayshane llevaba recogida su larga melena negra en una destartada coleta que caía desvencijada hacia un lado sobre su mano. Le dio un caluroso apretón. Miró al agente, al hombre que les había vuelto a arrebatarse a su hermana.

La lugarteniente no lloraba, no se movía, parecía que ni tan siquiera respiraba. Dima estaba desesperado, su padre no sabía qué hacer, Jason y Sergei trabajaban sin descanso y Alicia se devanaba los sesos para dar con una solución, todo para que Erick despertara, para que Ayshane volviera a la vida.

—Soy una estúpida —susurró con la cabeza gacha y agarrando con fuerza



la mano del agente—. Una ilusa que creyó por un momento en la posibilidad de que todo esto saldría bien. Pero la felicidad no está hecha para alguien como yo —suspiró asumiendo su derrota—. Madre tenía razón. —Alzó la vista por encima de su hombro y miró a su hermano—. El amor, los sentimientos... no son más que el camino hacia la muerte. —Volvió a mirar al agente.

—No... No digas eso. —Dima acarició la coleta de su hermana—. Madre también sentía, también amaba. Solo hay que esperar Ash.

—¿Cuánto más debemos esperar? —suspiró—. Mírale, Dima. —Acarició su mejilla—. Parece...

—No, Ayshane. Erick no está muerto. —Miró al agente—. Volverá, tarde o temprano lo hará. —Se agachó y le dio un beso en la sien antes de dar la vuelta en dirección hacia la puerta.

—Dima.

Su hermano la miró desde el umbral.

—No quiero matar a Adrik. —Alzó la vista por encima de su hombro y le miró—. Quiero que sufra —sonrió con demencia—. Arrancarle la piel a tiras. Enterrarle en sal. Cortarle la lengua. Quemarle los ojos. Descuartizarle poco a poco, miembro a miembro. —Volvió a mirar al agente—. Quiero que grite. Que suplique y que lo último que vea antes de morir sea la crueldad en todo su esplendor —dijo acariciando las puntas despeinadas del pelo de Erick con dulzura.

Dima se marchó en silencio, preocupado, dejando a su envenenada hermana a solas con el inconsciente Erick, sin hacer ruido, sin perturbar el descanso del único hombre que, sin proponérselo, parecía haber conseguido lo que tantos otros habían ansiado: acabar con su hermana, capturar a la Mamba Negra, matar a la mujer, extinguir a la serpiente y liberar al temido dragón.

Como cada noche, Ayshane cogió la mano de Erick, recostó la cabeza sobre el colchón, sentada en su silla de metal, la besó y con el pulgar le

acarició el dorso hasta que se quedó dormida.

—Ayshane, cariño, ¿qué te ocurre?

—¿Mamá? —El labio comenzó a temblar.

*Estaba soñando, no podía ser de otra manera. Su madre estaba muerta, para cuando Adrik la mató no habían desarrollado la resurrección, estaban aún con la fase experimental, y aunque hubiese estado en activo, les había traicionado, había aprovechado el tiroteo de la policía para matarla, para que todos pensaran que habían sido los agentes, o un descuido. Pero ella le había descubierto; tarde, demasiado tarde, pero lo había hecho, y nunca lo olvidaría.*

—¿Qué te pasa, mi pequeña Mamba? ¿Por qué lloras?

*Ayshane se llevó una mano a la mejilla, tomó una de las lágrimas que sin darse cuenta habían empezado a brotar de sus ojos. Estaba llorando. Ella nunca lloraba delante de su madre, aunque supuso que si esta vez lo hacía ella no se enfadaría. Era un sueño, ¿no? Extraño, nuevo, nunca antes había soñado con el recuerdo de su madre, con una conversación que no existió, una caricia que no le dio. Solo podía ser un sueño. Era eso, o que estaba empezando a perder la cabeza.*

—No puedo evitarlo, madre —sollozó.

—Mi dulce y pequeño dragón —suspiró y la envolvió entre sus brazos—, bebé. —La besó en la sien—. Puedo sentir tu pena, tu dolor, tu angustia, tu... veneno. —La miró con preocupación.

*Ayshane alzó la vista y miró a su madre. Olía a flor, a cerezo, a hogar, a familia.*

—No te consumas, mi vida. —Acunó la cara de su hija entre las manos—. Le quieres, sé valiente, afróntalo, ámale, protégele, vive, mi pequeña Ayshane, sé feliz, mi pequeña Mamba.

—Pero está... No reacciona —dijo entre lágrimas.

—Ash... despierta. —Le acarició la coleta.

—No quiero, madre, no quiero despertar y enfrentarme de nuevo a este dolor, a la incertidumbre.

—Ash...

—No madre, no me obligue a despertar, déjeme que me quede con usted. Madre. ¡Madre! —gritó alzando una mano hacia la difuminada imagen de su madre.

—Ash...

Sintió una caricia; le rozaban la coleta, la cara, las mejillas, los labios. Se removió con los ojos aún cerrados.

—Ash... Despierta... —Erick le limpió las lágrimas.

Ayshane estaba dormida, lloraba dormida. Erick le acarició con suavidad las mejillas, recorrió con ternura esa mano que durante todos esos días le había acompañado, que no le había soltado, que siempre había estado a su lado. Subió por su delicado brazo, el mismo con el que la había visto matar, empuñar un arma y arrebatarle la vida a un hombre, a un miserable; con el que podía abrazar y querer como le había abrazado a él en el comedor, con el que se había defendido para que la dejaran permanecer a su lado, en aquella silla de metal. Había escuchado sus gritos, había sentido sus golpes, los que había recibido, los que había dado, cómo se había resistido para evitar que la sedaran. Lo había escuchado todo, y había querido ayudarla, despertar, abrazarla, decirle que estaba bien, que estaba vivo, que estaba con ella, que vivía gracias a ella.

Siguió por su cara, sus mejillas, le limpió las lágrimas con el pulgar, con mucho cuidado.

Ayshane abrió los ojos despacio, parpadeó un par de veces para acostumbrarse a la poca luz que había en la habitación, alzó la cabeza hacia el cuerpo de Erick, se incorporó de un empujón hacia atrás arrastrando la silla

con ella, ahogó un angustioso suspiro, sus ojos se llenaron de lágrimas, se llevó las manos a la boca y se la tapó. No quería gritar, despertar a todos y que vinieran. Necesitaba asegurarse primero que no era una ilusión, que aquellos ojos verdes, rotos por unas líneas ámbar que se dispersaban, habían vuelto a la vida. Que Erick había vuelto. Que no se estaba volviendo loca. Que era real.

—¡Erick! —Se abalanzó sobre él y le abrazó—. ¡Has vuelto! —dijo entre lágrimas. Se separó y le miró a través de sus pestañas húmedas—. Maldito desgraciado. —Cuando le vio sonreír, golpeó con ambas manos, sin fuerzas, el vientre duro y moldeado—. ¡No vueltas a hacer algo así! ¡Nunca! ¿¡Me has oído!?! —gritó golpeándole, llorando.

—Chsss. —Erick tomó la cara con ambas manos y la acercó hasta apoyar la frente sobre la suya—. No me había ido a ningún sitio. —Acarició con la punta de su nariz la de ella.

Ayshane le miró por debajo de sus generosas pestañas. Se acercó, rozó los labios con los de él, dudó, quizás no debía, tal vez... «Le quieres, sé valiente, afróntalo, ámale, protégele, vive, mi pequeña Ayshane, sé feliz, mi pequeña Mamba».

Le acarició el contorno de los labios, bajó hasta la barbilla, la sujetó y, muy despacio, como si fuera una ilusión, un frágil objeto que se pudiera romper, se acercó a él y le besó.

Erick echó la cabeza ligeramente hacia atrás y dejó que ella le besara, dejándose embriagar por la ternura, la pasión, el afecto y la dulzura que la temida Mamba Negra depositaba en aquel beso. Dejó que le acariciara, le permitió que dejara de besarle, que palpitase besos sobre sus labios, recorriéndolos desde la comisura hasta el centro para volver a besarle, para sonreírle, una sonrisa de alegría, de felicidad que era solo para él.

Ayshane se alejó un poco, le miró y le acarició la cara, repasó sus labios con el pulgar, con delicadeza, con ternura, sin dejar de mirarle a los ojos. No podía evitarlo, tenía miedo de volver a perderle, de que todo fuera un sueño, de que cuando despertara, Erick siguiera sin reaccionar, dormido. Pero no, Erick seguía despierto, seguía mirándola, acariciándola.

El agente se echó hacia un lado y le hizo hueco en la cama. Dio un par de palmaditas sobre el colchón mirándola. La lugarteniente se fijó en aquella mano y después en los ojos. Dudó, no sabía si sería capaz de permanecer en una cama junto a él. «Le quieres, sé valiente, afróntalo, ámale, protégele, vive, mi pequeña Ayshane, sé feliz, mi pequeña Mamba». Inspiró y soltó el aire despacio. Con mucho cuidado, se subió al colchón, se tumbó a su lado y apoyó la cabeza sobre su pecho, por encima del edredón. Le abrazó. Se sentía bien, no había miedo, ni fantasmas, solo estaban ellos dos. Se acurrucó, sintió el calor de su cuerpo lleno de vida, una vida que se juró que jamás le arrebatrían.

Erick dejó extendido el brazo hasta que ella se acomodó. Poco a poco lo fue flexionando hasta que lo colocó sobre su cintura, agarrándola por la cadera, apretándola contra él.

—Duerme —ordenó con dulzura.

Ayshane negó con la cabeza. Erick la miró, con la mano le retiró el flequillo de su preciosa cara y la besó en la frente.

—Tengo miedo. —Restregó la mejilla contra su pecho—. Si me duermo, tal vez cuando despierte todo esto no sea más que un sueño.

Erick alzó la mano y le agarró la barbilla para asegurarse de que le miraba.

—No tengo intención de irme a ningún lado, ni de volver dormir en mucho tiempo.

Ella se mordió el labio inferior en un gesto meramente infantil. Le daba pánico despertar y perder de vista aquellos maravillosos ojos de nuevo.

—Deja que sea yo quien cuide de ti ahora. —Le peinó el flequillo hacia un lado con la mano—. Por favor —suplicó.

Ayshane dudó, se acomodó sobre su pecho, con la mano sobre la herida de bala, concentrándose en el palpitar de un corazón que latía con fuerza, lleno de vida. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.

Alicia se dirigía a la habitación de Erick en mitad de la noche. Había estado estudiando la alergia de su compañero y había descubierto que le había provocado una respuesta agresiva contra su sistema, acentuando los efectos de la resurrección, pero necesitaba una muestra de sangre para poder seguir aquel hilo de investigación e intentar dar con un antídoto que contrarrestara los efectos. Abrió la puerta jeringuilla en mano pero se quedó helada al otro lado del umbral.

Ayshane estaba tumbada junto a su compañero, abrazada a él, dormida con la cabeza y la mano sobre su pecho mientras Erick apoyaba la cabeza en la coronilla de la lugarteniente y le acariciaba el pelo con los ojos cerrados, hasta que los abrió y los clavó en ella.

Se le cayó la jeringuilla y el tubo de plástico para guardar la muestra de sangre al suelo. Se llevó la mano a la boca y ahogó un grito al ver que Erick le hacía un gesto con el dedo índice en señal de silencio. Cayó al suelo de rodillas entre lágrimas sin poder dejar de mirarlos.

En ese momento, Dima giró por el pasillo en dirección a su habitación, había estado todo el día fuera junto a Jason buscando alguna pista que les llevase hasta Adrik pero no había encontrado nada. Al girar por la esquina de la galería vio a Alicia en el suelo, de rodillas, frente a la puerta abierta donde se suponía que reposaba Erick, moviendo los hombros sin control en un arrebato desconsolado. Corrió hacia ella como alma que lleva el diablo pensando que algo grave había pasado.

—Alice...

Quiso poner una mano sobre el hombro de la agente dirigiendo la vista en dirección hacia donde ella miraba, pero se quedó a medio camino y dio un paso en falso hacia atrás. Alicia le agarró por el bolsillo delantero de su pantalón, y le sujetó evitando que cayera de culo al suelo. Le miró por encima de su hombro sin poder contener las lágrimas que caían desesperadas por su rostro. El joven Víbora estaba petrificado, con los ojos muy abiertos, cristalinos.

Dima miraba a su hermana, tumbada junto al agente que con los ojos abiertos les observaba desde la cama mientras abrazaba a Ayshane con

ternura. Hizo una leve reverencia con la cabeza en señal de respeto. Ayudó a Alicia a levantarse. La agente se acercó a él y le abrazó por la cintura sin perder de vista aquella enternecedora estampa. Dima la miró de reojo, levantó el brazo y dejó que ella se apoyase sobre su pecho mientras se limpiaba las lágrimas que caían por sus mejillas. Le rodeó la cintura y la besó en la coronilla. Ninguno de los dos podía apartar la vista de ellos.

Erick les observó desde la cama sin dejar de abrazar a la lugarteniente, que se removió entre sus brazos para acurrucarse más contra su cuerpo. Apoyó los labios sobre su frente, inspiró y la besó. Volvió a fijar la vista sobre la pareja que había al otro lado de la puerta. Alicia sonreía embobada mientras Dima lo hacía como el hermano mayor que acepta la relación de su pequeña.

—Bienvenido —vocalizó en silencio con una amplia sonrisa.

Erick miró a Ayshane antes de volver a posar la vista sobre el hermano de la joven. Dima le miraba con ambas cejas arqueadas y algo de burla en los labios. Le sonrió de medio lado y, con la mano con la que abrazaba a su hermana, hizo una peineta.

Alicia miró a Erick asombrada, alzó la vista y entonces vio a Dima aguantándose la risa. Le dio un codazo en las costillas, le guiñó un ojo a su amigo y con cuidado de no molestar, cerró la puerta de la habitación.

Dima se acarició el costado con el ceño fruncido. Alicia le miró, sonrió y le sacó la lengua divertida. El joven Víbora ladeó la cabeza.

—Ya estas otra vez.

—¿Qué? —preguntó volviendo de sus pensamientos.

—En ocasiones parece que no estás aquí. Pones esa cara. —Pasó la mano en cómicos círculos por delante de su rostro—. Tu mente desaparece.

—Estaba pensando en mi hermana.

—¿En Ayshane?

—Sí. Creo... creo que por fin la recuperaremos.

Alicia miró la puerta cerrada de la habitación de Erick.

—Reconozco que tenía mis reservas.

—¿Sobre qué?

—Que tu hermana pudiera enamorarse de alguien como él. Es decir... Es un poli. O lo era. Como Jason o como yo...

Dima miró hacia la puerta de la habitación.

—Ayshane le quiere. Es consciente de lo complicado que puede ser una relación así. Pero mi hermana es una guerrera. Una mujer que lucha, que defiende a los que ama y que no abandona a los suyos —respondió en tono ácido.

—Dima, yo no... No pretendía ofenderte.

—Pero crees que es una relación imposible. —Volvió a fijar la vista en la puerta—. Quizá piensas que a mí me hace ilusión ver a mi hermana con un poli. —La miró—. Con un hombre que se ha pasado por la piedra a media Brigada, que podría destrozarle el corazón, pero claro, Ayshane es la Mamba Negra, una Ivanov, una asesina. —Se encogió de hombros—. Ella no tiene corazón, ¿verdad ricitos? Como yo.

—No, no es eso, es solo que... Yo pensaba... Hace un momento estabas bromeando con él. —Alzó la mano señalando hacia la puerta—. Erick está enamorado de Ayshane.

—¿Seguro? No soy un hombre que por lo general se limite a juzgar un libro por la portada. Puedo aceptar y asumir que Erick esté interesado en mi hermana, lo respetaré y les apoyaré, pero no me pidas que no le vigile ricitos. Si mi pequeña vuelve a llorar por él, lo mataré. —Se encogió de hombros.

—Tú no... tú no le harías daño a Erick.

—¿Y quién me lo va a impedir? —Arqueó una ceja—. ¿Tú? —sonrió de medio lado y la miró de arriba abajo.



Alicia frunció el ceño molesta, miró a Dima entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos perfectas y simétricas líneas azules.

—¿Sabes que...? Déjalo. —Alzó una mano y negó con la cabeza—. Eres demasiado racional para entenderlo. —Le dio un golpecito en la frente con la punta del dedo índice.

El joven Víbora dio media vuelta sobre sus talones y se marchó dejando a la agente de pie, sola, molesta y desconcertada en medio de la galería.

Alicia miró la puerta de la sala de recuperación en la que descansaba su amigo junto a la lugarteniente antes de volver a alzar la vista hacia el final de la galería por donde se había marchado Dima.

—No soy solo un cerebro, estúpido —dijo para sí apretando los puños a ambos lados del cuerpo.

Tras una semana de intenso trabajo de rehabilitación, ejercicio y entrenamiento, Erick estaba al cien por cien y listo para poder ayudar en los operativos de búsqueda y rastreo de los que se estaban encargando Ayshane y Sergei mientras él, Jason y Alicia se iban recuperando y poniendo al día bajo la tutela de Dima.

El joven Víbora les había enseñado muchos movimientos y llaves basados en los estrictos entrenamientos a los que habían sometido a todos aquellos mercenarios que conformaban las filas de la Cobra Ivanov y que ellos desconocían.

La primera vez que la tuvo delante, en el callejón, Ayshane le había dicho a Erick que podía matarle de diez formas diferentes sin necesidad de un arma, y si bien era cierto que Dima no les había enseñado aquellas diez maneras, si conocían al menos siete de ellas. El joven Ivanov aseguraba que aunque desconocía las otras tres, desde luego que su hermana no se había tirado ningún farol, como había insinuado Jason. Ayshane no había sido entrenada igual que el resto de Víboras. Su entrenamiento había sido mucho más estricto y había técnicas que él mismo desconocía.

—¿Y eso no te molesta? —preguntó Erick secándose el sudor con una toalla pequeña negra y mullida.

Su turno había finalizado, ahora le tocaba a su compañera Alicia, que estaba de pie a su lado con ambas manos extendidas hacia Jason quien, sentado en el banco del gimnasio, vendaba con un cariño meticuloso las manos de su amiga.

—No tengo interés ni intención de enfrentarme a Ayshane en una pelea a muerte —respondió Dima encogiéndose de hombros.

—Eso no es un entrenamiento —bufó Jason cuando terminó de venderle las manos a Alicia—. Eso es tortura. —Le entregó los guantes que había a un lado sobre el banco a su compañera.

—Tortura o no, mi hermana es un rival al que ninguno de nosotros podríamos enfrentarnos nunca.

—¿Crees que eso lo justifica? —preguntó Alicia horrorizada mientras se colocaba los guantes de boxeo—. Qué estupidez —se contestó a sí misma—. Seguro que sí.

—Mi madre convirtió a Ayshane en una perfecta máquina de matar y, gracias a eso, mi hermana se ha mantenido con vida todo este tiempo.

—Lo que yo decía.

Dima la miró impasible, ladeó la cabeza y chasqueó la lengua mientras le daba un repaso de arriba abajo bajo la atenta mirada de sus compañeros.

—Es normal que no lo comprendas, ricitos. Tú eres más de esos cuentos que comienzan con el «Érase una vez...» y terminan con un príncipe salvando a la desvalida princesita —dijo con retintín—. Es muy fácil vivir en ese mundo cuando tienes a alguien que te protege. —Miró a sus compañeros—. Pero en nuestro mundo, a las mujeres que no saben defenderse solitas, se las meriendan. —Miró de nuevo a la agente y sonrió con malicia—. A ti te comerían viva.

Alicia lanzó un rechazazo que Dima esquivó sin problemas.

—Lo que yo decía. —Arqueó una ceja con sorna.

La agente apretó la mandíbula y empezó a lanzar golpes a diestro y siniestro contra el joven Víbora, o al menos, esa parecía su intención porque Dima los esquivaba anticipándose a sus movimientos entre risas.

—Se supone que estas aquí para entrenarnos, no para reírte de nosotros —gruñó molesta.

Lanzó un puño al aire, Dima le agarró el antebrazo a la par que retiraba la cara, la giró sobre sí misma, le cruzó ambos brazos sobre el pecho atrayéndola hacia él, la apretó contra su cuerpo y le acarició el cuello con la punta de la nariz apoyando la barbilla sobre el hombro de la agente.

Alicia se revolvió entre sus brazos, Dima había conseguido bloquearla con sus propias manos agarrándola por las muñecas y la mantenía cautiva con la espalda pegada a su torso desnudo.

—Yo no me río de vosotros ricitos —le susurró al oído—. Es solo que me hace gracia ver cómo la princesa intenta disfrazarse de guerrera. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Alicia ahogó un gruñido, forcejeó y se liberó dándole un cabezazo al echar la cabeza hacia atrás. Dima se llevó ambas manos a la cara para contener la sangre. Alicia se dio media vuelta y le encaró.

—Vete a la mierda.

Mordió el velcro que cerraba el guante alrededor de su muñeca y se lo quitó con la boca, el otro con la mano y se los tiró de mala gana al joven a la cara. Dima los esquivó sin dificultad sonriendo mientras de un manotazo se limpiaba la sangre que le caía de la nariz.

Alicia gritó de frustración con los dientes apretados y se marchó en dirección a la galería hecha una furia. Dima sonrió, la miró ladeando la cabeza y se acercó al banco en el que estaban sentados Jason y Erick.

—Te has pasado un poco, ¿no crees? —Erick le tendió una toalla.

Dima se taponó la nariz y echó la cabeza hacia atrás.

—Te aprovechas de sus puntos débiles.

El joven Víbora bajó la cabeza y se quitó la toalla, se tocó la nariz y se miró las yemas de los dedos.

—Me limito a hacer lo mismo que haría cualquier Víbora. —Se volvió a colocar la toalla sobre la nariz.

—Se te ha escapado. —Jason se levantó del banco.

—¿Cómo dices? —Agachó la cabeza y le miró.

—Alice se te ha escapado. Tú tampoco eres perfecto. Se suponía que la cerebrita era la débil, pero ha conseguido escapar de las fauces de un temido Víbora Ivanov —sonrió.

—¿Me estas analizando, Jason? —Arqueó una ceja divertido.

—Me limito a hacer lo que haría cualquier Víbora. —Se encogió de hombros—. No deberías subestimar a Alicia. Es muy inteligente, es tenaz. Solo hay que darle tiempo.

—No tenemos ese tiempo. —Se limpió de mala gana la sangre—. Mi hermana me ha ordenado que os enseñe todo lo que sé, pero lo que nosotros hacemos no se le puede enseñar a alguien que no ha nacido para ello.

—Alice también es un agente —intervino Erick.

—Un agente muy buen pero no en el cuerpo a cuerpo. No sirve para el combate. —Se colocó la toalla sobre el hombro—. No tiene puntería y es demasiado lenta.

Los tres se encaminaron hacia la galería.

—Hablaré con Ayshane. Alicia debe mantenerse alejada de los Víboras.

—No puedes hacerle eso. No puedes tratarla como si fuera un juguete roto que te da pena tirar. —Erick le agarró por el brazo y se paró antes de salir por el arco que limitaba la entrada al gimnasio.

—Si la dejamos venir a un operativo, no será más que una preocupación. Me parece increíble que no os deis cuenta.

Salieron del gimnasio. Sentada en el suelo, apoyada con la espalda en la pared al lado del arco de acceso, con la cabeza escondida en el hueco de sus rodillas, estaba Alicia. Sollozando. Alzó la vista y miró a Dima. Se retiró un par de lágrimas con el dorso de la mano y se levantó con dignidad.

—Tienes razón Dima. —Se cuadró de hombros—. Me mantendré alejada de los Víboras. —Alzó la barbilla y le miró a los ojos—. Pero solo hasta que encuentra la forma de que te tragues tus propias palabras. —Bufó y dio media

vuelta con intención de marcharse.

—Alice... —Jason la sujetó por la muñeca.

Su compañera le miró por encima de su hombro con lágrimas en sus ojos.

—Estoy bien, Jason.

Los tres la vieron alejarse sin decir ni una sola palabra. Jason y Erick miraron a Dima preocupados.

—Necesito tomar unas cervezas —dijo mirando hacia donde había marchado la agente—. ¿Os apuntáis? —Les miró alternativamente.

Erick había encontrado un libro que había en el que se explicaban las prácticas habituales en los individuos que habían sido entrenados de la misma manera que la lugarteniente. Lo había cogido de la gran biblioteca del salón adyacente al comedor y se dirigía a su habitación cuando se topó con Ayshane saliendo de su cuarto.

Ella le miró y le sonrió con esa sonrisa que solo guardaba para él.

—¿Vais a salir hoy?

—No. ¿Y vosotros? —Se apoyó de manera coqueta sobre la puerta de su habitación—. Dima me ha dicho que ya estáis recuperados y que os ve preparados.

Erick frunció el ceño.

—¿Te ha contado lo de Alice?

Ayshane suspiró y asintió con la cabeza.

—¿Y tú qué opinas? —Se acercó a ella todo lo que pudo sin llegar a rozarla.

—Creo que mi hermano no es objetivo cuando evalúa a Alicia. Me da que sus conclusiones... no tienen nada que ver con su valía. —Arqueó ambas

cejas divertida.

Erick sonrió, se acercó y le acarició la punta de la nariz con la suya.

—¿Y de Jason, de mí? ¿Crees que estamos preparados?

Ayshane alzó una mano y le acarició la mejilla. Los pelillos de la incipiente barba que el agente lucía desde que despertó de la resurrección le hicieron cosquillas en la punta de los dedos. Sabía que si le besaba, le rasparían su suave piel, y le encantaba aquella sensación. La mantenía allí, con él, muy lejos de sus pesadillas.

Le acarició los labios con el pulgar, Erick se lo mordió y lo soltó con vehemencia. Ayshane arqueó una ceja y ladeó la cabeza, se acercó y le dio un cariñoso mordisco escondido, en su labio inferior, dejando que Erick se acoplara a su beso. Se separó, apoyó la frente sobre la de él y le agarró por la nuca, se fijó en sus labios y se dio cuenta que le había dejado una pequeña y suave marca roja con los dientes. Sonrió con orgullo.

—No sabré cómo de preparados estáis hasta que no me enfrente a vosotros —susurró sobre sus labios dándole un ligero toquecito en la punta de la nariz con la suya.

Erick pasó una mano alrededor de su cintura, la agarró de manera posesiva el trasero y la apretó bruscamente contra él, apoyando su masculinidad dura y tormentosa sobre su vientre desnudo. La alzó, y la lugarteniente se aferró a su cintura con las piernas, dejando que sus pechos, cubiertos tan solo por un top deportivo negro, quedasen a la altura de sus labios. La sujetó contra la pared y movió con sutileza su cadera. Ayshane echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y ahogó un gemido. Aquellas mallas piratas negras que se había puesto para entrenar dejaban que notase de manera exagerada el gran bulto que el agente apenas era capaz de contener en el interior de sus vaqueros.

—Ayshane... Mírame —susurró mientras besaba su cuello.

Ayshane abrió los ojos y le miró. Desde que el inspector había despertado, cada vez que mantenían cualquier tipo de contacto y ella cerraba los ojos, Erick, con dulzura, le ordenaba que los abriera y le mirase, haciendo la

experiencia mucho más íntima, más bella, y muy diferente a los horrores pasados.

Volvió a restregar su endurecido deseo contra ella. Ayshane se mordió el labio inferior y ahogó otro gemido. Le deseaba, estaba dispuesta a entregarse, pero se preguntaba si estaba preparada para ello. Erick era diferente, no la presionaba, no la obligaba, pero sus fantasmas... Había conseguido retenerlos cuando la acariciaba, cuando la besaba, pero no sabía si sería capaz hacerse con ellos si la tomaba.

—Soy yo... —dijo con voz ronca, sensual, suspirada entre pequeños besos sobre el comienzo de sus pechos.

La incipiente barba del agente le arañaba la piel, la excitaba, encendía la llama de un deseo que hasta que no le conoció se había mantenido apagado.

—Erick... —suspiró sobre sus labios extasiada por aquella deliciosa tortura.

Le agarró las mejillas con ambas manos y le besó con cariñoso anhelo. Dejó que le aprisionara el labio inferior y lo soltara despacio. Le necesitaba, necesitaba que esos mismos labios le besaran todo el cuerpo, sentir el nacimiento de su barba arañando su piel, necesitaba que la llenara, perderse en su cuerpo, en el placer de sus caricias. «Puedes hacerlo Ash, tú puedes», se repetía una y otra vez como un mantra. «Le quieres, sé valiente, afróntalo, ámale, protégele, vive, mi pequeña Ayshane, sé feliz, mi pequeña Mamba».

Sabía que aquellas palabras susurradas en sueños por su madre no habían sido más que eso, un sueño, pero se aferraba a ellas con toda su alma, con todo su ser.

No sabía cuánto podría aguantar el agente aquel delicioso tormento. Para un hombre sexualmente activo como él, todos aquellos juegos con una letal belleza asiática, como la definía Ekaterina, tan predispuesta a dejarse llevar por el momento, a dejarse dominar por la pasión, debían ser un doloroso paraíso que a duras penas podían contener sus ansias de abandonarse a sus más primitivos instintos cada vez que le besaba, que ahogaba un gemido en su boca, que sentía el calor que emanaba su cuerpo a través de la fina tela de



la ropa deportiva que llevaba, pero que estaba segura que no era suficiente. No lo era para ella. No lo podía ser para él.

Erick le acarició el labio inferior con el pulgar separando los jugosos y apetecibles labios hinchados, perfilados de un sutil color rosado a juego con sus mejillas. El brillo rasgado en los ojos de Ayshane salpicados por las virutas de caramelo que coronaban aquel chocolate fundido apenas eran capaces de contener la lascivia.

—Ayshane... —susurró antes de arañarle la barbilla con los dientes.

Ayshane echó la mano hacia atrás, agarró el pomo de la puerta y con un vaporoso toque, la abrió. «Le quieres, sé valiente, afróntalo, ámale, protégele, vive, mi pequeña Ayshane, sé feliz, mi pequeña Mamba».

Erick miró la oscuridad tras la puerta y gruñó como un animal enjaulado. La miró como queriendo asegurarse que le permitía ir más allá de su mundo. Ayshane sonrió mordiéndose el labio inferior y asintió.

—Cambia mis recuerdos, Erick —susurró antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

El agente cerró los ojos, suspiró y dio gracias al cielo por aquel regalo tan deseado como inesperado. Dio un paso al frente sin soltarla, mirándola a los ojos, con el libro que había cogido de la biblioteca en una mano, y encendió la luz de la habitación cuadrada de techo abovedado con vigas de madera. Ayshane descruzó las piernas que rodeaban su cintura y se dejó resbalar con suavidad por su cuerpo. Le quitó el libro y lo dejó sobre el escritorio que había a la izquierda, cercano a la puerta, sin soltar la otra mano que agarraba con dulce seguridad.

Erick dio un paso al frente y cerró la puerta con el pie, antes de que la lugarteniente le llevase hacia la inmensa cama que había frente a la puerta en cuyo cabecero se podía ver encastrado en la pared un terrario con una Mamba Negra. Rodeó la cintura de Ayshane desde atrás, le soltó el moño del pelo que sujetaba con un fino palo de madera adornado con una serpiente tallada en la punta, colocó su larga y espesa mata de pelo sobre uno de sus hombros y la besó en el cuello tras el lóbulo de la oreja.

Ayshane levantó un brazo y le acarició la nuca, giró la cara y le besó, dejando que las marcas de la incipiente perilla del agente se encargaran de anclarla a aquel lugar, allí, junto a él. Notó cómo acercaba la palma de su mano a su vientre y la abría abarcando casi su totalidad, cómo descendía hacia abajo despacio. Apretó los ojos con fuerza y le mordió el labio inferior de manera enérgica. La mano de Erick cesó en su descenso a la altura de sus caderas.

—Ayshane... Mírame —ordenó con dulzura.

La lugarteniente abrió los ojos de golpe, alzó la vista por encima de su hombro y se encontró con el precioso prado verde iluminado por los rayos de sol por el que había perdido la cabeza.

—No hay ninguna prisa —susurró.

Hacía varios días que no reaccionaba de aquella manera a su contacto. No lo había superado todavía, podía ser que nunca llegara a hacerlo. Se enfrentaba día tras día a sus amargos recuerdos, pero no tenía intención de ceder a sus demonios. Pensaba ganar esa guerra aunque le fuese la vida en ello. Prefería mil veces ponerse en manos del desgraciado de Adrik que alejar al hombre con el que ahora sí podía decir que deseaba pasar el resto de sus días.

Le besó, puso la mano que tenía libre sobre la que Erick mantenía inmóvil sobre su vientre, a la altura de las caderas. El agente tomó aquello como el permiso que necesitaba para proseguir el cauteloso y peligroso descenso que bien podía abrirle las puertas del paraíso o precipitarle a las tinieblas del averno. Llegó hasta el elástico rojo de sus apretadas mallas, la mano de la lugarteniente le agarraba la muñeca con expectante cariño mientras le besaba. Metió el dedo gordo por dentro del elástico y recorrió su vientre de un lado a otro, deleitándose con su suave piel. Sacó el pulgar y puso la mano extendida al comienzo de su monte de Venus, dejó de besarla para buscar su mirada.

—No. —Soltó su muñeca y le agarró la barbilla—. No dejes de besarme.

Erick le atrapó el labio inferior y la besó. Continuó el descenso por encima de sus mallas negras hacia supreciado deseo sin dejar de besarla como ella le

había pedido. Bajó hasta el inicio de la entrada a su paraíso. La lugarteniente gimió en su boca. Le encantaba hacer eso, le enloquecía ver como Erick se bebía sus gemidos, su entrega. Estaba ardiendo, dispuesta; su anhelo traspasaba la escueta tela que le separaba de aquel placer prohibido. Con la mano sobre su sexo, Erick la empujó hacia sí, quería que notase la dureza de su entrepierna contra las nalgas.

Ayshane se restregó con delicadeza sobre la virilidad del agente. Erick se quedó sin respiración. Le mordió el cuello con un beso necesitado. La lugarteniente se dio media vuelta y le miró. Respiraba agitado, sudoroso. Le acarició la mejilla con una mano mientras colocaba la otra sobre su pecho, permitiendo que la agarrarse por el trasero con ambas manos. Le besó y le acarició las puntas negras despeinadas de su pelo. Le obligó a dar una vuelta sobre sí mismo colocándole de espaldas a los pies de la cama.

Erick la miró. Ayshane se mordió el labio inferior con sensualidad, premeditación y alevosía. Llevó las manos al bajo de la camiseta blanca que Erick se había puesto después de ducharse tras el entrenamiento y le acarició la fina línea de vello que nacía en su ombligo y señalaba el camino hacia su preparado sexo. Echó la cabeza hacia atrás y la dejó hacer. Normalmente era él quien llevaba la iniciativa, pero entendía que ella necesitase la seguridad de dominar la situación en aquel momento, por lo que se limitó a agarrarla por las caderas en un claro gesto posesivo hasta que tuvo que soltarla para que ella pudiera quitarle la camiseta.

Ayshane se deleitó con su cuerpo desnudo de cintura para arriba. Acarició sus marcados pectorales, bajó a través de sus abdominales, quería lamerle, había querido hacerlo desde que le vio descamisado en la Mansión por primera vez. Se fijó en la cicatriz del disparo que casi se lo arrebató, la acarició, acercó sus labios y la besó.

A Erick se le puso la piel de gallina, a duras penas fue capaz de contener un gruñido. La lugarteniente comenzó a desabrocharle el cinturón mientras le lamía el pecho.

—No sigas. —Agarró su muñeca justo cuando iba a desabrocharle el pantalón—. Por favor. —La sujetó por la nuca y apoyó su frente sobre la de ella.

Ayshane le miró por debajo de sus largas y tupidas pestañas negras. Erick parecía muy tensó en contraste con la suave manera que tenía de hablarla y sujetarla.

—Deseo hacer el amor contigo, Ayshane —reconoció acariciando su mejilla—. Pero no sé si seré capaz de controlarme. No quiero hacerte daño, que te asustes y te alejes de mí. —La besó.

Ayshane sintió toda la desesperación, el amor y el respeto que Erick le procesaba en aquel apasionado beso. No podía permitir que sus pesadillas ganaran aquella batalla. Ella le quería, le amaba. Había crecido. Era mucho más fuerte. Podía doblegar a hombres que la doblaban en peso, reducirlos en fracción de segundos, matarlos en un suspiro. Ya no era ninguna niña, era toda una mujer que había decidido estar ahí, que deseaba estar ahí, a la que nadie había obligado y que se moría por sentir el calor y la rudeza de un hombre que la amara de verdad, que la quisiera, que la respetara como Erick lo hacía.

—Hazme tuya, mi pequeña Krait —susurró sobre sus labios.

Erick la agarró por las caderas con cautela. La lugarteniente tenía una cintura estrecha, fuerte, suave, un vientre plano, terso, unas piernas largas, contorneadas y definidas, unos glúteos duros que podía amasar entre sus manos, unos pecho firmes.

Ayshane le empujó con delicadeza sobre el negro edredón de su cama, se subió a horcajadas sobre él. Cogió sus manos y fue dibujando junto a él la línea de ascenso hasta su cintura. «Le quieres, se valiente, afróntalo, ámale, protégele, vive, mi pequeña Ayshane, sé feliz, mi pequeña Mamba». Se quitó el top y dejó al descubierto unos senos turgentes que apuntaban al frente. Notó cómo el miembro del agente palpitaba ansioso, desesperado por ser liberado. Ayshane apoyo una mano sobre los músculos de sus abdominales, se izó un poco sobre sí y como si le hubiese leído el pensamiento, le bajo la cremallera del pantalón y se sentó sobre su falo. La fina tela de sus mallas y sus bóxer apenas eran una eficaz barrera entre los efluvios de sus deseos.

La lugarteniente comenzó a moverse sobre él, con lentitud, en un hipnótico movimiento serpenteante, y Erick le agarró las caderas con los músculos de

sus brazos tensos como cables de acero.

—Para, por favor —consiguió articular con dificultad, con los ojos cerrados, apretados.

Ayshane le miró. Ekaterina tenía razón, ninguno de los dos era sumiso. Erick se estaba conteniendo. Lo veía en sus ojos, en su respiración, en sus movimientos, en la rigidez de sus músculos. Le había dejado llevar la iniciativa, pero tenía que ceder, podía ceder, necesitaba entregarle las riendas.

Ayshane puso una mano a cada lado de su cabeza, apoyó los pechos desnudos sobre el agente. El calor de Erick se sumó al suyo, la suavidad de su piel se aferró a su ser. Era tan placentero, tan diferente. Era Erick.

—No me voy a romper, inspector —se atrevió a sisear en un alarde de valentía.

El agente abrió los ojos de par en par como si aquellas palabras fueran la llave de los grilletes que habían estado conteniendo su voluntad, y rodó de manera brusca sobre la cama llevándose a Ayshane consigo. La lugarteniente siseó como la Mamba que era, recordándole que entre sus manos tenía a una peligrosa serpiente. Erick la besó con pasión, sujetándole ambas muñecas a la altura de sus hombros. Ayshane intentó mover las manos, se tensó de manera involuntaria. Erick le soltó las muñecas y la miró. La lugarteniente tenía los ojos cerrados y había apoyado la cara sobre el mullido edredón negro que resaltaba la palidez de su cuerpo.

—Ayshane... Mírame.

Esas eran las palabras que la traían de vuelta, que arrastraban consigo a sus fantasmas. Erick comenzó a regar su cuerpo con diminutos besos alternados con suaves mordiscos que coloreaban su algodonada piel de un tono rosáceo y que desaparecían según iba bajando por su esternón, sus pechos. Se detuvo un momento a contemplarlos, eran de un tamaño perfecto para su cuerpo, con unos pezones rosados y erectos como su miembro. Le chupó uno, lo sopló y lo volvió a lamer pellizcándolo con sus dientes antes de soltarlo. Ayshane gimió de placer retorciéndose bajo su cuerpo y agarrando el edredón con las manos. Erick se centró en el otro pezón y repitió la operación, consiguiendo

otra respuesta que le pareció preciosa, que le enorgulleció de puro placer. Siguió bajando por su vientre, metió los pulgares por el elástico rojo de sus mallas negras y los fue bajando junto a su ropa interior a medida que se arrodillada a sus pies, sin dejar se besarla, de acariciarla con sus labios, de marcarla con sus dientes. Le quitó la ropa, la tiró hacia un lado y se quedó mirándola.

Ayshane se mordía el labio inferior nerviosa. Había conseguido detener sus pesadillas por el momento, pero tenía miedo. Quería entregarse por completo a alguien por voluntad propia aunque solo fuera una vez. Sentía que estaba preparada para ello.

Notó cómo Erick le besaba los muslos y mordía la cara interna, cómo lamía su piel, su calor, los placenteros arañazos del nacimiento de su barba. Era diferente, era distinto, era... Cerró los ojos al sentir la lengua del agente entre los labios de su sexo. Un escalofrío le recorrió la espalda obligándola a arquearse y un gemido se escapó de sus labios.

Erick aprovechó el éxtasis de la lugarteniente para introducir un dedo en su interior.

—Ayshane... Mírame.

Ayshane sintió algo en su interior, se apoyó sobre sus codos y le miró temblorosa. Erick Le acariciaba el botón de su placer con el pulgar mientras trazaba círculos con un dedo en su interior.

—No quiero que te duela. —Se acercó a su sexo—. No quiero hacerte daño. Estás muy apretada. Eres deliciosamente estrecha. —Lamió, besó y mordisqueó su preciado botón.

Ayshane echó la cabeza hacia atrás, notó como el calor empezaba a palpitar en su bajo vientre.

—¡No! —Le agarró por la muñeca arqueándose antes de ser arrasada por las llamas.

Erick paró y la miró. La espalda de la lugarteniente dibujaba un arco

perfecto sobre la cama, con los pechos elevados hacia el firmamento.

—Así no —dijo con voz ronca—. Por favor así no.

No quería sentir solo placer, quería que ese amor se llevase de una vez por todas sus demonios, quería sentirle a él. Erick se levantó y le tendió la mano. Ayshane le miró extrañada, pero la cogió. La instó a que se levantara, dio una vuelta sobre sí agarrándola por la cintura y se colocó a los pies de la cama. Comprendió lo que sin palabras le estaba diciendo, así que se acercó a él, le bajo los pantalones llevándose consigo los bóxer. Su enorme erección quedó a la altura de sus labios. Sacó la lengua tímidamente y le dio un lametón en la punta. Erick rumió algo inteligible entre dientes. Le miró cautelosa, nunca antes había hecho algo así, quizás no lo habría hecho bien.

—Sí sigues por ahí, tendremos un problema. —Le acarició la mejilla.

Ayshane se sintió aliviada. Le miró a través de sus generosas pestañas y se mordió el labio inferior traviesa.

—Ni se te ocurra, pequeña bicha —le dijo en un perfecto ruso al ver sus intenciones.

—O qué —respondió en su idioma natal—. ¿Me va a detener, inspector? —sonrió con picardía—. No me ha leído mis derechos —siseó.

Erick gruñó, se agarró el miembro con una mano y comenzó a acariciárselo. Le tendió la otra y la ayudó a levantarse. Se sentó sobre la cama con Ayshane de pie, entre sus piernas, y esperó a que ella tomara la iniciativa.

—Erick... Yo no... —titubeó avergonzada y temerosa sin dejar de mirar su sexo.

¿Qué iba a hacer con toda aquella hombría? Eso tenía que doler, iba a doler y sus fantasmas saldrían libres al patio de recreo de su psique. Erick dejó de acariciarse para tomarla por las caderas. Hizo círculos con las puntas de los pulgares sobre sus huesos y la acercó más a él.

—Ayshane, mírame. —La besó el vientre—. Mírame.

Esta vez Ayshane tardó un poco en obedecer la única orden a la que respondía. No podía apartar la vista de aquella majestuosa arma con la que el agente le apuntaba.

—No quiero que dejes de mirarme. —Tiró de ella hacia él hasta que se subió a la cama de rodillas—. No cierres los ojos —susurró metiendo una mano entre ambos para sujetar su miembro—. No me abandones ahora. —Empujó con sutileza su cadena hacia abajo—. Solos tú y yo.

Ayshane siguió el movimiento que Erick le marcaba sin dejar de mirarle. Notó la punta de su sexo, cerró los ojos y Erick detuvo el movimiento.

—Ayshane... —Acarició su mejilla—. Mírame. —La besó.

La lugarteniente notó el ancla del cosquilleo de la barba con la que siempre conseguía traerla de vuelta. Fue descendiendo poco a poco, dolía, quemaba, pero los desesperados besos del agente hacían de aquel dolor un irreconocible deseo. Siguió bajando despacio, entre besos, mordiscos, caricias, palabras susurradas. Notaba cómo poco a poco su sexo engullía a un Erick hambriento, deseoso de más, hasta que estuvo completamente empalada en el agente. Dejó de besarle y le miró a través de sus pestañas. Estaba tenso, tenía la mandíbula apretada y respiraba con dificultad, ambos respiraban con dificultad, sincronizados.

Ayshane comenzó a moverse sobre él, el dolor dio paso al calor, Erick le agarraba la nuca mientras con la mano libre acompañaba el movimiento de su trasero. En ningún momento perdió de vista sus ojos, salvo para robarle el labio inferior, tirar de él y gruñir mientras ella le cabalgada, mientras los llevaba al abismo de la locura, mientras aplastaba los fantasmas pasados y se llevaba consigo el dolor, sustituyendo el miedo por deseo, sintiendo al agente como nunca antes había sentido a ningún otro hombre, dejándose llevar.

Ayshane apoyó una mano sobre el hombro de Erick. Cada vez se movía más rápido, cada vez estaba más húmeda. Le miró, se pasó la lengua por el labio inferior. Calor, sentía mucho calor, una pira de fuegos artificiales a punto de estallar y de arrasarlo con su cordura. Apoyó la otra mano sobre la rodilla del agente y se arqueó, dejando sus pechos al descubierto.



—¡Erick! —gritó en el momento en el que llegó al éxtasis de la locura.

Al escuchar su nombre, el agente perdió el norte y se dejó llevar. Gruñó como un animal, agarrándola por las caderas y apretándola contra él. Ayshane se arqueó aún más al sentir el vigor de las sacudidas de su miembro. Uno de sus diminutos pezones le rozó los labios, Erick lo chupó y Ayshane volvió a gritar de placer, retorciéndose entre sus brazos, con la cabeza hacia atrás y el pelo rozándole el final de la espalda.

La agarró por la nuca y la obligó a que le mirase. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Temblaba sudorosa entre sus brazos.

—Ayshane...

Pero no le dio tiempo a terminar la frase. Ayshane abrió los ojos y los clavó en él. Pasó los brazos por encima de sus hombros.

—Estoy contigo, mi pequeña Krait. —Apoyó la frente sobre la de Erick—. Solos tú y yo. —Le besó.

Erick se había quedado dormido, desnudo entre las sábanas de seda gris plata de su cama, después de hacer el amor. Porque habían hecho el amor, y había sido algo maravilloso, inolvidable.

Le miró desde el pasillo con la puerta entreabierta antes de salir. No habían vuelto a dormir juntos desde que se despertó de la resurrección y al verle ahí tumbado, se dio cuenta de lo mucho que había añorado el calor de su cuerpo por las noches. Pero no podía dormir, aquella noche no. Se sentía feliz, ilusionada como nunca antes, emocionada como una niña pequeña la noche de reyes. No quería despertarle, pero tampoco podía estar a su lado sin acariciarle. Llevaba una hora tumbada entre sus brazos, había recorrido con delicadeza cada una de las facciones de su cara, y se había quedado embobada mirando cómo descansaba tranquilo, relajado.

Le había costado mucho salir de aquella prisión de amor y músculos sin hacer ruido, pero necesitaba pasar por el gimnasio y descargar parte de la euforia que corría por sus venas. Cerró la puerta y se apoyó sobre ella, echó la cabeza hacia atrás y sonrió con los ojos cerrados rememorando cada una de las caricias, de los besos, de las palabras. Quería atesorarlas en su memoria, que aplastaran sus fantasmas, los mismos que habían intentado burlarse de ella, doblegarla al miedo. Se sentía bien, no había dolor, ni angustia, ni vergüenza. Solo había paz. Escuchó los seguros pasos de su hermano acercándose por el pasillo de la galería.

—¿Has visto a Erick? Habíamos quedado para... ¿Estás bien? —Dima se detuvo frente a ella.

Ayshane se ruborizó, agachó la cabeza, asintió y empezó a colocarse con aire despreocupado la goma elástica roja de sus mallas piratas negras de deporte a la altura de sus caderas sin alzar la vista.

—Ash... —Le agarró la barbilla con cariño y la obligó a que le mirase.

Se mordió el labio inferior intentando contener la sonrisa y carraspeó.

Dima se había dado cuenta. Su hermano no era estúpido. Siempre conocía su estado de ánimo incluso antes que ella misma.

—¿Ibais a salir?

—¡Oh Dios mío! —Dio un paso hacia atrás y la miró de arriba a abajo—. ¡Te has acostado con él! —La señaló con el dedo.

—¡Chsss! —Le agarró de la muñeca y le bajo aquel brazo acusador—. Baja la voz —dijo mirando de reojo hacia la puerta de la habitación.

—No me lo puedo creer. —La cogió entre sus brazos y empezó a dar vueltas sobre sí—. Me alegro un montón por ti, Ash. —Dejó de dar vueltas y la soltó.

Ayshane sonreía. Era muy feliz en aquel momento, y verse arropada y apoyada por Dima significaba mucho para ella.

—¿Cómo demonios lo has sabido?

—Tienes ese brillo en los ojos, el que tiene una mujer satisfecha. —Arqueó un par de veces las cejas con picardía.

—¡Oh, calla, Víbora del demonio! —Le dio un suave puñetazo en el brazo.

Estaba colorada, lo sabía, las mejillas le ardían, pero no podía dejar de sonreír. Era feliz. No había horror, no sentía asco de sí misma, no se había duchado hasta casi arrancarse la piel intentando borrar el rastro de sexo de su cuerpo, sino todo lo contrario. Podría decirse que cualquier marca que tuviese, aunque no fuera visible, la llenaba del suficiente orgullo como para no importarle que el resto del mundo se diera cuenta de lo que había ocurrido tras aquella puerta.

—¿Y qué tal ha ido? Es decir, no quiero detalles, pero, ¿estás bien? No te ha hecho daño, ¿verdad? ¿Te encuentras bien? —comenzó a preguntar de manera atropellada mientras la obligaba a girar sobre sí misma para verla desde todos los ángulos.

Ayshane no pudo contener la risa. Salvo por las palabras y el tono, Dima le

había venido a preguntar lo mismo que Erick.

—Estoy bien Dima. Me siento bien. No hay resentimiento, ni ira. No hay vergüenza, solo hay... Solo hay paz.

Su hermano sonrió, volvió a cogerla entre sus brazos. Ambos dieron varias vueltas entre risas hasta que la dejó de nuevo en el suelo, frente a la puerta de la habitación. Ayshane miró hacia el comienzo de la galería, Alicia les observaba en silencio desde la entrada. Dima dirigió la vista hasta donde ella lo hacía y vio a la agente. Su semblante cambio de manera radical.

Ayshane puso los ojos en blanco. ¿Qué demonios les había pasado? Sabía que las cosas entre ellos no andaban bien. Sabía que a su hermano le gustaba. Quizás... Tal vez se lanzó a la piscina y resultó estar vacía. Puede que Alicia no sintiera lo mismo por él y que Dima no llevase bien el rechazo. Desde luego, sería la primera vez que le rechazaban y supuso que aquello tendría que doler.

—Me voy. —Le dio un beso en la frente—. Jason me espera en el garaje. Comenzó a caminar hacia el acceso a la galería, hacia la agente.

—¿Vais a salir? —preguntó Ayshane siguiéndole.

—Pensé que sería buena idea ir a tomar unas cervezas, para relajarnos. —Se encogió de hombros—. Pero creo que pasaré directamente al whisky. Estaremos en la Mansión.

Ayshane se detuvo junto a Alicia. Miró a su hermano. Dima pasó por su lado sin rozarla, sin apenas mirarla, sin despedirse.

—Dima. Tened cuidado.

Parecía enfadado, quizá triste, cuando se marchó. Miró a la agente. Alicia no había apartado la vista de su espalda, como si en cualquier momento fuese a echar a correr tras él, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo, la mandíbula apretada y un velo de pesar en los ojos.

—¿Estás bien? —Puso la mano sobre su antebrazo para llamar su atención.

Estaba rígida, dura, tensa. Se preocupó y miró hacia donde su hermano ya había desaparecido.

—Alice... ¿Va todo bien con Dima?

Alicia la miró.

—Si tienes algún problema con él solo tienes que decírmelo. Si se ha sobrepasado puedo...

—Ese es el problema. Que todos pensáis que necesito ayuda. Y no la necesito. Puedo arreglármelas sola. No necesito que me protejan.

—Alice..., creo que no me estas entendiendo.

La agente parecía dolida, enfadada y profundamente afligida.

—Te entiendo. Entiendo que pienses que no sé cuidar de mí misma, que no sirva para los operativos en campo y que no me quieras en la línea de fuego.

—Claro que no te quiero en la línea de fuego. —Acunó las manos de la agente entre las suyas—. Ni tampoco a Dima, a Erick, a Jason ni a ninguna persona que forme parte de mi equipo.

Alicia la miró, hizo un mohín con la boca y se mordió el labio.

—Pero piensas que no debería estar aquí, que soy un estorbo, un cerebritito, que mi lugar es el laboratorio o delante de un ordenador y no luchando ni enfrentando cara a cara a un criminal porque soy torpe, débil.

—No. Claro que no, pero qué demonios... ¿De dónde te has sacado toda esa sarta de estupideces? ¿Dima te ha dicho eso?

Le extrañaba, pero podía ser. En un momento enfadado, en caliente, Dima podía haberle dicho cualquier barbaridad. Su hermano era muy visceral.

—Dima apenas me habla. —Negó con la cabeza mirando hacia donde se había marchado—. No ha querido ni entrenarme. —Miró a la lugarteniente—. Sé que nunca llegaré a ser como tú, pero...

—¿Dima no quiere entrenar contigo? —Frunció el ceño.

Alicia negó con la cabeza. Ayshane entrecerró los ojos y ladeó la cabeza. Eso sí le parecía extraño. A su hermano le encantaba enseñar su técnica, sobre todo a las mujeres, más cuando era una mujer que le gustaba. Aquel método funcionaba como unos preliminares, siempre conseguía convertir una llave, un movimiento de lucha en algo obsceno, sensual.

—¿Te ha dicho por qué?

—A mí no. Pero escuché como le decía a Jason y a Erick que lo que vosotros hacéis no se le puede enseñar a alguien como yo, que no tengo puntería, que soy lenta, que sería un estorbo —suspiró.

—Entiendo... —Se llevó un dedo a los labios pensativa.

Por norma, su hermano era muy directo. Cuando tenía un problema con alguien iba de frente, no se andaba con rodeos, y si el problema era que la agente no valía para la lucha, se lo habría dicho. Pero Ayshane sabía que Alicia si valía para la lucha, ese no era el problema.

—Alice... ¿Sabes por qué estás aquí?

—Supongo que porque necesitáis a Jason y a Erick y yo iba en el pack.  
—Suspiró y miró al suelo resignada.

—No. Estas aquí porque eres buena. Buena en lo que haces. Puede que tengas carencias para trabajar en un operativo a pie de calle, pero nada que no se pueda pulir. Jason y Erick tampoco son perfectos, por eso Dima les está entrenando, por eso tu deberías estar entrenando con ellos.

—Dima no me quiere entrenar, supongo que no quiere perder el tiempo conmigo. Y yo le entiendo, sé que el tiempo no es precisamente algo que nos sobre. Y mi nivel está muy por debajo. —Agachó la cabeza asumiendo su incompetencia.

Ayshane la miró frunciendo el ceño. No, no era el tiempo. Alicia no era tan mala, no había que empezar de cero con ella. Había que tallarla, no crearla de

la nada.

—Sé que lo mismo me meto donde no me llaman, pero... lo que sea que pasa entre vosotros dos no tiene nada que ver con esto, ¿verdad?

La agente la miró pero no contestó, se limitó a bajar la vista y a mirar hacia otro lado como evitando la pregunta.

—Alice... —Le alzó la barbilla—. ¿Qué ocurre?

—Creo... Creo que Dima piensa que no entiendo la relación que tenéis Erick y tú. Dije algo que le molestó, y desde entonces... No sé... todo es diferente.

—¿La entiendes?

Alicia asintió con la cabeza.

—Solo le dije que tenía mis dudas al respecto. Al principio, cuando Jason me lo contó, apenas podía creerlo. Es decir, tú eres la Mamba Negra y Erick... Se supone que deberíais ser enemigos.

Ayshane lo vio enseguida. Ahí estaba el problema. Conocía a su hermano a la perfección, no era de ir detrás de una mujer, estaba acostumbrado a que fueran ellas quienes le esperasen desnudas en su cama haciendo cola, y si había alguna que no quería, saltaba a la siguiente casilla. Pero Alicia le gustaba, era posible que más que las chicas con las que se había acostado antes. Ya en el coche, de camino al piso franco, le confesó sus sospechas: él era el problema, la agente le tenía miedo. Una vez superado el miedo, todo fue como la seda hasta que Alicia puso sobre la mesa uno de los problemas que ella misma se había planteado.

Miró hacia la puerta de su habitación. Erick era policía y ella una prófuga de la justicia. No podía cambiar su destino, no dejaría de ser quien era, no podía borrar el pasado y el futuro no se presentaba mucho mejor.

Entendía a su hermano. Que Alicia se planteara una cuestión así le cerraba una puerta que ella le había cerrado a Erick en su momento e incluso a sí

misma. No la quería entrenar no porque pensara que no valía, sino porque no podía. De la misma manera que ella no podría entrenar a Erick. Nunca le haría daño, y menos después de lo ocurrido.

—Está bien. Ven conmigo. —Comenzó a andar hasta el hall distribuidor.

—¿A dónde?

—Al gimnasio. —Se dio la vuelta delante del gran Sakura y la miró de arriba abajo.

La agente vestía unos vaqueros desgastados de pitillo, unas deportivas y una camiseta de manga corta bastante holgada. No era la ropa más adecuada para entrenar. En realidad, dudaba que Alicia tuviera algo decente en el armario.

Siempre vestía con ropa que no le favorecía en absoluto. Camisetas dos tallas más grandes, vaqueros desgastados por el uso, deportivas... ¿Por qué no se sacaba más partido? Era una mujer muy bella, de facciones redondeadas, afables, una mirada azul cielo en la que se podía volar, enmarcada en unas espesas y largas pestañas de color negro que conferían un aire dulce y misterioso a la palidez de su rostro.

Tenía un cuerpo definido, con curvas, de cintura estrecha, amplias caderas y exuberantes pechos que trataba de hacer que pasaran desapercibidos con amplias camisetas de colores neutros, unos colores muy acordes con esa personalidad bajo la que escondía su carácter. Ese que Ayshane bien sabía que tenía. Alicia no era una mujer tímida, aunque sí, huidiza, que optaba siempre por mantenerse en un segundo plano sin llamar demasiado la atención, pero estaba muy confundida. Seguro que ni siquiera era consciente de su atractivo.

—¿Al gimnasio?

—Sí. Desde hoy entrenaras conmigo.

—Jason y Erick pueden...



—Jason y Erick están aprendiendo. No son perfectos, como tampoco lo somos ni Dima ni yo, pero si la cuestión crees que va niveles, el nuestro es mucho mayor que el de ellos, eso no lo dudes.

—¿Estás segura? Puedo pedirles que...

—Esa no es la pregunta que deberías hacer. La pregunta correcta es si tú estás decidida a salir de tu zona de confort. Piensas que todos estaremos para protegerte, pero es un error. No somos dioses, no siempre estaremos ahí. Y olvida que tenga algún tipo de clemencia o reparo contigo porque no va a ser así.

—No te estoy pidiendo eso. —Frunció el ceño molesta.

—No me lo pides ahora. —Sonrió con malicia—. Pero me lo pedirás. —Dio media vuelta sobre sus talones y comenzó a andar.

Alicia la siguió hasta el gimnasio. Las luces se encendieron en cuanto entraron. Ayshane se dirigió hasta uno de los bancos que había cerca del saco de boxeo. Se quitó el reloj, se deshizo la coleta de caballo que llevaba y se recogió la melena en un moño desenfadado.

Alicia se quedó esperando en el arco de la entrada, mirando como la lugarteniente se movía por el gimnasio de un lado a otro, asegurando que el saco estaba anclado de manera correcta al techo, comprobando la juntas de las colchonetas que había en el centro una a una, cogiendo un par de guantes y un protector bucal, hasta que se quedó parada en el centro observándola. Fue entonces cuando se acercó, situándose a un par de pasos frente a ella.

—Toma.

Ayshane le tendió el protector bucal y comenzó a ponerse los guantes. La agente dudó un instante antes de metérselo en la boca.

—Bien. —La miró—. Uno de tus principales problemas es que eres muy lenta a la hora de atacar y defenderte. —Comenzó a dar vueltas alrededor de la agente de manera lenta—. Y eso ocurre por dos motivos. El primero, que no tienes interiorizados ni los golpes ni los movimientos, y eso nos lleva al

segundo. Piensas demasiado. Es como una reacción en cadena. —Se paró frente a ella—. ¿Lo entiendes?

Alicia asintió con la cabeza.

—Puedo oler tu miedo... —canturreó.

La agente dio un ligero respingo, apretó la mandíbula, mordió con fuerza el protector e inspiró. Ayshane comenzó a reírse, dejó de dar vueltas a su alrededor y se situó frente a ella.

—Ambas cosas tienen solución —sonrió.

Se colocó en posición de defensa con ambos brazos flexionados hacia arriba y los puños cerrados cubriendo parte de su rostro.

—Atácame.

La agente dudó un instante antes de lanzarle un gancho de derecha que Ayshane esquivó sin problemas agachándose y golpeándole el vientre antes de levantarse. A Alicia se le corto la respiración una fracción de segundo. Se llevó las manos al vientre y se dobló de dolor. Miró a la lugarteniente, que la observaba ladeando la cabeza. No había usado protecciones de ningún tipo salvo los guantes. Se levantó ahogando un gruñido seco al estirarse y volvió a intentar alcanzarla esta vez con una patada en el pecho pero volvió a esquivar su golpe, la agarró del pie, dio media vuelta y la lanzó contra el saco de boxeo haciendo que se balanceara sobre su cabeza cuando quedó tendida en el suelo. Se llevó la mano al final de la espalda, había caído de golpe sobre su rabadilla y un dolor seco le laceraba toda la columna de arriba a abajo. La lugarteniente se acercó a ella y la ayudó a levantarse. Alicia mordió con todas sus fuerzas el protector bucal, cogió la mano que Ayshane le tendía y dejó que la ayudara llevándose la mano a la zona baja del trasero. La miró. Se irguió, estiró la espalda y volvió a intentar atacarla, pero fue en vano una vez, otra vez y otra.

La nariz le sangraba y se había partido el labio por dentro al mordérselo ella misma cuando apretó el protector para que no saliera despedido al recibir una patada. Le dolían las costillas y las piernas era incapaces de mantenerla

en pie. Cayó de rodillas ante ella en medio del gimnasio tras un par de horas intentando rozarla y no había conseguido ni tan siquiera acercarse a ella.

—Será mejor que lo dejemos por hoy. —Le tendió una mano.

Alicia se quitó el protector y la miró desde el suelo. Estaba sudorosa, cansada. La lugarteniente por el contrario mostraba un aspecto arrollador, sudaba, pero ni se había despeinado. Apretó la mandíbula, la boca le sabía a metal. Miró el protector, estaba lleno de sangre y mostraba pequeñas marcas de dientes.

—Te pierde la ira —dijo dirigiendo la vista hacia el protector—. No deberías dejarte llevar por ella. No es buena compañera. —Le ayudó a levantarse—. Te hace cometer errores. —Le sujetó la barbilla y escudriñó su rostro.

La agente tenía el labio superior y el pómulo derecho hinchado, sangre reseca en su nariz, pero no le quedarían marcas permanentes, aunque estaba segura que al día siguiente le dolería todo el cuerpo y estaría llena de moratones.

—Ni tan siquiera te he rozado —dijo llevándose la mano al labio superior con resignación.

—¿Quieres saber por qué?

—Porque soy lenta.

—No es solo eso —respondió negando con la cabeza—. Centras la mayor parte de tus golpes en la parte superior del cuerpo. Cabeza y tronco. Eres previsible para cualquiera que tenga un mínimo de información sobre ti. —Se acercó al banco que había junto al saco, cogió su reloj y se lo puso—. ¿Recuerdas las carpetas que os pasé?

Alicia asintió con la cabeza. En aquellas carpetas había datos muy sensibles sobre su vida. Había estudios sobre sus técnicas de defensa y de tiro. Sus movimientos, sus golpes. Todo estaba reflejado en el dossier que la lugarteniente les había pasado.

—Los hombres a los que os enfrentareis cuentan con la misma información. Vuestra única ventaja es que ellos creen que estáis muertos, pero cuanto intentéis atacarles, sabrán cómo defenderse, por eso es igual de importante que aprendáis a defenderos es que conozcáis sus puntos débiles. Yo no soy buena solo por golpear fuerte, ni por dejar K.O. a mi contrincante de un solo golpe, sino porque estudio cada uno de sus movimientos, los huecos que deja, los puntos que no protege antes de cualquier ataque. Y tú tienes los recursos como para guardar toda esa información. —Se llevó la mano a la sien y se dio dos ligeros golpecitos con el dedo índice—. Puedes ser mejor que Jason, que Erick, que Dima, que cualquier Víbora. Podrías ser incluso mejor que yo. Solo tienes que ampliar tu zona de confort. Ya no estás en la Academia. Te mueves fuera de la legalidad. No debes aprender a defenderte, tienes que aprender a matar. Si no estás cómoda con una pistola entre las manos, aquí contamos con todo un arsenal. —Señaló hacia la salida del gimnasio apuntando a la galería—. Elige el arma con el que te sientas más cómoda, aquella que te de seguridad.

—¿Crees que podría llegar a vencerte?

—¿Es eso lo que quieres? ¿Vencerme a mí, acabar con la temida Mamba Negra? —Arqueó una ceja divertida.

Alicia negó con la cabeza.

—Pues deberías. Si puedes vencerme a mí, puedes acabar con cualquiera de los hombres y de las mujeres que trabajan para Adrik. Ellos no dudarían en matarme si tuvieran la más mínima oportunidad, y tú tampoco deberías dudar —sonrió—. Pero antes de echar a correr, tienes que aprender a caminar.

Alicia era buena persona, tenía buen corazón. No había maldad en ella. Era racional e inteligente, mucho más que el resto. No usaba sus dotes para hacer el mal, no lo había hecho hasta ahora. Siendo superdotada, con una inteligencia muy superior al resto, podría haber hecho lo que le diera la gana en un mundo donde la información era mucho más valiosa que las armas, pero decidió dedicar sus habilidades a ayudar a los demás. Podría ser una buena discípula y, llegados al punto en el que estaban, Ayshane pensó que tal vez debería empezar a buscarse alguien a quien enseñar su técnica.

Eran las tres de la mañana. Habían estado en la Mansión tomando algo y disfrutando de la compañía de Ekaterina y sus chicas, pero a pesar de estar rodeado de mujeres guapas y jóvenes dispuestas a complacer sus más oscuros deseos, Dima decidió volver al búnker junto a su padre.

—Arrancarás el tirador de la puerta. —Eduard entró con el SUV en el garaje y bajó hasta la última planta—. ¿Puedo saber que te ronda la cabeza para haber tenido todo el día esa cara de asesino en serie?

Soltó el tirador. El duro y caro plástico se resintió con un débil quejido. Miró a través de la ventanilla evitando el contacto con su padre.

—Déjame adivinar —dijo pulsando el código en la consola del SUV que les abriría las puertas del elevador—. Apuesto a que es por una mujer. —Aceleró hasta entrar en el ascensor y esperó a que las puertas se cerraran—. Y si tuviera que decidirme por alguien concreto, diría que es la agente. ¿Me equivoco? —preguntó justo cuando llegaron al garaje del búnker.

Dima no respondió. Saltó del vehículo sin esperar a su padre y fue directo a su habitación. Eduard miró cómo su hijo se alejaba. Sonrió negando con la cabeza. Se metió las manos en los bolsillos y se dirigió por la galería hasta el *hall* distribuidor y miró el gran dragón que se apostaba en el centro.

—Nuestros hijos comienzan a andar hacia la libertad —suspiró acariciando la estatua—. Buenas noches, dragona.

Ayshane curaba las heridas de Alicia en la sala de recuperación que la agente había ocupado cuando se encontraba bajo los efectos de la resurrección. Aquella estancia se encontraba junto a la que ocupaba su hermano como habitación habitual. No contaban con más estancias libres hasta que su padre ampliase aquella galería, si es que algún día llegaba a hacerlo, pues mientras todos se dedicaban a buscar a Adrik, él se había dedicado a controlar los pocos negocios que bajo un complicado entramado de empresas financiaban todo aquello.

—Gracias por ayudarme, por no verme como a una frágil reliquia a la que hay que proteger —dijo Alicia mientras dejaba que Ayshane le limpiara los restos de sangre de la nariz.

—No tienes por qué dárme las. —Dejó la gasa manchada de sangre sobre la colcha celeste de la cama y la miró.

—Erick y Jason han intentado enseñarme todos estos años, pero... Nunca me habían golpeado tan fuerte —suspiró—. Supongo que no quieren hacerme daño.

—Yo tampoco.

—No, no he querido decir...

—Ni Dima —añadió sin dejarle terminar la frase.

Alicia apretó la mandíbula al escuchar el nombre de su hermano y empezó a quitar una fantasmagórica pelusa de la colcha.

—Dios... Cuando te vea... —Le acarició la mejilla.

La agente tenía el pómulo y el labio muy hinchados, y los moratones ya habían comenzado a aparecer por todo su cuerpo.

—Pensaré que tengo lo que me merezco —dijo arrebujando el edredón en un puño.

—Me matará. —Se levantó de la cama y comenzó a recoger las gasas con las que le había estado limpiando el labio y la nariz.

—No... No lo entiendo.

Ayshane la miró. A pesar de los golpes, Alicia seguía siendo una mujer muy bella. Solo esperaba que la hinchazón de la cara le bajase antes de que su hermano la viera. Eso sin mencionar que si se daba cuenta de la cantidad de golpes que tenía por todo el cuerpo no solo intentaría matarla, sino que desearía despellejarla viva.

Dima llegó a la puerta de su habitación, pero se dio cuenta que la sala de curas que había estado ocupando la agente tenía la luz encendida. Se acercó a la puerta en silencio, pegado a la pared. Podía escuchar la voz de su hermana y la de la agente.

—Dima no quiere entrenarte porque no se ve capacitado.

—Lo sé. Sé que tengo un nivel mucho más bajo del que él está acostumbrado a trabajar —rumió entre dientes molesta.

—Tu nivel está bien, Alice. Si no estuvieras a la altura o creyera que no eres capaz de desarrollar tus habilidades, yo misma te lo diría. Es más, ni siquiera me habría molestado en reclutarte, te habría matado. —Se encogió de hombros y se acercó a la papelera metálica que había al lado de la mesilla blanca para tirar las gasas usadas—. Pero de la misma manera que yo no estoy capacitada para entrenar con Erick, Dima tampoco lo está para entrenarte a ti.

—No sé qué me quieres decir con eso, ni qué tiene que ver Erick en todo esto —dijo confusa, cruzándose de piernas sobre la cama.

Ayshane puso los ojos en blanco. La agente era igual de inteligente que de ignorante. Fue hasta los pies de la cama y se puso de rodillas frente a ella. Alicia no llevaba nada de cintura para arriba, solo un sujetador negro liso de tafetán que a duras penas podía contener sus grandes pechos.

—Lo que quiero decir es que Dima jamás se atrevería a dejarte el cuerpo lleno de marcas. Mírate. —Alzó una mano con la palma hacia arriba—. Mañana te dolerá hasta el alma, puede que no puedas ni levantarte de la cama.

—Alguien tenía que hacerlo, y tampoco es para tanto. ¿Sigo viva no? —Sonrió orgullosa.

La agente se llevó la mano a la boca y bufó de dolor.

Dima solo alcanzó a escuchar su nombre, marcas, y cuerpo. Dio un paso y se puso en medio de la puerta abierta.

—¡Dima! —gritó. Cogió la camiseta que tenía al lado, sobre la cama, y se la colocó de manera torpe por encima.

Ayshane miró por encima de su hombro y vio a su hermano en medio de la puerta, mirándola como un demente, temblando de rabia, con los maseteros de la cara marcados de tanto apretar la mandíbula, los nudillos blancos y los brazos tan tensos que la cabeza de la víbora que llevaba tatuada rodeándole el antebrazo y que descansaba su cabeza en la cara externa de la mano parecía tener vida propia.

—Creo que será mejor que me vaya. —Se levantó del suelo con la esperanza de salir sin tener que pelear con él.

—¿Qué has hecho? —Dima dio un paso al frente poniéndose delante de ella.

—Dima... —Alicia se levantó de la cama como si le quemara, dejando la camiseta sobre la colcha.

Se llevó la mano a las costillas, aguantó la respiración y se puso entre ambos con los brazos extendidos, momento que aprovechó para soltar el aire.

—Apártate. —La cogió del brazo por encima del codo.

Alicia ahogó un grito cuando la agarró y se echó ligeramente hacia un lado. Dima se asustó al escuchar el quejido de la agente, la soltó y la miró de arriba a abajo. Su precioso cuerpo estaba lleno de moratones.

Cualquiera que se enfrentaba a la Mamba Negra y sobrevivía para contarlo experimentaba cómo sus golpes calaban hasta los huesos. Miró a su hermana lleno de ira.

—No me mires así Dima. Solo he hecho lo que había que hacer. Alguien tiene que enseñarle. —Se encogió de hombros.

—Y nadie mejor que la temida Mamba Negra —dijo entre dientes dando un paso hacia ella.

Alicia le agarró del antebrazo sin apenas fuerza.



—Yo me ofrecí. —Alicia se puso delante de él—. Por favor... —Le miró a través de sus pestañas con ambas manos apoyadas sobre su pecho por encima de su chaqueta de cuero negro.

—Qué tú no eres lo suficiente cabal como para darte cuenta del peligro y tus limitaciones ya lo sabía, pero tú... —Miró a su hermana.

Alicia dio un paso hacia atrás como si hubiese recibido un fuerte puñetazo y se llevó la mano al pecho. Ayshane puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¡Ash no ha hecho nada! —gritó—. ¡Me respeta lo suficiente como para entender que no quiero morir a manos de unos indeseables! —Dio un paso hacia él—. ¡Porque su estúpido hermano no es capaz de entrenarme! —Le empujó con todas sus fuerzas aunque Dima ni se movió—. ¡Porque no me quiere hacer daño! —Le dio un puñetazo sin fuerza en el pecho, entre lágrimas—. ¡Cuando el mayor daño me lo está haciendo al tratarme como una estúpida y débil rata de laboratorio! —Se limpió las mejillas de manera enérgica con las manos—. ¡Valgo para algo más que para estar en un puñetero despacho descifrando incógnitas, imbécil!

Dima la agarró por las muñecas para que dejara de golpearle. Intentó hacerlo con cuidado, pero no sabía por dónde sujetarla. Alicia parecía un cromo. Estaba llena de golpes por todas partes.

—Sera mejor que me vaya. —Ayshane se dispuso a salir de la habitación—. Hay sales y crema en el baño. —Miró a Dima por encima del hombro cuando estuvo a su altura—. Ya sabes lo que hay que hacer —dijo antes de abandonar la habitación.

Se marchó y los dejó solos. Alicia y Dima tenían que arreglar su situación como ella había arreglado la suya con Erick. Solo esperaba que uno de los dos diese su brazo a torcer, pues ambos eran igual de testarudos.

Fue hacia su habitación. Erick seguía dormido. Por suerte no se había despertado con los gritos de su compañera. Se quitó las mallas y el top y las dejó tiradas en el suelo, se subió a la cama y gateando se tumbó a su lado. Le

miró y le acarició la mejilla. Cuando Erick se despertara vería a Alicia. ¿Qué se le pasaría por la cabeza? ¿Se enfadaría? Dima lo había hecho y, a fin de cuentas, Jason y Erick siempre la protegían de todo.

—Ya estás aquí. —Susurró con voz ronca.

—He estado entrenando con Alicia —reconoció con miedo.

Erick se estiró, abrió los brazos y esperó a que ella se acomodara en su interior, pero no lo hizo. Ayshane se mantuvo quieta a su lado, expectante.

—Lo sé, como también sé que es probable que mañana no pueda mover ni las pestañas. —Cerró los ojos medio adormilado—. Me desperté y al no verte me fui a buscarte y os vi entrenando en el gimnasio.

Entonces Ayshane miró de arriba a abajo. Cuando ella había salido de la habitación, Erick estaba desnudo y bajo las sábanas, sin embargo, no solo parecía que llevaba puestos los bóxer, sino que estaba destapado.

—¿Y no te importa? Es tu amiga. ¿No...? ¿No piensas que soy un monstruo?

Erick sonrió sin llegar a abrir los ojos, la buscó a tientas con la mano y la acercó a él. La abrazó, le deshizo el moño y le acarició su suave melena.

—No eres ningún monstruo, Ash. Seguro que prefiere entrenar contigo. Creo que en el fondo te admira.

—¿Tú crees? —Se apoyó sobre su pecho y le miró sorprendida.

Erick abrió los ojos y le acarició la espalda de arriba abajo.

—Eres una mujer maravillosa, tienes un corazón enorme, luchadora y valiente. No sería de extrañar que Alice te admirase, ni que yo me sienta el hombre más afortunado del planeta.

Ayshane se estremeció y sonrió, nunca le habían dicho nada parecido. Recostó la cabeza sobre su pecho e inspiró el aroma que desprendía. Olía a sexo, al dulce sabor del amor en todo su esplendor. Comenzó a acariciar su

pezón haciendo círculos alrededor de él. Erick la besó la coronilla y la abrazó hasta que ambos se quedaron dormidos.

Jason entró al comedor a la hora del desayuno. Había pasado la noche en la Mansión junto a Esther, una preciosa joven española de veintiocho años que llevaba trabajando para Ekaterina desde hacía cinco.

Se acercó a la mesa y se sirvió una taza de café, se metió un *croissant* entero en la boca y se sentó en una de las sillas que había al otro lado de la mesa frente a la entrada del salón. No había dormido demasiado, había llegado hacía tan solo una hora, pero parecía animado y con fuerzas para afrontar un nuevo día.

Eduard entró al comedor. La Anaconda Ivanov había decidido volver al búnker mucho antes con su hijo, pero a pesar que debería haber dormido más horas que el agente, su semblante no era el de un hombre descansado.

—Buenos días, agente Booth —saludó mientras se servía un café cortado en una taza pequeña que había sobre la mesa.

—Buenos días —Jason cogió un segundo *croissant* y se metió la mitad del bollo en la boca.

Eduard se sentó frente a él, apoyó ambos codos sobre la mesa y se restregó la cara, cogió la pequeña taza y le dio un sorbo.

—¿Algún problema? —Dio un sorbo a su café y mordió un pedazo más pequeño del bollo.

—¿Te suena el nombre de Vladimir Vasíliev? —Se dejó caer en la silla con las manos apoyadas en la mesa y sujetando la taza.

—¿El marchante ruso?

Eduard asintió dando otro sorbo a su café y cogiendo una magdalena de la bandeja que tenía delante.

—¿Qué sabes de él? —preguntó mientras le quitaba el papel y lo dejaba sobre la mesa.

—Que.. es un comerciante muy famoso de obras de arte, rico, al que se le ha investigado en varias ocasiones por presunta colaboración con su familia, pero cuya relación nunca se ha podido demostrar.

—Vladimir y yo somos socios desde hace muchos años. —Dio un mordisco a su magdalena, masticó y tragó—. Se encarga de lavar parte del dinero que obtengo de mis negocios a cambio de una cuantiosa y generosa comisión. —Dio otro mordisco al tierno bizcocho.

—Entonces colabora con su familia.

—No. —Negó con la cabeza—. Vladimir solo colabora conmigo. No trabaja para mis hijos. O no lo hacía. —Dio un último sorbo al café—. Él tiene familia, una preciosa hija de tres años, Irina, a la que quiere con toda su alma. No puede verse envuelto en los turbios negocios de Adrik ni Elenka, eso podría suponerle la cárcel. Sabe que mis hijos, a pesar de aparentar que lo tienen todo bajo control, son más descuidados de lo que parece, más ahora, que no cuentan con Ayshane ni con Dima y que, para ellos, la lealtad no es más que una moneda de cambio en venta al mejor postor.

—¿Cree que ahora trabaja para Adrik? —Movi6 la taza sobre su eje.

—No lo sé. Su transacción debía haberme llegado hace más de una semana, pero no ha sido así.

—Puede que se haya retrasado con el pago.

—Vladimir no se retrasa nunca.

—¿Sabe que está usted vivo?

—Si, por supuesto. Tanto él como los otros dos colaboradores que recaudan los beneficios de mis negocios. Si no fuese así, no podría financiar todo esto. —Alzó ambas manos al aire.

—Entonces... cabría esperar que le hubiese traicionado.

—Vladimir solo me traicionaría por un motivo: Irina. Esa pequeña es lo único que le queda. Haría cualquier cosa para protegerla.

—¿Quiere que salgamos a husmear por ahí?

—No será necesario. Si Vladimir me traiciona, debería recibir una transferencia, sería lo lógico, aceptaría un trato con mis hijos antes de que le mataran y dejar a su hija completamente huérfana. Es cuestión de esperar y seguir el rastro del dinero en cuanto le llegue.

—¿Qué es lo que no me está contando? —Jason entrecerró los ojos.

—¿Me está analizando, agente Booth? —Eduard arqueó una ceja y sonrió de medio lado.

Alicia había mejorado mucho en los tres últimos días bajo su tutela. Había aprendido a esquivar la mayor parte de los golpes y sus movimientos era muy ágiles, casi felinos. Su cuerpo se había endurecido y tras los entrenamientos ya no mostraba tantos morados. Reaccionaba de manera casi inmediata y envestía con fuerza y destreza, aunque seguía perdiendo la paciencia cuando terminaban y veía que Ayshane no mostraba signos de cansancio ni marcas en su cuerpo.

—Mañana comenzaremos a introducir armas —dijo secándose el sudor del cuello y el comienzo de sus pechos.

—¿Crees que estoy preparada? —preguntó despatarrada desde el suelo entre agitadas respiraciones.

Ayshane le tendió una mano y le ayudó a levantarse. Alicia fue hacia el banco que había cerca del saco de boxeo y cogió una suave y mullida toalla de color gris. Comenzó a secarse la cara, el cuello y los brazos. Cogió el bajo de su camiseta y empezó a darse aire por el torso, aunque no le sirvió de mucho, estaba tan empapada en sudor que la holgada camiseta se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—Si no lo creyera no te lo propondría. Los chicos nos llevan tan solo dos días de ventaja, has mejorado mucho y muy rápido. A finales de semana practicaremos el tiro y después os pondré a prueba para ver si estáis preparados.

—¿Y ya está? —Dejó de darse aire y se colocó la toalla sobre los hombros —. ¿Si pasamos la prueba ya estaríamos preparados?

—Nunca se está totalmente preparado pero... se podría decir que sí. —Se acercó al banco y cogió un par de botellas de agua.

—¿Y en qué consiste la prueba? —Cogió la botella que le tendía.

—Os tendréis que enfrentar a mí —dijo tras beber un gran trago de agua.

—Pero eso yo ya lo hago —sonrió, destapó la botella y se bebió la mitad de un solo trago.

—Sí. —Ayshane le devolvió la sonrisa—. Por eso tú te enfrentarás a Dima.

Alicia casi se atraganta con el agua. Tosió y se limpió los labios con el dorso de la mano. Su relación con el joven Víbora no estaba en el mejor momento. Estaban todo el santo día a la gresca, discutiendo y peleando como un matrimonio mal avenido.

—¿Supone algún problema? —preguntó arqueando una ceja divertida, cerró la botella y la dejó sobre el banco.

—No... Bueno... Es solo que no sé si es una buena idea. Dima y yo...

—Necesito saber que estáis preparados para trabajar juntos. Además, Dima es el único que ha estado cerca de derribarme. Será un buen espectáculo ver como intentas hacer lo mismo con él —sonrió condescendiente de lo que esas palabras podían significar para su hermano.

—¿En serio?

Ayshane sonrió. Cogió la toalla que se había colocado sobre los hombros por las puntas y la estiró sobre su cuello echando la cabeza hacia atrás.

—No sé por qué te sorprendes. Es mi hermano, y además le entrené yo. Dima es muy bueno, tiene muchos registros y sabe utilizarlos en su propio beneficio. No te lo pondrá fácil.

—Eso ya lo sé —dijo entre dientes apretando la botella.

El plástico crujió entre sus manos. La rivalidad que había entre ambos era algo que a Ayshane le parecía absurdo, todos veían a la legua que cuando discutían echaban chispas, y no de odio.

—Alice... ¿Puedo hacerte una pregunta personal?



Alicia asintió con la cabeza mientras recogía las botellas del banco. Ambas comenzaron a andar hacia la galería para ir a sus respectivas habitaciones a ducharse y cambiarse antes de la cena.

—A ti... Bueno tú...

La agente se detuvo en mitad del gimnasio y miró a la lugarteniente con expectante inquietud.

—Verás... Sé que es meterme donde no me llaman, pero...

—¿Quieres hacerme la dichosa pregunta de una vez?

—Dima, ¿qué sientes por él?

Alicia dio un ligero respingo. Miró a Ayshane. Se mordió la uña del dedo gordo pensativa, miró hacia el suelo y suspiró.

—Tu hermano... No es de esos hombres que pasen desapercibidos.

—Sé que piensas que mi hermano es un mujeriego.

—Yo prefiero llamarle presuntuoso chulo de playa.

Ayshane rio. La agente tenía razón, su hermano era un zalamero, un guaperas redomado, un don Juan que volvía locas a las mujeres.

—Si pero... no es mala persona. Es un hombre dulce y cariñoso que se desvive por quien ama.

—Lo sé. —Reanudó su camino hacia la galería.

—¿Entonces?

Alicia la miró.

—Es complicado, Ash. Tu hermano... Yo...

—Mi relación con Erick también es complicada. Él es mi punto débil. Mi

talón de Aquiles. Si algo le pasara... —Suspiró y borró de inmediato esa idea de su mente negando con la cabeza—. A lo que voy: yo misma me he planteado si soy lo que él se merece. Soy una asesina, Alice, se mire por donde se mire, mis manos están manchadas de sangre, una hija de la *bratva*. Reconozco que siempre pensé en enfrentarme a Adrik y que pasara lo que tuviera que pasar. Si tenía que morir, no me importaba. Pero ya no quiero morir. Quiero acabar con Adrik, pero quiero, deseo vivir, aunque tengo miedo. Es decir, cuando acabemos con Adrik, ¿qué será de nosotros? Soy una prófuga, no me gustaría arrastrar a Erick conmigo, pero, aun sabiendo que es egoísta, no quiero abandonarle.

Alicia se mordió el labio inferior.

—Erick no permitiría que le abandonaras... Y renunciamos a nuestra libertad el día en que decidimos formar parte de este mundo.

—Lo sé. Y lo siento, no es algo de lo que me enorgullezca. —Se detuvo casi llegando al final de la galería.

—No, no lo sientas. —Se paró junto a ella y apoyó una mano sobre su hombro—. Nos has abierto la posibilidad de hacer justicia, una justicia real. Hay hombres y mujeres que no se merecen estar en este mundo. La vida o la sociedad no se pierden nada si ellos desaparecen, pero ganan mucho con la muerte de esos malnacidos, y no somos nuevos. La cárcel, no es una opción viable. Ese fue el motivo por el que decidimos jugar con tus reglas.

Ayshane se sintió reconfortada y sorprendida. Aquella forma de pensar se podía esperar de Jason, pero nunca imaginó poder oír esas palabras en boca de la racional agente.

—En cuanto a Dima... Tú misma has expresado lo que siento hacia él. Tu hermano me encanta, aunque reconozco que a veces lo que me gustaría es matarlo. Pero comprendo y respeto que yo no sea el tipo de mujer que él está dispuesto a amar.

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño.

Si la agente pensaba eso es que las cosas entre ellos estaban mucho más

enrevesadas de lo que ella pensaba en un principio. Quizás... Tal vez no fuese tan mala idea que les ayudase a solucionarlo. Puede que les viniera bien hablar con Rina. Ella era toda una experta en embrollos de ese tipo.

—Mírame, Ash. —Recorrió con ambas manos la silueta de su cuerpo sin tocarse—. No soy para nada el tipo de mujer que acabaría entre las sábanas de tu hermano, y como bien has dicho, es un mujeriego, y no porque tú lo digas, sino porque rezuma ese aire de «Ven mamita, que papi sabe lo que necesitas» —dijo en tono grave moviendo los pechos a ritmo de salsa.

Ambas rieron a carcajadas. La galería de esparcimiento se llenó del eco de sus risas. Alicia comenzó a andar hacia el *hall* distribuidor donde estaba el gran Sakura.

—Creo que estás muy confundida —dijo Ayshane mientras se quitaba una lágrima de risa de su rostro.

No recordaba la última vez que se había reído así. Miró el gran bonsái y sonrió con dulzura.

—De acuerdo, es posible que el rollo latino no sea el que más le pega a tu hermano.

—No, no es eso. Pero deberías saber que si Dima se comporta así contigo, es precisamente porque lo que quiere es meterte entre sus sábanas. —Arqueó las cejas varias veces con picardía.

—¡Qué dices! —Puso los ojos en blanco y sonrió nerviosa negando con la cabeza.

—Tienes razón, preferiría meterte en una urna de cristal para que no te rompieras y no pudieses escapar, pero apostararía a que en esa urna habría una cama.

—Eso no lo dudo —sonrió—. Supongo que piensa que soy tan solo un cerebro con patas que debería dedicarse a los libros. Alguien incapaz de defenderse. —Miró el pequeño gran árbol que se apostaba en medio del *hall* sobre la espléndida mesa de roble—. Alguien a quien hay que proteger.

—Dima no cree que seas una mujer incapaz de defenderte, es solo que tiene miedo de que te hagan daño. —Se quedó con la mirada fija en el pequeño gran árbol—. Dima y yo perdimos a nuestra madre. Adrik nos la arrebató, y ninguno de los dos pudimos hacer nada por evitarlo.

Alicia miró a la lugarteniente pérdida entre las duras imágenes del pasado que jamás podría borrar y que le había marcado hasta el punto de convertirla en quien era.

—Dima además sabía lo que Adrik me hacía. Yo nunca se lo conté, pero creo que lo supo desde el primer día. Quería matarle, pero yo no le dejé. Por aquella época yo pensaba que era un familiar de mi madre, si hubiese intentado matarle, mi padre podría haber pedido su cabeza.

—Dima es su hijo.

—Pero yo no lo sabía. —La miró y sonrió sin ganas—. Si lo hubiera sabido, le habría dejado. —Comenzó a andar hacia la galería de descanso y recuperación—. Dima es... Un hombre muy protector, pero le gustan las mujeres guerreras, que le den caña. —Le guiñó un ojo—. Le gusta pelear con ellas, para él es todo un honor encontrar a una mujer capaz de hacerle frente. Y como es muy dominante, siempre intentará doblegarlas. —Se paró frente a la puerta del su cuarto, el que ahora compartía con Erick—. Para él es como un juego, una danza de apareamiento. —Rio negando con la cabeza—. Pero ese juego funciona cuando la mujer siempre mantiene ese ritmo. Si ella pasa de ser una guerrera a una sumisa sin luchar... se cansa. Creo que por eso le gustas tanto. Porque eres capaz de plantarle cara, y cuanto más fuerte te haces, más te desea —sonrió—. Pero también es consciente que corre el riesgo de perderte en un operativo, de la misma manera que yo podría perder a Erick, como perdimos a mi madre.

Erick abrió la puerta de la habitación y Ayshane le miró por encima de su hombro. Olía a limpio, a salvaje depredador, a aventura, a amor.

—¿Ya habéis terminado? —Agarró por la cintura a la lugarteniente desde atrás y la besó en el cuello—. Iba a salir a buscaros.

Ayshane sintió un escalofrío desde la nuca hasta la punta de los pies. Era

increíble lo que Erick había conseguido. No había remediado su terror al contacto del todo, pero podía asegurar que se sentía cómoda entre sus brazos, que aceptaba por completo su contacto y que incluso lo echaba de menos. Erick la quería, la respetaba, y hacía lo posible para ella se sintiera cómoda.

—¿Te veo en la cena?

Alicia asintió y dejó que los dos tortolitos se metieran en la habitación dejándola sola en medio del pasillo, entre la puerta de la habitación de la lugarteniente y la suya. Pensativa. Suspiró. Se recogió su rizada y larga melena mojada por el sudor en un moño despreocupado y se marchó a su habitación.

Ayshane y Erick fueron los últimos en llegar al comedor. Se habían entretenido más de la cuenta. Eran pocos los momentos de intimidad que tenían entre los entrenamientos a los que el agente asistía por la mañana con su hermano, y los que ella le impartía a Alicia por las tardes. Su compañera necesitaba ponerse al día a nivel físico, y las clases, por lo general, se prolongaban hasta el anochecer. Pero siempre intentaban tener un momento para ellos, instantes que Erick buscaba y que echaba en falta cuando tenía que salir junto a Jason y su hermano, o junto a Sergei para recabar datos que les llevaran hasta su objetivo.

Cuando entraron, vieron a Eduard presidiendo la mesa. Estaba animado y hablaba con Dima y Jason mientras Alicia jugueteaba con la comida de su plato y la cabeza gacha en silencio, junto a su compañero.

La lugarteniente la miró mientras caminaba hacia la mesa. No tenía claro si Alicia se encontraba sumida en sus pensamientos o fuera de lugar por ser excluida o por haberse excluido *motu proprio* de la conversación que el resto estaba manteniendo. Se sentó a su lado y le sonrió cuando esta levantó la vista hacia ella. Erick, por el contrario, rodeó la mesa y se sentó al lado de Dima, frente a su compañera.

Sergei había preparado para cenar unos filetes de cabra hispánica con *gnocchis* de boniato que habían inundado el comedor de una suave y deliciosa fragancia a trufa, pero Ayshane se percató de que el cocinero, mayordomo, chófer y actual responsable de la seguridad de su padre no se

encontraba en la sala con ellos. Ni siquiera tenía un hueco ni un plato preparado para él en la mesa.

—¿Sergei no cenará hoy con nosotros? —preguntó a su padre interrumpiendo la conversación que mantenía con Jason y su hermano.

—Se encuentra profanando el hábitat natural de aquí, el cerebrito —contestó Dima haciendo un movimiento seco con la cabeza en dirección a la agente.

—Sería una profanación si la inteligencia de Sergei estuviera a la misma altura que la tuya —rumió Alicia sin ganas, entre dientes.

Dima frunció el ceño, arqueó una ceja, apretó la mandíbula y suspiró de manera brusca mirando a Alicia, que seguía sin levantar la cabeza de su plato y jugaba a darle vueltas a uno de los *gnocchis* de boniato con el tenedor.

Ayshane miró a Erick y puso los ojos en blanco. Ya estaban esos dos con su tira y afloja particular. El agente le sonrió. Eduard apoyó los codos a ambos lados del plato, cruzó las manos y acomodó sobre ellas el mentón para disfrutar de la entretenida e inminente disputa entre su hijo y la agente. Jason se dedicaba hacer bolitas con la miga del pan y lanzárselas a sí mismo a la boca como si fueran el premio de una foca del zoo.

—Además de guaperas, impertinente y presuntuoso, ¿ahora resulta que también soy estúpido?

La agente levantó la vista del plato y le señaló con el tenedor en la mano dispuesta a responder, pero la tablet que tenía en la mesa al lado de Jason pitó. Dejó el tenedor, desbloqueó la pantalla y accedió a la base de datos que le indicaba la alarma y le avisaba de un movimiento inusual que tenía vigilado desde hacía varios días.

Se trataba de una de las cuentas corrientes de Vladimir Vasíliev, Eduard había pedido a la agente que vigilara con sumo interés a su socio y marchante. La alerta indicaba que había recibido una transferencia de dos días atrás. El abono procedía de otra cuenta que nada tenía que ver con la de la Anaconda Ivanov. La agente miró a Eduard en el mismo momento en el

que Sergei entró por la puerta del comedor con un papel en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ayshane al ver la cara de pocos amigos de Sergei.

—Vladimir ha recibido una transferencia. —La agente le pasó la tablet a la lugarteniente.

—¿Eso significa que te ha traicionado? —Jason tiró una bolita de miga de pan al aire que no recogió con la boca.

—¿Sabemos de dónde procede? —Ayshane comprobó la transferencia y miró a Sergei, que seguía de pie a su lado.

—De Rusia —respondió Sergei mirando a su padre.

—Elenka —susurró Eduard con la mirada perdida.

Ayshane alzó la vista hacia su padre. En su mirada podía ver el desconcierto y el horror de aquella noticia. Sabía a la perfección cómo eran todos y cada uno de sus hijos, y aunque Elenka era despreciable, aquel atentado tan directo contra él era más propio de Adrik.

—¿Cuándo recibió la transferencia? —Dima se levantó poniendo ambas manos sobre la mesa.

—Se acaba de hacer efectiva, pero se ordenó hace dos días —contestó Alicia.

—¿Elenka trabaja para Adrik? ¿Debemos suponer entonces que ambos saben que estamos vivos? —Erick miró a Ayshane preocupado.

—Mi hija tiene sus propios negocios, pero...

El factor sorpresa era uno de los grandes puntos fuertes con los que contaban, puesto que, además, habían borrado de los agentes la diana que Víctor y los topos de la policía al servicio de Adrik les habían pintado en la espalda al relacionarlos con Ayshane.

—Nuestra hermana está en busca y captura pero... —Dima miró a la lugarteniente.

—Es descuidada. —Ayshane sonrió—. Si ha contactado con Vladimir, seguro que ha dejado algún rastro.

Elenka no prestaba especial atención a los detalles. Era de suponer que si tramaba algo en contra de su propio padre, se hubiera dejado alguna pista que ellos podrían seguir. Debía esperar obtener a cambio algo muy gordo si se había atrevido a hacer ese movimiento contra la Anaconda.

—Hay que dar con Elenka. Es preciso saber hasta dónde puede haber informado a Adrik —Dima se remangó la camisa azul cielo que llevaba, dispuesto a recibir órdenes.

Ayshane miró a su hermano con esa sonrisa demente en la cara. La serpiente que moraba en su interior se desperezó poco a poco, hambrienta tras el corto aunque más largo periodo de hibernación al que se había visto obligada a permanecer ante la ausencia de pistas, de un rastro que seguir. Pero Vladimir les acababa de enviar un mensaje en forma de transferencia recibida a cuenta. Nada más y nada menos que la friolera de dos millones de euros, cuyo ordenante procedía de la ciudad que tan solo la vio nacer, de la que se despidió antes incluso de abrir los ojos por primera vez, y que estaba sometida bajo el yugo de su hermanastra.

—¿Sabemos dónde está Vladimir? —Ayshane se dirigió al último hombre de confianza con el que su padre contaba en aquel mundo.

—En un club en el centro. —Sergei le tendió el papel que llevaba en la mano.

—Perfecto.

Ayshane lo leyó y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—Encuentra a Elenka —ordenó levantándose de su silla—, coteja las entradas y salidas del país por tierra, mar y aire y revisa grabaciones y transferencias sospechosas que hayan podido recibir los agentes fronterizos,



pasa el escáner de reconocimiento facial. Comienza desde el día en que se ordenó la transferencia y ve hacia atrás. Localiza las llamadas de Vladimir, si ha comprado algún teléfono móvil de prepago, cualquier cosa que nos lleve hasta ella o alguno de sus hombres. Quiero saber si entró en el país, cuándo, con quién, por dónde y hasta las bragas que llevaba puestas el día en que puso un pie en mi territorio, si es que por fin se ha atrevido a hacerlo.

Sergei abandonó el comedor tras su típica reverencia de cabeza sin poner objeción al complicado cometido que la lugarteniente le acababa de asignar.

—Jason, Dima, Erick. —Miró a cada uno de ellos según les fue nombrando—. Id al armero, coged todo lo necesario para cubridnos y esperadnos en el salón.

—¿Para cubriros? —Dima ladeó la cabeza y arqueó una ceja—. ¿A quién si puede saberse?

—A nosotras. —Apoyó ambas manos sobre la mesa y echó el torso hacia delante.

Alicia miró por el rabillo del ojo a la lugarteniente con la cabeza gacha y se movió incómoda en su silla. Iba a ser su primer operativo de campo bajo las órdenes de Ayshane. Alzó la vista a través de sus negras pestañas y vio como Dima la miraba con los maseteros de su cara como piedras y ambos brazos apuntalando la mesa que amenazaba con saltar sobre ellas.

—No está preparada —gruñó entre dientes.

—Alicia ha entrenado conmigo. Sé hasta dónde puede llegar y está muy por encima de los límites que tú quieres imponerle. Podría machacarte si quisiera.

—Déjame que lo dude —se rio a carcajadas echando la cabeza hacia atrás como quien acaba de escuchar el mejor chiste de su vida.

Alicia alzó la vista hacia él. Arrugó el ceño. Miró por el rabillo del ojo el cuchillo que tenía a mano izquierda sobre la mesa, lo agarró con rápida destreza y lo clavó sobre la pulida madera de la gran mesa del comedor, entre

los dedos índice y corazón de la mano tatuada de Dima.

El joven Víbora dejó de reír, miró el cuchillo y después a la agente. Jason se levantó de golpe, dispuesto a defender a su amiga, pero Alicia le puso la mano derecha sobre el pecho en un claro gesto de que le dejase arreglar las cosas a su manera, sin dejar de mirar de manera desafiante a Dima a los ojos como dos finas líneas azules, a tan solo un palmo de su cara. Erick, por el contrario, alzó la vista desde su silla a la lugarteniente, quien le negó con la cabeza sonriendo de medio lado en un gesto cómplice.

Ayshane le había contado a Erick sus sospechas en relación a los repentinos cambios de humor que Dima tenía continuamente con todos, pero sobre todo con Alicia. Estaba convencida que su hermano quería a la agente, pero se comportaba así con ella por diversión.

Dima tenía tanta necesidad de someter en la cama a una mujer fuerte como de protegerla, pero tenía un asunto sin resolver en cuanto a sus seres queridos, y eso, sumado a una infinidad de malos entendidos que parecían estar orbitando de manera continua sobre ellos, les habían separado, pero estaba convencida que podían arreglar las cosas. Alicia solo debía comprender los motivos que movían a su hermano, y este, darse cuenta que esas dos personalidades que parecía estar buscando en una mujer, y que a simple vista podían ser contradictorias, Alicia las tenía. Además, de ser alteradas, se esfumaría la esencia que un día le hizo perder la cabeza por ella. Tenía ante sí a la mujer que siempre había deseado, ahora solo debía aprender a retenerla a su lado. Su hermano estaba superado por la situación. Como en su momento lo había estado ella. Y Alicia... Alicia debía explotar. Dejar salir a jugar a su niña mala.

—No traspases la fina línea que separa el juego del menosprecio, Dima —susurró entre dientes.

El joven Víbora se quedó de piedra. Miró a su hermana, que observaba la escena arqueando una ceja divertida y sonriendo de medio lado con malicia.

—Y la granada hizo *boom*. —Ayshane le dio un toque en el hombro a la agente.

Hasta aquel momento, Alicia no se había enfrentado a Dima en público. Sabía por su hermano que lo había hecho en privado, pero, según él, la mayor parte de las veces, la agente había reulado, o se había dado por vencida, pero dudaba que eso volviera a ocurrir. Algo en ella había cambiado. Si algo tenía la joven era amor propio, por eso había aguantado los duros entrenamientos a los que había sido sometida, mucho más estrictos que los que había recibido Dima, y muy parecidos a los que ella recibió de su madre.

Alicia era demasiado orgullosa como para rendirse sin luchar, había aguantado, aprendido y desarrollado sus habilidades en muy poco tiempo y de manera muy profesional. Además, era tan inteligente como para darse cuenta de hasta dónde podía llegar, y aunque le quedaba mucho por aprender, se podía decir que ya estaba altamente cualificada. Si estuviesen en la organización a la que un día su padre dio la vida, Alicia sería una Víbora perfecta.

—Vamos Alice, debemos arreglarnos para la fiesta.

Alicia siguió a la lugarteniente a través del comedor en dirección a la galería sin echar la vista hacia atrás.

—*Rebenok* —Eduard llamó a su hija antes de que saliera por la puerta junto a la agente.

La guerra había comenzado, y sus dos hijas serían las primeras en comenzar aquella cruenta batalla de la que solo una saldría con vida.

Ayshane se detuvo bajo el arco del comedor que daba a la galería con el móvil en la mano y miró a su padre. El avance de la edad, que tan bien había conseguido eludir durante toda su vida, parecía haber arremetido de golpe contra él. Le veía mayor, cansado, como si hubiera envejecido de la noche a la mañana.

—Tened cuidado. —Cerró ambas manos en un puño.

—Encuentre a su hija antes de que lo haya yo, si quiere tener otro cuerpo que llorar el día de mañana.

Alicia estaba dentro del vestidor de su habitación. Los cuatro trapitos que Sergei le había traído de la nave cuando llegaron al búnker no le servían para su primer operativo junto a los antiguos cabecillas de la *bratva* Ivanov.

Cuando salió de su casa para la Operación Fantasma, no preveía una infiltración, por lo que la agente se llevó ropa cómoda para estar por la nave: pantalones vaqueros de pitillo, deportivas y camisetas holgadas, de manga corta, colores neutros y que pasaran desapercibidas. Sergei le trajo todo lo que pudo en una bolsa de deporte, que era algo menos de la mitad de la ropa que se había llevado a la nave, pero entre todo aquello, no había nada con lo que pudiera salir.

Ayshane le había dicho que debían pasar desapercibidas. El plan era sencillo, distraer a los gorilas de Vladimir para que la lugarteniente pudiera acercarse lo suficiente al marchante y obtener la información que les llevara hasta Elenka. Ella haría de cebo, tenía que llamar la atención de aquellos hombres.

Se apoyó sobre una de las paredes del armario que había dentro del vestidor. Frente a sí tenía los cinco pantalones vaqueros que colgaban de las perchas y la única balda que había ocupado con las camisetas dobladas que Sergei le había traído. Se dejó caer al suelo resbalando con la espalda sobre la suave madera de sequoia con la vista perdida en su ropa.

Toc, toc, toc.

—¿Hola?

Ekaterina entró a la habitación de la agente y dejó una pequeña maleta de mano negra semirrígida sobre la cama. Vio la luz del vestidor encendida y asomó la cabeza. La joven estaba sentada en el suelo, con las rodillas abrazadas a su pecho y la mirada fija en algún punto de aquel desamparado ropero.

—Preciosa, ¿estás bien? —Se puso de cuclillas frente a ella.

—No puedo ir. —La miró—. No tengo nada que ponerme. Se supone que debo ir arreglada pero...

Nunca antes se había preocupado por la ropa. Le bastaba ir cómoda, llevar algo que le sirviera para trabajar era más que suficiente, pero en aquella ocasión no servían unos pantalones desgastados y una camiseta dos tallas más grandes. Debía ir arreglada para salir, como para ir a tomar una copa un sábado por la noche, pero en el aquel vestidor no había nada que pudiera servirle, y aunque pudiese ir a su casa o enviar a alguien para que le trajese alguna prenda, tampoco allí tenía nada que mereciera la pena rescatar para una ocasión como aquella.

Ekaterina sonrió, le acarició la mejilla y observó a Alicia. Era morena y delgada, tenía el pelo rizado, unos preciosos ojos azul cielo y un cuerpo proporcionado que ocultaba siempre bajo ropa que no era de su talla.

—Ven, acompáñame. —Le tendió ambas manos alzándose.

Le ayudó a levantarse y llevándola de la mano fueron a la habitación. La soltó cuando estaban a los pies de la cama y abrió la maleta que había traído con ella. Sacó una falda de corte ejecutivo de mujer de color negro. Era entallada a la cintura y tenía una pequeña abertura en la parte posterior. Le mostró también una camisa blanca, un liguero y un par de medias de color negro, un sujetador de encaje del mismo color y unos zapatos *peep toe* lisos de color *nude*. Se echó hacia un lado y dejó que la joven se acercara.

Ayshane había llamado a la Madame y le había dicho que necesitaba que ayudara a Alicia a vestirse. Que la agente no tenía ropa adecuada para lo que habían planeado. Aprovechó la llamada para ponerla al día y pedirle consejo sobre cómo ayudar a la agente y a Dima. Le contó toda la historia, resumida, y ambas estaban de acuerdo que esa nueva personalidad que parecía comenzar a emerger en ella debía ir acompañada de un atuendo más apropiado que la ayudara a sentirse igual de segura por fuera como parecía empezar a estarlo por dentro.

Alicia miró la ropa que la Madame había dejado sobre la cama. Alzó la

vista hacia Ekaterina. Volvió a mirar lo que la amiga de la lugarteniente había sacado de la maleta y los ojos se le fueron de inmediato al ligero y al sujetador.

Ayshane entró en la habitación sin llamar. Ya estaba preparada para salir. Se había maquillado de manera muy natural, un poco de rímel en las pestañas, los ojos delineados con *Khol* negro que acentuaban esa mirada rasgada, de gata, heredada de su madre, y un poco de brillo en sus voluptuosos labios. Se había recogido el pelo en una trenza de espiga que caía en cascada sobre uno de sus hombros por encima de su pecho y había elegido una camisa negra que le llegaba hasta medio muslo, y que sujetaba a la altura de sus caderas con un pequeño cinturón rojo cereza, abierta hasta el comienzo de sus pechos y a juego con unos botines de tacón negro que tenían la suela del talón del mismo color que el cinturón.

—¿Te gusta? —Se acercó hasta la cama, dejó una pequeña caja de madera al lado de la maleta abierta y miró la ropa que Rina le había traído a su nueva compañera.

—Es un conjunto muy bonito...

—¿Pero...?

Alicia desvió la vista hacia la Madame que estaba sentada sobre la cama, al lado de la almohada, sacando de una pequeña bolsita negra maquillaje que iba dejando sobre la mesilla de noche que tenía al lado.

—No... —Fijó la vista de nuevo en la lugarteniente—. No creo que sea mi estilo.

Ayshane arqueó una ceja y ladeó la cara divertida. Por supuesto que no, era completamente contrario a su estilo. Esa ropa era la de una mujer de bandera, segura de sí misma, rompedora, arrolladora, fuerte, triunfadora. Mucho más acorde a la nueva Alicia que poco a poco iba asomando la cabeza.

—¿Pero te gusta?

—Si, si, lo que pasa es que yo... Yo no suelo usar ese tipo de ropa. Y

además no creo que sea muy adecuada para...

—Es perfecta, Alice —la interrumpió Ayshane acercándose a la cama—. Hazme caso. Te quedará muy bien.

Cogió la falda, se puso tras Alicia, se la colocó por encima de las caderas sobre la camiseta y el pantalón que llevaba y esperó a que ella la sujetara por la cintura.

—Eres guapísima. —La rodeó y la miró de arriba abajo—. Y yo sé que bajo esa camiseta y esos vaqueros hay un cuerpo espectacular. Lúcelo, aprende a dominarlo y arrasará con todo y con todos.

—Ya pero... con esta falda apenas podré moverme. —Se miró de cintura para abajo—. ¿Y dónde pretendes que guarde el arma? Porque al menos llevaré una pistola o algo, ¿no? —Volvió a dejar la falda sobre la cama.

Ayshane miró a Ekaterina. Ambas mujeres se rieron de manera cómplice. La Madame se levantó de la cama y cogió el ligero y las ligas de encaje negro.

—Con esto, preciosa, podrás sujetar tus armas —dijo balanceado la ropa interior en su dedo índice—. ¿Dónde crees que las lleva mi pequeña?

Alicia se sonrojó. La agente era de braguitas de algodón y sujetadores reductores. Nunca había llevado ropa de encaje. Siempre había ido a lo práctico, a lo cómodo.

—Pero con esa falda se me marcará el la pistola. Es demasiado ajustada —respondió desviando la mirada de la ropa sensual que Ekaterina le restregaba frente a sus narices.

—Seamos realistas, Alice —dijo Ayshane—. Las pistolas y tú no os lleváis bien... de momento. —Se acercó a la cama y cogió la cajita que había dejado sobre ella cuando entró en la habitación—. No sé qué demonios te pasa cuando empuñas una pistola. De todos modos espero que no sea necesario llegar a las armas, la idea es que sea algo limpio, pero, por si acaso, quiero que lleves esto. —Abrió la cajita frente a la agente.

Alicia miró las dos dagas de filo negro con la punta y la empuñadura de plata que había en el interior de la caja. Alzó la vista hacia la lugarteniente antes de coger una. Eran brillantes, apenas pesaban. Eran muy manejables, finas. Pasó la yema por la hoja y le dio la vuelta a la empuñadura para verla por el otro lado.

—Me gustaría que las aceptaras. Como regalo. —Sacó la otra daga y se la dio—. Eran de mi madre y me gustaría que las tuvieras tú. He indagado en tu pasado y he visto como manejabas el cuchillo en el comedor, y aunque no hemos practicado con armas, estoy segura que te sentirás más cómoda con este tipo de defensa —sonrió con dulzura.

—Cuando... cuando era pequeña... —Jugueteó con las dagas entre las manos sin mirar a Ayshane—. Vino un circo a mi pueblo. Había un lanzador de cuchillos. Me... me pareció fascinante cómo los lanzaba y los clavaba sin esfuerzo en cualquier cosa, desde una gran diana hasta en una pequeña uva pasa. —Alzó la vista y miró a Ayshane—. Empecé a practicar a escondidas de mis padres. No quería que pensarán cosas raras, bastante tenían ya los pobres con su hija la insociable. —Hizo un mohín con la cara presa de los malos recuerdos—. Me gustaba, y me ayudaba a descargar parte de la frustración que sentía por no ser aceptada por los niños de mi edad. Luego llegué a la Academia y tuve que dejarlo. No son... no son armas reglamentarias. —Dejó ambas dagas en el interior de la caja.

—Pero ya no estás en la Academia. —Ayshane cerró la caja de madera y se la entregó a la agente—. Puede que no te hayas dado cuenta pero ni siquiera eres la misma mujer a la que disparé.

Alicia miró la pequeña caja de madera, la ropa sobre la cama, a Ekaterina y a la lugarteniente y comenzó a mordisquearse la uña del dedo gordo.

Ayshane tenía razón. Ya no era la misma. Ni era policía ni figuraba en los registros. La Oficial Alicia Sánchez López estaba muerta a todos los efectos. Ya no existía. Quedaba muy poco de la mujer que solo se dedicaba a descifrar códigos, que evitaba la confrontación, que se escondía en su cueva tras una pantalla de ordenador. Ahora sabía pelear y peleaba, era libre para decidir qué quería hacer, cómo y con quién. No tenía que ajustarse a los estándares marcados por la sociedad, a los juicios de valor ni a lo



políticamente correcto. Pertenecía a un mundo en el que no había reglas.

Jason, Dima, y Erick, estaban revisando los planos del local sobre la mesa de billar del salón cuando Ayshane entró por la puerta. Los tres alzaron la vista hacia ella pero solo Erick la siguió mirando de arriba abajo, apoyado sobre el tapete con ambas manos. La lugarteniente bajó la vista con las mejillas sonrosadas y siguió caminando con el paso de una mujer segura de sí misma, conocedora de su poder, su belleza y unas armas que no dudaba en usar en su propio beneficio. Se acercó hasta él, le miró a través de sus largas pestañas, se mordió el labio inferior y dejó que Erick se la comiera con los ojos hasta que escuchó unos tacones seguros acercándose hacia ellos.

—Jo-der. —Jason abrió mucho los ojos y empezó a boquear como un pececillo fuera del agua—. ¿Alice?

La agente se acercaba vestida con una falda de ejecutiva negra y entallada a la cintura que marcaba de manera prohibida la curvatura de sus caderas. La camisa blanca de manga larga a duras penas podía contener esos pechos que amenazaban con estallar la tela y saltarle un ojo a alguien con aquellos diminutos botones negros. La Madame le había recogido el pelo en un moño que dejaba algunos rizos sueltos de manera casual alrededor de su cara y había perfilado los ojos con *khol* negro. El rímel con el que había remarcado las pestañas, acentuaba la claridad angelical de sus rasgos y la envolvía con un misterio y erotismo casi divinos.

Ayshane conocía a su hermano a la perfección y sabía que el modelito que había elegido para la agente y que Alicia lucía orgullosa y segura le removería. Sus sospechas no tardaron en salir a la luz. El joven Víbora miró a su hermana, que no le quitaba los ojos de encima. Apretó los puños y arrugó parte del mapa ahogando un gruñido bajo.

—¿Se puede saber dónde te crees que vas así vestida? —bufó rechinando los dientes.

Alicia se acercó hasta la mesa, se quedó en el lado que se encontraba frente a Dima, miró a la lugarteniente, que asintió con la cabeza, y sonrió. Fijó la vista entonces en Dima, ladeó la cabeza como en otras muchas ocasiones le había visto ver hacer a ella y arqueó una ceja divertida.

—¿No te gusta *malen'kaya zmeyka*? —sonrió de manera maliciosa.

¿*Malen'kaya zmeyka*? ¿Alicia acababa de llamarle «pequeña víbora»? ¿A su hermano? Ayshane sonrió. La agente era buena y... temeraria.

Dima miró a Ayshane hecho una furia. Ella se encogió de hombros sonriente. Se lo estaba pasando en grande.

—Alicia será nuestro cebo. Ella se encargará de... digamos... —Se mordió la uña del dedo índice en un gesto indecente hasta para ella—. Se encargará de entretener a los hombres de seguridad de Vladimir mientras yo busco la manera de acercarme a él. Vasíliev...

—Estas de broma —gruñó su hermano entre dientes arrugando el plano casi por completo—. Alicia no va a ser el cebo de nada. Olvídalo.

—No te corresponde a ti tomar esa decisión —dijo la agente alzando la cabeza segura de sí misma—. Además, vosotros estáis para cubrirnos, ¿o me equivoco?

—Ese es tu maldito problema. —Se echó hacia delante apoyando ambas manos sobre el tapete—. Piensas que siempre habrá alguien para sacarte las castañas del fuego, el príncipe azul que salva a la desvalida princesita, pero los hombres a los que piensas calentar la bragueta esta noche no son unos aficionados.

—Dima... —Ayshane intercedió—, yo que tu no la cabrearía... Va armada y me consta que está deseando clavarte una de las dagas de madre en el pecho ahora mismo.

Dima miro a su hermana y después clavó la vista en la agente quien le miraba sonriendo de medio lado y con una daga con el filo negro y la punta y la empuñadura de plata en la mano.

—¿Desde cuándo eres prima de Eduardo manos tijeras? —preguntó Jason mirando la destreza con la que su compañera jugueteaba con el arma entre sus dedos.

Ayshane sonrió de medio lado. Definitivamente, Alicia se sentía mucho más segura de sí misma con aquel tipo de arma. Era rápida, muy rápida. Apenas se habían dado cuenta que tenía la daga en sus manos.

Había indagado en el pasado de la agente. Le sorprendió la seguridad y el manejo tan preciso que Alicia mostraba con aquel tipo de armas. A la joven le llamaban la atención y le gustaban. Su nueva y reciente discípula tenía una colección de cuchillos, machetes y mariposas en la pequeña buhardilla en la que vivía en el barrio de las letras, pero eso no fue lo que le hizo regalarle las mismas dagas que tantas noches habían velado por ella, sino la forma de empuñar y clavar el cuchillo sobre la mesa del comedor cuando discutió con Dima.

—Todos tenemos un pasado, Jason. —Alicia se encogió de hombros.

—*Touché* —sonrió su compañero guiñándole un ojo.

—Creo... —Erick carraspeó—. Creo que deberíamos centrarnos en el operativo —dijo mirando de reojo a su compañera.

—Como os decía —dijo Ayshane quitándole a Dima el plano que tenía medio arrugado en un puño y lo estiró sobre la mesa—, Vladimir tiene por costumbre ocupar este reservado.

Señaló con el dedo en el plano el reservado que había frente a las escaleras principales. Al lado de la cabina del Dj.

—No creo que le acompañen más de tres o cuatro hombres que no nos esperan, pero antes de llevar a cabo ningún movimiento, nos aseguraremos.

—Dima nos ha comentado que el club tiene un par de palcos y una pasarela en esta zona.

Erick señaló en el plano el lado opuesto del local donde estaba el reservado en el que presuponían que estaría el marchante, y el lateral derecho del local, frente a la barra. El club no era muy grande y no había demasiada distancia entre los palcos, la pasarela y el objetivo.

—Así es. Dima. —Llamó la atención de su hermano que parecía haber fijado como objetivo a la agente—. Te quiero en el palco que hay frente al reservado de Vasíliev con un subfusil de asalto. Sergei lo ha dispuesto todo para que nadie te moleste. Erick, a ti te quiero en la pasarela lateral. Cubrirás la entrada y tendrás acceso al reservado desde esta zona, y también a la pista. —Señaló en el plano un lugar casi en el centro de la pasarela—. Jason, tú cubrirás el exterior. —Colocó el plano que había debajo del que Dima había arrugado sobre este—, quiero que te sitúes aquí —señaló la azotea del edificio de enfrente—, cubriendo la salida de emergencia. Si intentan escapar, no lo harán por la entrada principal.

—¿Y si lo intentan? —preguntó Dima alzando la vista hacia Alicia con cara de pocos amigos.

—Para eso estaremos Ayshane y yo —contestó jugueteando con la daga en su mano con divina precisión—. No solo vamos a calentar al personal. —Alzó la vista hacia Dima y se guardó la daga en la funda de la liga.

Dima contuvo la respiración una fracción de segundo al ver a Alicia levantando su falda con sensual lentitud. Las aletas de su nariz se movieron inquietas cuando soltó el aire al ver cómo la agente se guardaba la daga en la funda que llevaba sujeta a la liga de encaje negro. La miró, ladeó la cabeza y sonrió con malicia.

—Bien —Ayshane los miró a su equipo—. Si todos estáis preparados, ha llegado el momento de salir de caza. Alice y yo saldremos ya, nos llevaremos uno de los R8. Nos vemos allí.

—Tened cuidado. —Erick la sujetó por la cintura y besó su cuello antes de que se marcharan.

Ayshane giró la cara y le besó por encima de su hombro. Le acarició la mejilla y dejó que los pelillos de su incipiente barba le acariciasen la yema de los dedos.

—Te quiero de vuelta sano y salvo, mi pequeña Krait. No me hagas enfadar —susurró sobre sus labios antes de partir.

Llegaron a la entrada del local en treinta minutos. La noche era cerrada, fría, seca, sin esa brisa que les cortaba el aliento, pero que lo condensaba a su alrededor como el blanco velo de una novia caminando hacia el altar.

Se colocaron los pinganillos que habían cogido antes de salir. Ayshane ayudó a Alicia a ponerse una cinta con un lacito color *nude* a modo de diadema que le tapaba el minúsculo intercomunicador con cuidado de no despeinarla y comprobó que se escuchaba a través del micro que se habían colocado cada una en uno de los botones de la camisa. Cuando estuvieron listas, salieron del coche, dejaron las llaves del R8 rojo al aparcacoches de la entrada y fueron directas a la zona acordonada para la gente VIP.

Un joven amasijo de músculos de casi dos metros de altura y una espalda que tapaba por completo la entrada saludó con sonrisa afable y pecaminosa, en consonancia con la mirada lasciva con la que repasó a ambas mujeres. La perilla y la cicatriz que lucía en la comisura del labio superior le daban ese sutil toque de animal nocturno acostumbrado a moverse entre las sombras de los barrios menos recomendados de Madrid.

Ayshane se plantó frente a él con desparpajo y coquetería y esperó a que las buscara en la lista con los dos nombres falsos con los que Sergei les había conseguido un pase. Cuando las encontró, abrió la zona acordonada y se echó ligeramente hacia un lado para permitirles el paso. Bajaron las escaleras del local y fueron directas a la barra lateral que quedaba a plena vista desde la pasarela donde se colocaría Erick. Una joven camarera descocada se acercó a ellas al son de la música.

—¿Alice que quieres tomar? —preguntó Ayshane acercándose a su oído.

El Club estaba a rebosar de gente y la música muy alta. Alicia se la quedó mirando y se encogió de hombros antes de volver la vista hacia el reservado en el que estaba Vladimir. Ayshane puso los ojos en blanco, se acercó a la camarera por encima de la barra y le pidió dos copas de champagne.

—Deberías relajarte —dijo acercándose de nuevo a la agente—, y no ser tan descarada.

Alicia la miró y agachó la cabeza a modo de disculpa. Ayshane volvió a poner los ojos en blanco y le acercó una de las copas que acababan de servirles. La agente miró el líquido burbujeante, cogió la copa dubitativa, la agarró con fuerza, le dio un pequeño sorbo y dejó que el ligero y chispeante líquido dorado le hiciera cosquillas en la garganta antes de tragarlo. Miró a la lugarteniente que la observaba ladeando la cabeza y arqueando una ceja. Ayshane se llevó la copa a los labios y le dio un sorbo sin dejar de mirarla.

—Ven, vamos al baño.

La guió hasta los servicios que había a medio camino y subieron las escaleras de entrada al local esquivando a la multitud. Se echaron hacia un lado para dejar salir a un par de chicas sonrientes y entraron cerrando la puerta tras de sí.

La música reverberaba de manera estridente en el exterior del baño. Ayshane comprobó que los cubículos estaban vacíos antes de hablar. Estaban solas. Se acercó hasta los lavabos, se dio media vuelta y apoyó el trasero sobre el frío mármol gris.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Dejó su copa sobre el lavabo, apoyó las manos sobre la encimera y cruzó una pierna por encima de la otra.

—No dejas de mirar el reservado, agarras la copa como si fueras a estrujarla y estás rígida como una escoba.

Alicia comenzó a respirar de manera errática y empalidecer por momentos. Se abanicó con una mano y se acercó al lavabo. Dejó su copa de champán sobre el mármol gris bajo el secamanos plateado colgado en la pared, abrió el grifo con dedos temblorosos, se sujetó a la fría piedra y se echó agua en la nuca. Cerró el grifo y los ojos e intentó controlar su agitada respiración con la cabeza gacha entre sus hombros. Ayshane la miró, se acercó a uno de los cubículos y cogió un poco de papel, volvió hacia ella y le secó el cuello con

dulzura. Alicia la buscó en el espejo y sus miradas se cruzaron.

—No puedo hacerlo, Ash —le tembló la voz—. Dima tiene razón. —Se mordió el labio inferior intentando contener las lágrimas—. No estoy preparada. Los hombres que acompañan a Vladimir dan miedo. Me aplastarán como a un insignificante mosquito en cuanto se den cuenta de mis intenciones, y no puedo pretender que tú estés ahí para protegerme. Lo estropearé todo.

Ayshane suspiró, la miró a través del espejo, tiró el papel a la papelera de plástico negro que la agente tenía al lado.

—¿Confías en mí?

Alicia la miró desconcertada, arrugó el ceño y asintió con la cabeza.

Ayshane le agarró la nuca con fuerza para estampar la cabeza de Alicia contra el duro mármol de lavabo, pero la agente le agarró del brazo que tenía libre y, sin soltarla, dio una vuelta entera sobre sí misma y la empotró de frente contra la pared en la que colgaba el secamanos. Tenía a Ayshane inmovilizada, apretando contra la espalda de la lugarteniente el brazo con el que la había agarrado la nuca.

Ayshane miró a través del espejo y esperó a que ella sola se diera cuenta de lo que acababa de hacer. Alicia miró el reflejo de ambas. También vio que la puerta se abría y dos chicas que iban a entrar se quedaban paradas en el umbral con cara de susto.

—Perdón —dijo la más bajita antes de cerrar y marcharse junto a su amiga.

La agente volvió a fijar la vista en la lugarteniente a través del espejo. Ayshane mostraba aquella malvada sonrisa que no auguraba nada bueno, pero no hizo el menor intento por liberarse. Entonces Alicia la soltó y se echó hacia atrás.

—Estas más que preparada, Alice. —Se atusó la ropa y se acercó a la copa de champán, le dio un sorbo y la miró ladeando la cabeza—. Hace tres

semanas te habría partido los dientes contra el mármol. Pero ya no eres esa mujer. Deja salir a jugar de una vez por todas a tu niña mala. ¿Por qué te empeñas en retenerla?

Alicia se mordió el labio inferior aguantando una orgullosa sonrisa.

—Chicas, ¿dónde demonios estáis? —habló Erick por el pinganillo.

—En el baño, mi pequeña Krait —contestó Ayshane mirando a la agente—. ¿Estáis todos en vuestros puestos?

—Afirmativo —respondió Jason al cabo de unos segundos.

—¿Preparada, Alice?

Alicia asintió, se acercó al lavabo, cogió su copa de champán y se la bebió de un trago. Volvió a dejarla sobre el mármol, se miró en el espejo, se colocó los pechos y giró sobre sí decidida a salir.

—Bien, tenemos cuatro hombres en total, debes encargarte de distraer al de la derecha, yo intentaré acercarme por el lado izquierdo. Pasaré por detrás de la cabina del *disc jockey*.

—¿Qué pasa con el de la izquierda?

—Que se fijará en ti en cuanto vea que te acercas a su compañero. —Se encogió de hombros y le dio un sorbo a su copa—. En cuanto a los otros dos que Vladimir tiene delante, no me verán.

La agente no era consciente de su belleza ni de lo que llamaba la atención vestida así. Había entrado demasiado nerviosa como para percatarse de la cantidad de hombres que ya se habían fijado en ella de camino hacia la barra.

—De acuerdo... —dudó—. ¿Qué tengo que hacer? —Se quedó de pie en medio del baño.

Ayshane colocó un par de pasos por delante de ella, se dio la vuelta y la miró de arriba abajo ladeando la cabeza.



—Eres guapa, apetecible, deseable e intocable. —Se acercó a ella y le colocó uno de los tirabuzones tras la oreja—. Ya no eres una pobre agente de policía que no sabe defenderse. —Le cogió ambas manos—. Ahora eres una pequeña parte de lo que yo fui en algún momento de mi vida —sonrió con orgullosa aceptación.

Alicia se sonrojó halagada y miró al suelo.

Ayshane la observó con dulzura. La agente hacía avanzado mucho, había cambiado de manera radical, había mejorado su táctica, su defensa y sus golpes de manera sorprendente, exponencial. Solo tenía que creérselo. Confiar en sí misma. Le sujetó con cariño la barbilla para asegurarse que la miraba.

—Deja que salga a divertirse esa pequeña traviesa que tienes cautiva en tu interior —sonrió maliciosa—. Deja que fluya libre, aprovecha lo único bueno que tiene este mundo, lo único que se nos permite ser. —Arqueó una ceja divertida—. Malas, traviesas, juguetonas. —Chasqueó la lengua—. ¿Quieres saber qué tienes que hacer? Lo que le harías a mi hermano si no fuese un tarugo.

Alicia abrió los ojos como platos y comenzó a balbucear como un mimo señalando los micros que llevaban en la camisa. Ayshane rio de manera traviesa y echó a andar hacia la puerta del baño. Escucharon las risas de Jason y de Erick a través del pinganillo, pero no escucharon a Dima. Al joven Víbora no parecía haberle hecho gracia su chascarrillo. Ayshane sonrió a la agente con malicia antes de abrir la puerta del baño. Alicia arqueó una ceja y ladeó la cabeza, se desabrochó un botón de la camisa y dejó que sus pechos se aliviaran un poco de la presión. La lugarteniente la miró divertida, abrió la puerta del baño y la sujetó para dejarla pasar.

—Dima se va a poner hecho una furia —rio al imaginarse la cara de su hermano.

Escucharon una fuerte respiración acompañada de un gruñido. Ambas se miraron y bajaron las escaleras entre risas.

—No cabreéis más al pobre chaval —dijo Jason en su defensa a través del

intercomunicador.

Todos se rieron, todos menos Dima. Ayshane sintió un ligero pinchazo de culpabilidad al pensar en él. El pobre tenía que estar rabiando y muy enfadado con ella. Le esperaba una buena cuando volvieran al búnker. Sonrió y negó con la cabeza.

Ella y Alicia se separaron cuando llegaron a la pista de baile. La lugarteniente, se mimetizó y desapareció enseguida entre la multitud. Alicia sonrió y se mordió el labio inferior justo cuando un joven se acercaba a ella al ritmo de la música.

—¿Estás sola? —preguntó sobre su oído agarrándola por la cintura.

La agente asintió, alzó un brazo alrededor del cuello del joven y dejó que se arrimara, la meciera y la guiara al son de la música, coqueteando, aprovechando cada giro, cada vuelta para buscar a la Mamba Negra entre la multitud.

Ayshane estaba muy cerca del reservado, a un par de pasos de la cabina del *disc jockey*, pegada a la pared, moviendo las caderas y disfrutando de la animada música del local y de las atenciones de un joven de no más de metro y medio que se movía frente a ella con espasmódicos movimientos. Alicia sonrió al verles, se disculpó con una sonrisa afable del joven con el que estaba y fue a dar un par de pasos en dirección a donde se encontraba el equipo de seguridad del marchante, pero otro muchacho se puso en su camino.

—¿Quieres dejar de restregarte con cada tío que se te arrime? —dijo furioso Dima a través del pinganillo.

El joven que la había agarrado, bailaba y restregaba su miembro contra ella. La agente se rio del comentario del joven Víbora, echó la cabeza hacia atrás de manera exagerada, utilizando como pretexto una insulsa gracia que el muchacho le acababa de contar. Dejó que le diese la vuelta bailando y quedó frente al palco donde se encontraba Dima. Estaba oscuro, apenas se le veía. Hizo una peineta en dirección hacia donde se suponía que debía estar Dima a la par que rodeaba por el cuello al muchacho y se disculpaba de manera

cortés para poder seguir su camino hacia el objetivo.

—Niña mala... —dijo el joven Víbora sonriendo de medio lado.

Se escucharon las risas de Erick y la lugarteniente junto con una poco creíble queja de Jason, que estaba en el exterior y no podía ver nada de lo que estaba ocurriendo.

Alicia consiguió llegar hasta la escalinata que subía al reservado de Vladimir, no sin antes provocar a Dima con tres jóvenes más, que no solo parecía cubrir a la agente con el subfusil desde el reservado elevado situado en el lado opuesto al del marchante, en la otra punta del local, sino que además, la vigilaba a través de la mirilla del arma.

Antes de que pusiera un pie en el primer escalón, los cuatro gorilas y el propio marchante ya le habían puesto los ojos encima. Puede que fuera por su manera descarada de acercarse a ellos cuando nadie se atrevía a poner un pie allí, o por su insinuante forma de mover las caderas al ritmo de la música. En cualquier caso, los cinco hombres no le quitaban los ojos de encima.

El socio de la Anaconda Ivanov disfrutaba de una copa, de la música y de las vistas en la zona VIP. La lugarteniente se acercó a él escurriéndose tras los sofás.

El pasado cincuentón sonrió a la agente y sacó la punta de la lengua para limpiarse un poco del combinado que se le había quedado en la comisura de los labios mientras ella seguía subiendo las escaleras, pero Alicia pronto se topó con el fornido pecho del hombre al que ella debía distraer. Miró al matón a través de sus largas y generosas pestañas y se mordió el labio inferior, dejando que los dientes se le quedaran marcados en la carne.

—Me gustaría conocer a Señor Vasíliev.

Ronroneó vocalizando cada una de las palabras sobre el oído del agente de seguridad con la mirada fija más allá de la silueta del marchante, allí donde se encontraba la lugarteniente.

Ayshane asintió y se agachó justo cuando el gorila con el que estaba Alicia

miraba a su jefe.

—¡Ni se te ocurra! ¡Alice, maldita sea, no hagas estupideces! —gritó muy alterado Dima a través del pinganillo—. Ese no era el plan. ¡Maldita sea!

Vladimir alzó una mano y le hizo una señal para que ella se acercara, pero en lugar de dejarla pasar, el gorila le dijo que se diera la vuelta, le puso las manos sobre la cabeza y comenzó a bajarlas acariciando sus brazos, su costado, su cintura.

—Mierda —soltó Dima—. Alice, las dagas, no dejes que...

Alicia miró hacia el palco en el que se encontraba el hermano de Ayshane y pudo ver el ligero reflejo de la lente del subfusil moverse gracias a los focos intermitentes del Club. Movié las caderas en círculos restregando la parte trasera de su cuerpo contra el miembro del hombre de seguridad cuando comenzó el descenso hacia sus caderas.

—¡Quieres dejar de hacer eso! —bramó por el pinganillo.

—Pórtate bien con el Señor Vasíliev, muñeca —dijo el hombre sujetándola por las caderas y clavándose en ella.

Alicia suspiró aliviada. Levantó el brazo y agarró al hombre por el cuello para poder susurrarle al oído.

—Solo quiero pasar un buen rato —sonrió y le guiñó un ojo.

El agente de seguridad la dejó pasar. Fue hacia el marchante bailando de manera provocativa. Vasíliev la animó a acercarse y a sentarse sobre sus rodillas. Alicia se subió la falda con sensualidad, abrió las piernas y se colocó a horcajadas sobre él.

Ayshane se alzó con sigilo y rapidez un poco tras el sofá y le puso una daga sobre el cuello en el momento en el Vladimir apoyó ambas manos sobre los muslos de Alicia y notó los cuchillos que la agente llevaba sujetos a las ligas.

—No sabes las ganas que tenía de mantener una charla contigo, Vladimir

—siseó arrastrando las eses de esa manera tan característica en ella.

Vasíliev abrió los ojos de manera desorbitada, pero no dijo nada. Se limitó a mirar a Alicia, que para disimular se movía sobre él al ritmo de la música.

—Ayshane, dile a mi gata montesa que deje de poner cachondo al viejo o le meto un tiro en esa frente tan bonita que tiene —soltó furioso Dima a través del intercomunicador.

Ambas se miraron al escucharle a través del pinganillo y sonrieron ladinamente.

—Tengo a Dima apuntándonos con un subfusil de asalto —susurró sobre el oído del Vladimir—. Está muy cabreado con mi amiga por restregarse con medio local y está deseando pegarle un tiro en la cabeza a alguien, pero si me dices lo que quiero saber, nos iremos como hemos venido para que puedan solucionar sus problemas en la cama.

—Entonces es cierto. Dima está vivo. Tenía entendido que la Mamba Negra era mucho más lista. —Se removió y la miró por encima de su hombro —, mucho más que su hermana Elenka.

—Dima —susurró Ayshane mirando hacia el palco donde estaba su hermano—. Es una trampa. El objetivo es Dima —avisó por el intercomunicador.

Alicia se levantó justo en el momento en el que una bala de procedencia desconocida alcanzó al marchante. Placó al primer guardia de Vladimir que, al darse cuenta de lo sucedido, arremetió contra ellas. Ayshane saltó el sofá y sobre el cuerpo del que fuera amigo de su padre y le quitó a la agente el segundo guardia de encima. Erick comenzó a disparar a un tropel de armarios vestidos de negro procedentes de todas partes que querían llegar hasta ellas. Las personas del club que no tenía nada que ver con lo sucedido empezaron a gritar y a correr hacia la salida como si fueran ganado asustado.

—¡Erick, cubre a Dima! —gritó Ayshane desesperada, librándose de un segundo hombre.

Alicia sacó las dagas y comenzó a defenderse como la gata montesa que la Mamba había moldeado y su hermano había bautizado. La lugarteniente sacó las dos M&P9 y empezó a disparar junto al cuerpo desmadejado y sangrante Vasíliev sin dejar de mirar hacia el pequeño palco en el que debía estar su hermano. Dima no disparaba. ¿Por qué no disparaba? Las luces del palco se encendieron. La agente y ella miraron hacia allí y vieron a dos hombres forcejeando contra Dima y a Elenka esperando para poder acercarse con lo que parecía un machete en la mano. Ayshane apuntó hacia uno de los hombres que trataba de reducir a Dima, pero Alicia se le adelantó, le rasgó la garganta a un hombre, se tiró por el hueco de la pasarela hacia la pista y le lanzó un puñal a uno de los hombres de Elenka haciendo que el cuerpo sin vida del joven cayera desde el primer piso en medio del caos de la planta de abajo con una daga clavada en la nuca.

—¡Dima! —gritó desesperada cuando Elenka se acercó al joven Víbora.

Alzó la vista por encima de su hombro y vio a Ayshane. La lugarteniente se agachaba para que Vasíliev le susurrara algo al oído a la vez que uno de los hombres de Elenka se acercaba a ella navaja en mano, pero antes de que este saltara la barandilla, lo mató de un disparo en la cabeza.

Jason bajó por las escaleras y empezó a cubrir a los civiles que corrían despavoridos hacia la salida y a disparar a todo ser que intentaba acercarse a su compañera, Erick cubría a la lugarteniente desde arriba y Alicia cayó de rodillas al recibir una patada en la parte posterior de una pierna. No perdía de vista el palco en el que se encontraba Dima y cuando Elenka le clavó un cuchillo en el costado por encima de la cadera, gritó como si se lo hubieran clavado a ella misma. No dejaba de recibir patadas y golpes por todas partes, pero se levantó furiosa y arrastró a todo el que se acercaba con un arma sin dejar de perder de vista el palco, acercándose a él a cada paso, a cada golpe, hasta que vio cómo uno de los hombre de Elenka se llevaba a Dima y lo arrastraba como un animal sin vida. Jason llegó hasta ella y tiró de su brazo en dirección a la salida de emergencia. Erick pasó por su lado como una bala y placó a Ayshane, que se dirigía corriendo en dirección a las escaleras para subir a por su hermano. A rastras las sacaron del local y las metieron en el coche. Sin Dima.

Alicia iba sentada en el asiento del copiloto echa un ovillo, con la cabeza enterrada en el hueco libre entre sus rodillas y su cuerpo, balanceándose como una demente, con la camisa, la cara, y las manos llenas de sangre.

Ayshane, por el contrario, intentaba zafarse del amarre de Erick que a duras penas podía sujetarla en el asiento trasero del R8. La lugarteniente estaba fuera de sí, con los ojos inyectados en sangre y toda su fuerza descontrolada, gritando palabras inteligibles en su idioma natal mientras Jason callejaba a toda prisa en dirección al búnker.

—¡Date prisa Joder! —Erick bramó desesperado desde el asiento de atrás.

La lugarteniente era fuerte, mucho más fuerte que él, y empezaba a costarle aquella contención para que no saliera disparada hacia el Club.

—Me doy toda la prisa que puedo. —Jason miró por el rabillo del ojo a Alicia

Su compañera no dejaba de balancearse de delante hacia atrás en el asiento del copiloto y a darse golpecitos con la cabeza en sus rodillas.

—¡Suéltame! —Ayshane se arqueó en el asiento intentando salir de la prisión que los brazos de Erick formaban a su alrededor.

Emplearon menos tiempo en llegar a la zona de seguridad que la Anaconda Ivanov había creado cerca del centro de la capital que el que habían tardado en llegar al club.

Eduard les recibió en el garaje junto a Sergei. Lo habían visto todo a través de las cámaras de seguridad del local. Grabaciones que habían borrado y desechado de los servidores con la intención de que no cayeran en manos de la policía. Sin embargo, habían guardado una copia que revisaban una y otra vez desde que los agentes y la Mamba Negra habían salido del aquel campo de batalla.

—¡Suéltame! —Ayshane consiguió librarse de Erick y salió disparada del coche.

Empuñó su arma y apuntó a Sergei a la cabeza. Erick salió tras ella y se colocó delante con las manos levantadas mientras Jason ayudaba a una entumecida Alicia a salir del coche.

—Ayshane... Ash, cariño, cálmate. —Dio un paso hacia ella—. Baja la pistola. —Dio otro paso y agarró el arma por la empuñadura ahí donde la sujetaba ella.

Ayshane se deshizo de Erick con un movimiento rápido y volvió a apuntar a Sergei a la cabeza. Eduard dio un paso al frente en dirección hacia su hija.

—*Otets*, no se mueva —siseó entre dientes.

—Ayshane... *Rebenok*... —Siguió andando hacia su hija—. Sergei no tiene la culpa...

—¡Sergei debía encargarse de encontrar a Elenka! —gritó.

Una lágrima cayó por sus mejillas, pero se la limpió con el dorso de la mano con un movimiento brusco.

—Señorita...

—¡Cállate!

—Ash... —Jason dio un paso hacia ella—. Ash, escúchame. Sergei no tiene la culpa. Era una trampa. Nos engañaron a todos. —Fue acercándose con cautela hacia ella por detrás.

—Sergei debía encargarse de localizar a Elenka. —Miró por encima de su hombro a Jason—. ¡¿Cómo es que no dices con ella?! —gritó dirigiendo de nuevo su furia contra el amigo de su padre—. ¡¿Cómo es posible que nos estuviera esperando en el club armada y protegida con un ejército de hombres?! ¡¿Dónde está mi hermano, Sergei?! ¡¿Por qué se lo ha llevado?! ¡¿Para qué?! ¡¿Cómo era posible que supiera que estaba vivo?! ¡¿Sabes acaso donde está Adrik?! —



—No. No lo sé —reconoció apesadumbrado.

Ayshane le miró a los ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla y cayó sobre el hormigón que cubría el suelo del garaje. Siguió apuntando con su arma al único hombre en el que su padre había confiado su vida a ciegas y sin cuestionarse si era lo correcto. Por segunda vez desde que tenía cuatro años, le tembló el pulso al empuñar su arma.

—Sé que una disculpa no sirve de nada. —Sergei dio un paso hacia ella—. Sé cómo entró Elenka en el país, pero no pude seguirle el rastro, no sabía que estaba en el Club. —Agachó la cabeza y se dejó caer de rodillas apenas a dos metros de ella—. Lo siento, señorita Ayshane. Siento que haya perdido a su hermano por mi culpa. Entiendo que quiera acabar conmigo, lo comprendo, sé lo que siente en estos momentos porque un día yo sentí lo mismo, porque sé lo que es que te arrebaten a aquellos por los que darías tu vida. Que les arranquen su último aliento por un error que no debiste cometer, por llegar tarde, por no estar donde debías.

—¡Dima no está muerto! —Afianzó el arma en su mano—. ¡Levántate! —Se limpió las lágrimas con la mano.

—No. —Sergei alzó la vista hacia ella y la miró negando con la cabeza—. Mi error podría costarle la vida a un hombre al que quise como un hijo y al que lloraré como un padre si le ocurriera algo por mi culpa.

—¡Maldita sea, Sergei, levántate! —El brazo con el que sujetaba el arma comenzó a temblarle.

No podía dispararle así. Aquella ejecución, de rodillas, sin que opusiera resistencia, era humillar a un hombre que había dedicado los mejores años de su vida a velar por los intereses de su padre, de su familia, de ella, de su hermano. Y aunque se tratase de un error, Sergei no tenía toda la culpa. Antes de ir a por Vladimir, ella misma tendría que haberse asegurado de que no estaban solos. No había visto a los hombres de Elenka. Había caído en la trampa de una Cobra como una estúpida novata. No había visto venir, de la misma manera que no había previsto las intenciones de Adrik el día que este disparó a su madre hasta que fue demasiado tarde. Si había algún culpable,

era ella.

—Ash... —Erick volvió a intentar acercarse con cautela—. Ayshane escúchame. Podemos encontrar a Dima. Encontraremos a Dima. Suelta el arma, cariño. Por favor, dámela.

Ayshane se mordió el labio inferior. Ahogó un sollozo y dejó que las lágrimas cayeran con total libertad por sus mejillas emborronando la silueta de un hombre inocente cuyo único error fue dedicar su vida a la familia equivocada.

—¿¿Cómo?! —Dejó que Erick le rodease la mano con la que empuñaba el arma—. ¡No tenemos nada! ¡Elenka sabía que Dima estaba vivo! ¡Puede que incluso también Adrik sepa que todo es una farsa!

Erick aprovechó que Ayshane parecía haber bajado la guardia para arrebatarse el arma. La tiró al suelo a los pies de Jason quien la recogió y se la guardó en las lumbares bajo la camiseta.

—Encontraremos a Dima, aunque para ello tengamos que ir a Rusia. —La rodeó con sus brazos y le besó en la frente—. Seguiremos cualquier rastro, a cualquier persona con la que pueda tener contacto. —Acunó las mejillas de la Mamba rota entre sus manos.

—Rusia... —susurró. Se dio la vuelta hacia su padre—. Irina. —Dejó de llorar de sopetón y se limpió el reguero de lágrimas de sus mejillas—. Elenka se llevó a Irina.

Se había olvidado por completo de la niña de Vladimir. Se había olvidado de la promesa que le había hecho al moribundo antes de ver cómo se llevaban a su hermano.

—¿Elenka se ha llevado a Irina a Rusia? —Eduard dio un paso hacia Sergei y apoyó una mano sobre su hombro.

—No. —Negó con la cabeza—. Se la ha vendido a Adrik.

Sergei alzó la vista hacia la lugarteniente. Sus ojos grisáceos emanaban tal

ira que hizo enmudecer a la mujer que hasta hacía un segundo podía haber sido su verdugo.

El único y mejor amigo de Eduard conocía a la pequeña Irina, y también conocía lo suficiente a Adrik como para saber que habría pagado gustoso por la pequeña. Ayshane se llevó una mano a la boca al ver en la mirada de Sergei sus fantasmas hasta ahora encadenados. Una conexión entre ambos se hizo palpable a vista de todos.

La hermana de Sergei había sido violada repetidas veces antes de ser asesinada, y el hombre que la miraba de rodillas seguía cargando con aquella penitencia sobre sus hombros de la misma manera que ella luchaba día tras día contra sus demonios. Adrik era un monstruo sin escrúpulos que traficaba con niños, que había abusado de ella desde que era tan solo una cría. Si le ponía un solo dedo encima a la pequeña, se los arrancaría todos, uno a uno, antes de matarle.

—Esa niña... está ahora bajo mi protección, Sergei. Encuéntrala, recupérala y protégela con tu vida si es necesario. —Se soltó de los brazos de Erick y fue hacia Sergei, que seguía de rodillas en el suelo—. O te juro que me arrastraré desde el mismísimo infierno para acabar contigo. —Le tendió una mano y le ayudó a levantarse.

—No la defraudaré, señorita. —Hizo una reverencia con su cabeza.

Ayshane pudo percibir en los ojos de Sergei su abrasadora determinación.

—Lo sé. —Le abrazó.

Nunca antes le había abrazado. Sergei se quedó con los brazos laxos a ambos lados de su cuerpo. Miró a Erick. El inspector y Dima habían conseguido recuperar una parte de la Ayshane a la que todos vieron morir con los abusos de su hermanastro. Erick le devolvió la mirada y asintió. Entonces Sergei fue alzando los brazos alrededor de su cuerpo y la apretó contra su pecho.

—Lo siento, señorita. Créame que lo siento —susurró.

Ayshane le dio un ligero apretón, se separó y le miró. Sergei era un buen hombre, fiel, que jamás había abandonado a su padre, que incluso le había salvado la vida cuando no tenía por qué hacerlo, que siempre que estuvo en su mano había cuidado de ella y de su hermano sin que ambos lo supieran... Y ella había estado a punto de matarle. Se puso de puntillas y le besó en la frente.

—Encontraré a Irina. —Acarició la mejilla de la lugarteniente—. Usted... arregle mi agravio. Se lo suplico.

—Le traeré de vuelta y dejaré que te dé una paliza en cuanto te vea —sonrió sin ganas.

Sergei se marchó a la sala de ordenadores, esta vez sin preámbulos ni reverencias. Ayshane miró entonces a su padre. Para él no debía ser nada fácil. Conocía a la perfección a todos sus hijos. Si ella daba con Elenka, la muerte sería un regalo que la Cobra se tendría que ganar, y la Mamba Negra no era precisamente conocida por su piedad. Elenka era tan hija de Eduard como Ayshane, de la misma manera que lo eran Dima y Adrik, pero nunca había estado en su punto de mira de manera directa. Ambas habían preferido siempre mantener las distancias. ¿Por qué se habría atrevido a atentar contra Dima? ¿Cómo sabía que su hermano estaba con vida?

—Padre. —Dio un paso hacia él—. Será conveniente que vaya preparando el panteón para lo que quede de su hija.

Eduard la miró, le agarró por el hombro y la arrastró entre sus brazos. La apretó contra su pecho y la besó en la frente.

—El panteón es solo para la familia, *rebenok*.

Ayshane besó a su padre en la mejilla y colocó una mano en la solapa del traje, sobre su pecho.

—¿Desea despedirse de ella?

Era un derecho que Elenka no se merecía, pero no iba a negárselo a su propio padre. Él no tenía la culpa de que sus hijos fuesen el vivo reflejo del

mal sobre la Tierra.

—Mata a Elenka y trae a mi hijo de vuelta.

La lugarteniente dejó que su padre le besara ambas mejillas y la abrazara de nuevo antes de marchar. Ella le devolvió el abrazo y se giró para mirar a los agentes.

Alicia se apoyaba en el coche rota de dolor, un dolor cuyo daño ella conocía bien. Se abrazaba a sí misma, tenía la mirada pérdida y se encorvada por la culpa. Jason se mantenía firme a su lado, con un brazo sobre los hombros de su compañera y la preocupación en su rostro. Y Erick la miraba sin saber muy bien qué hacer. Le había golpeado, gritado, y estuvo tentada de matarle cuando la sacó del local a pesar de que con eso había conseguido que medio cuerpo de policía no se le echará encima.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Erick.

—Creo... creo que lo mejor será que os mantengáis al margen...

—No. —Alicia la cortó y dio un paso al frente—. No pienso dejar que vayas tu sola a buscar a Dima. Esto ha sido todo por mi culpa. Si me hubiese ceñido al plan, si no hubiese ido...

—Alice esto no ha sido culpa tuya. —Ayshane negó con la cabeza—. Yo tendría que haber asegurado el perímetro antes de actuar. No lo hice, ha sido todo culpa mía. Ni siquiera Sergei es responsable —reconoció.

—Ha sido culpa de todos —Jason puso un brazo sobre el hombro de su compañera y la atrajo hacia su cuerpo—. Somos un equipo, y como un equipo encontremos a Dima.

—Está bien, ¿por dónde empezamos a buscar? —Erick lanzó su arma a la lugarteniente.

—¡Laura! —gritó Alicia saliendo de abrazo protector de Jason—. Laura era el topo de Elenka en la policía, ¿no es así? Laura tiene que tener contacto directo con Elenka, debe saber cómo localizarla.

La lugarteniente miró a la agente. Sin duda, Alicia habría sido una muy buena Víbora. Si seguían trabajando juntas, ella sería su discípulo, ya no le cabía ninguna duda. Alicia sería entrenada para ser su sucesora... si es que no salían todos huyendo.

—Iré a buscarla. —Ayshane miró su reloj.

Eran las tres de la mañana. Lo más seguro era que la agente que Elenka tenía infiltrada en la policía estuviera en su casa durmiendo. Aunque, por si acaso, se aseguraría. Fue en dirección a la consola que había en la pared, al lado del arco que daba a la galería que desembocaba en el *hall* distribuidor de las serpientes. Su intención era llamar a Sergei para que le confirmara la ubicación y la dirección del topo, de la antigua compañera de los agentes.

—Iremos, querrás decir —Erick arqueó una ceja.

Ayshane se quedó a medio camino, se dio la vuelta y le miró.

—No Erick, vosotros no iréis a ningún sitio. —Miró a Alicia.

La agente se hizo un ovillo en los brazos de Jason. Ayshane sabía que con aquellas palabras minaría la reciente seguridad que había ido adquiriendo día a día, pero no quería que la acompañaran.

Hasta el momento, ellos habían tratado con una Ayshane esquiva, desconfiada; incluso habían conectado con la parte de la niña que un día fue, pero aún no conocían su peor cara y no quería que huyeran despavoridos. Puede que fuera egoísta por su parte, pero los quería a su lado.

Miró a Erick. Parecía que la apoyaba hiciera lo que hiciese, que justificaba cada uno de sus actos, pero... Si Laura sabía dónde podía tener Elenka a su hermano y no se lo decía, liberaría la parte de Ivanov de la que se alimentaba la letal serpiente que moraba en su interior, ese dragón al que su madre había dado la vida, y no quería que Erick viera esa parte, no quería que ninguno ellos la presenciara.

—Alice... por favor, no me malinterpretes. —Se acercó hasta ella—. No tiene nada que ver con vosotros. Es por mí. —Les miró a los tres

alternativamente—. Yo no quiero... Es posible que yo... No sé si podré controlarme. Casi te mato. —Miró a Erick en busca de una comprensión que no llegó.

—No si yo... Yo te entiendo. No quiero... No quiero ser un problema, no te preocupes, iré junto a Sergei a la sala de operaciones. Supongo... supongo que podré echaros una mano desde allí, los ordenadores se me dan bien. —Alicia se encogió de hombros e intentó sonreír entre lágrimas.

—Oye, no es eso... —Acunó las mejillas de la joven entre sus manos y le limpió las lágrimas con los pulgares—. Alice, de verdad, estoy muy orgullosa de ti, es solo que... —suspiró— todos tenemos en nuestro interior una oscuridad que en ocasiones debe tomar el control para obtener las respuestas que buscamos. —Le acarició la mejilla—, aunque no sea el camino más honorable, siempre será el más rápido. —Miró a Erick.

—¿Crees que no sé de quién estoy enamorado, Ayshane? —Erick se apoyó sobre el capó del coche—. ¿Crees que no soy consciente de que he perdido la cabeza por la hija de un capo de la mafia rusa, la nieta de un Yakuza, la asesina más buscada por la interpol? —Cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Crees que no sé de lo que eres capaz? ¿Crees que en nuestro interior no hay oscuridad? Porque la hay, créeme que la hay. Sabes lo que le hizo Jason al hombre que le arrancó el corazón a su hermana, pregúntale a Alicia lo que le haría a Elenka si la tuviera delante ahora mismo. O a mí, el día que me eche a la cara a Adrik.

—Es un poco tarde para abandonar, ¿no crees? —intervino Jason.

Ayshane les miró, parecían muy seguros a pesar de las consecuencias, conscientes del alto precio que podían llegar a pagar, o del que ya estaban pagando. Habían sido arrastrados a un mundo al que no parecían tener intención de abandonar por la puerta de atrás. ¿En qué clase de personas les había convertido? ¿Eran así cuando los conoció o solo habían liberado sus demonios?

—Dicen que los hermanos Ivanov son inhumanos, monstruos sin alma, que arrasan con todo a su paso sin importarles quién caiga en sus trampas, que para ellos la muerte no es más que un juego de niños. Que no tienen corazón

—suspiró—. Yo soy una Ivanov, la Mamba Negra, el Dragón Dorado. Dima es mi hermano. Nadie osa atentar contra la vida de un Ivanov. Nadie se atreve a tocar a un Yakuza. No me pidáis clemencia, pues no hay un ápice de misericordia en mí; no me supliquéis benevolencia, pues no mostraré indulgencia. No cuando la vida de aquellos a los que amo está en juego. —Miró a los tres agentes para asegurarse de que eran conscientes del significado de sus palabras—. Podéis ir a cambiaros. —Se fijó en Alicia—. Tenéis treinta minutos. —Clavó su vista sobre Jason—. Si pasado ese tiempo no estáis de vuelta aquí —dijo mirando a Erick—, entenderé que habéis recapitado sobre vuestra decisión.

Se dio media vuelta en dirección a la sala de operaciones. Antes de salir del garaje, se volvió hacia ellos. Quizás fuera la última vez que los viera. Los miró uno a uno para atesorar en su memoria aquella cruda imagen de los tres agentes cuyo mundo había destrozado, para no olvidar los motivos por los cuales nunca debió acercarse a ellos. Un mundo que no les correspondía, un mundo al que ella les había empujado, un mundo que no podrían abandonar por mucho que quisieran y del que ella les protegería con su propia vida si fuera necesario, si ellos decidían seguir a su lado. Un mundo al que siempre les permitiría volver si sentían que debían hacerlo, pero al que no les obligaría pertenecer.

Ella era Ayshane Ivanova, la nieta de Taiyo, una hija de la *bratva*. Su futuro estaba escrito antes de nacer, pero el de aquellos agentes no. Ellos debían tener siempre la posibilidad de elegir, y ella se encargaría de que fuera posible.

Dio una vuelta sobre sus talones y se marchó dejando a los tres agentes solos en el garaje.

«Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta a atrás», canturreó en voz alta.

«Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás». Sonrió. La serpiente que moraba en su interior liberó al dragón.

«Tic, tac, tic, tac, no te escondas, no escaparás». Dejó que el majestuoso reptil batiera sus alas.



«Tic, tac, tic, tac, te encontré, aquí estas». Mujer y bestia fijaron en su mente la imagen de Elenka.

## Biografía



**Steffany Kennels** es una nueva voz de la literatura española. De familia humilde, comenzó a leer a una edad muy temprana. Enamorada de las novelas desde niña prefirió siempre un libro a una muñeca.

Estudió un grado de formación superior en Prevención de Riesgos Profesionales. Actualmente trabaja como Técnico de Prevención de Riesgos Laborales. Dedicar su tiempo libre a sumergirse entre letras y personajes que ella misma crea dando vida a historias como su primera y única novela publicada hasta la fecha, *Mamba Negra. El Clan de las Serpientes*. Obra que se decidió a escribir tras la realización del Curso de Escritura Creativa y Técnicas Narrativas en *Ítaca Escuela de Escritura* y que participó en el *IV Premio de Titania de Novela Romántica de 2017*.

Encontrarás más información sobre la autora en:

Facebook: Steffany Kennels

Twitter: @steffanykennels

Instagram: @steffanykennels

## Agradecimientos

Después de mucho trabajo y tiempo invertido en la creación de esta obra, es una tarea complicada agradecer a toda la gente que me ha ayudado a llegar a este punto.

En primer lugar, tengo que agradecerle a mi querido Pepito El Tendero haberme empujado a dar el paso de publicar una de mis novelas. Sin tu apoyo y tus ánimos nunca me habría atrevido a presentarme a ningún concurso. Ni mucho menos a enviar esta obra a ninguna editorial.

Por supuesto tengo que agradecerle a M<sup>a</sup> Angeles Lorenzo, Directora de *Ítaca Escuela de Escritura* y a Marisa Mañana, Tutora de *Ítaca Escuela de Escritura* su ayuda, su aportación, su visión y correcciones que no solo me han hecho crecer como novelista sino como persona. A Multiverso Editorial y todo su equipo por abrirme las puertas del mundo real, donde la novela no solo será leída por mi gente sino por el resto del mundo. Gracias por el trato recibido y el cariño con el que me habéis acogido desde el principio.

Y finalmente, tengo que agradecerle a mi familia y amigos la paciencia que han tenido durante todo el tiempo que me he visto absorbida por mi propia obra hasta el punto de no poder parar de hablar de otra cosa.

A todos muchas gracias por vuestra ayuda, vuestra infinita paciencia, vuestro apoyo y vuestro cariño.

# Table of Contents

[Mamba Negra. El Clan de las Serpientes](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)